



COMPAÑEROS DE LA DRAGONLANCE · VOL.1

QUALINOST

MARK ANTHONY Y ELLEN PORATH



timunmas

ePUB

Flint Fireforge, enano y maestro forjador, recibe la inesperada invitación del Orador de los Soles para visitar la mítica ciudad de Qualinost, allí conoce al joven Tanis, fruto de la trágica unión entre una elfa y un humano, y entre ambos surge una amistad poco corriente.

Pronto un grave suceso los pone a prueba: dos elfos son asesinados misteriosamente y todas las sospechas recaen sobre Tanis. Si él y su amigo Flint no consiguen demostrar que es inocente, se enfrentará a la pena de destierro. Pero desentrañar el misterio encierra un gran peligro, porque el asesino planea seguir adelante con sus crímenes.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Mark Anthony & Ellen Porath

Qualinost

Dragonlance: Compañeros de la Dragonlance - 1

ePUB v1.0

OZN 20.07.12

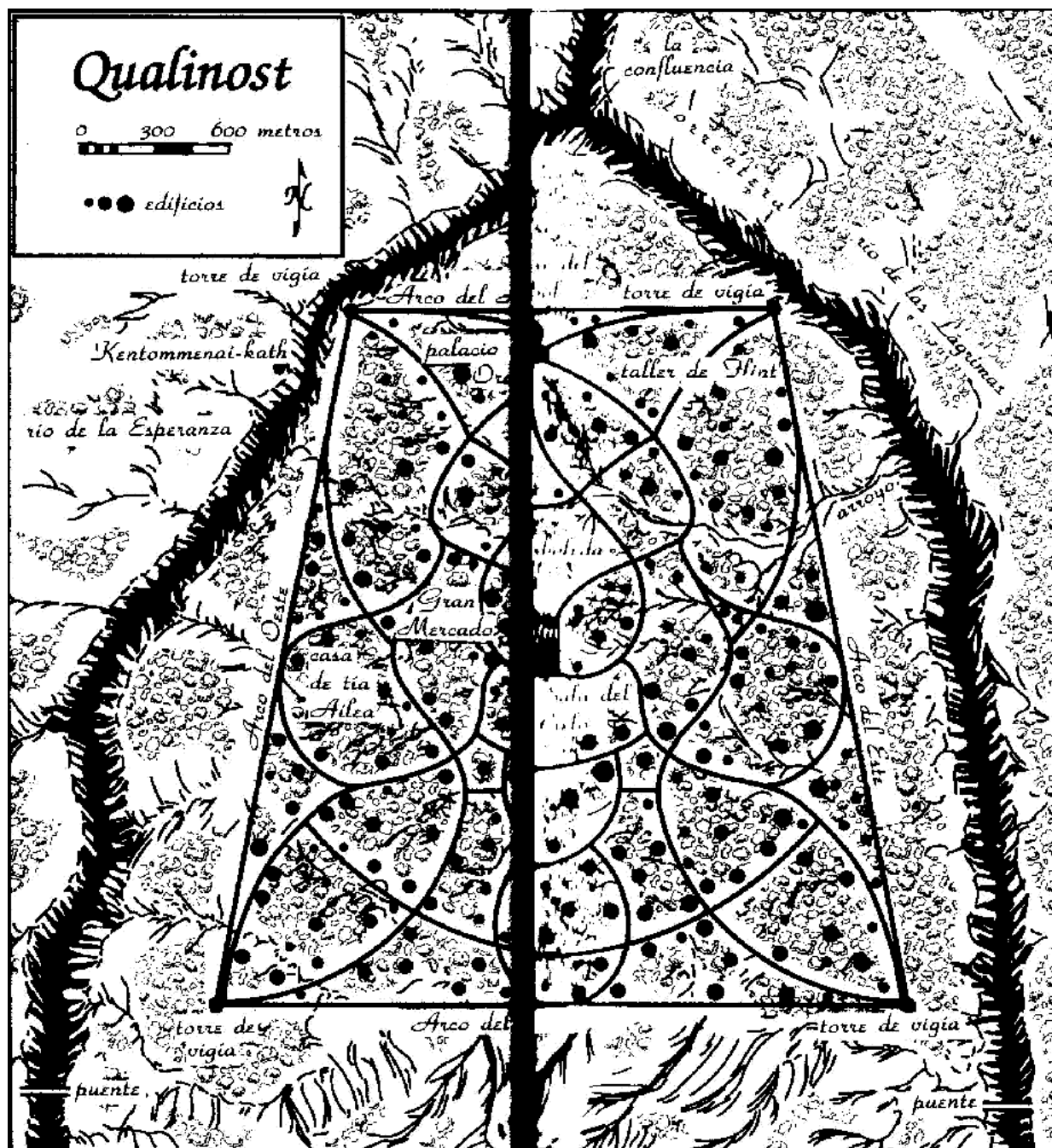
más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: *Kindred Spirits*
Mark Anthony & Ellen Porath
Traducción: Mila López Díaz-Guerra
Ilustraciones: Clyde Caldwell
Diseño/retoque portada: OZN

Editor original: OZN (v1.0)
ePub base v2.0

OceanofPDF.com



PRÓLOGO

AÑO 258 D.C.

(DESPUÉS DEL CATACLISMO)

El llanto de la criatura no era el de un niño elfo.

Tía Ailea, anciana incluso a los ojos de una raza de vida tan longeva como la elfa, dirigió una mirada compasiva al bebé mientras lo envolvía en los pañales de fino lino. La luz de la lumbre se reflejaba en las paredes de cuarzo rosa de la casa de la partera, y bañaba en un fulgor dorado al sollozante recién nacido, cuyo pecho se estremecía con los hipidos. Un soplo de brisa penetró por la ventana abierta a un callejón de Qualinost, y renovó el aire cargado de sudor, sangre y tristeza.

—Cuánta pasión —susurró tía Ailea—. Incluso con tu primer aliento pones de manifiesto tu ascendencia paterna. Como para desmentir su comentario, el bebé, con los bracitos ceñidos contra el pecho, cesó en sus llantos, bostezó y se quedó dormido. Con el sueño, su carita rubicunda asumió una expresión relajada.

La partera lo cogió en brazos y se dirigió a una mecedora situada frente a la chimenea. El mueble, casi tan viejo como la propia Ailea, contrastaba con las paredes de roca viva casi tanto como un par de zapatillas desgastadas desentonaban junto a un vestido sin estrenar. La mecedora, cuya madera estaba pulida por los siglos de uso, emitió un agradable crujido

cuando Ailea se acomodó en ella. La anciana recostó al bebé en su regazo y siguió con el dedo la línea de una de las diminutas orejas.

—No tan puntiaguda como la de un elfo, pero tampoco tan redonda como la de un humano —dijo con un susurro al pequeño, que abrió los ojos y los cerró otra vez al darle en ellos la luz de la lumbre. La voz de Ailea sonaba como música, como la melodía de una flauta de madera pulida cientos de veces.

Se inclinó sobre el bebé, como si llevara a cabo un ritual, y aspiró el olor del recién nacido; éste era un momento del que nunca se cansaba.

La sangre humana que corría por las venas del recién nacido pondría pasión en su flemático corazón elfo, pensó la partera.

—Oh, sí, pequeñín —susurró con ardor, a la vez que sus pupilas relucían como ágatas—. Te hará falta esa pasión. La vida de un semielfo no es fácil en Qualinost en los tiempos que corren.

Aparte de la satisfacción que le causaba que el recién nacido fuera sano y robusto, poco más había en aquel momento que significara una alegría para la anciana. Frenó un poco el ritmo de la mecedora y echó una ojeada a la cama instalada en un nicho de la pared, lejos de la chimenea. Había apagado la lámpara que había ardido a los pies del jergón durante lo que parecieron horas interminables; en el lecho yacía una figura borrosa, con el rostro sereno tras las horas de agotadora brega.

Tía Ailea era de talla baja en comparación con la estatura media de los elfos, y sus ojos eran castaños, un color poco frecuente en Qualinesti, prueba fehaciente de que por sus venas también corría sangre humana desde hacía generaciones. Sin embargo, sus orejas eran puntiagudas, su constitución esbelta, y los dedos largos y delicados, como lo habían sido los de su madre elfa.

Vivía entre los qualinestis hacía tanto tiempo que daba la impresión de que hubiera estado siempre allí, atendiendo a los partos de sus pocos y preciados hijos. Era una imagen familiar para todos verla caminar por las calles de Qualinost entre las casas de tonos rosas construidas a semejanza de árboles, con su mochila de partera colgada al hombro; la mayoría de los habitantes de la ciudad —y sobre todo cualquier mujer que había tenido

complicaciones durante el embarazo— no tomaban en cuenta el mestizaje de la anciana. Era una experta en el saber tradicional de las hierbas, con el que había facilitado la labor de muchas parturientas, y, aunque no era maga, conocía lo bastante de este arte para mitigar los dolores previos a las contracciones finales.

Mas, a pesar de toda su experiencia y conocimientos, no había sido capaz de salvar a Elansa.

Con un gesto inconsciente, Ailea ciñó el abrazo en torno al pequeño huérfano, de tal manera que el chiquitín despertó y dio un chillido de protesta. La anciana aceleró el ritmo de la mecedora mientras acariciaba la frente del recién nacido, las mejillas, el puente de la nariz, hasta que los párpados se le cerraron y se quedó otra vez dormido.

De repente, un sonido musical llegó a sus oídos: el de unos cascabeles prendidos al arnés de uno o varios caballos. Poco después, escuchó la voz de contralto de su sirvienta en la antesala del piso inferior, seguida de pisadas en la escalera que subían a la segunda planta de la vivienda. Recostó al pequeño contra su hombro cuando la puerta del cuarto, tallada con relieves de hojas de álamo, se abrió.

El Orador de los Soles, señor de Qualinesti, se encontraba en el umbral, con el rostro ensombrecido por la preocupación. Parte de su túnica, bordada con hilo dorado, reflejaba la luz de la lumbre; la otra mitad estaba bañada por la luz de la luna plateada, Solinari, cuyos rayos penetraban por una ventana contigua a la puerta de la habitación. Al tocar el suelo, los rayos se teñían de rojo, semejando gotas de sangre; Lunitari, la luna carmesí de Krynn, también brillaba ya en el cielo.

La mirada de tía Ailea se desplazó hacia la figura tendida en el lecho, y los ojos del Orador la siguieron.

—¿Está dormida? —preguntó en voz baja.

Otro soplo de brisa entró por la ventana, y trajo el sonido de unas risas procedentes del callejón. Tía Ailea movió la cabeza una vez en un gesto de negación, y apretó su mejilla surcada de arrugas contra el bebé dormido mientras observaba al Orador, que se acercó despacio hacia el lecho donde yacía el cadáver de la mujer. La mano le tembló cuando la alargó para tocar

a Elansa, la viuda de su hermano muerto, pero contuvo el ademán y la mano colgó flácida junto a su costado.

Tragó saliva para deshacer el nudo de la garganta.

—Ailea, si tú has sido incapaz de salvarla con toda tu experiencia, nadie lo habría conseguido.

—Estaba demasiado debilitada, Solostaran —repuso la partera con suavidad—. Aguantó hasta que nació el niño, e incluso lo amamantó una vez, pero después se dejó morir.

El Orador de los Soles miró a la anciana. No dio muestras de haber advertido que se había dirigido a él por su nombre, y no por el título que había recibido cuando subió a la tribuna de la Torre del Sol para gobernar a los elfos de Qualinesti hacía más de cien años. Una fugaz expresión de dolor pasó por su rostro de rasgos aguileños.

—Se dejó morir... —repitió con voz queda.

Para los elfos, la vida era sagrada, y ponerle fin de manera voluntaria se consideraba una blasfemia.

—¿Y la criatura? —inquirió.

Los labios de la anciana esbozaron una peculiar sonrisa, que no era de alegría ni tampoco de pesar; evocó durante un instante la noche en que el propio Solostaran había nacido, mucho tiempo atrás. Cuán distinto era el ambiente, cuán opulentas las habitaciones, alumbradas por infinidad de antorchas. Cuán reverente el séquito que aguardaba apiñado en las sombras, junto a la inmensa estancia donde tenía lugar el parto. En nada se parecía al reducido cuarto de una partera mestiza, aunque fuera la mejor partera del reino. Elansa podría haber dado a luz en la corte, pero, en lugar de ello, prefirió hacerlo en casa de tía Ailea.

La anciana sostuvo al recién nacido de manera que el Orador lo viera. Solostaran se arrodilló a su lado y observó a la criatura apenas un momento, antes de hundir la cabeza en el pecho.

—Así pues, nuestros temores eran fundados —comentó con frialdad.

«No —estuvo a punto de replicar Ailea—. *Tus temores eran fundados.*» Mas contuvo la lengua. Kethrenan, el hermano menor del Orador, había perecido en una emboscada, a manos de unos rufianes humanos, en la

calzada que conducía a Pax Tharkas, al sur de Qualinesti. A pesar de que siglos atrás las dos razas, elfa y humana, habían sido aliadas y amigas, estas cuadrillas de salteadores eran habituales desde la destrucción que sobrevino con el Cataclismo. Uno de aquellos maleantes había violado a la esposa de Kethrenan y la había dejado tirada en la embarrada calzada dándola por muerta. Durante los últimos meses, Elansa había actuado como una autómatas, más muerta que viva, con los ojos vacíos de expresión. Había comido sólo lo estrictamente necesario para alimentar la nueva vida que crecía en su vientre; la base de su dieta estaba compuesta por *quith pa*, el nutritivo pan elfo, y un suave vino clarete. La criatura podía haber sido engendrada tanto por su esposo, Kethrenan, como por el humano que la había forzado, y Elansa había esperado a confirmar lo que sospechaba de antemano.

—La criatura es un semihumano —dijo Solostaran, todavía de rodillas, y con la mano apoyada en el brazo de la mecedora.

También es un semielfo.

El Orador guardó silencio durante un rato, pero, entonces, Ailea vio que la máscara de orgullo tras la que se escudaba se hacía pedazos, y Solostaran sacudió la cabeza. El pequeño seguía dormido, y el Orador acarició con suavidad una de sus manitas; en un gesto reflejo, como si fueran los pétalos de una flor, los diminutos dedos se abrieron y cerraron, y se cogieron con fuerza al del Orador. Ailea vio que el hombre contenía el aliento, y que la expresión de sus ojos se tornaba bondadosa.

—¿Qué clase de vida le aguarda a un ser que es parte de dos razas y no pertenece a ninguna? —preguntó el Orador.

Pero tía Ailea no podía darle la respuesta, y sobrevino un largo silencio. La mirada de la partera no se apartó de él. Una fugaz expresión de angustia se reflejó en los verdes ojos del Orador, mas enseguida retornó el gesto altivo.

—Es hijo de la esposa de mi hermano, y vendrá conmigo. Se lo educará como a un elfo qualinesti. —Ailea suspiró, mientras acariciaba la mejilla del pequeño y lo besaba en la frente. Luego se lo entregó al Orador sin decir una palabra—. ¿Se le ha impuesto ya nombre al pequeño? ¿Dijo algo

Elansa? —inquirió Solostaran, evitando dirigir la mirada hacia la figura inmóvil del lecho.

—Sí —musitó la partera tras una breve vacilación—. Le impuso el nombre de Tanthalas.

Ailea se alisó los pliegues de su falda de lana, sin atreverse a mirar al Orador por temor a que leyera la mentira en sus ojos. Su regalo al recién nacido sería algo que perduraría: un nombre. «Siempre fuerte» era el significado en el dialecto que la partera había aprendido siendo niña.

Solostaran se limitó a asentir con un gesto. Se encaminó a la puerta, sosteniendo al niño en sus brazos con la soltura de un padre experto; su primogénito, Porthios, era un jovencito que acababa de cumplir los cincuenta años. Ailea obligó a su viejo cuerpo, repentinamente agotado, a levantarse de la mecedora, y fue tras el hombre. Se detuvieron ante la ventana, por la que entraba el aire nocturno que traía el renovador viento de la primavera y que agitó el cabello rubio del Orador, retirándolo de su frente. Al hacerlo, dejó al descubierto una diadema de oro que lanzó destellos plateados y escarlatas al reflejar la luz de las lunas.

—Me temo que no le hago un favor al llevarlo a la corte —dijo Solostaran—. Dudo que su vida transcurra en paz allí. Pero es miembro de mi familia, y es mi obligación.

El Orador cubrió la cabeza del pequeño con la mantilla de lino para protegerlo de la humedad nocturna. La anciana y el dignatario permanecieron inmóviles ante la ventana. En ese mismo momento, un trazo plateado cruzó la bóveda celeste. Una estrella fugaz, la luz que llegaba a Krynn desde el cielo, se alejó veloz hacia el norte dejando tras de sí el ardiente rastro de su paso. El Orador no pareció reparar en el augurio, pero tía Ailea apretó los dedos en torno al amuleto que la moribunda Elansa le había entregado; para el pueblo de la partera, una estrella fugaz auguraba buenos compañeros. Esperaba que la estrella hubiera surcado el cielo por el recién nacido que reposaba contra el hombro del Orador; un semielfo necesitaría buenos amigos.

—Enviaré a alguien que se ocupe de Elansa —musitó Solostaran, con la voz ligeramente quebrada.

Después se marchó levándose al pequeño consigo. Tía Ailea se quedó junto a la ventana hasta que el repiqueteo de las campanillas y el sonido de los cascos de caballos contra los adoquines de la calle se apagaron en la distancia.

Lejos, al norte, una pequeña ciudad dormía en la oscuridad de la noche. Era una ciudad de casas de madera, la mayoría de las cuales se encumbraban a varios metros del suelo, acunadas entre las ramas de unos viejos e inmensos árboles, y comunicadas entre sí por pasarelas colgantes. En una de las contadas casas que estaban a nivel del suelo, y la única en la que aún se veía una luz entre las rendijas de las contraventanas a medio cerrar, se hallaba sentada una figura solitaria. Tenía la estatura de un niño humano, pero su constitución era robusta y musculosa, y los ásperos mechones rizados de una barba le caían sobre el pecho.

Sus manos daban vueltas y más vueltas a un trozo de madera. Con una pequeña navaja, rebajó unas virutas aquí y otras allá con toques precisos, a pesar de sus dedos cortos y gruesos. Muy pronto, el trozo de madera adoptaba una forma suave y delicada: la imagen de una hoja de álamo.

Su creador había visto uno de estos árboles en una ocasión, en algún punto lejano del sur, próximo a la tierra que lo vio nacer y que no hacía mucho había abandonado para salir al mundo en busca de fortuna. El álamo se alzaba, esbelto y pálido, en la cima de un paso alto que conducía, según le dijo una vez su padre, a la tierra de los elfos que se extendía más allá. Quizá los qualinestis lo habían plantado allí para recordar su bosque natal cuando viajaban por aquella comarca. El árbol le pareció una de las cosas más bellas que había visto en su vida, con sus hojas tan verdes y brillantes como esmeraldas por una de las caras, y por la otra como si estuvieran blanqueadas por la escarcha.

Tal vez, algún día, tuviera la suerte de contemplar de nuevo otro álamo. Mas, por el momento, habría de conformarse con la hoja de madera tallada.

Por fin, el enano se sintió cansado, se incorporó y apagó de un soplo la vela que ardía sobre la mesa. Cuando pasaba frente a la ventana camino del estrecho catre, un fulgor al sur le llamó la atención. Ardió durante unos segundos mientras surcaba el oscuro firmamento, y después desapareció.

—¡Por Reorx! ¡Nunca había visto una estrella fugaz semejante! — musitó, a la vez que lo recorría un escalofrío, aunque la noche primaveral no era fría ni mucho menos. Después, preguntándose qué hacía parado ante la ventana como un chiquillo que jamás hubiera presenciado tal acontecimiento, sacudió la cabeza, cerró las contraventanas y se acostó para soñar con un bosque de álamos.

OceanofPDF.com

1

La invitación

AÑO 288 D.C

PRINCIPIOS DE PRIMAVERA,

—¡Flint Fireforge, enano y maestro artesano, convocado por el Orador de los Soles! —anunció una voz.

Flint atisbó cauteloso entre las puertas doradas que se abrían ante él, y entonces sus ojos, de un color azul acerado, se abrieron de par en par, maravillados, mientras su mirada subía, subía y subía, siguiendo las paredes de mármol blanco que se alzaban —sin que las soportaran columnas, contrafuertes ni nervaduras— casi ciento ochenta metros hasta el techo abovedado. A los ojos de Flint, aquella bóveda parecía tan lejana como el propio cielo; y, de hecho, la ilusión era completa a causa del mosaico que cubría la bóveda y que representaba la noche en un lado y el día en el otro. Un traslúcido arco iris dividía las dos mitades. La mera contemplación de la grandiosidad de la Torre le producía vértigo. Flint estaba boquiabierto, y los ojos le lagrimearon de tener tanto tiempo la mirada fija en el diseño del mosaico; por último, la educada tosecilla del lacayo que había anunciado su entrada lo sacó de su aturdimiento.

«No te comportes como un palurdo, Fireforge —se recriminó para sus adentros—. Cualquiera creería que nunca has salido de Casa colina.»

Su aldea natal se encontraba al sur de las tierras elfas, a bastante distancia. Adoptó una postura erguida, se alisó la túnica de color verde mar y avanzó hacia el centro de la sala. Una docena de cortesanos, vestidos con túnicas que les llegaban a las rodillas, de colores verdes, marrones y bermejos, y que sujetaban con cinturones de plata, se volvieron para mirarlo mientras caminaba; sus botas con la suela reforzada con hierro, tan prácticas para la batalla, levantaban un gran estruendo en los suelos de mármol.

Por el contrario, el calzado de su escolta, de suave fieltro almohadillado, hacía que sus pasos sonaran como un leve susurro. Flint intentó caminar de puntillas, algo difícil de lograr con las pesadas botas. Aunque fugaz, captó el esbozo de sonrisa de su acompañante, cuyos almendrados ojos de color castaño, no obstante, mostraban una expresión afable. Algunos cortesanos sonreían, pero la mayor parte de los rostros elfos permanecieron tan impasibles como si estuvieran tallados en un pedazo de hielo del polo sur. Los elfos occidentales, o qualinestis, eran descendientes de los elfos silvanestis, cuyo reino se encontraba a muchas semanas de viaje en dirección este. Unos dos mil quinientos años atrás, hubo una escisión en los elfos orientales, y el nuevo grupo, conducido por Kith-Kanan, viajó hasta el refugio de unos bosques situados en la frontera de Thorbardin, el reino de los enanos. Los qualinestis colaboraron con los enanos de Thorbardin en la construcción de la Torre del Sol. También cooperaron en la realización de Pax Tharkas, una enorme fortaleza emplazada entre los dos reinos; durante más de mil quinientos años, compartieron el gobierno de la fortaleza, hasta que los elfos se aislaron en Qualinost a raíz del Cataclismo, tres siglos atrás, en la época del abuelo de Flint.

Desde entonces, nadie que no fuera elfo había estado en la capital de Qualinesti. Un murmullo hizo que Flint retornara al momento presente.

—Un entorno demasiado grandioso para un enano. La frase que sobresaltó a Flint la había articulado un elfo alto que se encontraba a la izquierda del enano. La túnica de color gris plateado armonizaba con su cabello blanco y su rostro frío; los labios se fruncían en una mueca desdeñosa.

Flint se detuvo, reflexionó un instante y se volvió hacia el elfo, cuyo rostro reflejaba la arrogancia de la que en ocasiones hacen gala quienes creen que una vida longeva les da derecho a exponer sus ideas sin parar mientes en las consecuencias.

—¿Nos conocemos, señor? —inquirió en voz baja—. Si no es así, creo que habéis formado una opinión sin datos en los que basaros.

La mano del enano fue hacia el hacha colgada del cinto. Los ojos grises se quedaron prendidos en los marrones un instante, enfrentados en una pugna de voluntades; entonces, elfo y enano repararon en los boquiabiertos cortesanos que los rodeaban. El elfo giró sobre sus talones en silencio, y abandonó la Torre.

—¿Quién era ése? —preguntó Flint a su escolta, en un susurro audible a cuantos lo rodeaban.

—Lord Xenoth, consejero del Orador de los Soles desde antes que tú o yo hubiéramos nacido —respondió el lacayo con un murmullo discreto—. Algunos afirman que ya estaba aquí cuando Kith-Kanan y sus aliados enanos construyeron la Torre.

Su acompañante poseía una pasmosa habilidad para hablar sin apenas despegar los labios, pensó Flint, si bien el elfo parecía realizar un gran esfuerzo para disimular alguna emoción, ya que los labios le temblaban de una manera incontrolable.

Flint era el primer enano que contemplaba la cámara central desde que se había construido la Torre en un remoto pasado, hacía dos mil quinientos años. «*No está mal* —pensó—. *Mi madre se sentiría orgullosa de mí.*»

Unas cuantas semanas atrás, se encontraba en Solace, tomando una cerveza en la posada *El Último Hogar*; y ahora, estaba aquí, en el mítico reino elfo. Volvió la cabeza hacia su acompañante a fin de preguntarle si los elfos bebían cerveza, pero el lacayo miraba hacia otro lado.

El enano era consciente de que su presencia resultaba chocante, fuera de lugar, en la estilizada Torre y entre los esbeltos elfos. Su talla apenas alcanzaba la mitad de la de sus anfitriones. Su tronco era redondo como un barril, y sus brazos, desarrollados por el trabajo de la forja, eran el doble de gruesos que los del elfo más fuerte entre los presentes.

Además de la túnica verde mar, vestía unas polainas de un tono marrón rojizo, semejante a hierro oxidado, sujetas con un ancho cinturón de cuero; para completar el conjunto, se cubría con una capa de viaje llena de manchas. Llevaba sujeta la barba con el cinturón, y se había atado la negra y espesa mata de pelo con una tira de cuero, a fin de ofrecer un aspecto más presentable. Por desgracia, Flint no tenía idea de cuál era la indumentaria más adecuada para presentarse ante el gobernador de un reino elfo, y, a pesar de que había puesto todo su empeño en ello, tenía la humillante sensación de no haber estado muy acertado en su elección. En cualquier caso, en su vestuario no había gran variedad de túnicas de hilos de oro. Habría de conformarse con su indumentaria de viaje.

Estos elfos eran unos tipos muy extravagantes, pensó para sus adentros mientras caminaba, sin pasarle inadvertido que los murmullos lo precedían y se alzaban a sus espaldas, pero se interrumpían a su paso. Eran todo espiritualidad y nada corpóreo, esbeltos y relucientes como retoños de álamos, e igual de hermosos, envueltos en un halo dorado; o, al menos, así se lo parecía al enano. Quizá no era más que un efecto visual causado por la luz. Mucho tiempo atrás, cuando se construyó la Torre, los artesanos enanos habían colocado miles de espejos de manera que la luz del sol se reflejara en todo momento en el interior de la Torre, fuera cual fuera la posición del astro.

Los elfos, cuyos murmullos habían cesado, observaron al barbudo enano con cortés curiosidad, y, por fin, tras lo que a Flint le pareció un siglo, se encontró ante la tribuna que se alzaba en el centro de la sala.

—Bienvenido, maestro Fireforge —saludó el elfo que se encontraba allí. En su voz había un tono afectuoso. El Orador de los Soles era alto, incluso entre los suyos, y el encontrarse sobre la tribuna lo ponía más de manifiesto. Flint se sintió físicamente abrumado. El Orador, descendiente del héroe Kith-Kanan, lo había dejado impresionado.

El Orador sonrió, y su gesto logró que Flint dominara en parte el nerviosismo que le atenazaba la boca del estómago. La sonrisa de Solostaran era sincera y se reflejaba en sus ojos inteligentes, de un color verde tan profundo como un bosque. Flint suspiró, sintiéndose más

tranquilo. Ahora ya no parecían tan importantes las frías miradas de los cortesanos.

—Confío en que tu viaje haya sido tranquilo y sin contratiempos —añadió el Orador.

—¡Tranquilo! ¡Por Reorx! —exclamó el enano, con un deje de afable reconvencción.

Se encontraba sentado en su silla favorita en la posada El Último Hogar cuando fue abordado por un par de guardias elfos que le habían transmitido la invitación de su señor y, de un modo perentorio, le habían pedido que los acompañara a la misteriosa capital elfa, la legendaria ciudad que muy pocos miembros de otras razas habían contemplado en los últimos siglos. Habían viajado por terrenos agrestes, bordeado precipicios, subido escaleras ocultas tras cataratas y recorrido húmedos túneles.

Decir que la ciudad estaba bien protegida, era quedarse corto. Los picos al sur de Qualinost se encumbraban intimidantes tanto por su altitud como por lo escarpado de sus laderas, de manera que cualquier posible enemigo lo pensaría dos veces antes de iniciar una invasión. Los cursos de dos ríos convergentes que discurrían por profundas torrenteras de más de ciento cincuenta metros de ancho, protegían Qualinost por el oeste, el norte y el este. Dos puentes estrechos, fáciles de derribar en caso de que el enemigo se las ingeniara para abrirse camino entre la densa floresta y el propio bosque donde se ubicaba la ciudad, eran las únicas vías de comunicación sobre las torrenteras. El enano reparó en que el Orador aguardaba una respuesta.

—Oh... Yo... Eh... Sí, gracias, señor..., majestad —balbuceó mientras se esforzaba por recordar qué pregunta le había hecho Solostaran. Sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas al ver que los cortesanos se ponían tensos y fruncían el entrecejo. El elfo que lo había escoltado hizo una reverencia y se alejó con pasos silenciosos. Flint tuvo la desoladora impresión de verse despojado de toda ayuda.

—¿Encuentras de tu agrado nuestra amada ciudad? —preguntó el Orador con cortesía.

Flint, que se sentía mucho más a gusto en su forja que entre lo que su madre habría llamado «compañía refinada», se encontró de nuevo sin saber

qué responder. ¿Cómo expresar lo que había sentido al ver por primera vez la que sin duda era la ciudad más bella de Krynn? Los qualinestis imitaban la hermosura de su reino forestal construyendo sus hogares a imagen y semejanza de los álamos y robles de los bosques del entorno. Sin recurrir al ángulo de noventa grados que denotaba la mente humana, analítica en exceso, los elfos creaban viviendas tan variadas como la propia naturaleza. Casas y pequeños comercios cónicos, con forma de árboles, jalonaban las calles pavimentadas con mosaicos azules. Sin embargo, los edificios no eran de madera, sino de cuarzo rosa. Cuando la vio bajo la luz de la tarde, la ciudad relucía al reflejarse los rayos del sol en el cuarzo facetado. Perales, melocotoneros y manzanos en flor crecían en profusión. Incluso en el interior de la Torre del Sol se olía el aroma penetrante de los brotes florecidos.

—La ciudad es maravillosa, majestad —repuso por fin el enano.

El corazón le dio un vuelco cuando varios cortesanos dieron un respingo. ¿Qué había dicho? El Orador descendió de la tribuna y se agachó sobre el enano; Flint se mantuvo firme, aunque temblaba por dentro.

—Llámame Orador —dijo Solostaran con voz queda, a fin de que no lo oyeran los elfos que los rodeaban.

Flint asintió en silencio, y Solostaran se irguió otra vez. Sin embargo, un par de orejas agudas habían escuchado las palabras del Orador. Una risita, contenida de inmediato, hizo que el enano mirara a espaldas de Solostaran, cuyo semblante asumió una expresión de enfado. Tres jóvenes elfos... —mejor dicho, dos jóvenes elfos, pues el tercero, un zagal de cabello rojizo y actitud circunspecta, era un semielfo, reparó Flint— formaban un grupo apiñado en la parte posterior de la tribuna. El Orador señaló con un ademán a los dos elfos.

—Mis hijos, Gilthanas y Loralanthalasa. Ella necesita una lección de decoro y comportamiento en la corte.

La chiquilla soltó otra risita.

El muchacho era una versión juvenil de su elegante y esbelto padre. Y la niña... Flint jamás había visto a una criatura igual. Decir que era encantadora sería como decir que el sol es una vela, sentenció Flint, aunque

no era poeta. Era flexible como un sauce, con los ojos del color de brotes de hojas, y el cabello tan dorado como el sol del amanecer. El Orador la miró con los ojos entrecerrados y el entrecejo fruncido, y la radiante chiquilla hizo un mohín. Ella era la única de todos los presentes que no superaba a Flint en estatura; su aspecto era el de una niña humana de cinco o seis años, pero Flint casi estaba seguro de que superaba los diez.

—¿Y éste? —preguntó Flint, señalando con un gesto de la cabeza al semielfo, quien enrojeció y apartó la vista.

El enano tuvo la impresión de que su pregunta había hecho que el muchacho se sintiera muy incómodo al llamar la atención sobre él. Era mayor que los otros dos, y al enano no le parecía que existiera entre ellos una relación de parentesco. En su constitución había cierta robustez, mientras que los otros poseían la flexibilidad de una fusta; sus ojos eran menos almendrados, y sus rasgos más firmes y marcados. Todo ello le hacía parecer a los ojos de Flint más semejante a cualquier muchacho de Solace que a un elfo.

—Es mi protegido, Tanthalas, o Tanis —respondió el Orador con suavidad.

De nuevo, Flint se encontró sin saber qué decir. Era evidente la incomodidad del chico al saber que la atención estaba puesta en él. En ese momento, el consejero, a quien el acompañante de Flint había identificado como lord Xenoth, salió de una antesala que había en la parte posterior de la tribuna y se situó delante del joven semielfo. Tanis se apartó a un lado. El resentimiento irradió del cuerpo del muchacho como el calor difundido por una hoguera de campamento, pero Flint no supo descifrar hacia quién iba dirigido tal sentimiento.

El Orador señaló con un ademán a otro elfo, que se encontraba a la derecha, bajo una de las balaustradas de mármol esculpido. El joven tenía el cabello rubio, y sus rasgos eran simétricos; podría considerárselo atractivo a no ser por los ojos, que estaban un poco juntos y algo hundidos bajo el puente de la nariz, pensó Flint, quien también conjeturó que el semblante del joven exhibiría aquel la expresión ceñuda incluso cuando se sintiera

feliz. Estaba reunido con un grupo de otros tres elfos igualmente altivos, dos hombres y una mujer.

—Mi hijo mayor, Porthios —presentó Solostaran con orgullo. El joven elfo hizo una ligera inclinación de cabeza.

«Vaya, vaya —pensó Flint—. Aquí tenemos a un tipo al que le sobra arrogancia; y, probablemente, al que no le hace ninguna gracia tener en su preciosa Torre a alguien que no sea elfo al ciento por ciento, o incluso que no pertenezca a un alto linaje, como en los viejos tiempos de la Guerra de Kinslayer.»

De nuevo, el Orador parecía aguardar algún comentario. Flint decidió que el mejor modo de actuar era mostrarse sincero.

—Me temo que no estoy muy versado en linajes de familias nobles, y menos aún en las de los elfos. Sin embargo, espero remediarlo pronto —dijo, mientras soltaba la tensión de los hombros.

—¿Por qué aceptaste mi invitación? —preguntó Solostaran. Su mirada era tan penetrante que, por un momento, Flint tuvo la impresión de que no había nadie más en la sala, y captó la autoridad ejercida por cada Orador desde los tiempos de Kith-Kanan. No era aconsejable enfrentarse a alguien así.

—En las últimas semanas, he tenido tiempo de hacerme esa misma pregunta —repuso—. Debo admitir que la razón principal ha sido la curiosidad.

Lord Xenoth frunció los labios y se apartó otra vez, de manera que su larga túnica plateada susurró al rozar el mármol de la tribuna.

—La curiosidad mató al kender —susurró el viejo consejero, como si fuera el apuntador de una representación, a los dos niños que el Orador había llamado Gilthanas y Lauralanthalasa.

Gilthanas soltó una risita. La niña miró de soslayo al viejo elfo, y luego apartó la vista con premeditado desdén mientras daba un paso para situarse junto al semielfo, Tanis. Éste permaneció inmóvil, como si no advirtiera la proximidad de la preciosa chiquilla.

Solostaran dirigió una mirada a Xenoth que hizo palidecer al viejo consejero, lo que, a su vez, arrancó una sonrisa tirante al semielfo. Sin

embargo, cuando el Orador se volvió hacia Flint, sus ojos habían asumido de nuevo una expresión amable.

—Curiosidad —repitió, como dando pie al enano para proseguir.

—Como ocurre con la mayoría, no había visto Qualinesti —explicó Flint—. Es un hecho conocido por todos que los bosques de Qualinesti son impenetrables para la gente corriente. Que se pusiera a mi disposición una escolta, y por orden del Orador de los Soles en persona, significa un gran honor poco común. —«*No ha estado mal del todo el discurso*», se dijo el enano, que, animado por el suave cabeceo del Orador, prosiguió—. La artesanía de los qualinestis es famosa en todo Ansalon. Vuestros productos son muy apreciados en Haven, Thorbardin, Solace y otras ciudades de la región. A fuerza de ser sincero, esperaba aprender algo de vuestra técnica para mejorar mis conocimientos en el arte de trabajar metales.

Y, además, añadió para sus adentros el enano, los enviados del Orador los habían invitado a él y, a sus amigos a tantas rondas de cerveza en la posada *El Último Hogar*, que al final de la velada al enano le daba vueltas la cabeza. Se había despertado a la mañana siguiente frente a una mula en la que iban cargados sus pertrechos de viaje, y lo habían echado a lomos del animal, con la cabeza colgando por un lado y los pies por el otro, como si fuera otro bulto más del equipaje.

—¿Lo dices en serio, maestro Fireforge? —preguntó con voz tranquila el Orador. Flint parpadeó.

—Eh... No sé bien a qué os referís —logró balbucir.

—Dijiste que no sabías mucho de los elfos, y que te gustaría poner remedio a esa ignorancia. ¿Es cierto?

Flint miró a su alrededor, a la airosa Torre, a los rubios elfos y a la regia figura del Orador, resplandeciente en sus vestiduras verdes respunteadas con hilos de oro. El aroma de los brotes en flor se había hecho un tanto pesado, pero incluso eso guardaba un toque de originalidad. Por extraño que parezca, en especial habida cuenta de que era un Enano de las Colinas, más acostumbrado a los campos de batalla y a las tabernas que a majestuosas torres revestidas con pan de oro, Flint se encontró con que la única respuesta que podía dar era un «sí».

—He de confesar que, en los últimos tiempos, nuestros conocimientos sobre los enanos también son muy limitados —dijo el Orador—. Nuestros pueblos fueron amigos y aliados en el pasado. Juntos construyeron la gran fortaleza de Pax Tharkas y esta ciudad. No propongo que nosotros llevemos a cabo una tarea tan grandiosa, maestro Fireforge. Me daría por satisfecho si, con buena voluntad por ambas partes, nace entre nosotros una amistad.

Algunos de los cortesanos prorrumpieron en murmullos de aprobación. Otros, entre los que se contaban lord Xenoth y el grupo de Porthios, guardaron silencio. Flint sólo fue capaz de sonreír con timidez mientras se metía las manos en los bolsillos.

—¡Por Reorx! —exclamó de repente, y abrió los ojos de par en par—. Eh..., disculpad, eh..., Orador.

Solostaran ya no se esforzó por ocultar su sonrisa.

—Supongo que te preguntarás el motivo de esta invitación, amigo mío —dijo.

Levantó la mano, y un brazalete de plata, con ágatas musgosas incrustadas, se deslizó desde su muñeca hasta el antebrazo. Flint contuvo el aliento al reconocer la pieza como una de sus obras. Entonces, un sirviente adelantó un paso, llevando en las manos una bandeja de plata decorada a semejanza de un dragón plateado. Sobre ella, reposaban dos copas del mismo metal, finamente trabajadas y pulidas. Tres hojas de álamo «crecían» del pie de la copa y abrazaban el cuenco que contenía el vino.

—Pero, eso es... —balbuceó Flint, y enmudeció.

El sirviente aguardó a que el Orador y el enano cogieran las copas de la bandeja. Solostaran alzó la suya.

—Obra tuya —finalizó por él el Orador—. Tengo algunos encargos para ti si aceptas nuestra hospitalidad. Mas ése es un asunto del que podremos hablar mañana con más detalle. Por el momento, te ruego que bebas conmigo.

Aturdido porque el señor de los qualinestis, un pueblo conocido por su habilidad para trabajar la plata y el oro, ensalzara las obras de un enano, Flint se tomó de un trago el contenido de la copa que había realizado un año atrás. Sabía que en el fondo de la copa estaba impreso su sello, la palabra

«Solace» y el año. Se preguntó si... La mente se le quedó en blanco cuando el sabor del vino elfo alcanzó su cerebro; los ojos se le humedecieron y su garganta se rebeló con violentas contracciones.

—¡Por el mazo de Reorx! —exclamó con voz estrangulada.

Había oído hablar del vino cosechado por los elfos. Tenía renombre por su embriagador aroma a frutos en flor, y la fuerza demoledora de su contenido en alcohol. Sólo quienes tenían sangre elfa eran capaces de tragarse aquella mezcla dulzona, había oído comentar, cuyo efecto era equivalente al impacto de la coz de un centauro en mitad de la sesera. El aroma a manzanas y melocotones pareció penetrar su cuerpo por dentro y por fuera; Flint tuvo la sensación de haber sido embalsamado en vida con perfumes. Ante sus ojos, oscilaron las figuras de dos o tres Oradores; la imagen de los tres elfos que rodeaban a Porthios se convirtió en un grupo de quince o dieciséis. La risa cristalina de Lauralanthalasa se alzó sobre el coro de ruiseñores de Abanasinia que estalló repentinamente en su cerebro. Flint boqueó e intentó sentarse en la tribuna del Orador —al diablo con el protocolo—, pero parecía que a la endemoniada tribuna le hubieran crecido patas, y le resultó imposible alcanzarla.

De pronto, otro elfo llegó junto a él. Flint vio a través de las lágrimas unos iris tan claros que casi eran transparentes. El nuevo rostro estaba enmarcado por un cabello igualmente pálido y la capucha de una túnica carmesí.

—Aspira por la nariz, y expulsa el aire por la boca —le indicó una voz ronca.

—Aaaag... ¡Ufff! —gruñó Flint.

—Aspira por la nariz... —repitió el elfo, a la vez que ilustraba con la acción sus palabras. El enano, que había llegado a la conclusión de que, de todos modos, iba a morir de un momento a otro, trató de seguir sus instrucciones.

—¡Uffff! —resolló.

—... expulsa el aire por la boca.

—¡Ffffu! —respondió el enano.

El elfo esparció en el aire unas hierbas mientras musitaba unas palabras que podían ser una forma arcaica del lenguaje elfo, o vocablos mágicos, o ambas cosas a la vez. Flint sintió una súbita mejoría. Yacía despatarrado sobre los escalones de la tribuna, con la copa vacía en su mano. La sala estaba desierta, salvo por el Orador, el joven semielfo, Lauralanthalasa y el mago que le había salvado la vida.

—Con todos los respetos, Orador, me atrevo á afirmar que á nuestro huésped no le apetecerá una segunda copa —susurró la voz rasposa del elfo, mientras ayudaba á Flint á incorporarse—. El vino de frutas es para paladares habituados.

El enano se tambaleó, y el semielfo corrió á su lado para sostenerlo. Flint, incapaz de hablar, se lo agradeció con un cabeceo.

Tal vez el maestro Fireforge prefiera reanudar está conversación en otro momento, Orador —insinuó con voz queda el mago. Solostaran miró al enano.

—Sí, puede que tengas razón, Miral —respondió.

—Estoy bien —protestó el enano en medio de toses. Su semblante se tornó pálido. El hechicero chasqueó los dedos, y una fina oblea de *quith-pa* se materializó en la palma de su mano. Flint masticó el pan mientras el Orador, que actuaba de un modo más natural ahora que la ceremonia oficial había concluido, llamó con un ademán á su hija.

La niña, cuyas orejas puntiagudas apenas asomaban entre la espesa mata de cabello dorado, sacó una cadena que colgaba de su cuello; en el extremo se balanceó una hoja de álamo perfecta, que relució con la luz dorada. A pesar de parecer natural, como si acabara de arrancarse del árbol, la hoja estaba hecha de plata y esmeraldas, y estaba realizada con tal maestría que no se diferenciaba de una real á no ser por los destellos que emitía y que se reflejaban en la faz ensimismada de la niña.

El enano dio un respingo; el movimiento lo hizo eructar, y la chiquilla soltó otra risita.

—Hice esa hoja hace seis meses —exclamó Flint, mientras se tragaba el último bocado de *quith-pa*—. Se la vendí á un elfo que estaba de paso en Solace.

—Mi enviado —explicó el Orador. Flint abrió la boca para decir algo, pero Solostaran alzó una mano—. La hoja es perfecta. Ningún otro árbol es más amado por un elfo que el álamo. Decidí buscar al artista capaz de reflejar ese sentimiento en su obra. Y descubrí que el artífice no era un elfo, sino un enano. —El Orador se dio media vuelta, pero al punto se detuvo—. Debes de estar agotado por el viaje. Miral te conducirá á tus aposentos —dijo.

Solostaran observó al enano y al mago mientras abandonaban la sala. Habían transcurrido muchos años desde que se había visto tal imagen por última vez en Qualinost. Demasiados. Últimamente se vivían tiempos turbulentos. Parecía que fue ayer, en lugar de treinta años atrás, cuando una banda de desalmados había asesinado á su hermano Kethrenan. Y tales asaltos no habían cesado.

—Amistad... —repitió Solostaran, como un eco á sus propias palabras pronunciadas con anterioridad. El mundo sería mejor con un poco más de amistad.

* * *

Las calles de la ciudad elfa discurrían bajo los pies de Flint. Antes de que lo condujera á su aposento, el enano le había pedido á Miral que lo llevara á alguna parte para ver algo más de la ciudad. El elfo lo había conducido por las enlosadas avenidas flanqueadas por edificios de mármol o cuarzo rosa, cuyos cristales descomponían la luz en un abanico de colores.

Álamos, robles y piceas rodeaban los edificios, de manera que las casas de Qualinost parecían también algo vivo, con las raíces profundamente arraigadas en la tierra. En las plazas burbujearon fuentes, donde los elfos —las mujeres ataviadas con sutiles tejidos plateados, y los hombres con calzas de color verde musgo— departían en voz baja o escuchaban la música de flautas y timbales. El aire era cálido y transparente, tan agradable como una brisa estival, a pesar de que el invierno apenas había terminado y sus frías garras aferraban todavía los campos.

Mientras Flint observaba estas escenas, el sol descendió en el horizonte, y sus últimos rayos del ocaso, combina dos con los tonos rosas del cuarzo vivo, bañaron la ciudad con una luz rúbea. Las baldosas azules y blancas del pavimento adquirieron un tinte púrpura. El aroma á *quith-pa* recién horneado y a venado asado impregnaba el ambiente, y pocos fueron los elfos que estuvieran demasiado ocupados para no salir á las puertas de sus hogares o de sus establecimientos para disfrutar del bello crepúsculo.

El perfume de los árboles en flor aún le resultaba algo cargante al enano, pero Flint decidió pasarlo por alto.

Miral lo condujo á una callejuela que subía en arco por una elevación situada en el centro de la ciudad. La angosta vía terminaba en una plaza gigantesca, la Sala del Cielo, cuyas paredes eran los pálidos troncos de los álamos que crecían a su alrededor, y cuyo techo era la bóveda azul del firmamento.

—¿Esto es una sala? ¡Pero si no tiene techo! —se extrañó el enano cuando Miral le dijo el nombre del lugar. El elfo esbozó una sonrisa.

—El cielo es su techo, como decimos nosotros, si bien algunos piensan que en el pasado hubo un tiempo en el que se alzó aquí una sala donde se guardaba algo de valor incalculable. Existe el mito de que Kith-Kanan hizo que el pabellón se encumbrara a los cielos para proteger lo que custodiaba. —Asumió una expresión melancólica y aspiró hondo el aire cargado del perfume a flores—. Se dice que quienquiera que encuentre esa edificación alcanzará la gloria

—Que no es moco de pavo —comentó el enano.

Miral lo miró de reojo y, tras una pausa, se echó a reír.

Los dos hombres contemplaron en silencio Qualinost, que empezaba a desdibujarse a medida que el ocaso llegaba a su fin. En los hogares elfos surgieron los puntos luminosos de lámparas tras las ventanas acristaladas, algo poco corriente en las viviendas de otras razas.

Desde la Sala de Cielo, enclavada en el corazón de Qualinost, Flint divisaba gran parte de la milenaria ciudad. En cada uno de los cuatro vértices, asomando por encima de las copas de los árboles, se alzaban sendas torres esbeltas, enlazadas entre sí por cuatro gráciles puentes que se

elevaban en un arco sobre el suelo. Los delicados puentes semejaban sutiles hilos de araña que relucían aun sin estar presente el sol. A pesar de su frágil apariencia, Flint sabía que eran tan resistentes que soportarían el peso de un ejército, y la emoción oprimió el corazón del enano ante aquella muestra de la maestría de sus artífices, los antiguos enanos. Se preguntó si Krynn volvería a conocer semejante grandeza. Hacia el norte, en la cima de otra colina, se erguía la Torre del Sol, tan alta que Flint tuvo la convicción de que, si alguien se subía al techo, no tendría más que extender la mano para tocar el cielo. Prueba de la gran altitud de la Torre era que en su dorada superficie siguió reflejándose la luz del sol mucho después de que el astro se hubiera metido tras los edificios más bajos, en vueltos ya en sombras.

—¿Viste los dos ríos? —preguntó Miral, señalando las dos profundas torrenteras que discurrían por el este y el oeste de la ciudad. Flint rezongó por lo bajo. ¿Que si los había visto? ¡Por Reorx! Había tenido que cruzar uno de ellos por encima de un puente bamboleante que, por las apariencias, no podía soportar el peso de un palomo y mucho menos el de un corpulento enano. El recuerdo de aquel profundo y rocoso barranco abierto a sus pies todavía le ponía la piel de gallina.

—El que está al este se llama *Ithal-enatha*, el río de las Lágrimas —explicó Miral con voz queda—. El otro es *Ithalmen*, el río de la Esperanza. Sus cursos confluyen al norte, más allá de la Torre, para desembocar en el río de la Rabia Blanca, y, posteriormente, en el mar.

—Unos nombres muy peculiares —dijo Flint con un gruñido.

—Sí. Y muy antiguos. Se los impusieron en la época en que Kith-Kanan y su gente atravesaron los bosques de Qualinesti. Representan las lágrimas derramadas durante la Guerra de Kinslayer, y la esperanza del futuro que los aguardaba cuando finalizó el conflicto.

El compañero del enano se sumió en el silencio, y Flint agradeció su mutismo para así disfrutar de ese momento de paz, con la mirada perdida en la ciudad extendida a sus pies. No obstante, el instante mágico llegó a su fin. Era hora de regresar.

Miral acompañó a Flint al palacio del Orador, situado al oeste de la Torre del Sol; poco después, el enano se encontraba en lo que sería su

alojamiento temporal, una estancia de techos altos y suelos de mármol, tres veces más grande que su casa de Solace. El mago le informó que tenía tiempo para descansar y asearse, y le señaló una puerta que se abría a un cuarto pequeño en el que había una tina llena de agua perfumada. El elfo se marchó tras anunciarle que pronto le servirían alimentos y cerveza; ni una gota de vino de frutas elfo, por supuesto.

—¡Un enano en Qualinost! —se repitió a sí mismo Flint una vez más, con un resoplido.

Mientras pensaba que el gusto elfo referente a perfumes y a vinos distaba mucho del suyo propio, se despojó de la túnica y se metió en el baño perfumado para quitarse la suciedad y el polvo del camino.

Cuando, poco después, un sirviente elfo entró en la estancia con una bandeja en las manos, se encontró al enano arrebuñado en una bata de color rojizo, despatarrado sobre la cama, y roncando plácidamente. En silencio, el sirviente dejó sobre una mesa la bandeja con cerveza, lonchas de venado asado y patatas cortadas en cuadraditos; apagó las velas que iluminaban la habitación, y dejó al enano dormido, soñando.

2

Guardaos de la oscuridad

El hombre, cuando soñaba, se veía a sí mismo como un niño, no como un adulto. Soñaba que era un pequeñín de caminar bamboleante, parado ante la boca de un túnel. Alrededor de la oscura abertura había mármol, mosaicos y cuarzo, antaño brillantes y pulidos, pero ahora sucios por el paso del tiempo y el desuso. Un árbol pequeño —no un álamo, ni un roble, o ninguna otra clase que el niño hubiera visto en su corta vida— crecía entre la piedra, junto a la entrada del túnel. El pequeño encogió la nariz al percibir el olor a humedad y —sus ojos se abrieron de par en par— ¡a canela! Canela y el azúcar en polvo untados en *quith-pa*, la merienda favorita del niño. Tenía hambre y estaba cansado tras pasar el día al aire libre.

La voz de su madre lo llamó desde la fronda del cercano bosquecillo, la sagrada zona forestal próxima al centro de Qualinost. El pequeño permaneció inmóvil, indeciso, ante la boca del túnel, sin soltar el muñeco de trapo, un dragón, que su gordezuela mano sujetaba con fuerza. El día anterior esta cueva no estaba allí, pensó el niño, pero ahora sí. Todo es posible en el mundo infantil, y el niño jamás había experimentado el miedo.

Una *presencia* le hizo señas desde el interior para que se acercara. Quizá quisiera jugar con él; sus hermanos mayores no le hacían caso, pues siempre estaban muy ocupados con importantes asuntos que no eran incumbencia de los pequeños. Su madre lo llamó otra vez, con un deje de temor en la voz.

El chiquillo vaciló. ¿Sería el juego, en el que el bebé se escondía y mamá lo buscaba? ¿Qué mejor sitio para esconderse que este precioso túnel? El cuarzo, el mármol y el mosaico relucían ahora como si la *presencia* mágica los hubiera abrigado en un visto y no visto.

La madre ordenó que saliera de su escondite, de inmediato. En caso contrario..., advirtió.

Aquello lo decidió. El niño entró corriendo en la cueva. Y, en el mismo instante, durante el breve momento de duda en medio de las tinieblas del túnel, crecieron enredaderas de la húmeda tierra; cayeron piedras desprendidas que cegaron la boca del túnel, y cortaron el paso de la luz del atardecer. Segundos después, la entrada había desaparecido.

El pequeño se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, con la mira fija en el montón de cascotes que antes había sido la boca del túnel. Quería salir de allí, pero ya no había salida. Ni había luz. Ni olor a canela.

Sólo había un túnel.

El hombre se despertó, sacudido por los sollozos.

OceanofPDF.com

3

Flint se instala en Qualinost

AÑO 288 D.C

FINALES DE VERANO,

Flint estuvo muy ocupado durante las semanas posteriores a su viaje a Qualinost. Hoy, como casi todos los días, el enano se dirigió a la Torre del Sol, y aguardó apenas unos momentos junto al guardia en el frío corredor, ante la cámara del Orador, antes de que el señor elfo le diera permiso para entrar.

Aun hoy, tras haber vivido varios meses en Qualinost, el esplendor sin par de la cámara del Orador conmovía el alma de Flint. Los Enanos de las Colinas, al igual que los elfos, se sentían muy unidos a su entorno natural. La luz penetraba a raudales a través de las paredes transparentes —extravagantes paredes de cristal— que hacían que el paisaje arbóreo del exterior de los aposentos privados semejara una extensión más de la propia cámara.

En las últimas semanas, los frutos de perales y melocotoneros habían doblado con su peso las ramas, y las manzanas habían adquirido un llamativo color rojo. Los aposentos de Solostaran estaban decorados con sobriedad. Las paredes de mármol blanco surcado con vetas grises contrastaban con los antepechos de cuarzo rosa. Las antorchas, carentes de utilidad por la claridad que inundaba la estancia durante el día, permanecían

frías y apagadas en los hacheros de hierro. A un lado de la cámara había un escritorio con el tablero de mármol; detrás, en un sólido sillón de roble situado de manera que su ocupante tuviera buena vista tanto de la puerta como del exterior, se encontraba el Orador. Las vestiduras de Solostaran, de un tono verde profundo, ponían la nota de color más llamativa en la cámara, y su innata actitud de autoridad captaba la total e inmediata atención de quienquiera que entrara.

—¡Maestro Fireforge! —saludó el Orador mientras se incorporaba; un destello risueño iluminó sus verdes ojos—. Adelante. Como siempre, tu presencia es una agradable justificación para hacer un alto en los asuntos de Estado. —Señaló con un ademán un cuenco de plata lleno de frutos secos escarchados, albaricoques en conserva, rodajas de manzana, cerezas y otras clases de fruta, que habían crecido, sin duda, en el jardín exterior, a escasos metros de la cámara—. Sírrete, amigo mío.

Flint declinó su ofrecimiento, y manipuló con torpeza varios pliegos de pergamino, procurando que no se le cayera ninguno en el suelo de baldosas de mármol negras y blancas. Por fin, logró reunirlos en un montón y los puso sobre el escritorio del Orador haciendo caso omiso de las arrugas del papel. Como era habitual, Solostaran acogió con exclamaciones los diseños trazados con carboncillo, y seleccionó varios de entre los muchos que le gustaban.

El Orador parecía estar algo distraído hoy, si bien su conversación resultó tan afable como siempre.

—Como he dicho a menudo, eres un excelente artesano, maestro Fireforge —comentó.

Durante varios minutos, los dos hombres discutieron el diseño de unos hacheros nuevos para los aposentos del Orador, y si Solostaran los prefería con el habitual acabado en negro o con un pulido final para abrillantar el metal. El Orador seleccionó una combinación de ambas opciones. De improviso, sonó una llamada en la puerta. Era Tanis. Avanzó hacia el escritorio con unos movimientos carentes de la notoria gracia de los elfos.

—¿Deseabas verme, Orador? —preguntó el semielfo a Solostaran.

Tanto sus rasgos como la actitud desmañada y la desproporción de las extremidades denotaban esa edad crítica del adolescente que aún no se ha hecho hombre; parecía estar a caballo entre dos mundos por doble partida: elfo y humano, niño y adulto. El enano reparó en que no tardaría mucho en tener que afeitarse. Otra evidencia más de su mestizaje humano. Flint se estremeció al imaginar lo que se le avecinaba al semielfo con algunos de aquellos elfos barbilampiños. Tanis llegó ante el escritorio del Orador y saludó con una leve inclinación de cabeza al enano, quien, a despecho de haber rechazado antes la invitación de Solostaran, masticaba una rodaja de manzana y guardaba silencio.

—Ha llegado el momento de que inicies un entrenamiento regular para perfeccionar el tiro con arco, Tanthalas —dijo el Orador—. He elegido al instructor.

Tanis dirigió una mirada mezcla de sorpresa y complacencia a Flint.

—¿El maestro Fireforge? —inquirió esperanzado el semielfo.

El enano se tragó el trozo de manzana y sacudió la cabeza.

—Yo no, muchacho. Desconozco el manejo del arco, aunque estaría encantado de demostrar las ventajas de un hacha de guerra. —«*Y no haría mal papel el semielfo con su musculatura*», pensó Flint.

—El hacha no es un arma elfa —corrigió con suavidad Solostaran—. No, Tanis. Lord Tyresian ha aceptado encargarse de tu entrenamiento.

—Pero Tyresian... —el semielfo no acabó la frase, y la expresión de descontento volvió a su rostro.

—Es uno de los mejores arqueros del reino —concluyó el Orador—. También es el mejor amigo de Porthios, y el heredero de una de las familias más nobles de Qualinost. Podría ser un valioso aliado tuyo, Tanthalas, si le causas buena impresión como discípulo.

Flint, de quien al parecer se habían olvidado durante la conversación, observó a Tanis con los ojos entrecerrados mientras cogía del cuenco de plata una pera escarchada y se la llevaba a la boca. El muchacho y Tyresian jamás serían aliados, pensó el enano, al recordar al noble elfo a quién había conocido el día de su llegada. Tyresian, uno de los cuatro o cinco elfos de buena cuna que se pegaban a Porthios, heredero del Orador, como las

moscas a la miel, tenía el don de caer bien a la aristocracia. Pocos eran los elfos corrientes que estaban en disposición de igualar el alto nivel de vida de Tyresian. Considerado atractivo por los cortesanos, Tyresian tenía los ojos azules y penetrantes, y —algo poco habitual entre los elfos— llevaba el pelo muy corto, poco más de dos centímetros de longitud. No era pues de sorprender que, a los ojos de Tyresian, un enano, por muy buen artesano que fuera, no estuviera a su altura; y Flint suponía que, en su escala de valores, un semielfo ocuparía un peldaño aún más bajo. El enano se preguntó en qué medida habían influido los prejuicios de Tyresian en la mal disimulada actitud de superioridad mostrada por Porthios hacia el protegido de su padre. Tanis inició una última protesta.

—Pero, Orador, mis estudios con el maestro Miral me ocupan gran parte del día, y...

Solostaran lo interrumpió con cierta irritación.

—Basta, Tanthalas. Miral te ha enseñado mucho de ciencia, matemáticas e historia; pero es mago. No está capacitado para instruirte en el manejo de las armas. Tyresian se reunirá contigo en el patio norte de palacio a media tarde. Si deseas hablar con él antes, lo encontrarás en los aposentos de Porthios.

Tanis abrió la boca, pero, al parecer, lo pensó mejor y, con un cortes «sí, señor», cruzó la cámara con porte tieso y salió.

Solostaran siguió mirando durante unos segundos la puerta por la que había salido el muchacho, y que había cerrado con un sonoro portazo.

Sólo cuando Flint empezó a recoger los diseños y el ruido de papeles le llamó la atención, el Orador recordó la audiencia con el enano.

—¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó Solostaran de nuevo, haciendo un vago gesto hacia el cuenco, ahora medio vacío—. ¿Alguna fruta escarchada? ¿Un poco de vino?

Flint declinó el ofrecimiento alegando que había comido antes de reunirse con el Orador. Una fugaz sonrisa —cuyo motivo el enano no alcanzaba a comprender— iluminó la faz de Solostaran, pero enseguida se desvaneció. Flint se puso bajo el brazo el paquete de rollos de pergamino; se disponía a partir cuando la voz del Orador lo detuvo.

—¿Alguna vez has sentido la necesidad de poder cambiar la historia, maestro Fireforge? —preguntó con gesto pensativo.

Flint hizo un alto, y los grises ojos miraron atentos los verdes del Orador. El enano comprendió que entre los elfos no había nadie a quien el dignatario pudiera llamar amigo. Desde que había sido investido como Orador en los tumultuosos años después de que el Cataclismo cambiara la faz de Krynn, Solostaran se había convertido en el foco de continuos rumores de destitución. Mantenía su cargo merced a su gran personalidad y fuerte carácter, a la innegable circunstancia de que pocos elfos podían remontar su linaje hasta los tiempos de Kith-Kanan, y a la innata aversión de esta raza a verter la sangre de sus congéneres. Aun así, Solostaran tenía que estar al corriente de los rumores de descontento que de vez en cuando circulaban entre los cortesanos. Algunos creían que Qualinesti debía estar más abierto al comercio con el resto de Ansalon. Otros opinaban que todos aquellos por cuyas venas no corriera sangre elfa al ciento por ciento debían ser deportados a las tierras fronterizas de Abanasinia.

El Enano de las Colinas se estrujó el cerebro para dar respuesta a la pregunta del Orador. Aspiró con lentitud el aire impregnado de olor a frutas.

—Si estuviera en mis manos, cambiaría el curso de la historia, desde luego. Mi familia perdió a muchos de los suyos durante la época de mi abuelo, a causa del Cataclismo.

Tres siglos atrás, se había producido una espantosa hecatombe como represalia de los dioses contra el orgullo desmedido del dirigente religioso más influyente de la era, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar. Cuando la destrucción se abatió sobre Krynn, los Enanos de las Montañas se refugiaron en Thorbardin, el enorme reino subterráneo, y lo cerraron a cal y canto; como resultado, sus parientes, los Enanos de las Colinas, atrapados en el exterior, padecieron toda la violencia del castigo de los dioses.

Las cejas del Orador se arquearon, y, alterado por la compasión reflejada en su rostro, Flint se sintió incapaz de continuar.

—¿Murieron porque los Enanos de las Montañas cerraron las puertas de su reino? —preguntó el Orador, y el enano respondió con un cabeceo, reacio a hablar más del asunto.

Solostaran se levantó del sillón, y se acercó despacio a la pared de cristal. La diadema de oro que le ceñía la frente brilló. Un profundo silencio reinó en la estancia, roto sólo por la suave respiración de los dos hombres.

—Daría cualquier cosa porque Tanis fuera mi verdadero sobrino. Por tener de nuevo entre nosotros a mi hermano Kethrenan y a su esposa Elansa. Por ver otra vez a mi hermano Arelas.

Miral, el mago del Orador, le había relatado a Flint la historia de Kethrenan Kanan y Elansa, y el nacimiento de Tanis. Pero no le había mencionado la existencia de otro hermano. Al parecer, el Orador necesitaba hablar, y Flint no conocía a nadie, aparte de sí mismo, en quien Solostaran pudiera confiar. El enano cogió un puñado de almendras confitadas y se metió una en la boca.

—¿Arelas? —preguntó mientras masticaba. El Orador se volvió hacia él.

—Mi hermano menor. —Ante el gesto interrogante del enano, continuó: — Apenas lo conocía. Era un niño cuando abandonó Qualinost, y murió sin haber regresado.

—¿Por qué se marchó? —inquirió Flint.

—Estaba... enfermo. Aquí no podíamos curarlo.

Sobrevino un silencio que se alargó varios minutos; por fin, el enano lo rompió con un comentario.

—La muerte de un niño es un triste acontecimiento.

Solostaran alzó la cabeza con brusquedad; una expresión de sorpresa se plasmaba en su semblante.

—Arelas era ya adulto cuando murió. Venía de regreso a Qualinost, pero jamás llegó. —El Orador dio unos pasos que lo acercaron a Flint; era evidente que intentaba controlar sus emociones—. Si hubiera vivido una semana más, habría llegado sano y salvo. Pero los caminos eran peligrosos, más incluso que hoy en día.

El Orador se dejó caer en su sillón con pesadez. Flint vaciló, sin saber qué decir. Transcurridos unos minutos, Solostaran le pidió que lo dejara a solas.

Sin apenas reparar en los rollos de pergamino de los diseños, y sumido en un sombrío estado de ánimo, Flint regresó al pequeño taller que le había proporcionado el Orador, un edificio bajo de proporciones irregulares situado al sureste de la Torre. En él, durante los últimos meses, había forjado muchas cosas: gargantillas de jade engastado en finísimas cadenas de plata, anillos con hilos de oro trenzados, brazaletes de cobre bruñido y esmeraldas.

El taller se encontraba al final de un estrecho callejón, junto a un bosquecillo de perales. Rosales trepadores se enroscaban a ambos lados de la puerta de madera. Flint, en recuerdo a la afición de su madre por los dondiego de día, había plantado estas flores junto a los rosales, y los capullos blancos, rosas y azules se entremezclaban con los amarillos y rojos de las rosas.

La vivienda se le había adjudicado a Flint para que dispusiera de ella todo el tiempo que quisiera, aunque el enano no estaba seguro de hasta cuándo estaría en la ciudad. Lo más probable es que se quedara hasta el final de la primavera, se dijo en principio; después de todo, no había emprendido un viaje tan largo para volver a casa nada más llegar. Sin embargo, el recuerdo de su cálido hogar de Solace, tan lejano —y el no menos lejano sabor de la cerveza—, acudía a menudo a su mente. La cerveza elfa era una patética imitación de la verdadera, en opinión del enano, si bien superaba al vino de frutas... y era mucho más compatible con su paladar que éste.

Entre las reuniones mantenidas casi a diario con el Orador, y los numerosos encargos a los que su martillo apenas daba abasto, no es de extrañar que la primavera hubiera quedado atrás dando paso a los dorados días estivales sin que el enano casi se apercibiera de ello.

A menudo, la ventana del taller se iluminaba con un resplandor tan rojizo como Lunitari hasta altas horas de la noche, y no era infrecuente que el primer elfo que se levantaba en Qualinost al día siguiente, lo hiciera al despertarlo el golpeteo del martillo en el yunque. A muchos les maravillaba la aplicación al trabajo del enano, y no eran pocos los que esperaban que el

Orador los distinguiera con el regalo de alguna creación del maestro Fireforge.

Esta tarde en particular, el enano regresó a grandes zancadas junto a la forja, asió su herramienta, y de nuevo se valió del ardiente fuego y los golpes del martillo para transformar un pedazo inanimado de metal den un objeto bello. Pasó varias horas dedicado a su tarea, y olvidó el paso del tiempo al absorberse en la realización de su trabajo.

Por fin, con un suspiro, Flint se limpió del hollín de las manos y la frente con un pañuelo, y bebió un cazo de agua del barril de roble que estaba junto a la puerta del taller. Salió al dorado atardecer, y esbozó una sonrisa que suavizó las líneas que arrugaban su entrecejo. El sendero que conducía a la puerta de la casa atravesaba un corrillo de jóvenes álamos. Sus troncos, esbeltos y blancos, se mecían suavemente con la brisa, como si realizaran una leve reverencia al enano, y sus hojas susurraban y se mecían en un cambiante trémulo verde, plateado y de nuevo verde. El enano se llevó la mano al pecho, como si quisiera mitigar una aflicción con la belleza del entorno. Una parte de su ser aún estaba apenada por la tristeza del Orador.

En ese momento, Flint reparó en unas leves pinceladas doradas en lo alto de los árboles, y sintió, en lo más hondo de su ser, la misma inquietud que lo había atormentado toda su vida. Ya había notado que del aire en la madrugada era más cortante que la fresca brisa de las noches estivales, y la luz del ocaso tenía un tinte dorado más profundo. Y, ahora, empezaban los árboles.

Todo ello anunciaba el otoño, y sus pensamientos volaron hacia Solace y las casas acunadas en las altas ramas de los vallenwoods. Supuso que las hojas de los gigantescos árboles empezarían a mostrar las primeras pinceladas multicolores en sus bordes estriados; suspiró otra vez. El otoño era una buena época para viajar. Debería regresar a casa, donde pertenecía.

Con cierto sobresalto, Flint se descubrió preguntándose si Solace era en verdad del lugar al que pertenecía. Se había establecido allí hacía años, más por estar harto de vagabundeos que por cualquier otro motivo, después de haber abandonado su pueblo natal huyendo de la pobreza. ¿En qué se

diferenciaba del que un enano de Casacolina viviera entre elfos o viviera entre humanos? En cualquiera de los dos casos, era un extraño; a su entender, no era muy distinto lo uno de lo otro. Además, pensó, mientras respiraba hondo el aire fresco del atardecer, aquí sentía una paz que no había sentido den ninguna otra parte.

Flint se encogió de hombros y regresó al interior del taller; poco después, se reanudaba del repiqueteo del martillo.

Varias horas más tarde, Flint levantó la vista de su trabajo y vio que del reloj —el que había fabricado con madera de roble y dos pedazos de granito como contrapesas— marcaba la hora de la cena. No obstante, sus pensamientos no estaban den la comida, ni en la rosa de plata en la que trabajaba por encargo de lady Selená, uno de los miembros de la pandilla de Porthios, que había superado su desagrado por los enanos cuando cayó den la cuenta de que el «estilo Flint» era la última moda entre los cortesanos.

—¡Es la hora! —exclamó el enano, que soltó el martillo y amontonó las brasas den del horno de la forja.

Cada pocas semanas, seguía del mismo ritual. Se lavaba la cara y los brazos en una palangana para quitarse del sudor y el hollín. Cogía una bolsa, abría la tapa de un pequeño nicho cavado en la pared de piedra, y empezaba a llenar el saco con objetos curiosos. Todos estaban hechos de madera, y Flint daba un último toque suavizando un filo aquí, puliendo una curva allá, con gestos amorosos.

De improvisó, una figura, una sombra en la ventana, cruzó ante su campo de visión; enderezó la espalda y aguardó. ¿Otro encargo? Un gran desánimo se apoderó de Flint. Sabía que los niños elfos esperaban desde hacía días ver aparecer al enano, que paseaba por las calles cada dos o tres semanas y regalaba juguetes hechos a mano a cada crío con el que se encontraba. Confiaba en que, fuera quien fuera, no lo entretuviese mucho tiempo.

Flint creyó escuchar unos pasos, un alboroto en del exterior, y corrió hacia la puerta para investigar. Pero no oyó ni vio a nadie.

—Fireforge, te estás haciendo viejo. Empiezas a imaginar cosas — rezongó mientras reanudaba la tarea de guardar los juguetes.

Sintió una grata sensación de calidez den su interior al tocar cada figura de madera. El metal era un buen material para moldear; proporcionaba al artesano una sensación de poder cuando la fría sustancia se sometía al martillo y tomaba forma, doblegada por la voluntad del artífice. Pero con la madera era diferente, pensó, mientras acariciaba un silbato. A la madera no se la obligaba a adoptar una forma ó diseñó, se dijo el enano, uno tenía que descubrir la forma oculta en su interior. Flint no conocía momentos de mayor paz que cuando se sentaba con una navaja en una manó y un trozo de madera en la otra, y se preguntaba qué tesoro yacería oculto en su interior.

—Es igual que con las personas, como decía mi madre —comentó en voz alta a su taller, con el que se sentía tan familiarizado como con un viejo amigo—. Algunas personas son como este metal, decía —y mostró un broche de flores a la desierta habitación—. Se las puede doblegar, meter en cintura. Son moldeables. Otras personas son como esta madera —y alzó una pequeña ardilla tallada en un trozo de madera blanda—. Si las fuerzas, se rompen. Tienes que trabajarlas despacio, con cuidado, hasta descubrir qué guardan en su interior. La clave, decía mi madre, es distinguir cuál es cuál —concluyó su disertación dirigida ahora a un banco de piedra cercano a la puerta.

Flint hizo una pausa, como si aguardara una respuesta. De repente se le ocurrió que un tipo que da una charla al mobiliario de su casa es porque probablemente cuenta con pocos amigos. A excepción del Orador, Miral y los chiquillos de la ciudad, la mayoría de los elfos lo trataban con cortés reserva. Sin embargó, no conocía a nadie a quien poder palmear la espalda e invitar a una cerveza en una taberna; nadie con quien compartir historias y chismorreos; nadie en quien confiara lo bastante para que le guardara las espaldas en campo abierto.

—Quizá va siendo hora de que regrese a Solace —dijo con voz queda, mientras una expresión de tristeza pasaba fugaz por su semblante.

Justo en ese instante, resonó un golpe en la puerta, seguido de una ahogada exclamación. Aguardó inmóvil un momento antes de acercarse de puntillas a la puerta abierta. Cruzó de un saltó el umbral, con la pequeña ardilla enarbolada cómo si fuera su hacha de guerra.

—¡Por las barbas de Reorx! ¡Al ataque! —bramó.

—¡Socorro, Tanis! —chilló una fugaz figura con dorados rizos, que salió huyendo en medió de un remolino de polvo hacia los perales y los álamos. Los vuelos de la falda de color turquesa reflejaron los tonos rojizos del cielo crepuscular.

—¡Lauralanthalasa! —llamó Flint entre risas—. ¡Laurana!

Pero la hija del Orador había desaparecido tras los árboles. La pequeña había pedido ayuda a Tanis, pero el semielfo no daba señales de vida. Probablemente, a juzgar por el grito de Laurana, la sesión de práctica de tiro con arco con Tyresian había concluido por aquella tarde.

Sonriendo, Flint regresó al taller. Todavía sonreía cuando volvió a salir, con la bolsa cargada al hombro. En el centro de Qualinost, al pie de la colina coronada por el bosque de álamos que rodeaba la Sala del Cielo, había una plazoleta. Era un lugar soleado, resguardado a un lado por una hilera de árboles que parecían tener la forma a propósito para que se trepara por ellos; por el otro lado corría un pequeño arroyo que se vertía en una serie de estanques bordeados de musgo. Entre los árboles y la corriente de agua había un espacio lo bastante grande para correr, saltar y entregarse a cualquier otra clase de juegos ruidosos. La plazuela era un lugar ideal para recreo de los niños.

El sol empezaba a descender en el horizonte cuando Flint llegó a la plaza. Docenas de chiquillos elfos, vestidos con unos atuendos de algodón que se ajustaban al cuello, las muñecas y los tobillos, cesaron en sus juegos al ver al achaparrado enano cruzar el puente. Los niños lo miraron con fijeza, sin atreverse a romper el silencio que se había adueñado de la plaza. Flint frunció el entrecejo de tal manera que sus espesas cejas casi se unieron sobre los ojos grises, y después resopló, como si los chiquillos no le importaran lo más mínimo. Caminó por la plaza, de espaldas a sus maravillados ojos.

Por fin, una niña elfa que vestía una prenda de color turquesa corrió hacia el enano y le tiró de la manga. Flint giró veloz sobre los talones, con un destello en los ojos que semejava la chispa que salta al frotar pedernal contra acero.

«¡Oh, no! —pensó el enano, sin alterar su expresión severa—. ¿Así que era la pequeña Laurana?»

—¡Tú! —exclamó. Los otros niños palidecieron, pero Laurana se mantuvo firme. Flint añadió:— ¿Me estabas vigilando?

La pequeña ladeó la cabeza, y una oreja puntiaguda asomó entre los revueltos mechones dorados.

—Por supuesto que sí —respondió.

—¿Qué quieres? —gruñó—. No tengo tiempo que perder. Hay gente que trabaja, en lugar de jugar el día entero, ¿sabes? He de entregar algo muy importante en la Torre, y casi ha anochecido.

La niña se mordió los labios.

—La Torre está en dirección contraria —dijo al cabo; los verdes ojos le relucían.

«*Qué gran aplomo muestra para lo pequeña que es* —pensó Flint—. *Debe de ser por su sangre real.*» Claro que también cabía la posibilidad de que fueran las risas de Tanis, retirado a unos metros de ellos, lo que le daba coraje.

—¿Y bien? —inquirió de nuevo—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Más juguetes!

—¿Juguetes? —Flint parecía desconcertado—. ¿Quién tiene juguetes?

Laurana se echó a reír y le tiró otra vez de la manga.

—En la bolsa. Los tienes en esa bolsa, maestro Fireforge. Admítelo. Los tienes.

—No es posible —rezongó, con el rostro ceñudo.

—¡Sí!

—¡Juguetes!

—¡La última vez me diste un minotauro!

—¡Yo quiero una espada de madera!

Los gritos de los chiquillos acallaron sus fingidas protestas. Los pequeños giraban a su alrededor como un torbellino de colores.

—Oh, está bien —dijo al cabo—. Echaré un vistazo, pero lo más probable es que el saco esté lleno de carbón, que es, al fin y al cabo, lo que os merecéis.

Se asomó a la boca de la bolsa, de manera que ocultaba el contenido a los niños, que se acercaron más al enano. A unos diez metros de distancia, Tanis lanzó un sonoro suspiro y se recostó contra un peral. Su semblante exhibía la expresión aburrida del adolescente al que le fastidian los juegos de niños; sin embargo, no se marchó.

—Clavos retorcidos —dijo el enano mientras revolvía en el saco—. Es lo único que tengo aquí dentro. Y almohazas oxidadas, y viejas herraduras, y un trozo reseco de *quith*-pa. Nada más.

Los niños esperaron a que Laurana tomara la iniciativa.

—Es lo que siempre dices —señaló la pequeña.

—Está bien. —Flint suspiró—. Se me ocurre una idea.

Mete la mano en la bolsa, y veamos qué sacas.

—De acuerdo. —La pequeña acercó la mano a la boca del saco.

Ten cuidado con la cría de dragón. Muerde —la previno Flint.

Laurana retiró con prontitud la mano y miró al enano con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció Flint.

Laurana asintió con un cabeceo. Flint rebuscó algo en una esquina de la bolsa y lo extrajo mientras esbozaba una mueca maliciosa. La niña se quedó boquiabierta, aplaudió, y dejó de ser la hija del Orador para convertirse en una chiquilla corriente. Todavía con el entrecejo fruncido, el enano posó el objeto en la mano de Laurana.

Era una flauta, no mayor que un palmo de la niña, pero aun así perfecta hasta el último detalle. Estaba hecha en un trozo de madera de vallenwood que Flint había traído consigo desde Solace. El enano sabía que su sonido sería más dulce con esa clase de madera que con cualquier otra. Y se demostró que estaba acertado cuando Laurana se llevó la flauta a los labios. Las notas que brotaron del instrumento eran tan cristalinas como el agua que corría por el arroyo.

—¡Oh, gracias! —exclamó la pequeña, que echó a correr hacia Tanis. El muchacho se inclinó para contemplar su tesoro.

El hermano de Laurana, Gilthanas, y los otros niños elfos rodearon a Flint y le suplicaron que, por favor, mirara si había también algo para ellos

en la bolsa.

—Dejad de empujarme, o me largaré de aquí en cualquier momento, ¿vale? —rezongó el enano.

Pero, a pesar de las protestas de Flint, cuando la bolsa quedó vacía, todos los chiquillos que estaban en la plaza tenían en sus manos un nuevo juguete. Eran pequeños instrumentos musicales, como la flauta de Laurana; marionetas a las que se las podía hacer bailar sobre la palma de la mano; diminutas carretas arrastradas por caballos pintados de colores; discos que subían y bajaban al tirar de una cuerda atada al dedo.

Todos los juguetes eran de madera, y cada uno de ellos había sido tallado con cariño, a la luz de la lumbre. Flint trabajaba en sus ratos libres durante un par de semanas, hasta que el nicho de la pared estaba lleno, y entonces buscaba cualquier excusa para pasar por la plazoleta. El enano jamás admitiría que no era mera casualidad que llevara los juguetes cargados al hombro cada vez que iba por allí. Si alguien le hubiera insinuado lo contrario, habría fruncido el entrecejo con enfado.

Mientras doblaba la bolsa, ahora vacía, Flint echó una ojeada en derredor para observar a los niños. Vio a Tanis, sentado a un extremo de la plaza, junto a uno de los estanques, apartado de los demás. Estaba sentado con las piernas cruzadas, con la mirada prendida en el agua; bajo la superficie se atisbaban difusas formas de peces. En medio de tanto encanto elfo, había algo en Tanis, con sus características humanas, que lo hacía afín con el enano. Los elfos eran buenas personas, pero, de vez en cuando, Flint sentía añoranza de los ratos compartidos con gente un poco menos *distante*. En cualquier caso, ésta era la cuarta o quinta vez que venía a la plaza, y en todas ellas Tanis se había mantenido aparte cuando los chiquillos se acercaban a recoger los juguetes. Cierto que el muchacho era algo mayor para que le llamaran la atención unas chucherías infantiles, pero aun así... Todavía no podía considerárselo un adulto. No es que Tanis hubiera mostrado desinterés, ni mucho menos. Cada vez que el enano había acudido a la plazoleta para entregar los juguetes, cuando lo buscaba con la mirada, se encontraba con los ojos almendrados, aunque no del todo elfos, pendientes de él, como si lo estudiaran. Flint hacía señas al muchacho para

que se acercara, pero nunca lo hizo. Se limitaba a observarlo con aquella expresión pensativa, y después, cuando el enano alzaba de nuevo la vista hacia él, el chico se había marchado.

En esta ocasión, sin embargo, no ocurrió lo mismo. Flint metió la mano en uno de los bolsillos para asegurarse de que seguía allí el juguete que había guardado en reserva: una cerbatana.

Los otros chiquillos se habían marchado a sus casas, donde los esperaba una abundante cena de venado condimentada con salsa de frutas, o pescado rebozado, o *quith-pa* con lonchas de pollo asado. El único que quedaba en la plazuela era Tanis. El protegido del Orador estaba sentado al borde de un estanque, con los brazos en torno a las piernas dobladas, y la barbilla apoyada en las rodillas; sus ojos de color avellana miraban con fijeza a Flint. Vestía una camisa blanca de amplios vuelos y unas polainas de piel de gamo; un atuendo con reminiscencias del de los hombres de las Llanuras, los *que-shus*, y por completo distinto de las túnicas vaporosas que gustaban a los elfos. El muchacho se incorporó; sus movimientos carecían de la gracilidad innata de los elfos. Tanis se apartó un mechón rojizo que le caía sobre la cara.

—Hola, Tanthalas —saludó Flint.

—Hola, maestro Fireforge —respondió el semielfo. Los dos permanecieron inmóviles, esperando, al parecer, a que el otro diera el primer paso. Por fin, Flint señaló con un ademán el estanque.

—¿Observando los peces? —preguntó. «*Un inicio de conversación brillante*», rezongó para sus adentros.

Tanis asintió en silencio.

—¿Por qué? —inquirió el enano.

El muchacho adoptó una expresión perpleja que dio paso a otra reflexiva. Su respuesta, cuando se produjo al cabo, fue un susurro apenas audible.

—Me recuerdan a alguien.

Esquivó los ojos. Flint asintió con un cabeceo.

—¿A quién?

—A todos los de aquí —replicó con tono áspero.

—¿A los elfos?

El semielfo inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Por qué? —apremió el enano.

Tanis propinó un puntapié al musgo.

—Están satisfechos con lo que tienen. Nunca cambian. Jamás salen de aquí, salvo cuando mueren.

—¿Y tú eres diferente? —se interesó Flint.

El muchacho apretó los labios.

—Algún día me marcharé —musitó.

Flint esperaba que el semielfo añadiera algo más, pero, al parecer, Tanis había dado por terminada la conversación.

«*Muy bien* —pensó Flint—. *Lo intentaré de nuevo. Por lo menos, esta vez no se ha escabullido en las sombras.*»

—¿Qué tal te fue hoy la lección de tiro con arco? —preguntó.

—Muy bien. —La voz del muchacho era monótona, y su mirada estaba prendida de nuevo en el estanque. A lo lejos, se escuchaba el parloteo y las risas de los niños—. Estaban todos. Tyresian, Porthios y sus amigos.

Si se tenía en cuenta lo que pensaban del semielfo los amigos de Porthios, el chico debía de haber pasado un mal rato. Flint intentó encontrar algo que pudiera animar al joven protegido del Orador.

—Es hora de cenar —comentó, mientras pensaba: «*Brillante conversación, maestro Fireforge*». ¿Qué tenía este muchacho que lo convertía en un inepto para mantener una charla normal?

Tanis esbozó una leve sonrisa y asintió en silencio. Sí, ya era la hora de cenar, desde luego. El semielfo dio unos pasos para acercarse a un peral, en el que se recostó. Flint lo intentó de nuevo.

—¿Te apetece...? —Vaciló un instante. ¿Qué se ofrecía a los niños elfos? Aunque a Tanis, con sus treinta años, se lo habría considerado un hombre joven entre los humanos, a esa misma edad un elfo distaba mucho de ser un adulto— ¿... cenar conmigo cualquier cosa?

—¿Acompañada de un poco de vino de frutas? —inquirió el semielfo.

El enano se preguntó si el joven protegido del Orador le estaría tomando el pelo. Flint había logrado tomar algún sorbo del oloroso caldo elfo sin que

le produjera vómitos, aunque sólo en ocasiones oficiales, cuando la cortesía hacía imprescindible compartir con ellos su vino.

—¡Por las barbas de Reorx! —farfulló en voz baja. Tanis observó a Flint, sin que se borrara el esbozo de sonrisa de sus labios.

—No te gusta, ¿verdad? —comentó por último.

—No es que no me guste. Lo *detesto*.

—¿Entonces por qué lo bebes? —quiso saber Tanis.

Flint estudió al semielfo con atención. Su curiosidad parecía genuina.

—Soy forastero, y procuro adaptarme a las costumbres.

Lejos, en la distancia, se oyó una estridente risa infantil acompañada del pitido de un silbato. Por lo menos, hoy habría un padre que pensaría en Flint sin indiferencia. Tanis adoptó una actitud desdeñosa.

—¿Es que intentas ser «uno de ellos»? —preguntó con un tono que rayaba en el menosprecio.

—Bueno... —Flint vaciló antes de proseguir—. Si estás en Qualinost, haz lo que hagan los qualinestis. Es lo que decía mi madre, o algo parecido.

El aire trajo el aroma a venado asado, y el estomago del enano rugió, pero Flint hizo caso omiso, a pesar de que se sentía hambriento y deseaba no haber iniciado esta conversación. La expresión del semielfo seguía siendo desdeñosa, si bien sus ojos parecían suplicar un gesto o una palabra de ánimo. Al enano se le ocurrió de repente que tal vez el desdén del muchacho no iba dirigido a él, sino a Porthios, Tyresian y los demás.

—No pierdas el tiempo, maestro Fireforge —dijo Tanis.

—¿Qué? —preguntó desconcertado el enano.

Tanis arrancó una pera medio podrida del árbol, la arrojó sobre el musgo y la aplastó con el tacón de su mocasín.

—No pierdas el tiempo —repitió—. Jamás te aceptarán. No aceptan a nadie que no sea exactamente igual que ellos.

Propinó una patada a la fruta aplastada y se alejó sin añadir una palabra más. Poco después, su figura se perdía entre los árboles.

Flint regresó despacio a su taller, cerró la puerta y guardó la bolsa vacía en el nicho. No sabía por qué, pero se le habían quitado las ganas de comer.

4

La lección

AÑO 288 D.C

PRINCIPIOS DE OTOÑO,

Tanis caminaba por las calles de mosaicos azules y blancos; las suaves suelas de sus mocasines apenas susurraban al rozar el suelo. Se maldijo a sí mismo por su estupidez. ¿Por qué había sido tan brusco con el enano? Flint Fireforge parecía tener buenas intenciones; ¿por qué no había respondido del mismo modo?

Sin apenas fijarse en la dirección que llevaba, Tanis se encontró en la Sala del Cielo, en pleno centro de Qualinost. Sobre el pavimento, bañado ahora con la luz del crepúsculo, había un mosaico inmenso que representaba un área de Ansalon en cuyo centro se situaba la ciudad elfa; el mapa detallaba las tierras abarcadas desde Solace y el lago Crystalmir al noroeste, hasta Que-shu, en el noreste, y Pax Tharkas al sur. Sin embargo, el semielfo tenía la vista prendida en un solo punto. Solace, el lugar de residencia del enano. ¿Cómo sería?

—Figúrate, vivir en una casa que está encaramada a un árbol —musitó; su susurro se perdió en el profundo silencio que reinaba en la desierta plaza. Pensó en los edificios de piedra elfos, en los que no acababa de desaparecer su frialdad. ¿Sería más cálida una casa de madera en lo alto de un árbol?

Propinó una patada a un trozo de mosaico suelto que marcaba la situación de la ciudad de Gateway, entre Qualinost y Solace; el fragmento de piedra salió lanzado girando sobre sí mismo. Arrepentido, y esperando que nadie hubiera presenciado su tropelía cometida contra el sagrado mapa, recogió el trozo de mosaico, se arrodilló y lo colocó en su sitio. Luego se sentó en cuclillas y oteó el espacio abierto.

El fresco aire crepuscular traía el delicioso aroma de las cenas, y los cálidos ecos de las charlas en la mesa. Tanis se incorporó despacio y recorrió con la mirada la Sala del Cielo; a su alrededor, los capiteles de cuarzo rosa de los hogares elfos, jalonados de rectángulos iluminados por las lámparas, asomaban por encima de las copas de los árboles como los picos de los polluelos en un nido. La ciudad, con el perímetro ceñido por los puentes arqueados, con las últimas luces del día reflejadas en el oro de la Torre del Sol, ofrecía un espectáculo impresionante; era comprensible que los qualinestis opinaran que su ciudad era la más bella del mundo. ¿Pero cómo soportaban vivir y morir en el mismo sitio?

Tanis se preguntó si su insatisfacción tenía origen en su parte de naturaleza humana, heredada de su padre.

El muchacho alzó la vista al cielo; mientras lo contemplaba, éste se oscureció y las estrellas empezaron a aparecer sobre su cabeza. Pensó en el mito de que la Sala del Cielo había sido en el pasado un verdadero edificio, en el que se guardaba algún objeto valioso y único, y que Kith-Kanan, por medios mágicos, había hecho que objeto y edificio subieran al cielo, dejando sólo el mapa que había sido su suelo. Cuando era un pequeñín que apenas sabía andar, había oído decir a otros chiquillos que el centro del mapa era un «punto afortunado»; afirmaban que, si te ponías sobre él y deseabas algo con todas tus fuerzas, tu deseo se vería cumplido.

—Me gustaría subir allá arriba para contemplar ese lugar escondido en el cielo —susurró con fervor—. Me gustaría ver todo Ansalon. Me gustaría viajar, como Flint..., correr aventuras..., tener amigos...

Avergonzado, echó una mirada en derredor esperando que nadie lo hubiera visto u oído. No obstante, siguió esperando... Desde luego, no

porque creyera en realidad que iba a aparecer un ser mágico que le concediera su deseo.

Por supuesto que no. Eso sólo era una fantasía infantil, impropia de un chico de su edad. Aun así, siguió esperando varios minutos más, hasta que la brisa que agitaba las hojas de los árboles le puso la piel de gallina, y le recordó que era hora de volver a casa.

O lo que se suponía que era su casa.

—La historia es como un río caudaloso —dijo el maestro a Miral a Tanis a la mañana siguiente.

El semielfo alzó la vista hacia el mago, aunque conocía lo bastante a su tutor como para saber que más valía no interrumpirlo para preguntar qué quería decir con eso. Mira, tenía por costumbre desarrollar su idea o hacer que el muchacho llegara a conclusiones por sí mismo, pero cualquier pregunta que le planteaba el semielfo recibía por toda respuesta el irritado gesticular del mago.

Hoy, sin embargo, en la mortecina claridad de los aposentos de Miral, en el palacio del Orador, el tutor se mostraba muy locuaz.

—Un río caudaloso —repitió—. Nace como un pequeño y claro arroyo, una voz solitaria que corre veloz por su cauce hasta fundirse con el agua de otros regatos haciéndose más y más grande a medida que se mezcla con otras corrientes, una y otra vez, hasta que las pequeñas voces de miles de arroyos entonan el rugiente canto del gran río. —Gesticuló con los brazos, arrastrado por el entusiasmo de su metáfora.

—¿Y? —urgió el semielfo, con los ojos abiertos de par en par, para no perder detalle a causa de la penumbra del cuarto.

Desde que tenía memoria, el muchacho no recordaba que el mago hubiera abierto las ventanas de la habitación. El exceso de luz, explicaba Miral, alteraba el potencial de las hierbas y especias que eran la base de sus escasos conocimientos mágicos. Además, la luz fuerte le hacía daño en los claros iris, casi albinos, por lo que Miral los resguardaba por costumbre bajo el grueso tejido de la capucha de su túnica, de un oscuro color bermejo. Tanis se había preguntado muchas veces por qué el Orador había designado a un mago como tutor de sus hijos; años atrás, Miral había

impartido clases a Laurana, Gilthanas y Tanis; Porthios era demasiado mayor para tener tutor cuando Miral llegó a la corte. Pero ahora Laurana tenía una institutriz elfa. Por otro lado, Gilthanas y el mago nunca habían hecho buenas migas, y en la actualidad el hijo mejor del Orador sólo recibía clases de manejo de armas; de ello se encargaba, por cierto, Ulthen, otro de los amigos de Porthios, que pertenecía a una familia noble pero siempre andaba escaso de fondos.

Tanis, que apreciaba al excéntrico mago, había continuado con él; Miral era una de las pocas personas en la corte que no trataba al semielfo con fría cortesía. Quizá la diferente actitud del mago hacia él se debía a los muchos años que había estado ausente de Qualinesti, razonaba Tanis; aunque Miral era elfo, no había crecido rodeado de los de su raza. Una razón más para afirmarse en la idea de marcharse algún día de la ciudad elfa, pensó Tanis.

Miral señalaba con su huesudo índice al muchacho; la capucha le había resbalado un poco hacia atrás y dejaba más al descubierto sus rasgos. Tanto las pestañas como las cejas, así como el cabello que le llegaba hasta los hombros y asomaba por el embozo, eran de un tono rubio muy pálido, bastante más que el de Laurana. Miral, con sus estanterías repletas de libros, sus pociones mágicas, su costumbre de hacer ejercicio puertas adentro recorriendo los corredores de la Torre por la noche —un hábito que suscitaba risitas y cuchicheos entre los jóvenes elfos—, tenía el aspecto malicento y enfermizo de quien pasa mucho tiempo a oscuras.

—El gran río —continuó Miral, y Tanis sacudió la cabeza para retomar el hilo de la conversación—, a su vez, fluye en el profundo y vasto mar. La historia es como ese mar.

El mago sonrió al advertir el desconcierto del semielfo; el gesto otorgó a sus facciones severas la apariencia de un halcón.

Y, aunque sea fácil estudiar los grandes océanos y ríos, es decir, las guerras y los acontecimientos importantes de épocas precedentes, a veces es más sencillo comprender el pasado escuchando la música de unos cuantos de esos pequeños arroyos, las historias de vidas individuales que, una a una, gota a gota, hicieron del mundo lo que es.

Inmerso en la retórica del mago, Tanis aspiró profundamente el aire cargado de la mezcla de olores que lograban escapar de los frascos repartidos por la habitación; sabía que, al final, Miral iría al grano. Cualquier otro joven noble habría sentido rechazo por estas clases; Tanis, por el contrario, aguardaba ansioso a que llegaran las horas que pasaba con Miral. Había otras materias de estudio, además de historia: escritura, los movimientos de los astros, las costumbres de las criaturas vivas. Al joven semielfo le interesaba todo por igual.

—Por ejemplo —dijo Miral, mientras se acomodaba sobre un gran cojín forrado con la piel curada de un ciervo e indicaba con un gesto a Tanis que se sentara en otro similar, más pequeño pero igualmente cómodo—. ¿Te he hablado alguna vez de Joheric?

El muchacho sacudió la cabeza en un gesto de negación, y el mago inició el relato.

—Como ya sabes, Tanis, los elfos son la encarnación del bien; fue la primera raza que existió en Krynn. —Tanis abrió la boca para decir que también las otras razas creían que ellas habían sido las primeras, pero la mirada que le dirigió el mago fue suficiente para que cerrara otra vez la boca sin pronunciar una palabra—. A los elfos no los afectó tanto el pasó de la Gema Gris como a las otras razas, más débiles, pero...

—Háblame de la Gema Gris —lo interrumpió Tanis, con la esperanza de que la lección se alargara lo bastante para no tener que asistir a la clase de tiro con arco con Tyresian, concertada a primera hora de la tarde.

Miral le dirigió una mirada iracunda, y las sombras parecieron hacerse más densas en torno a la pareja, como si la intensidad de la luz reaccionara de acuerdo con el mal humor del mago.

—Ya te he hablado de la Gema Gris. Como iba diciendo... —El tutor reanudó su disertación con un tono duro en la voz—. La Gema Gris no nos afectó tanto como a las otras razas, si bien el pasó de la joya, que como sabes es la encarnación del caos, dio origen a perturbaciones por dondequiera que fue.

»En Silvanesti, de dónde soy natural... —Esto era nuevo para Tanis, que se incorporó en el cojín, dispuesto a plantear una pregunta, pero volvió a

reclinarse al dirigirle el mago otra mirada iracunda—. En Silvanesti, cerca de Silvanost, la capital, vivía un gran señor elfo con sus dos hijos, un varón llamado Panthell, y una chica, Joheric, más joven que su hermano. Como era costumbre en los tiempos anteriores a la Guerra de Kinslayer, el hijo mayor era el heredero del título paterno, de sus tierras y de su fortuna. La hija, Joheric, recibiría una dote lo bastante importante para que un joven noble se sintiera tentado a desposarla, pero no tenía derecho a ninguna de las posesiones de su padre.

—Dicho así, parece muy injusto —intervino Tanis. Miral asintió en silencio, y se arrebujó en la túnica.

—Lo mismo pensó Joheric —continuó el mago—. Esta situación la atormentaba, sobre todo al ser evidente que ella valía mucho más que su hermano. Las mujeres elfas, entonces como ahora, recibían entrenamiento en el manejo de armas; si bien, también entonces como ahora, su enseñanza era más ritual que práctica. Eran los hombres los que luchaban cuando la ocasión se presentaba.

»En fin, Joheric era tan diestra con la espada que derrotaba a su hermano, Panthell, en los combates simulados que entablaban en los alrededores del castillo. Era más fuerte y más inteligente que su hermano mayor. Pero, al no ser la primogénita, sabía que al final vería pasar a manos de quien no lo merecía todo cuanto, en su opinión, habría debido pertenecerle a ella. Todo el mundo habría debido darse cuenta, razonaba, que Panthell era un mal guerrero, carente de todo discernimiento ético. Sabía que su hermano acostumbraba robar, que era cobarde y avaro; y, además, tenía muy pocas luces.

A Tanis le rugió el estómago, y el muchacho echó una ojeada al plato con *quith-pa* tostado que el mago había colocado sobre una mesa, fuera de su alcance. La noche anterior, el semielfo había llegado demasiado tarde para unirse a la familia del Orador en la cena; había estado dando vueltas a la conversación que mantuvo con Flint y se desveló; se quedó dormido ya de madrugada, y muy poco después tuvo que levantarse para tomar a toda prisa un frugal desayuno antes de reunirse con Miral.

Por fortuna, el mago supo interpretar el ronroneo de las tripas del joven y su mirada anhelante, y pronunció unas palabras conminatorias en un lenguaje extraño; a instancias de esta orden, el plato se deslizó sobre la mesa y llegó al alcance de Tanis. El semielfo murmuró una palabra de agradecimiento, untó mermelada de pera en una oblea de *quith pa* y se la metió en la boca. Miral reanudó el relato.

—La convicción de que sus aptitudes y su inteligencia *no* le servirían de nada incrementó de manera paulatina el resentimiento y la amargura de Joheric. Ansiaba entrar en combate y proporcionar honor y renombre a su casa. Poco después, la Segunda Guerra de los Dragones le dio esa oportunidad. Su padre, a pesar de las vehementes protestas de Panthell, lo obligó a unirse al ejército elfo. Joheric tuvo que permanecer en la casa familiar y practicó con la espada y el arco hasta estar segura de que sabría defenderse con honor. Transcurrieron así muchos meses sin que se tuviera noticia alguna de Panthell desde que había partido con su regimiento.

—¿Había muerto? —preguntó Tanis.

—Es lo que su padre temía. O que hubieran hecho prisionero a su hijo y heredero. Joheric se presentó ante su padre y juró encontrar a su hermano; juramento, por otra parte, que nadie tomó muy en serio puesto que, al fin y a la postre, era mujer y, además, muy joven, ya que contaba unos veinticinco años; más joven incluso que tú. Al abrigo de la noche, abandonó el castillo y recorrió los bosques de Silvanesti en busca del regimiento de su hermano.

—¿Lo encontró? —se interesó Tanis, con la boca llena de *quith-pa*, a la vez que cogía unas migas que se habían caído sobre sus polainas. Miral asintió con un cabeceo.

—Lo encontró, sí —repuso—. Pero no como había imaginado. Se topó con Panthell justo cuando el regimiento *elfo* entraba en combate con una tropa de humanos. A punta de espada se abrió camino hasta donde se encontraba su hermano, y allí, con gran sorpresa y consternación, descubrió... —El mago hizo una pausa—. ¿Qué crees que descubrió, Tanis? —inquirió.

El muchacho se tragó el último bocado y alzó la cabeza.

—¿Qué descubrió? —inquirió a su vez.

—Que Panthell combatía al lado de los humanos —resumió Miral.

El semielfo sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Se incorporó en el cojín tan deprisa que se sintió mareado y la habitación le dio vueltas. Sacudió la cabeza para librarse del vértigo. ¿Qué intentaba decirle Miral?

El mago, sin mirar a Tanis, reanudó la historia. Su semblante había asumido una expresión fría, implacable. Joheric, dominada por la cólera, sin parar mientes en lo que hacía, gritó el nombre de su hermano y, cuando Panthell se volvió hacia ella, lo atravesó con la espada. Al parecer, los elfos habían estado siguiendo el rastro de la tropa de humanos a la que se había unido, y dirigía, Panthell. Los elfos diezmaron a los humanos y regresaron con Joheric, a quien aclamaban como una heroína.

—¿Heroína? ¿Por matar a su hermano? Tanis tragó saliva con esfuerzo. Había oído decir que los silvanestis eran más fríos y calculadores que los qualinestis, pero...

—Por matar a un traidor —enmendó Miral—. Heredó las posesiones de su padre y obtuvo grandes victorias como general del ejército elfo. —Hizo una pausa y miró de soslayo a su pupilo. Tanis estaba horrorizado.

—¿Quieres decir que mató a su hermano y fue recompensada por ello? —inquirió, alzando la voz en contra de su deseo.

—La tristeza y el remordimiento la abrumaron el resto de su vida —admitió Miral—. Durante años y años sufrió pesadillas en las que lo atravesaba una y otra vez, hasta que se despertaba gritando.

Tanis reflexionó mientras sus ojos recorrían la sombría habitación, pero en lugar de ver el entorno familiar, contemplaba a una mujer elfa acuchillando a su propio hermano en medio de una batalla.

—Sufrir pesadillas no es pagar un precio alto por acabar con la vida de otro elfo —dijo por último.

—Depende de la clase de pesadillas —replicó el mago.

Los dos guardaron silencio. Al cabo de un rato, Miral se echó hacia adelante.

—¿Entiendes la moraleja de lo que acabo de contarte? —preguntó.

El semielfo reflexionó unos momentos más mientras masticaba el último trozo de *quith pa*.

—¿Que una persona puede cambiar el curso de la historia? —sugirió. El mago asumió una expresión aprobadora.

—Muy bien. ¿Y qué más?

Tanis se estrujó el cerebro, pero no se le ocurría ninguna otra alternativa. El mago se aproximó más a él; sus ojos semejaban fragmentos de cristal.

—*Decide de qué lado estás, Tanis.*

El semielfo se puso muy pálido.

—¿Qué has dicho? —murmuró con un hilo de voz.

—Decide de qué lado estás —reiteró el mago.

Acto seguido, se incorporó y se dio media vuelta.

En aquel momento, Laurana irrumpió en la estancia y Miral decidió hacer un intermedio, inducido también, sin duda, por la conmoción que todavía reflejaba el rostro de su pupilo. Antes o después, el chico tendría que enfrentarse a la verdad, pensó el mago; Tanis no podía vivir siendo semielfo y semihumano sin decidir por cuál de las dos razas se decidía y cuál aceptaba como suya. Sin embargo, para Miral había sido penoso tener que hacer daño a su joven pupilo, y lamentaba no haber encontrado otra manera menos acerba de llevarlo a la misma conclusión. Si Tanis no levantaba un escudo entre él y la corte, recibiría una herida tras otra a lo largo de su vida.

Aun así, era una pena, pensó el mago.

Tanis regresó al cabo de unos minutos, tras haber eludido con éxito las insistentes tentativas de su pequeña prima para arrastrarlo al soleado patio y unirse a algún juego infantil.

—Puede que no haya muchos otros días como éste antes de que llegue el invierno —había argumentado la hija del Orador—. El frío se habrá echado encima en un abrir y cerrar de ojos, Tanis.

La pequeña lo había mirado risueña, pero el semielfo sintió un leve estremecimiento. Sentía en sus huesos el viento invernal, y, de algún modo, sabía que el cambio de estación significaba más para él que para los otros.

elfos. Quizá se debía a que notaba que él mismo cambiaba con la estación, que se hacía mayor. Quizá se debía a que cada estación era más significativa para las razas que esperaban más de ellas que los elfos. La vida de un semielfo era más corta que la de un elfo, que se contaba por centurias; en contrapartida, era mucho más prolongada que la de un humano.

El mago y su pupilo se enfrascaron en una nueva materia: el funcionamiento de las alas. Miral había encontrado un gorrión muerto y un murciélago mientras daba un paseo por el bosque esta mañana; él y Tanis examinaron a las dos criaturas que yacían sobre una bandeja en el escritorio del tutor, a la luz de una lámpara que impregnaba el ambiente del cuarto con el aroma de óleo perfumado. Con todo, y mientras los dos estudiaban al murciélago y al gorrión muertos, con las cabezas muy juntas, se percibía una tensión entre maestro y pupilo. Tanis puso todo su empeño en prestar atención a la lección de Miral.

—¿Entonces ves las diferencias entre el murciélago y el gorrión, Tanis?
—preguntó el mago, cuyo aliento olía a hojas de laurel.

—Creo que sí —respondió el muchacho. Siguió con el índice las frágiles líneas del ala del murciélago—. El ala de este animal es una membrana que se extiende entre los dedos, que se han desarrollado mucho, salvo el pulgar. Volvió la vista hacia el gorrión—. Y en el pájaro, los dedos se han atrofiado, y las alas las forman plumas que crecen de los brazos.

—Bien —dijo Miral con gravedad—. Creo que esto es todo por hoy. No me gustaría darte ideas de cómo volar... tú mismo.

Los dos sonrieron.

—Me temo que, si lo intentara, acabaría como estos dos pobres bichos —repuso el muchacho mientras miraba pensativo a los animales muertos.

—La vida y la muerte forman parte del ciclo de la naturaleza —apuntó Miral, al advertir su expresión—. Y, si aprendemos algo al contemplar la muerte, tanto mejor para nosotros. —Puso a un lado la bandeja, y sirvió una copa de vino para él y otra para el muchacho—. Bueno, creo que todavía disponemos de un rato para charlar mientras nos tomamos el vino. ¿Sobre qué te apetece hablar?

—Sobre ti. Me gustaría conocer la historia de tu vida. Las sombras del cuarto se hicieron más densas otra vez, en tanto que los ojos claros del mago asimilaban la seriedad con que el muchacho hacía su requerimiento. El suelo de piedra parecía irradiar frío, y el semielfo se estremeció. Al parecer, Miral tomó una decisión y dio otro sorbo de vino.

—¿Qué podría contarte de mí? —preguntó.

—¿Qué te parece todos los viajes que has hecho? —propuso el semielfo. Miral se dio media vuelta.

—Sólo fueron los vagabundeos sin rumbo fijo de un necio y joven elfo, eso es todo —dijo el mago encogiéndose de hombros—. Mi vida fue algo monótono y vacío hasta que tuve el sentido común de venir a Qualinost.

Tanis bebió otro sorbo de vino, y otro más, con lo que reunió el suficiente valor para plantear una nueva pregunta.

—¿Cómo fue que llegaste aquí? Has dicho que eres silvanesti. ¿Por qué viniste entonces a Qualinost?

—La tarde ha comenzado. ¿No es hora ya de tu lección de tiro con arco?

—Dijiste que teníamos tiempo para charlar otro rato —insistió Tanis con testarudez. Miral suspiró.

Veo que no darás tu brazo a torcer hasta que satisfaga tu curiosidad sobre la aburrida vida de un mago de mediana edad. Vamos pues. Daremos un paseo hasta donde te espera Tyresian y hablaremos por el camino.

Apuraron las copas de vino, y Tanis siguió al mago al pasillo; Miral echó la llave a la puerta del estudio. A requerimiento del tutor, el corredor en el que se encontraban sus aposentos estaba pobremente iluminado en todo momento. Y, también a petición propia, no había guardia en él.

—¿Qué sabes de mí, Tanis? —inquirió Miral mientras caminaban despacio corredor adelante.

El muchacho ajustó su paso al del mago. Tanto las pisadas del tutor como las del pupilo eran leves y apenas levantaban un suave rumor; el semielfo porque calzaba suaves mocasines de piel, y el mago porque calzaba zapatillas de fieltro acolchado.

—Se que eras amigo de Arelas, el hermano menor del Orador. Y que llegaste aquí cuando yo todavía era un niño. El semielfo enrojeció, y deseó en su fuero interno que el mago no dijera que todavía seguía siendo un crío. No obstante, Miral parecía estar absorto en la contemplación de las vetas grises del suelo de mármol mientras caminaban. Se habían alejado ya bastante de los aposentos del mago, y los hacheros de las paredes sostenían antorchas encendidas que iluminaban el corredor; los dos pasaban de un círculo de luz a una zona sombría, para acto seguido penetrar en un nuevo círculo de luz. Por fin, Miral rompió el silencio. Su voz parecía provenir de los pliegues más recónditos de su capucha.

—Fuimos amigos largo tiempo —dijo con tono ronco—. ¿Sabes que Arelas creció lejos de la corte?

Tanis asintió con un cabeceo, y entonces cayó en la cuenta de que Miral no podía ver su gesto ya que llevaba la capucha echada y miraba hacia adelante.

—Sí, desde luego —repuso en voz alta.

—Arelas era el menor de tres hermanos. Solostaran era el mayor, por supuesto. Kethrenan era mucho más joven que el Orador, y Arelas nació pocos años después que Kethrenan. Lo sacaron de la corte cuando todavía era un niño; unos dicen que porque era débil y enfermizo y no se desarrollaría en Qualinost. Lo enviaron con un grupo de clérigos, cerca de Caergoth, a varias semanas de viaje al norte de aquí, más allá de las montañas y del estrecho de Schallsea. Poco antes de que eso ocurriera, yo llegué a la misma zona con un grupo de magos; por aquel entonces, era aprendiz.

»Pensarás que dos elfos que viven en una ciudad humana se harían enseguida amigos, aunque sólo fuera por la soledad de encontrarse entre gentes de otra raza —continuó Miral—. Pero, no fue ése nuestro caso. Vivimos en la vecindad durante años, cruzándonos en la plaza del mercado, saludándonos con una inclinación de cabeza, pero sin cruzar jamás una palabra entre los dos. Él jamás regresó a Qualinost. Tampoco yo regresé a Silvanost.

El mago hizo una pausa, y Tanis casi notó el esfuerzo de su amigo por encontrar las palabras adecuadas con las que proseguir su historia. Al pasar ante una puerta, lord Xenoth, el anciano consejero del Orador, salió de ella en medio de un revuelo de seda gris, pero cruzó ante ellos sin saludarlos, como si no los hubiera visto.

—A Xenoth le desagradé desde el principio —musitó el mago—. No sé por qué. Nunca he hecho nada contra él. Y, por supuesto, no represento el menor peligro para su posición en la corte, que es, al parecer, lo único que le interesa.

Al pasar ante un ventanal —una hendidura vertical abierta en el cuarzo—, Tanis esquivó un macetero en el que crecían helechos con profusión.

—Sin embargo, Arelas y tú os conocisteis al final —comentó, para animar al mago a que siguiera con la historia.

Miral giró a la derecha y bajó los amplios escalones de piedra que conducían al patio.

—Nos conocimos por mi magia. Un día, en el mercado de Caergoth, Arelas se puso enfermo. Siempre tuvo una salud débil. Yo me encontraba cerca, y corrí en su ayuda. Conozco muchos hechizos menores para aliviar enfermedades, aunque no soy un buen curandero, como muy bien sabes.

Tanis se apresuró a mostrar su desacuerdo con el último comentario del mago, pero Miral desechó sus corteses protestas con uno de sus característicos gestos bruscos, y el semielfo guardó silencio. De hecho, Miral era sólo un mago de segunda fila, pero su afable personalidad y su buena disposición para dedicar su tiempo a otros le habían granjeado una relativa popularidad.

—Sea como sea —continuó—, conseguí mitigar el dolor de Arelas, y lo visité a menudo en los siguientes días. Al final, nos hicimos amigos.

Habían llegado a las puertas dobles que comunicaban el palacio del Orador con el patio. Los portones eran de brillante acero, lo que los convertía en un objeto valioso en una época en que la continua amenaza de guerra hacía de este metal, con el que se fabricaban las armas, más valioso que el oro o la plata. Su altura duplicaba la de un elfo y su anchura permitía el paso de tres personas codo con codo; no obstante, la destreza de los

artesanos elfos quedaba demostrada por el hecho de que cualquier elfo, tuviera la fuerza que tuviese, podía abrirlas sin esfuerzo.

Tanis entreabrió una de ellas, lo bastante para atisbar a Tyresian, que se reclinaba con actitud arrogante en una columna, a unos doce metros de distancia. Miral retrocedió un paso y se refugió de nuevo en las sombras; el semielfo cerró la puerta.

—¿Cómo acabaste en Qualinost? —preguntó Tanis—. ¿Y qué le ocurrió a Arelas?

Miral retiró la capucha de su rostro.

Tal vez sea mejor dejar esta conversación para otro momento. No es la clase de historia que se revela un instante antes de que dos amigos se separen. —Mas, al ver la expresión desilusionada del muchacho, el mago continuó:— Arelas decidió visitar Qualinost, y me pidió que lo acompañara. Yo había deseado siempre conocer las tierras elfas occidentales, y, en consecuencia, acepté su invitación. Supongo que pudimos haber solicitado a la corte que enviara una escolta; pero Arelas deseaba entrar en Qualinesti de incógnito. El porqué, nunca lo supe. En muchos aspectos, era bastante reservado.

»Desde el Cataclismo, se han vivido tiempos turbulentos. Por aquel entonces, las bandas de maleantes eran habituales en las calzadas. Pero Arelas me aseguró que no corríamos peligro alguno al viajar con un pequeño grupo de personas.

Miral agachó la cabeza; parecía costarle trabajo respirar. Tanis estaba fascinado por el relato, pero deseó no haberle pedido al mago que reviviera lo que sin duda era para él una dolorosa experiencia. Al cabo, el mago suspiró.

—Arelas estaba equivocado. La travesía de Caergoth a Abanasinia transcurrió con tranquilidad, y viajamos tierra adentro durante una semana sin que ocurriera ningún incidente. Después, a una jornada de camino de Solace, cerca de Gateway, nuestro pequeño grupo fue atacado por una cuadrilla de malhechores humanos. Matamos a uno de los salteadores de caminos, pero ellos abatieron a los guardias que viajaban con nosotros.

—¿Y Arelas? —preguntó Tanis. Al otro lado de las puertas, se escuchaban unos pasos impacientes; supuso que era Tyresian, que iba en su busca para iniciar la lección con el arco.

—Se produjo una..., una explosión —dijo Miral con voz queda, mientras retrocedía otro paso al ver que la puerta empezaba a abrirse—. Arelas resultó gravemente herido. Hice cuanto pude por él. Me dijo que viniera aquí, que su hermano encontraría un lugar para mí en la corte. ¿Te das cuenta? Incluso Arelas, que era tan buen amigo, sabía que mis habilidades como mago no eran lo bastante buenas para abrirme camino en la vida por mí mismo.

En ese preciso momento, Tyresian entró por la puerta mientras llamaba a gritos:

—¡Tanthalas Semielfo! Te estoy esperando para... —Al ver a los dos amigos se detuvo; luego desestimó la presencia del mago con evidente desdén, y reprendió al muchacho:— ¡Llegas tarde!

Tanis hizo caso omiso del furioso elfo durante un momento.

Y así fue como viniste aquí —dijo a Miral. El mago asintió.

Y aquí estoy desde entonces. He sido feliz... Más de lo que lo habría sido en Silvanesti, sospecho. Echo de menos a Arelas. Todavía sueño con él.

Pasando por alto que Tyresian estaba que echaba chispas, sumido en un iracundo silencio a sus espaldas, Tanis dirigió una mirada compasiva al mago mientras éste se alejaba por el corredor y se quedó observándolo hasta que lo perdió de vista.

—Mantén la cabeza erguida —espetó Tyresian—. Y no dobles ese brazo. Planta firme los pies. No apartes los ojos de la diana mientras le apuntas. ¡Por todos los dioses! ¿Es que quieres matar a alguien?

Se oyeron las risas de lady Selenia. Era una elfa de porte regio, ojos violeta y cabello rubio oscuro, pero sus rasgos poseían una cierta dureza. Aun así, la gran fortuna que heredaría a la muerte de sus padres acrecentaba su atractivo a los ojos de muchos señores elfos.

Hacía dos horas que Tanis disparaba una flecha tras otra sobre unas balas de paja que Tyresian había ordenado colocar pegadas al muro del

inmenso patio.

—De ese modo, tendremos la relativa seguridad de que no alcanzas con alguna flecha a algún cortesano que pasee por los alrededores —había dicho Tyresian, provocando nuevas risas en Litanas, Ulthen y Selená. Porthios estaba sentado en un banco contemplando a su primo con tal intensidad que casi garantizaba que Tanis fallara nueve de cada diez tiros.

—¿Podrías pedir a tus amigos que se marcharan? —había insinuado Tanis. El comentario hizo que Tyresian estrechara los ojos.

—No esperarás que, en una posible contienda, te dejen libre el campo de batalla con tal de que no te pongan nervioso unas cuantas miradas críticas, ¿verdad? —replicó el lord elfo.

Litanas resopló con desdén y Tanis sintió la sangre agolpada en las mejillas. Con excepción de Porthios, el grupo parecía estar divirtiéndose mucho con la actuación del semielfo.

Le dolía el brazo, y tenía los dedos insensibilizados. Se le cayó una flecha al suelo, y de nuevo enrojeció al sentir a sus espaldas las risas de los espectadores cuando intentó recogerla de la hierba sin que los dedos obedecieran sus deseos. A decir verdad, lo que le hubiera gustado hacer con los dedos habría sido cerrarlos en torno al cuello de Tyresian y apretar con todas sus fuerzas; tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para atemperar la rabia que lo embargaba. Lady Selená tenía una risa particularmente irritante, un gorjeo que subía hasta alcanzar una nota aguda para después descender al tono inicial. Aquel sonido era suficiente para ponerle los pelos de punta, pero tanto Litanas como Ulthen parecían encontrarlo arrebatador.

—No te servirá de mucho saber defenderte de un enemigo a cierta distancia si eres vulnerable frente a un oponente que esté a unos pasos —dijo Tyresian con tono arrogante.

«No me digas», pensó Tanis. El semielfo hizo un gesto de dolor cuando su instructor le puso una espada en la mano con brusquedad. Al punto, Tanis tenía que frenar con precipitación la arremetida de un Tyresian que esbozaba una mueca de ferocidad. Con gran habilidad, el elfo puso un pie tras las piernas del muchacho y le propinó un golpe en el pecho con la parte

plana de la espada. Tanis cayó despatarrado en el suelo, y por poco no se hirió con su propia espada.

Se quedó tumbado, jadeante, zaherido por la risa estridente de la noble elfa y dolorido por la fuerza del golpe al caer; ni siquiera se atrevió a volver la vista hacia el banco de piedra donde el grupo de aristócratas se divertía a su costa.

De repente, la irritante risa de lady Selenia se hizo más estridente.

—¡Se le han roto los calzones! —chilló, y estalló de nuevo en carcajadas.

Tanis bajó la mirada a sus polainas; en efecto, durante el fugaz combate, la espada había hecho un corte en la pernera derecha y, al caer, la rotura se había desgarrado más dejando a la vista buena parte de su muslo velludo. Una nueva risa se unió a las alegres carcajadas, y Tanis vio a Porthios limpiarse las lágrimas mientras se incorporaba, sacudía la cabeza, y conducía a sus amigos de regreso a palacio.

Tyresian se inclinó sobre el muchacho y, con un ágil gesto, tomó la espada de la mano de Tanis, saludó con ella al semielfo caído, y fue en pos de sus amigos. Hizo un alto al llegar a las puertas de acero, manteniéndolas abiertas con sus fuertes manos, y volvió la cabeza hacia el muchacho.

—Te veré mañana, semielfo —dijo, esbozando una mueca burlona.

Procedentes del vestíbulo, las risas de lady Selenia hirieron los oídos de Tanis.

5

El reto

A la mañana siguiente, Laurana estaba en el patio cuando Tanis llegó allí con su arco, sus flechas y un humor muy acorde con el encapotado cielo gris. Miral le había dado la mañana libre, y el muchacho había decidido practicar hasta que Tyresian no encontrara nada por lo que criticarlo.

Pero estaba la hija del Orador, con un vestido verde, zapatillas recamadas con hilos de oro, y sus largos cabellos sueltos a excepción de dos gruesas trenzas que colgaban a los lados de la cara. Estaba sentada sobre el petril de un muro, balanceando las piernas, con una actitud que apuntaba la hermosa mujer que llegaría a ser, y la niña consentida que era ahora. El muchacho rezongó para sus adentros.

—¡Tanis! —lo llamó mientras saltaba al suelo de un brinco—. He tenido una idea fabulosa.

El semielfo suspiró. No sabía cómo actuar con ella. Tenía sólo diez años, y él treinta; es decir, que era una mocosa comparada con él. La diferencia de edad entre los dos era similar a la de una niña humana de cinco años con un muchacho de quince.

Sentía un gran cariño por la pequeña elfa, a pesar de que la chiquilla sabía muy bien el atractivo que ejercía sobre los demás y cómo aprovecharlo.

—¿Qué quieres, Laurana?

Estaba de pie frente a él, con los brazos en jarras, la barbilla alzada y un destello travieso en sus ojos verdes.

—Creo que deberíamos casarnos.

—¿Qué? —A Tanis se le cayó el arco. Mientras se agachaba para recogerlo, la pequeña le hizo cosquillas y, entre risas, le dio un empujón y los dos rodaron por el césped. Con actitud grave, el semielfo se puso de rodillas, la incorporó e hizo otro tanto—. Me temo que no funcionaría, Lauralanthalasa Kanan.

—Oh, vaya. Siempre que alguien me llama por mi nombre completo es que estoy en apuros —dijo con un mohín—. Aun así, pienso que deberías casarte conmigo.

Tanis se preparó para apuntar a la diana que continuaba recostada contra el alto muro de piedra, pero Laurana empezó a brincar delante del muchacho.

—Apártate, Laurana. ¿Es que quieres que te clave una flecha? Siéntate ahí —la reprendió mientras señalaba un banco a su izquierda, el mismo que habían ocupado lady Selenia y los otros el día anterior. Para su sorpresa, la pequeña obedeció.

—¿Por qué no, Tanis? —inquirió enfadada, a la vez que el semielfo disparaba la primera flecha, que falló la diana y se estrelló en el muro medio metro por encima de las balas de paja y cayó al suelo.

—Porque todavía eres muy pequeña. Tanis encajó otra flecha en el arco y apuntó al blanco con los ojos entrecerrados.

Todo el mundo dice lo mismo —suspiró Laurana. La segunda flecha, por lo menos, acertó las balas de paja, si bien se hincó un metro a la derecha de la diana—. ¿Y cuando haya crecido?

—Entonces quizá yo sea demasiado viejo.

—No, no lo serás —replicó con firme terquedad; le temblaban los labios y las lágrimas amenazaban con desbordarse como las nubes tormentosas que cubrían el cielo—. He preguntado a Porthios cuánto vivimos los elfos, y me lo ha dicho. Tenemos tiempo de sobra.

—¿Le dijiste a Porthios que querías casarte conmigo? —inquirió Tanis volviéndose hacia ella.

—Desde luego —respondió con una sonrisa que le iluminó el rostro.

Ahora entendía la actitud fría con que lo trataba el heredero del Orador últimamente. No debió de gustarle lo más mínimo que su preciosa hermana fuera por ahí diciendo a la gente que quería casarse con el bastardo de palacio, pensó Tanis con amargura. Disparó sin pensarlo, y la flecha se clavó en la lona del bastidor, a pocos centímetros del centro del blanco. Otra flecha se hincó en la lona, entre la primera y la diana. Laurana había estado observando con atención.

—Muy bien, Tanis. ¿Entonces te casarás conmigo? ¿Algún día?

El semielfo se alejó hacia el muro para recoger las flechas. Cuando regresó, había encontrado el modo de acabar con aquella tonta conversación.

—Sí, Laurana —respondió—. Nos casaremos algún día.

—¡Bravo! —aplaudió entusiasmada—. Se lo diré a todo el mundo.

Se alejó corriendo y el semielfo la miró mientras salía del patio.

«*Eso es, Laurana —pensó—. Ve y díselo a todos. En especial, a Porthios.*»

* * *

Horas más tarde, aquella misma mañana, Tanis se encontró otra vez con su «prometida» cerca de la Sala del Cielo, hacia donde se dirigía con el propósito de despejarse un poco tras varias horas de practicar con el arco.

—¡Ah, aquí estás! —interrumpió sus cavilaciones la vocecilla jadeante.

El semielfo se volvió sobresaltado, y vio a Laurana que cruzaba la plaza a toda carrera, con los vuelos del vestido recogidos hasta las rodillas. El brillante tejido verde de su vestido contrastaba con la grisácea luz del mediodía.

En los últimos tiempos, Laurana tendía más a vestirse como una mujercita que con las ropas utilizadas por los niños, más apropiadas para los juegos. Tal vez el nuevo estilo se debía al estricto decoro de la corte, si bien Laurana, a fuerza de ser sinceros, parecía dar menos importancia a las complicadas reglas de la etiqueta y protocolo social que cualquier otro elfo

de rango inferior. Probablemente, había perdido aquella naturalidad al crecer, pensó con un suspiro el semielfo, que de repente se sintió muy viejo.

—Vamos, apresúrate —parloteó la chiquilla—. ¡Gilthanas ha dicho que lo vio encaminarse a la plaza!

—¿A quién?

—¡Al maestro Fireforge! —respondió Laurana, como si la sorprendiera que su primo no lo supiera.

Tanis rezongó por lo bajo. Presenciar otra sesión de intercambio entre los niños y el fabricante de juguetes no era lo que más le apetecía en ese momento, pero Laurana le agarraba la mano con firmeza y no tuvo más remedio que acompañarla.

En efecto, el enano se encontraba allí cuando llegaron a la plazuela, rodeado de alegres chiquillos; Laurana se sumo al alborotador grupo. Tanis suspiró y se quedó aparte como de costumbre, cerca de los árboles. Poco después, el enjambre de chiquillos se esparcía para experimentar con los nuevos juguetes. Laurana estaba arrobada con el regalo que le había dado el enano, un pequeño pájaro con alas de papel que planeaba al lanzarlo al aire. Tanis se metió las manos en los bolsillos y dio media vuelta para marcharse.

—¡Un momento, muchacho, quédate ahí! —dijo una voz áspera a sus espaldas. Tanis, sobresaltado, dio un respingo cuando una fuerte mano se posó en su hombro—. Esta vez no te escapas.

El semielfo giró sobre sus talones y se encontró cara a cara con el enano. Las pupilas del maestro Fireforge relucían como si fueran dos trozos de acero pulido. Tanis no supo qué decir, por lo que guardó silencio a pesar de que sentía el corazón saltándole en el pecho.

—Veamos —comenzó el enano con voz calma—. Sé que un simple juguete no basta para que algunas personas olviden sus preocupaciones. —Lanzó una mirada pensativa a los alegres chiquillos—. Ojalá fuera así de fácil para todos. Volvió de nuevo los ojos hacia Tanis—. Pero, aunque eso no se puede cambiar, quiero darte una cosa, de todos modos.

Ofreció un pequeño paquete al semielfo, y Tanis se encontró cogiéndolo con manos temblorosas.

Sin saber qué otra cosa hacer, manipuló con torpeza la cuerda que lo ataba, y, por fin, el nudo se soltó. Miró el objeto que tenía en la mano y sintió un nudo en la garganta. Eran dos peces de madera, tallados con minuciosidad. Colgaban de unas cadenitas doradas sujetas a los extremos del aspa que formaban dos finas barras, y que iban montadas sobre una base de madera tallada de manera que imitaba el lecho rocoso de un arroyo.

—Trae —dijo con tono quedo el enano—. Déjame que te enseñe cómo funciona.

Flint empujó con suavidad el aspa, que empezó a girar. Los peces dieron vueltas y vueltas en torno a la base, balanceándose de las finas cadenas. Daba la impresión de que estuvieran nadando, libres y gráciles, sobre la palma de la mano de Tanis.

—Si te violenta recibir un juguete de regalo, considéralo como una «talla de madera» —sugirió el enano, mientras guiñaba un ojo.

—Es precioso —susurró Tanis, y una fugaz sonrisa le iluminó el semblante.

* * *

Tanis, que había colocado sobre el petril de un muro lateral la talla de madera, aguardaba en el patio de palacio aquella tarde cuando llegó Tyresian, acompañado otra vez por Selena, Ulthen y Litanas. Unos momentos más tarde, Porthios cruzaba las puertas dobles de palacio. Justo en ese momento, una gota de lluvia cayó sobre uno de los senderos que surcaban el jardín, y Tyresian, que vestía una túnica corta de color semejante a las nubes tormentosas, lanzó una mirada irritada al cielo encapotado.

—Creo que será mejor que cancelemos la clase de hoy —dijo el lord elfo, y sus compañeros, salvo Porthios, mostraron su desilusión con gruñidos.

El heredero del Orador se limitó a contemplar con actitud severa al grupo; sus finas cejas estaban fruncidas y su rostro exhibía la habitual expresión ceñuda.

—¿Qué haremos ahora para divertirnos?

Tanis escuchó las palabras susurrantes de Litanas, y vio a Selena taparse la boca con su mano enguantada para ocultar la risita. El semielfo se encogió por la humillación.

Sin embargo, no se había pasado toda la mañana disparando flechas a las balas de paja para que ahora lo dejaran con dos palmos de narices. Encajó una flecha en el arco y apuntó al blanco.

—No soy tan débil para no aguantar un poco de lluvia, lord Tyresian —declaró, con un tono deliberadamente apacible—. Mas, si no queréis mojaros, podéis poneros a cubierto. Tal vez alguno de los sirvientes encienda una chimenea para que os calentéis. Pero yo me quedo.

El rostro del elfo enrojeció desde la cuadrada mandíbula hasta la raíz del corto cabello.

—Daremos la clase —repuso con frialdad.

No llovió durante el rato en que Tanis disparó flecha tras flecha; las plumas azules y después rojas, centellearon al surcar veloces el patio. Unas cuantas flechas se estrellaron contra el muro de piedra, pero, de manera paulatina, empezaron a acertar en las balas de paja. El semielfo llegó incluso a hacer blanco cada cuatro o cinco intentonas, si bien en ninguna ocasión en el centro de la diana. Tyresian recitaba su acostumbrada letanía de críticas.

—Mantén firme ese hombro. ¡Echa más atrás el codo! Disparas como un enano gully, semielfo. Mantén ambos ojos abiertos. Supongo que querrás saber a qué distancia se encuentra la diana, ¿o no?

Por fin, Tanis, cuyo rostro transpiraba en el aire cargado de la tarde, colocó una flecha a cinco centímetros del centro de la diana. Se volvió con actitud ufana hacia Tyresian y el charlatán grupo de espectadores. Selena, con el maquillaje de los ojos estropeado por las lágrimas, se abrazaba a Ulthen sin poder contener las risas. El noble tenía la cabeza inclinada y cubría con una mano los labios de la mujer en un vano intento de amortiguar sus carcajadas. Litanas lo miraba con los ojos entrecerrados y sonreía burlón. Por el contrario, lord Xenoth, el consejero del Orador, que se encontraba de pie en el umbral de las dobles puertas, exhibía una

expresión impasible. Al otro lado del grupo, Porthios no daba muestras de estar impresionado; cogió el juguete de madera de Flint e hizo girar el aspa con gesto ausente, de manera que los dos peces empezaron a dar vueltas.

—¿Y bien? —gritó desesperado Tanis—. ¿Qué tiene de malo ese tiro? ¡Casi ha dado en la diana! —Para su horror, notó que las lágrimas pugnaban por brotar en sus ojos. «*Si lloro ahora —se dijo—, ya puedo ponerme en camino a Caergoth.*»

Porthios dejó la talla de madera sobre un banco vacío, se acercó a Tanis, y le cogió el arco de flexible madera de fresno. Una expresión mezcla de orgullo y desasosiego se plasmaba en su rostro, y, por un momento, Tanis creyó que a su primo le molestaba el giro tomado por los acontecimientos.

—Fíjate. —La voz de Porthios tenía un tono cortante. Aparentemente sin el menor esfuerzo, el elfo tensó el arco y disparó una flecha que se clavó en el blanco, partiendo en dos la de Tanis con un vibrante golpe seco de acero sobre madera y lona. Sin cruzar una palabra más con el semielfo, le entregó el arco y se dio media vuelta para marcharse. Por un breve instante, otra vez, Tanis advirtió turbación en los ojos hundidos de su primo.

—¡Pero no te has acercado a la diana más que yo! —protestó. Porthios se volvió hacia él.

Unas gotas de lluvia cayeron sobre ellos, y Tanis oyó a Selena ordenar a Litanas que le trajera una capa impermeable. Al otro lado, se escuchó el resoplido desdeñoso de Tyresian.

De espaldas a los mirones, Porthios, cuyo rostro asumió por primera vez una expresión comprensiva, alargó la mano y aferró a su primo por el brazo.

—Apunté a tu flecha, primito, no a la diana —dijo con voz queda. Sus verdes ojos, tan semejantes a los del Orador, lanzaron un cálido destello.

—¡Eso es lo que dices ahora! —gritó Tanis, a despecho de sí mismo. Apretó los puños. Una gruesa gota de lluvia cayó sobre la cabeza de Porthios y le humedeció el cabello dorado oscuro—. ¡Y yo digo que fallaste el tiro!

Más que verlo, sintió que Tyresian se acercaba a ellos y le oyó decir en voz baja:

—Esas palabras parecen un desafío, mi señor. Veamos cómo tu fogoso amigo semihumano compite contigo. La actitud afectuosa de Porthios se desvaneció de su semblante.

—¿Me estás retando? —inquirió a Tanis con suavidad. El muchacho sintió todas las miradas clavadas en él, y tomó una decisión precipitada.

—¡Sí, te reto!

—No sería una competición justa, Porthios —intervino Ulthen desde el banco—. El semielfo apenas ha recibido instrucción. Tienes ventaja sobre él.

—Puedo vencerte, Porthios —gritó Tanis con atrevimiento.

El elfo observó con atención a su primo, y se acercó a él.

—No hagas esto, Tanis —musitó—. No me obligues a hacerlo.

Pero el semielfo estaba fuera de sí, y era incapaz de razonar.

—¡Puedo vencerte en cualquier circunstancia, Porthios! ¡Pon tú las reglas!

Una suave llovizna empezaba a empapar el patio. Porthios suspiró y examinó el césped a sus pies.

—Cuatro tiros cada uno —dijo al cabo—. Utilizaremos tu arco, Tanis.

Unos sirvientes se acercaron con pequeños doseles para que los jóvenes nobles se resguardaran bajo las tirantes lonas. Lord Xenoth se ausentó un momento y regresó poco después con una capa provista de capucha.

Tyresian se auto designó árbitro de la competición; su cabello, ahora empapado, se pegaba en torno a sus facciones angulosas, y sus orejas puntiagudas goteaban agua. Se situó entre los dos primos.

—Porthios Kanan ha establecido las siguientes reglas: Tanis Semielfo será el primero en iniciar la tanda de cuatro flechas. —Su voz de acento militar resonaba en los muros de piedra—. Una diana serán diez puntos. Acertar en cualquier otra parte circular del blanco, serán cinco puntos. Dar en las balas de paja, fuera del blanco, dos puntos. Y cualquier flecha que salga de las balas... —sonrió con sorna— restará diez puntos al arquero. —Tyresian tosió—. Y si el árbitro enferma de pulmonía con este condenado tiempo, a cada arquero se lo penalizará con cincuenta puntos, aunque esperamos que eso no ocurra. —Litanas, que acababa de regresar con dos

capas, celebró la broma—. Las flechas escarlatas para Porthios, las cobalto para Tanis. Que empiece la competición.

La lluvia arreció. Algunas ramas de laurel se quebraron y cayeron al suelo. Tanis se puso en posición de tiro, y apuntó en medio del aguacero. Los espectadores, para su sorpresa, guardaron silencio, aunque lo más probable es que fuera el mal tiempo lo que calmaba el alboroto, y no un gesto de cortesía para con él. Ulthen y Litanas, con las polainas empapadas hasta la rodilla, parecían elfos marinos. Selena, que se había resguardado bajo un dosel de franjas amarillas y blancas, había salido mejor parada que sus amigos. Casi sin pensarlo, Tanis soltó la flecha, que fue a hincarse en el recuadro del blanco, como una pincelada azul sobre el fondo pardo de la lona.

—¡Dos puntos para el semielfo! —anuncio Tyresian—. El siguiente en tirar es Porthios.

El heredero del Orador, con una expresión resignada en el semblante, aceptó el arco que le tendía su primo. —Recuérdalo, Tanis. No fui yo quien quiso esto.

El semielfo sostuvo su mirada con actitud impasible, como si no se conocieran. Porthios encajó una flecha en el arco, tensó la cuerda... y Tanis se quedó paralizado por la humillación.

Porthios era diestro. Sin embargo, en esta competición, había cogido el arco al contrario y apuntaba con el brazo izquierdo. Tanis sintió que su rostro palidecía y acto seguido la sangre se agolpaba en sus mejillas. El hecho de disparar como si fuera zurdo daba a entender que Porthios podía derrotarlo sin esforzarse en ello. Su primo apenas había apuntado cuando la flecha de plumas rojas se hincó profundamente en el centro de la diana.

—¡Diez puntos para el elfo! —gritó Tyresian.

La siguiente tanda acabó con el mismo resultado, y la puntuación se puso en veinte a cuatro a favor de Porthios.

—Aún no es tarde para volverte atrás —susurró Porthios mientras le entregaba el arco a Tanis después de lograr su segunda diana. Por una vez, sus amigos guardaban silencio—. Puedo dar por terminada esta pantomima con el pretexto de la lluvia.

Sus palabras se clavaron en el semielfo como las punzantes gotas de lluvia que caían en torno a los dos contrincantes. Incluso Tyresian había buscado refugio bajo uno de los doseles. Sólo los dos primos permanecían bajo el diluvio. Tanis regresó a la línea de tiro.

En la tercera ronda, su flecha zumbó en el aire hacia el blanco... y pasó de largo, para ir a arrancar una esquirla de piedra del muro que había detrás.

—¡Menos diez! —grito Tyresian—. La puntuación queda en este momento: Tanthalas Semielfo, menos seis, con tres disparos; Porthios, veinte, con dos.

Porthios suspiró e hizo un ademán como si dijera que estaría encantado de poner punto final a la competición.

—Adelante. Dispara —dijo Tanis.

El elfo, todavía apuntando con el brazo izquierdo, empleó aún menos tiempo en este turno, y su flecha voló y se hincó a un palmo de la diana. Apenas prestó atención al anunció de Tyresian.

—Cinco puntos. La puntuación está en veinticinco para Porthios, menos seis para el semielfo.

Tanis sintió que se le tensaban los músculos de la mandíbula, y Porthios miró hacia otro lado en tanto que su primo apuntaba a la diana con más cuidado que nunca, concentrado en lo que iba a ocurrir, visualizando la flecha en el mismo centro del blanco. Tanis cerró los ojos, rogando para que los dioses estuvieran con él en esta ocasión. Pensó en las miradas despectivas de lord Xenoth, Selenia y los demás, y sintió que la ira bullía en su interior. Estrechó los ojos para otear a través del aguacero, se situó en línea con la diana, y soltó la flecha.

El proyectil de plumas cobalto trazó un leve arco ascendente en el aire, y Tanis sintió que el alma se le caía a los pies.

Después, la trayectoria de la flecha descendió y se clavó con limpieza en la misma diana.

—¡Diez puntos! La puntuación está: cuatro para Tanis, veinticinco para Porthios.

Porthios rechazó el arco cuando Tanis se lo tendió. —Hagamos una pausa, semielfo. No estás acostumbrado a esta disciplina. Descansemos.

Por un instante, Tanis estuvo a punto de dejarse vencer por la afectuosa comprensión que de nuevo afloraba a los ojos verdes de Porthios. De repente, el muchacho fue consciente de cuanto lo rodeaba: el olor fresco del césped mojado, el aroma de las manzanas caídas al pie de un árbol cercano, el débil piar de un gorrión resguardado de la lluvia entre las ramas de un abeto. Entonces Tyresian habló:

—Quizá debiste elegir otra disciplina más «humana» para competir que el arco, semielfo.

Tanis sintió renacer la ira.

—Dispara, Porthios —espetó—. O date por vencido. Su primo, obviamente cansado de la charada, alzó los brazos y sin apenas dedicar una mirada al blanco, hizo lo que Tanis le pedía. La flecha se clavó a más de diez pasos de la diana.

—Resultado final: Porthios, con quince puntos, es el ganador. Un total de cuatro puntos para el semihumano que intentó demostrar su pericia en una disciplina elfa —dijo Tyresian con frialdad, y giró sobre sus talones para dirigirse a palacio.

Incluso Selenia y Litanas dieron un respingo ante las corrosivas palabras de Tyresian, pero fueron en pos de él hacia las puertas, que brillaban opacas a través del gris aguacero. Sólo Ulthen protestó:

—Eres injusto, Tyresian. El muchacho hizo cuanto pudo.

—Pero no fue suficiente, ¿verdad? —replicó el lord elfo con suavidad.

Mientras el grupo abandonaba el patio, Porthios se adelantó y quedó frente a Tanis con actitud vacilante, sin que al parecer reparara en la violencia del aguacero que había doblado tres ramas como si fueran cañas. Sus rasgos aguileños mostraban algo parecido a la compasión.

Tanis, yo... —comenzó, pero no concluyó la frase. El muchacho guardó silencio, y se limitó a agacharse para recoger el arco tirado en el suelo; luego fue hasta el muro para recuperar las flechas, azules y rojas, cuyas plumas estaban empapadas y embarradas en los charcos que se habían formado entre el césped.

Tanis —repitió Porthios, y, en esta ocasión, su semblante denotaba la firmeza que, si la dejaba desarrollarse, tendría cuando fuera el Orador.

—Quiero la revancha —lo interrumpió su primo. Porthios se quedó boquiabierto, como si no pudiera creer lo que el muchacho decía.

—¿Has perdido la razón, Tanthalas? Tienes treinta años, y yo ochenta. Ya me he sentido bastante violento con esta charada. ¡Por todos los dioses! ¿Acaso tú competirías con Laurana? Pues eso mismo es lo que ha significado esta parodia para mí.

Tanis malinterpretó, intencionadamente, sus palabras.

—Quizá tú te lo tomes a broma, Porthios. Pero para mí es muy serio. Quiero la revancha.

Porthios soltó un suspiro de resignación.

—Está lloviendo, Tanis. No me apetece competir otra vez con el arco, y...

—No hablo del arco —interrumpió el semielfo—. Sino de los puños.

—¿Qué? —bramó el elfo. Tanis casi podía escuchar el razonamiento de su primo: *«Vaya métodos humanos de arreglar una disputa»*.

Todos los espectadores, salvo lord Xenoth, habían entrado a palacio para ponerse ropas secas y tomar un ponche. Xenoth remoloneaba en el umbral, atraído, probablemente, por el intercambio de palabras entre los dos primos y el tono cortante de sus voces. Con su cabello blanco, los labios apretados, y los brazos cruzados sobre el pecho, el anciano consejero semejaba un viejo gato de pelo largo al que le faltan ya algunos dientes, pero no la curiosidad.

«Bien —pensó Tanis—. ¿Quieres tener algo que contar al Orador? Esto te servirá».

Sin cruzar una palabra más, propinó un puñetazo a Porthios en la mandíbula.

Un segundo después, el heredero del Orador yacía despatarrado sobre el barro, con una expresión de desconcierto que en cualquier otro momento habría resultado jocosa.

La lluvia había corrido los colores de su túnica de seda, y unos reguerillos amarillos, verdes y azules se deslizaban por sus brazos. Su expresión perpleja y resentida era tan evidente, que Tanis estalló en carcajadas.

... y un instante después salía disparado contra un pequeño melocotonero. Fue como si hubiera chocado de cabeza contra un puerco espín del Bosque Oscuro. Sintió los arañazos de las ramas en la cara, oyó el crujido de las pequeñas ramas a su alrededor, y notó el impacto de frutos húmedos y maduros que se precipitaron sobre él al soltarse por el impacto. Un olor a melocotones machacados le inundó las fosas nasales.

La violencia de la pelea se intensificó en pocos momentos. Porthios luchaba para defenderse, pero Tanis lo hacía impulsado por una rabia ciega. Porthios, mayor y más rápido, eludía las maniobras de Tanis. Pero la sangre humana del semielfo le daba una fuerza de la que carecía el esbelto elfo. En consecuencia, aunque los puñetazos de Porthios habían llovido sobre el semielfo en principio, no pasó mucho tiempo antes de que Tanis advirtiera que las tornas volvían a su favor.

—¡Muchachos! ¡Muchachos! —La nueva voz penetró a través de la bruma de cólera que envolvía el cerebro de Tanis.

El zumbido de los oídos cesó el tiempo suficiente para que advirtiera la presencia de lord Xenoth. El anciano consejero brincaba histérico entre ambos contendientes, y ninguno de los tres reparaba ya en el aguacero que se precipitaba sobre ellos. El tinte de la túnica de Porthios había desaparecido hasta dejar un tono verde amarillento, y la pechera estaba desgarrada desde el escote hasta el abdomen. Un hilillo de sangre escurría de la comisura de sus labios, y la hinchazón le cerraba un ojo. La vestidura de Xenoth estaba embarrada. Tanis miró sus propias ropas; un mocasín también embarrado estaba tirado junto al banco. El tono sepia de sus polainas había desaparecido bajo una capa de barro pringoso. Y el arco —el objeto que había dado pie a toda esta situación— estaba hecho trizas a sus pies. Aunque tenía la camisa salpicada de sangre, no parecía estar herido, salvo algunas magulladuras y pequeños cortes.

Entonces Tanis se quedó sin aliento. En el sendero, partida en pedazos, yacía la talla de Flint.

Mientras el jadeante Xenoth ayudaba a Porthios a entrar en palacio en tanto que chillaba: «¡Esto no quedará así, semielfo!», Tanis cayó de rodillas y recogió con ternura los fragmentos del juguete de madera. Uno de los

peces había salido indemne, pero la fina cadena que lo sujetaba al aspa se había roto; la misma aspa había desaparecido. Y la base, la encantadora representación de un rocoso lecho de arroyo, se había partido por la mitad. Recogió todos los fragmentos, ya que encontró el aspa en un charco, a cinco pasos de distancia, y los envolvió en el pico de su camisa.

Tanis alzó la vista. Las puertas se cerraron con un seco golpe tras Xenoth y Porthios, y se encontró solo en el patio. La lluvia seguía cayendo.

El Orador de los Soles avanzaba a largas zancadas por el corredor; los vuelos de su túnica verde ondeaban tras él como una extraña nube tormentosa en la que el repulgo dorado semejava el destello de un relámpago. Pero era el brillo de sus ojos lo que hacía que los sorprendidos sirvientes y cortesanos se apartaran con premura de su camino mientras recorría el palacio en dirección a los aposentos de la familia. Todos sabían por experiencia que el Orador no se dejaba llevar fácilmente por la ira, pero que, los dioses ampararan a aquellos infortunados que se ponían en su camino cuando por fin se despertaba en él la cólera.

—¡Tanis! —llamó con severidad mientras abría la puerta del dormitorio del semielfo—. ¡Tanthalas!

El cuarto estaba a oscuras, pero una figura, perfilada por la luz rojiza de Lunitari que penetraba por la ventana, se movió en el lecho.

—Tanthalas —repitió Solostaran. La figura se sentó.

—Sí. —La voz semejava plomo: pesada, inexpresiva, incommovible.

El Orador se acercó a una lámpara y la encendió. Se volvió hacia la figura sentada en la cama, y se quedó sin aliento.

Moretones y arañazos surcaban la blanca piel del rostro y los brazos de Tanis. El muchacho cambió de postura, inhaló entrecortadamente y se llevó la mano al costado, pero al instante adoptaba una postura más erguida.

Con el paso de los años, Solostaran había aprendido a contener sus emociones y ocultarlas bajo una máscara de fría indiferencia ante la corte. Aquel entrenamiento lo ayudó ahora para mantener la serenidad mientras observaba a su sobrino adoptivo a quien tanto afecto profesaba, como si verlo con un montón de magulladuras y cortes fuera un acontecimiento diario.

El Orador siguió de pie, y su voz mantuvo un tono frío.

—A fuerza de ser sincero, te diré que Porthios ha rehusado darme una explicación de lo ocurrido. Y, al parecer, ha intimidado, coaccionado o engatusado a todos los que estaban presentes, incluso, para mi sorpresa, a lord Xenoth, para que guarden también silencio. ¿Me contarás tú lo que sucedió hoy en el patio?

El muchacho no salió de su mutismo. Agachó la cabeza y negó en silencio.

—En cierto modo, no me sorprende tu reticencia, Tanthalas —prosiguió la voz del Orador con severidad—. Y no te forzaré, aunque ello estuviera en mi mano, a que hables. Este asunto parece ser algo que habréis de solucionar entre Porthios y tú. Pero, te diré una cosa. —Hizo una pausa—. ¿Me estás escuchando?

El joven asintió con un gesto de la cabeza, pero no alzó la vista. El Orador prosiguió:

—Bien. Entonces, atiéndeme: que no se repita algo semejante. Jamás. No consentiré que mi hijo y mi... sobrino se revuelquen en el barro, comportándose como..., como...

—Como humanos —completó la frase Tanis con voz queda. Las palabras parecieron flotar como sombras en el aire. Solostaran suspiró, buscando otro modo de expresar su idea, pero decidió que la rudeza tendría tal vez mayor efectividad.

—Ya que tú lo dices, sí. Como humanos.

El muchacho aguardó unos segundos y después asintió otra vez en silencio. Solostaran se acercó a él; Tanis tenía algo en las manos. ¿Un pez tallado en madera? Una súbita sospecha surgió en el Orador.

—No me digas que un juguete roto es la causa de todo ese jaleo —dijo.

Al no recibir respuesta del muchacho, Solostaran suspiró y se dispuso a marchar.

—Ordenaré a Miral que traiga algunos ungüentos. Procura dormir. —Su voz se tornó más afable—. ¿Quieres que te mande algo o que venga alguien, Tanthalas?

Cuando se produjo la respuesta, sonó tan apagada que el Orador apenas escuchó las palabras.

—Flint Fireforge.

OceanofPDF.com

6

Un nuevo amigo

—Puedes tirar eso junto al horno, muchacho —dijo Flint mientras entraba en su taller.

Con un gruñido de alivio, Tanis soltó el pesado saco que cayó a plomo en el suelo.

—No es preciso que sigas mis instrucciones al pie de la letra, muchacho —rezongó el enano mirando al jadeante semielfo mientras soltaba a su vez el saco que cargaba a la espalda.

—Lo siento —se disculpó Tanis en voz baja, a la vez que se frotaba el dolorido hombro.

Los dos acababan de regresar de una excursión para extraer mineral de una veta, aunque el muchacho todavía no alcanzaba a comprender cómo se había dejado convencer por el enano para que fuera con él. Un par de horas antes, bajo las primeras luces del alba, Flint había encabezado la marcha, hacia el sur de la ciudad, con unos sacos vacíos en la mano. Tras un agradable paseo de un par de kilómetros, el bosque dio paso a un afloramiento rocoso sembrado de piedras cubiertas de óxido que Flint identificó como guijos de hierro. Diez minutos después, Tanis se tambaleaba bajo el peso de la carga que el enano le había aupado sobre los hombros.

—¿No sería más sencillo traer un animal de carga que lo llevara en la grupa? —había preguntado el semielfo con los dientes apretados.

—¿Un animal de carga? —repitió Flint con un resoplido—. ¿Estás mal de la cabeza? ¡Por Reorx! Ningún enano en su sano juicio confiarla a una bestia chiflada el transporte de su mineral.

Tanis comprendió que no tenía sentido discutir con el enano. Flint se había echado a la espalda su saco, que debía contener cinco veces más peso que el de Tanis, como si estuviera lleno de plumas, y había iniciado el camino de vuelta a la ciudad. Tanis le había seguido en medio de tropezones y bamboleos, a la vez que se aconsejaba a si mismo tener más cuidado la próxima vez que el enano le sugiriera ir «a dar un agradable paseíto».

El muchacho había visitado a Flint casi a diario desde que el Orador había enviado al enano un mensaje una tarde a última hora, hacía una semana, en el que le pedía que visitara al semielfo en sus aposentos de palacio. No es que hubieran hablado de cosas muy importantes durante aquella visita, pues la conversación versó acerca del tiempo, de Solace, de la artesanía metalúrgica, de la talla de madera, y cosas por el estilo; pero Tanis, que tenía un aspecto vapuleado, pareció animarse con la entrevista. Desde entonces, de los cortes y las magulladuras del semielfo apenas quedaba huella, mas la herida abierta entre el muchacho y el heredero del Orador tardaría mucho más tiempo en cerrarse.

—¿Cómo vas a transformar estas piedras en hierro? —preguntó ahora Tanis, mientras el enano levantaba la pesada tapa del horno instalado en la trastienda.

—El único modo de aprender es haciéndolo —respondió Flint—. Al menos, eso es lo que mi abuelo, el viejo Reghar Fireforge, solía decir. O es lo que mi madre decía que decía él.

El horno era redondo, y tan alto como el enano; estaba construido con gruesos adobes chamuscados por el fuego. El fondo tenía forma de embudo rematado en un agujero pequeño, debajo del cual se encontraba un crisol del tamaño de un yelmo. Siguiendo las instrucciones de Flint, Tanis llenó a medias el horno con capas de guijos de hierro, trozos de carbón y una especie de greda a la que Flint llamaba piedra caliza. El enano encendió el carbón a través de una puertecilla situada en el fondo del horno; a continuación, colocó de nuevo la tapa con ayuda de Tanis.

—¿Y ahora, qué? —preguntó el muchacho.

—Esperaremos —respondió Flint mientras se limpiaba la suciedad de las manos—. Cuando el carbón arda al rojo vivo, el hierro se fundirá y se separará de la escoria, para ir a parar al crisol. Pero ese proceso tardará casi un día, así que más vale que nos dediquemos a otros menesteres.

El enano enseñó a Tanis el aspecto que tendría el metal cuando lo retirara del molde: una masa dura, pesada y negra a la que llamó lingote de hierro.

—¿Y eso es lo que utilizas para hacer espadas y dagas? —inquirió Tanis. Flint estalló en carcajadas.

Te hacen falta unas cuantas lecciones sobre metalurgia, muchacho —comentó entre risas.

—¿A mi? —El chico estaba sorprendido. Había observado al enano mientras trabajaba en la forja, y sabía la fuerza y el tesón que empleaba Flint para lograr dar al metal la forma que deseaba. ¿Cómo iba el a conseguir jamás doblegar algo tan duro como el hierro y obligarlo a hacer su voluntad?

La brillante mirada del enano puso de manifiesto que no admitía discusión; así pues, el semielfo escuchó atento mientras Flint le explicaba que el lingote era demasiado quebradizo para obtener una buena cuchilla, y que debía fundirse de nuevo. El enano le enseñó a Tanis cómo poner el lingote en el crisol e introducirlo entre los carbones de la fragua que estaba junto a un pesado yunque de hierro. Hizo que el muchacho accionara los fuelles hasta que las brasas semejaron joyas licuadas. Mientras el hierro se fundía, expulsó volutas de humo negro. Cuando se enfriara, se habría convertido en hierro forjado o batido, explicó Flint, no tan quebradizo como el lingote.

—Pero si es demasiado maleable, es imposible que se obtenga de él una buena espada —objetó Tanis.

Flint asintió con un cabeceo. Con un par de pesadas tenazas, calentó un trozo de hierro forjado en las brasas hasta que se puso al rojo vivo. Luego lo colocó sobre el yunque y lo roció con un polvillo negro que parecía polvo de carbón, salvo que era más brillante. Flint lo llamó «Aliento de Reorx».

Verás, hace mucho tiempo —dijo el enano—, un malvado thane ordenó a su herrero que forjara una espada de hierro que jamás perdiera el filo. Si el herrero fracasaba, le darían muerte. Parecía que era una tarea imposible, pero el herrero era un elegido de Reorx, y el dios sopló sobre la espada forjada por él, lo que la hizo tan dura y fuerte que su filo perduraría brillante y aguzado.

Con el martillo, Flint dobló el brillante trozo metálico sobre sí mismo, y después lo aplanó de nuevo. Lo metió en las brasas por segunda vez, lo roció con el polvo negro, y lo alisó más a fuerza de golpes. Repitió la operación varias veces.

—Lo que ahora tenemos —continuó Flint con actitud satisfecha, alzando el ardiente pedazo de metal con las tenazas— es una pieza metálica que se endurecerá lo bastante para ser dura sin llegar a ser tan quebradiza que se rompa con facilidad. Esto, Tanis, es acero.

Tanis contempló el reluciente metal bajo otro punto de vista. El oro era hermoso, y a los elfos les encantaba la plata, pero en estos tiempos turbulentos el acero era la sustancia más preciosa de Krynn.

—¿Qué vas hacer ahora con ello? —se interesó el muchacho.

Yo no voy a hacer nada con ello —replicó Flint—. Lo harás tú.

—¡Yo no sé cómo se forja el acero!

Tampoco yo lo sabía hasta que lo intenté —rezongó el enano a la vez que ponía un martillo en las manos de Tanis con gesto brusco.

Evidentemente, no había modo de escapar de esto. Tanis suspiró. En primer lugar, tuvo que decidir qué iba a hacer, pero esta parte no resultó difícil. Durante mucho tiempo, había deseado poseer un cuchillo de caza como el que tenía Porthios.

Guiándole las manos, el enano le mostró cómo calentar el acero, cómo sostenerlo sobre el yunque con las tenazas, y cómo golpearlo con el martillo de manera que ninguno de los ardientes fragmentos que saltaban le diera en las manos.

—No es sólo cuestión de que lo golpees —dijo Flint—. Es tu voluntad tanto como tu brazo la que moldea el acero. Imagina cómo quieres que sea.

Enfoca una imagen clara y nítida. Entonces golpea el acero y a ver qué pasa.

Tanis siguió sus instrucciones mientras pensaba lo fácil que resultaba aprender con Flint o con Miral; todo lo contrario que con Tyresian. El cuchillo empezó a tomar forma.

El muchacho sintió un calor que le subía por el brazo y le llegaba al pecho. «*Sólo es el calor de la forja*», se dijo, mas, de un modo u otro, supo que no era ésa la explicación, y pensó que ahora comprendía, aunque sólo fuera un poco, lo que Flint sentía cuando estaba allí, frente al yunque, descubriendo la hoja de una espada en la masa informe de metal y sacándola a la luz a fuerza de fuego y martillo, con el corazón y la mente.

—Ahora enfríalo mientras todavía está al rojo vivo —instruyó Flint. Tanis sumergió la fina y puntiaguda lámina de acero en el barril de agua que había junto al yunque. Brotó el vapor en medio de siseos, teñido de rojo con el reflejo de la forja—. Eso endurece más aún el metal —explicó Flint.

Tanis sacó del agua la tosca y ennegrecida lámina de acero y le dirigió una mirada crítica.

—Desde luego, no tiene aspecto de cuchillo. Tonterías —gruñó el enano—. Tu cuchillo está ahí, no lo dudes. Lo único que hace falta es esmerilar los bordes con la piedra amoladera. Afilalo, encájale un mango, y ya verás.

El muchacho esbozó una sonrisa. La hoja parecía estar un poco torcida, y no estaba plana del todo, pero sería su cuchillo.

—Gracias, Flint —dijo, pero el enano sacudió la cabeza.

—Eres tú quien lo ha hecho, no yo —respondió.

* * *

Flint estaba sumido en reflexiones. Los días otoñales se iban acortando. Las hojas de los álamos relucían a la luz del sol como oro pulido, y las de los robles como cobre bruñido. Ahora, de vez en cuando, la claridad del amanecer refulgía en la brillante escarcha que cubría la hierba y los árboles. Sin embargo, a medida que avanzaba el día, la escarcha se fundía, el sol ahuyentaba la húmeda bruma que flotaba en las calles, y, ya por la tarde,

aunque el limpio aire era fresco, los cálidos rayos de sol que se derramaban sobre la ciudad inducían modorra.

En la parte posterior del taller de Flint había una valla baja de piedras cubiertas de musgo, y más allá se extendía una pequeña pradera que terminaba en una muralla de enredaderas enroscadas en los troncos de álamos y pinos que formaban una arboleda. A diferencia de los incontables jardines y patios de Qualinost, la pradera y los árboles crecían en su estado natural. Más bien, eran sencillamente una extensión del bosque que continuaba tal como estaba desde antes de que Kith-Kanan condujera a su pueblo a Qualinesti. Era un recuerdo de los tiempos en que allí no existía ciudad alguna, ni elfos, sino un denso y umbroso bosque, y la música del viento.

A veces, Flint hacía un alto en su trabajo frente al humeante calor de la forja y salía a sentarse en la valla, aspirando el aire limpio mientras balanceaba las cortas piernas. La arboleda al otro lado de la pradera traía a su mente el recuerdo de su viaje desde Solace, a través de los bosques de Qualinesti, y de nuevo se encontraba preguntándose a sí mismo si no sería ya hora de ponerse en camino de regreso.

«Estos días son luminosos y cálidos —se decía—, pero, tan seguro como que el acero es duro, el invierno está a la vuelta de la esquina. Y, aunque no pongo en duda que entre estos bosques no será riguroso, no ocurrirá lo mismo en el resto del mundo; y, si eres lo bastante estúpido para retrasar más la partida, te habrás congelado mucho antes de llegar a Solace.»

Pero siempre parecía tener algo pendiente de hacer antes de plantearse el viaje. Había prometido a lady Selena un juego de copas realizadas de manera que semejaran tulipanes. Sólo este encargo le había ocupado dos semanas de trabajo; sin embargo, cuando lo hubo terminado, se encontró enfrascado en la creación de dos intrincados anillos de boda que había prometido entregar enseguida a un impaciente y joven noble que cortejaba a una doncella elfa. Y, después, el capitán de la guardia del Orador entró en su taller, desesperado porque su espada no estaba bien equilibrada y los forjadores elfos no habían tenido éxito en enmendar tal fallo. El problema

era tan evidente a los ojos de Flint —la guarda ornamentada de la empuñadura era la causante de la pérdida de equilibrio—, que no habría tenido muy buena opinión de sí mismo si se hubiera negado a ponerle remedio. Tan seguro como que su barba seguía creciendo, de igual modo siguieron llegándole encargos.

A parte de sus nuevas ropas —un presente del Orador en prueba de su amistad—, Flint apenas había cambiado desde el día en que puso el pie por primera vez en Qualinost con su oscuro cabello atado en la nuca y su espesa barba sujeta en el cinturón. Sólo había cambiado las pesadas botas con suelas reforzadas con hierro, por otro para lubricado con un flexible cuero gris, y, a pesar de que sus pies seguían siendo el doble de grandes que los de cualquier elfo, al menos sus pisadas ya no resonaban como la descarga de un trueno.

En cuanto a su atavío... El verde no era el color habitual de Flint, pero el sastre del Orador lo emplazó a que lo visitara cuatro días antes y había sacudido la cabeza al ver que, para sus nuevas ropas de otoño, el enano elegía una lana de un tono que recordaba el óxido de hierro. El anciano elfo insistió en un llamativo color esmeralda, pero Flint objetó que le parecía demasiado chillón. No obstante, cuando por último el enano se lo probó, el viejo sastre aplaudió entusiasmado.

—Definitivamente, es lo que te va, maestro Fireforge —declaró.

—¿De veras? —preguntó Flint, mientras fruncía el entrecejo al verse reflejado en el espejo de plata pulida.

—Sin duda —respondió el sastre con firmeza—. Te da un aspecto gallardo.

—Así es, Flint —intervino Tanis desde el rincón donde estaba sentado.

¿Gallardo?, había repetido el enano para sus adentros, contemplando con ojo crítico su imagen reflejada en el espejo; esbozó una sonrisa.

—Bueno, si tú lo dices... —balbuceó. Tanis se había echado a reír.

Ahora, el semielfo, con el rojizo cabello brincándole sobre los hombros, apareció corriendo por la esquina de la casa de Flint, que parecía aún más baja y desproporcionada de lo que era, en contraste con las construcciones elfas de la vecindad.

—Dichoso de mí. Compañía —rezongó el enano, aun que sonreía de oreja a oreja—. ¿Dónde está ese diablillo de Laurana? Me sorprende que no te haya arrastrado a algún juego ruidoso o cosa por el estilo.

—Lo intentó —dijo Tanis, mientras arrancaba de un árbol dos manzanas, lanzaba la mejor a Flint, y se acomodaba en la valla. Se tumbó, con los ojos cerrados, y dejó que el sol le acariciara el rostro.

No sin cierto sobresalto, Flint reparó en que, a despecho de las orejas ligeramente puntiagudas y los ojos algo rasgados, Tanis parecía en aquel momento un chiquillo humano. Ello lo hizo pensar otra vez en Solace, y lo abrumó la nostalgia.

—Hoy no me apetecía jugar —resumió Tanis—. Además, Gilthanas estaba con ella, y me pareció que no le entusiasmaba la idea de que me uniera a ellos. Abrió los ojos.

—Bah —repuso Flint, mientras arrojaba el corazón de la manzana por encima del hombro y se limpiaba las manos en la barba—. Estoy seguro de que el hermano de Laurana no opina de ese modo.

Tanis se volvió hacia el enano con expresión seria. —Ya no quiere tener que ver nada conmigo. Siempre creí que era como mi propio hermano, pero ahora lo único que parece interesarle es seguir a Porthios como un perrillo. Y Porthios, desde luego, jamás se ha mostrado como un hermano para mí.

Una sombra cruzó los firmes rasgos del semielfo. Flint suspiró y posó una de sus fuertes y callosas manos sobre el hombro de Tanis.

—Vamos, muchacho —dijo con suavidad, aunque sin perder su habitual brusquedad—, a veces no tiene explicación el porqué la gente hace lo que hace. Pero no se lo tengas en cuenta. Estoy seguro de que todo se arreglará.

—Sé muy bien por qué se comporta así —contestó Tanis, pero no añadió nada más.

Flint, consciente de que había cosas en la vida del semielfo que el muchacho prefería guardar para sí mismo, no hizo ningún comentario. Se había enterado de lo ocurrido entre Porthios y Tanis a través de Laurana —sólo los dioses sabían cómo había llegado a oídos de aquel diablillo—, pero prefirió no confesar a su joven amigo que lo sabía.

Estuvieron tomando el sol en silencio un buen rato. Al cabo, Tanis le pidió a Flint que le contara más cosas sobre el mundo y sobre Solace. Era el tema habitual de conversación entre los dos amigos. El chico parecía no cansarse nunca de oír esas historias.

—¿Pero qué hiciste entonces, cuando los cuatro salteadores de caminos dejaron fuera de combate a los guardias? —le preguntó Tanis. Flint le estaba narrando la historia de un día en que una cuadrilla de malhechores habían organizado una trifulca en la posada El último Hogar.

—Verás, te aseguro que las cosas se estaban poniendo feas. Así que levanté mi martillo... —Flint cogió un palo para dar más énfasis al relato—, y entonces..., eh..., y entonces, yo... —El enano reparó de pronto en los ojos relucientes del muchacho, prendidos en él.

—¿Y entonces, qué, Flint? —insistió Tanis, excitado—. ¿Peleaste con los cuatro a la vez?

—Bueno... eh... No exactamente —respondió. No sabía por qué, pero esta historia sonaba mucho mejor después de haber ingerido unas cuantas jaras de cerveza—. Verás, había una jarra caída en el suelo, y..., bueno..., estaba oscuro, y, hay que tener en cuenta que yo no estaba pendiente de dónde ponía los pies...

—Y tropezaste —dijo Tanis, con una sonrisa.

—¡Por supuesto que *no* tropecé! —bramó el enano—. Hice una finta, y alcancé con mi martillo al jefe de los bandidos, justo en mitad de la frente, así. —Golpeó con el palo una manzana medio podrida, y el fruto reventó en medio de una rociada de zumo, con lo que Tanis tuvo una idea muy gráfica de lo ocurrido.

—¡Eso estuvo genial! —exclamó el muchacho, y Flint resopló como si no le diera importancia—. A veces me gustaría haber nacido en Solace —susurró entonces Tanis, con la mirada perdida en la distancia, hacia el norte, donde sabía que se encontraba la ciudad. Arrojó a un lado el corazón de la manzana que se había comido y se despidió de Flint.

* * *

Cumplíéndose los deseos expresados por el Orador cuando el enano llegó a Qualinost, entre Flint y Solostaran había nacido una franca amistad en el transcurso de los últimos meses. Si alguien le hubiera dicho a Flint medio año atrás que se iba a convertir en compañero de un gran señor elfo de Qualinesti, le habría invitado a una cerveza por ser un tipo tan chistoso. A pesar de parecer que existía todo un mundo de diferencias entre el alto y regio elfo y el achaparrado y sencillo enano, ambos poseían una mente abierta que hacía fácil salvar las distancias que los separaban.

Y, así, Flint se había encontrado paseando por los jardines de palacio al lado del Orador mientras charlaban sobre tierras y épocas lejanas, o sentado a la derecha del dignatario en una cena de gala. Ni que decir tiene que aquello provocaba el descontento de algunos cortesanos, pero Flint supo entonces de quién habían heredado Porthios y Laurana su carácter obstinado.

De hecho, durante las últimas semanas, se habían estrechado los lazos de amistad con el Orador al igual que había ocurrido con Tanis. Los soldados de la guardia del Orador, que vestían un peto decorado con el emblema del Sol y el Árbol realizado en plata, ya no se molestaban en hacerlo esperar en la antesala del Orador en la Torre. Por el contrario, saludaban a Flint con una sonrisa y lo invitaban a cruzar la puerta que se abría a la estancia de paredes de cristal, donde despachaba Solostaran. Por otro lado, los sirvientes del Orador tenían órdenes de que el cuenco de plata que había sobre el escritorio estuviera en todo momento lleno de frutos secos y almendras confitadas a los que tan aficionado era el enano. Hoy, el sol otoñal se derramaba a través de las cristaleras sobre los juncos verdes que alfombraban el suelo, y la luz de la estancia poseía un quieto sosiego que le confería la apariencia de un claro del bosque.

El Orador comentó que confiaba en que Tanis no resultara una molestia para el enano al pasar con él tanto tiempo.

—Bah —respondió Flint—. No creo que pasar el tiempo cerca de una forja humeante en compañía de un enano gruñón sea muy divertido. Pero, no os preocupéis por Tanis. Es un buen chico.

Solostaran sonrió y asintió con un suave cabeceo.

—Sí, creo que lo es. —Se incorporó y se acercó a los ventanales, contemplando el paisaje como si hiciera una pausa para reflexionar—. Tanis significa mucho para mí, Flint. Y creo que también es tu amigo.

»Sé que estás al corriente de las circunstancias de su nacimiento, de cómo mi hermano fue asesinado por una cuadrilla de malhechores y la agresión infligida a su esposa, Elansa. —Suspiró—. Pero no creo que comprendas cuán sombríos fueron aquellos meses. Durante todo el embarazo, Elansa parecía estar muerta, perdida. Falleció al nacer la criatura. Pero Tanis era el hijo de la esposa de mi hermano, y no podía desentenderme de él.

Daba la impresión de que el Orador estuviera discutiendo con alguien que se opusiera a su decisión, en lugar de estar contando una historia a un amigo.

—Por lo tanto, lo traje conmigo a palacio, para criarlo como si fuera mi propio hijo. —Suspiró y se volvió hacia el enano. Flint se manoseaba la punta de la barba con nerviosismo. Era un relato duro—. Hubo quienes no estuvieron de acuerdo con mi decisión —dijo con voz queda el Orador, y Flint alzó la vista—. Algunos fueron incapaces de perdonarle las circunstancias de su nacimiento. A un niño, Flint..., ¡una criatura! ¿Qué culpa tenía él de que hubieran matado a mi hermano? ¿Qué culpa tenía de que también su madre muriera? —Una sombra de la pasada angustia afloró al semblante del Orador.

—¿Y los que no lo aceptaron...? —preguntó en voz baja Flint.

—Aún viven y, como es habitual en mi raza, apenas han cambiado. No estoy seguro de hasta qué punto ha notado Tanis esa situación..., aunque sospecho que el muchacho no me cuenta muchas cosas. Sólo me queda esperar que su espíritu sea lo bastante fuerte para soportarlo. Me temo que no le hice un gran favor al traerlo aquí. Pero tú entiendes que no podía actuar de otro modo, ¿verdad, Flint?

El Orador dirigió una mirada intensa al enano. Su cabello rubio oscuro brillaba con la luz diurna.

»A despecho de la paz que nos hemos forjado en nuestro reino —prosiguió—, estos últimos siglos, posteriores al Cataclismo, han sido

sombríos; tiempos de aflicción y desorden. Tanis es fruto de esos tiempos turbulentos.

»Y, si soy incapaz de traer algo de alegría a su vida, ¿cómo va a mitigarse entonces la aflicción que nos invade a cualquiera de nosotros, a los elfos, o a Qualinesti? —El Orador sacudió la cabeza y después esbozó una leve sonrisa—. Me temo que estoy divagando. —Adelantó un paso hacia Flint y el enano se incorporó de su asiento—. Siento haberte retenido tanto tiempo. Sólo quería decirte que me alegro de que seas un amigo para Tanis. Me temo que eres el único, aparte de sus primos.

Flint asintió en silencio y se dirigió a la puerta, pero, antes de salir, se volvió y miró al señor elfo con una expresión pensativa en los ojos.

—Gracias —dijo con voz ronca—. También él es uno de los dos primeros amigos que tengo.

El enano salió y cerró la puerta a sus espaldas.

* * *

Llegó el momento en que la primera estancia del enano en Qualinost llegó a su fin. Tanis y los demás lo despidieron en el límite de la ciudad, junto al puente que cruzaba sobre la confluencia de los dos ríos, el de las Lágrimas y el de la Esperanza. La mañana era gris y fría, y el aire cortante traía olor a nieve.

—Así que tienes que partir —musitó Tanis, mirando al otro lado de la profunda hondonada.

—Si, creo que ya iba siendo hora —respondió Flint—. Si tengo suerte, llegaré a casa antes de la primera nevada.

Tanis asintió en silencio.

—Te echaré de menos —dijo al cabo de un momento.

—¡Bah! —rezongó el enano—. No me sorprendería que te hubieras olvidado de mí antes de diez minutos.

A pesar de sus palabras, el enano tuvo que parpadear repetidamente y Tanis sonrió.

Flint se despidió del reducido grupo que se encontraba junto al puente: el Orador y el mago encapuchado, que impedía a la inquieta Laurana aproximarse al borde de la torrentes. Tanto lord Xenoth como Porthios y sus amigos brillaban por su ausencia. Tras repetidas promesas de regresar algún día, Flint fue en pos de su guía y cruzó el puente, no sin proferir uno o dos juramentos que resonaron en las frías paredes de piedra.

Sin perder la sonrisa, Tanis suspiró, se arrebujó en su capa gris y regresó hacia la ciudad.

OceanofPDF.com

7

Muerte en el bosque

AÑO 308 D.C.

PRINCIPIOS DE PRIMAVERA,

Flint odiaba los caballos —tanto, que afirmaba que le producían alergia—, y jamás montaría uno ni aunque en *ello* le fuera la vida. Bueno, en ese caso, quizá lo hiciera. Sea como sea, palmeó el cuello de la mula en la que cabalgaba, *Pies Ligeros*, y contempló con cariño los plateados álamos y los robustos robles de Qualinesti.

Después de veinte años de idas y venidas entre Solace y la Torre del Sol, se había familiarizado con el camino que conducía a Qualinost, algo de lo que incluso muy pocos elfos podían ufanarse, salvo los guías especialmente entrenados para esta tarea, y a los que recurría el Orador de los Soles para que escoltaran a los visitantes durante el trayecto de ida y vuelta. De vez en cuando tomaba un desvío equivocado, desde luego, pero el Enano de las Colinas que fuera incapaz de orientarse en un bosque merced a las marcas naturales del terreno, no merecía llamarse enano, sentenció Flint.

Sin embargo, y a fuerza de ser sincero, no estaba muy seguro de dónde se encontraba en este momento. Se acomodó en la grupa de *Pies Ligeros* y aspiró con deleite el profundo olor del bosque. Una ardilla le dirigió una furiosa parrafada desde el tronco de un roble, y dejó caer una lluvia de hojas

sobre él. El enano alargó la mano con torpeza, cogió entre los gruesos dedos una de las ramitas y se la arrojó de nuevo a la ardilla.

—¡Guárdala para tu nido! —gritó—. Porque, si no me equivoco, estos días estás muy ocupada con asuntos familiares.

Otra ardilla apareció en una rama cercana, y la primera que había asomado, tras lanzar un último insulto al enano, corrió en pos de su compañera.

Flint respiró hondo. Era primavera, época de regresar a Qualinost. Había sido duro el viaje de vuelta a Solace, aquel otoño tras su primera estancia en la ciudad elfa. La nieve había empezado a caer al mismo tiempo que el enano llegó a los lindes del bosque de vallenwoods, los gigantescos árboles que albergaban la ciudad de Solace entre sus ramas. Su guía elfo había desaparecido pronto por la calzada en sentido contrario, y Flint recorrió a solas el camino alfombrado de nieve hasta llegar a su casa, situada al pie de un vallenwood. Encontró su hogar frío y vacío, a excepción de un ratón que se agazapó asustado en un rincón.

Fue un invierno muy solitario, aquel de hacía veinte años, a despecho del calor del hogar y la compañía de conocidos en la posada El último Hogar; cuando empezó la siguiente primavera, se encontró pensando una y otra vez en los bosques meridionales y en Qualinost, y preguntándose cada dos por tres cómo se encontraría Tanis.

Una semana más tarde, se presentó en la posada un forastero que no era otro que un qualinesti, portador de un mensaje del Orador: Flint sería bien recibido si le apetecía visitarlos. Y lo hizo. Su siguiente estancia en Qualinost duró más de un año, antes de que se despertara en el enano la nostalgia por sus amigos humanos. En suma, y con ligeras variaciones, estableció la norma que todavía seguía, de vivir en Qualinost desde principios de primavera hasta finales de otoño. Últimamente, había empezado a preguntarse por qué se molestaba en volver a su pequeña y triste casa de Solace.

El Orador de los Soles había dejado de enviar mensajeros al enano cada primavera, pues sabía que el cariño que Flint profesaba a la ciudad lo empujaría a emprender camino hacia el sur, y un día cualquiera, la luz del

amanecer encontraría al enano cruzando con sus sonoras zancadas el puente al oeste de Qualinost. Flint, a quien aterraban las alturas, jamás atravesaba el puente sin proferir continuos juramentos que habrían sacado los colores a un estibador de Caergoth.

Su entrada en la ciudad fue siempre un divertido espectáculo para los elfos.

Ahora, sin embargo, lo esperaban todavía varias horas de camino a lomos de la mula. Azuzó los flancos de Pies *Ligeros* con sus fuertes botas, confiando en que, al menos por una vez, el animal avivara el paso sin protestas.

Como era de esperar, se produjeron los rebuznos habituales.

Han-Telio Teften había tenido un provechoso viaje de negocios. Empezó a silbar desentonado y, no por primera vez, bendijo al Orador de los Soles, cuya buena disposición a establecer relaciones con otras razas había favorecido que en los últimos años el comercio se convirtiera en un lucrativo medio de vida.

Los ojos castaños del joven elfo brillaron mientras que, por enésima vez durante el viaje, metía la mano en las alforjas de lona, y, como en cada ocasión anterior, sus esbeltos dedos apretaron de manera inconsciente el nudo que cerraba la bolsa. Mientras él y su montura penetraban en una zona donde el sendero se ensanchaba y cruzaba un pequeño claro, sacó un saquillo de cuero y volcó el contenido en la palma. Tres ópalos, blancos y transparentes, relucieron sobre la curtida piel de su mano.

—Maravillosos —musitó—. Y la llave de mi futuro. El susurrante sonido de unas hojas a su izquierda le hizo levantar la cabeza y observar con cautela. Las cuadrillas de asaltantes eran prácticamente inexistentes en las sendas interiores de Qualinesti desde hacía años, pero en los meses pasados habían tenido informes de viajeros desaparecidos. No obstante, cuando transcurrieron varios minutos sin que ocurriera ningún incidente, Han-Telio se dedicó de nuevo a admirar sus ópalos mientras enumeraba las cosas maravillosas que compraría.

—Primero, una casa —dijo—. Y muebles, desde luego. Y un pequeño terreno en el que mi amada Ginevra plante fragantes hierbas.

Ginevra, sí. La hermosa elfa con ojos de color de endrina que le había prometido casarse con él cuando pudiera hacer frente a su parte de gastos de la boda. La promesa dictada por su mente práctica y racionalista, era lo que lo había empujado a pasar meses en la carretera comerciando con fina joyería elfa, sedas, esculturas de cuarzo y, desde luego, las conocidas pócimas curativas que su amada hacía con hierbas. Ahora, por fin, ya había ganado la suma suficiente para cumplir con su parte en acuerdo.

El elfo no vio de inmediato a la criatura. Fue su olor lo que captó en principio; un olor dulzón a repollo podrido. El hedor, y el súbito temblor de su montura, lo pusieron sobre aviso.

Han-Telio alzó la vista y tuvo la sensación de que sus miembros se volvían pesados como plomo. Aguardando en la senda, a menos de veinte pasos, se encontraba un criatura semejante a un inmenso lagarto. Tenía el duro pellejo de un color pardo, del mismo tono de la tierra de camino que quedaba a su espalda. Unos cuernos tan largos como el brazo del elfo sobresalían de la callosa testuza de la criatura. Las patas delanteras contaban con cinco de dos rematados en unas garras de un palmo de largo. Tenía las fauces ligeramente abiertas y al respirar lanzaba un nube de aliento fétido, como si fuese un dragón sin alas. Su cuerpo superaba el tamaño de cuatro elfos y estaba rematado en una cola fina que recordaba un látigo y que era sólo un poco más corta que el cuerpo.

—¡Un tylor! —exclamó el comerciante. Estas bestias eran poco conocidas incluso en las regiones áridas en las que, gustaban habitar. No se tenía noticias de que ninguno de estos monstruos hubiese vivido jamás en los bosques Qualinesti. Y, a pesar de que el comerciante había llegado en sus viajes a tierras muy distantes de su patria elfa, nunca había visto un tylor.

Mas sabía que eran fuertes, dotados de una gran magia a la que recurrían cuando fallaba la fuerza bruta, y sanguinarios.

El caballo de Han-Telio estaba petrificado de terror, con los ojos desorbitados, los ollares dilatados y las patas rígidas. El elfo tiró de las riendas, pero el animal no reaccionó ni a esa orden ni a los taconazos en los

ijares. El bosque estaba sumido en un profundo silencio, salvo los crujidos de las ramas de un roble en lo alto.

—Tu montura no se moverá, elfo.

Han-Telio miró en derredor esperando que la persona que había hablado viniera en su rescate, y que fuera, preferiblemente, alguien mejor armado que un simple comerciante, y dispuesto a presentar batalla. La voz era profunda y rasposa, como si el aire fluyera entre guijarros de piedra arenisca, o sobre escamas. Sobre escamas... Una nueva oleada de terror estremeció a Han-Telio. Miró al reptil.

—En efecto, elfo. Soy yo quien habla. El tylor se expresaba en Común.

Las palabras fueron el acicate que sacó de su estupor al elfo; guardó los ópalos en un bolsillo de su túnica y con manos temblorosas intentó abrir las alforjas para sacar la espada corta que guardaba en ellas, a la vez que la criatura avanzaba dos pasos y agitaba la temible cola afilada.

Mas el nudo de la correa que ataba las alforjas resistió sus esfuerzos y se enredó. El tylor avanzó otro paso; el hedor de su aliento se hizo más penetrante. Han-Telio lo reconoció. Era la repulsiva pestilencia de carne podrida. La voz retumbó de nuevo:

—¿Adónde te diriges, elfo? Tu caballo no se muestra muy dispuesto a transportarte.

—A casa. A reunirme con Ginevra —respondió con voz ahogada mientras una de sus manos tiraba de las riendas en tanto que la otra seguía manipulando el nudo de las alforjas.

Han-Telio no sabía por qué había contestado; quizá para ganar tiempo. Por último, el comerciante, con una fuerza nacida del terror, logró romper la correa y sacó la espada corta. Cuando miró de nuevo hacia arriba, el tylor, cuya cabeza se balanceaba como si quisiera hipnotizar a su víctima, se encontraba ya muy cerca de él. Mientras el elfo miraba a la bestia, fascinado a su pesar, el tylor pasó ante una picea, y a continuación ante un peñasco de cuarzo, y su piel se tornó primero verde, después rosa, para asumir de nuevo el tono pardo similar a la arena del camino. Mimetismo, fue la idea absurda que acudió a la mente del elfo. En un arranque de coraje, amenazó a la bestia con su espada.

—Con ese pequeño cuchillo para matar cerdos que manejas, no tienes mucho que hacer contra los de mi clase elfo —bramó el monstruo, cuya cabeza laminada estaba ya a menos de dos metros del hombre.

Entonces, el tylor lanzó un rito que hendió el aire de claro y que sacudió a Han-Telio de pies a cabeza.

El caballo del comerciante, al que el pánico puso por fin en movimiento, se encabritó y dio media vuelta para salir de estampida. Pero el tylor se abalanzó y clavó lo afilados dientes en el cuello del animal, en tanto que Han-Telio gritaba y desmontaba de un salto. El elfo gritó otra vez cuando la cola del tylor restalló con la velocidad de una cobra.

Cuando su cuerpo se estrelló contra unas piedras de camino, estaba casi partido en dos.

Tres ópalos rodaron hasta detenerse en un charco de sangre.

* * *

Flint había desmontado y tiraba de las riendas en un vano intento de convencer a la testaruda mula para que continuara avanzando cuando se oyó un rugido en la distancia. Por un breve instante, el enano se quedó inmóvil, con una mirada de alerta en sus ojos gris azulado, a menos de un palmo de los marrones de *Pies Ligeros*. Entonces un grito ahogado se alzó en el bosque, y Flint se llevó la mano al hacha mientras giraba sobre sus talones buscando la procedencia del sonido. A sus espaldas, *Pies Ligeros* pateó el suelo con nerviosismo.

Se repitió el grito, más fuerte en esta ocasión, pero enmudeció de manera repentina. Había sonado en el camino, al frente.

—¡Por las barbas de Reorx! —exclamó el enano, mientras se montaba a lomos de *Pies Ligeros*—. ¡Muévete, maldita mula, o le servirás de cena a un minotauro y yo disfrutaré viéndolo!

Por una vez, *Pies Ligeros* obedeció y salió a un trote tan rápido como se lo permitían las enormes pezuñas. Flint desenvainó la espada corta mientras cabalgaba. Al cabo de diez minutos —una eternidad para el impaciente

enano—, *Pies Ligeros* frenó entre resoplidos en lo que sin duda había sido el escenario de una lucha.

Flint aguardó en silencio, sin desmontar, intentando distinguir si la criatura causante de semejante masacre acechaba todavía por los alrededores. En los troncos de los robles se veían unas marcas inmensas. Docenas de esbeltos álamos estaban hechos astillas a ambos lados del camino. La tierra estaba manchada con lo que sin lugar a dudas era un charco de sangre, que ya había adquirido un tono pardusco. Un peñasco de cuarzo también tenía salpicaduras, y el rastro de un reguero oscuro se perdía entre la densa maleza. *Pies Ligeros* se tensó, como si estuviera a punto de salir corriendo. Flint tranquilizó a la mula y desmontó con cautela.

El bosque estaba silencioso, salvo los sonidos habituales de la floresta, como si no ocurriera nada fuera de lo normal. Las bellas flores de unas sanguinarias crecían en el húmedo terreno a la derecha del camino, pero tres metros más allá no se veía nada por los espesos matorrales cuajados de brotes nuevos. Flint, con el hacha en una mano y la espada corta en la otra, aguardó en silencio. Una suave brisa con un ligero olor a nieve, tierra húmeda y el dulzón aroma de la sangre, agitó la barba entrecana del enano.

Todo siguió tranquilo.

Algo más relajado, aunque sin bajar la guardia, Flint cogió las riendas de la mula con la misma mano que sostenía la espada corta, y avanzó cauteloso por el claro deteniéndose para examinar las marcas de garras y los latigazos que habían destrozado la vegetación.

—Es evidente que lo hizo una criatura con una cola muy larga —musitó, sin aflojar los dedos en torno al mango del hacha y vigilando de manera constante la maleza—. Con la estructura de un reptil. Pero ¿en los bosques?

Mientras se movía despacio en círculo, sus ojos pasaron desenfocados sobre el astillado roble, el peñasco, otro roble y una docena de álamos.

—Un reptil en tierras boscosas no tiene sentido —razonó, mientras su mirada se posaba en el tronco nudoso de un roble, distante a unos seis metros.

Sus ojos volvieron a enfocarse en tanto seguía reflexionando.

Divisó otra salpicadura de sangre en un trozo de madera que sobresalía a media altura del tronco. Y, un poca: mas arriba... ¡el tronco lo observaba!

Y los ojos eran inteligentes.

Mientras cruzaba a toda velocidad el claro en dirección al refugio de la maleza, Flint sintió el chasquido de unos afilados dientes al cerrarse con violencia las mandíbulas del tylor a escasos centímetros de su cabeza. Se tiró de cabeza sobre la tierra húmeda y oyó, más que ver, a Pies; *Ligeros* que pasaba por encima de él como una exhalación. Se incorporó con premura y oteó desesperado en derredor para localizar al monstruo. «¡*Por las barbas de Reorx! ¿Que era aquel bicho?»*, pensó.

La criatura, detenida momentáneamente entre un roble y una picea, se libró del obstáculo con tal violencia que quebró el árbol perenne, y avanzó por el claro con estruendo.

Se dirigió directamente hacia Flint, que echó a correr con una velocidad que habría dejado perplejos a sus conocidos. Cincuenta pasos más adelante alcanzó a *Pies Ligeros*, que, al ser mas corpulenta, no podía deslizarse entre los árboles con la misma rapidez que Flint. No obstante, la mula era más fuerte que el enano, por lo que la carrera era muy igualada. A sus espaldas, el tylor lanzaba rugidos destrozaba los árboles a su paso, acuciado por el ansia de sangre. El enano y la mula corrieron entre la maleza hasta que Flint perdió la noción de su posición.

—¡*Por Reorx!* —jadeó, mientras penetraba en otro claro, con la mula pisándole los talones. En el centro se alzaba un enorme roble muerto; era tan inmenso que harían falta seis o siete hombres para rodear el tronco con sus brazos. A un lado del tronco había una sombra... No, era una oquedad.

Tampoco. Era una hendidura. El árbol estaba hueco. Mientras el tylor seguía avanzando a espaldas de Flint, el enano se lanzó a la carrera a través del claro en dirección al roble. La mula fue tras él.

—¡*Pies Ligeros!* —protestó Flint, cuando el maloliente animal, empapado de sudor, se apretó contra él en el oscuro interior del tronco. El enano se volvió hacia la abertura, tentado de hacer salir a la mula de un empujón.

Pero la hendidura había desaparecido. Afuera, el tylor rugió iracundo, golpeando una y otra vez el árbol muerto. Luego, empezó a entonar unas palabras mágicas. Flint se encontró en medio de una profunda oscuridad, abrazado al cuello de la temblorosa mula.

—¡Por todos los dioses! ¿Y ahora, qué? —musitó. Tanteó el flanco del animal hasta tocar las alforjas y saco un yesquero. Unos instantes después, mientras el tronco vibraba con el sonido de la salmodia mágica y las violentas arremetidas del tylor, Flint, a tientas, encontró un palo en el suelo alfombrado de agujas de pino y lo prendió. *Pies Ligeros* se arrimó más al enano, que la rechazó con un manotazo irritado.

—¡Apártate, estúpida! —siseó.

Flint levantó el encendido trozo de madera y examinó el suelo del tronco. Escarbó la fina capa de tierra y enseguida tropezó con madera.

Era de esperar en un tronco hueco, pero lo que no era normal es que sus dedos tantearan algo tallado en esa madera.

Apartando de un empujón a la mula, Flint barrió la capa de tierra hasta dejar al descubierto la madera tallada.

—¡Por las barbas de Reorx! —susurró—. ¡Una runa! Se inclinó más, sin prestar atención a la tea, que, de repente, soltó una brasa y prendió la pinocha. Las agujas resacas ardieron con rapidez y se extendieron en círculo sobre la madera del fondo del árbol. La mula temblaba aterrada en medio de la circunferencia de fuego, haciendo inútiles los esfuerzos del enano por apartarla de las llamas.

Flint nunca supo qué ocurrió a continuación. En un momento se encontraba tirando del ronzal de *Pies Ligeros*, y un instante después estaba de pie en una cámara que, al parecer, se abría *debajo* del árbol muerto.

Un profundo silencio reinaba en la cámara, salvo por la agitada respiración de una mula histérica, y la de un enano poco más tranquilo que su montura. Flint alzó la tea. En el interior esférico de la oquedad habría cabido con holgura todo un regimiento.

—¡Por los dioses, estamos en el corazón de un roble! —dijo a la mula, que no pareció muy impresionada por ello. El enano se agachó y hurgó el suelo con la punta de su espada—. Este árbol aún está vivo.

Se incorporó y miró a su alrededor.

La temblorosa llama de la tea iluminaba débilmente las paredes cobrizas de la madera viva, dejando en sombras los nudos e irregularidades, pero resaltando las partes redondeadas y pulidas del interior del árbol. Parecía que varios corredores salían desde la cámara, como si fueran inmensas raíces huecas.

A la izquierda del enano, Pies *Ligeros* resopló y pateó el suelo, saliendo, al parecer, del estupor causado por el pánico. La mula miró en derredor con una expresión de curiosidad en los ojos. Entonces descubrió en el centro de la cámara lo que parecía ser un enorme pilón y, haciendo honor a su naturaleza, actuó de inmediato siguiendo sus impulsos. Se asomó al pilón de madera y olisqueó el borde con ollares temblorosos.

Un líquido claro llenaba el recipiente, que tenía metro y medió de diámetro. Sobre la superficie flotaba un nenúfar; un nenúfar dorado. Las hojas eran idénticas a las de estas plantas acuáticas, pero la flor era de oro puro. Flint alargó la manó y tocó el capullo con un gesto reverente. Algo tan bello no podía ser maligno, razonó.

Mientras lo tocaba, el capullo se abrió y la voz cristalina de una mujer elfa repicó en la cámara:

—Bien hallado seas, el umbral está preparado, la estrella es plateada, el sol dorado, arroja una moneda hacia dónde está tu meta y luego toca el oro con tu manó.

Flint reculó y oteó con recelo la cámara, como si esperara ver aparecer por una de las raíces huecas a una hermosa mujer elfa con una voz cristalina.

—¿Qué puedo hacer? —susurró, volviéndose hacia Pies *Ligeros* como buscando una respuesta, pero la mula lo miró con expresión estúpida—. Oh, de todas las criaturas con las que podía haberme quedado atrapado en el interior de un árbol mágico, has tenido que ser tú precisamente —rezongó, iracundo, el enano—. Bien, la voz dijo que arrojara una moneda y que el umbral estaba preparado. Umbral ó salida, es lo mismo —explicó a la mula—. Y, por las apariencias, no se ve ninguna puerta real por aquí cerca, así

que, tal vez, esta flor nos ayude a salir. Como diría mi madre: «Si los dioses te cierran una puerta, te abrirán una ventana».

Flint rebuscó en un bolsillo y extrajo la suma total de sus ganancias invernales en Solace: una moneda de oro.

—Bueno, si me muero de hambre aquí dentro, tanto da si estoy arruinado como si no —razonó, y arrojó la moneda en el líquido dorado.

El fluido se iluminó como si bajó su superficie ardiera una lámpara, en el mismo corazón del árbol.

—¡Por Reorx! —farfulló el enano mientras se agarraba a la crin de Pies *Ligeros* en busca de apoyo. El sudoroso animal lo rozó con el hocico, como si intentara infundirle ánimos—. Vale, vale —barbotó. Luego añadió con gesto pensativo:

»Quizá debí echar la moneda dentro de la flor; la voz parecía provenir del nenúfar.

Rozó uno de los pétalos dorados, y... un súbito calor fluyó por el cuerpo del enano. Se volvió hacia la mula —a la que, comprendió de repente Flint, no había valorado como el cariñoso y devoto animal que era—, y vio que un cálido resplandor similar brotaba de los límpidos ojos de Pies *Ligeros*. Más tarde, cuando todo hubo pasado, Flint juró que había escuchado la música de cientos de flautas en ese instante. La habitación desapareció. Flint reparó en que los párpados de la mula se cerraban y sintió que ocurría otro tanto con los suyos.

De repente, el entorno se hizo ruidoso, y Flint sintió bajó sus pies un suelo de piedra, no de madera. Abrió los ojos con rapidez.

Se encontraba abrazado a la maloliente Pies *Ligeros*, rebozado de barro, agujas de pino y sudor de la mula. A su alrededor, y un poco más abajo, se hallaban las figuras boquiabiertas de Tanis, Miral y varios cortesanos elfos. Flint miró a su alrededor.

Estaba sobre la tribuna de la Torre del Sol, junto a Solostaran, el Orador de los Soles. Y una mula.

Pies *Ligeros* abrió la boca y soltó un agudo rebuznó. Flint interpretó su gesto como una invitación a que hablara él.

—Eh... Bien... He vuelto —dijo.

8

Reencuentro

En un cuarto de invitados en palacio, el enano flotaba en un inmenso baño con montones de espuma perfumada mientras digería la abundante comida que el Orador había ordenado que le prepararan: pavo silvestre untado con salsa de albaricoques, y regado con una sabrosa cerveza de Solace que Flint transportaba en sus alforjas. Todas las redomas, salvo una, se habían derramado, y la alocada carrera no le había hecho ningún bien al contenido de la última, pero todavía estaba en condiciones de tomarse; al menos, ésa era la opinión de Flint.

El enano sabía que *Pies Ligeros* también estaba siendo bien atendida en los establos de palacio. El animal, que al parecer seguía inmerso en un sentimiento de cálido afecto por el enano que la había tele transportado con él, había rehusado en principio separarse de Flint. Mientras el enano relataba su aventura a Solostaran y al resto de la corte —interrumpido por el comentario de Xenoth acerca de que otros elfos habían avistado un singular tylor con poderes mágicos al oeste de la quebrada durante las pasadas semanas—, la mula siguió los pasos de Flint por toda la Torre del Sol propinándole cariñosos empujones con el hocico, recostando la peluda quijada sobre su hombro, y soltando una peligrosa coza a cualquiera que se acercara demasiado a él.

Por último, *Pies Ligeros* consintió en separarse del enano una vez que él mismo la condujo a los establos, le dio una zanahoria y medio melocotón, y

la presentó con toda clase de formalidades al caballerizo que iba a ocuparse de cepillarla y alimentarla.

Flint hizo una pausa en su relato para que el Orador ordenara a una tropa de la guardia de la Torre que saliera a la caza del tylor. La búsqueda era difícil debido a que el enano no sabía con exactitud dónde había sido atacado. Sólo recordaba que se encontraba en el camino, a varios kilómetros de Qualinost, y la huida atropellada a través de la espesura lo había dejado tan desorientado que ni siquiera podía darles la localización del roble encantado.

El Orador, reacio a dejar a Flint sin la atención debida poco tiempo después de haber sufrido un ataque tan peligroso, insistió en que descansara durante unas horas en palacio, bajo los cuidados de Miral, quien, si era necesario, podría auxiliar al enano. Flint protestó argumentando que estaba tan fuerte y sano como un enano con la mitad de años que él, pero Solostaran se mostró insólitamente testarudo.

Ahora, mientras Miral aguardaba sentado en un banco cerca de la bañera, Flint disfrutaba del baño y sumergía su espesa barba en el agua perfumada, observando las pequeñas burbujas que escapaban entre los canosos rizos. Se preguntó si podría equipar a su habitación en el taller con esta invención maravillosa. Por regla general, los enanos detestan el agua; el agua fría de una corriente, se entiende, en la que pululan peces, ranas y cosas peores, y que son lo bastante profundas y peligrosas para llevar junto a la forja de Reorx a un enano incauto. Esto, sin embargo, era algo por completo diferente.

Tropezaste con un *sla-mori* —dijo Miral.

—Oh, no, lo dudo —respondió Flint—. Lord Xenoth dijo que esa lagartija gigante era un tylor. A no ser, claro, que los tylors y los *sla-moris* estén emparentados —agregó, arqueando las espesas cejas en un gesto interrogante.

El mago se enjugó la pátina de sudor del rostro y retiró la capucha que le cubría la cabeza. Su pálido semblante estaba demacrado, y se le marcaban unas oscuras ojeras. No obstante, mantuvo una actitud paciente.

—*Sla-mori*, en la antigua lengua, significa «ruta secreta», o «pasaje secreto» —explicó—. Según la leyenda, existen muchos en Qualinesti, pero son casi imposibles de localizar. Al parecer, ese roble hueco es el acceso a uno de ellos.

Flint lo escuchaba ahora con gran atención.

—¿Y adónde conducen esos... *esos sla-moris*? —preguntó.

—A lugares importantes, evidentemente —contestó Miral—. Después de todo, tú apareciste en la tribuna de la Torre del Sol. —Hizo una pausa como si hiciera recopilación de ideas, y su voz, habitualmente ronca, sonó rasposa—. Algunos elfos creen que la Gema Gris está oculta en algún *sla-mori*, en Qualinesti. Pero se dice que el más famoso es el que conduce al interior de Pax Tharkas —explicó, haciendo referencia a la conocida fortaleza situada en las montañas al sur de Qualinesti—. Hay quien afirma que el cuerpo de Kith-Kanan reposa en el *sla-mori* de Pax Tharkas.

—¿Entonces hay varios? —inquirió Flint, mientras volvía a sumergirse en el agua perfumada hasta que su cabello quedó flotando en torno a su cabeza como una corona. Alzó la vista al techo rosado y suspiró con satisfacción. Miral aguardó hasta que el enano emergió.

—Los elfos más viejos contaban que la zona en torno a Qualinost cobija a muchos *sla-moris*, con sus accesos bien protegidos, y sólo a disposición del elfo (y, según se ha demostrado ahora, el enano) dotado del poder apropiado para abrirlos. —El mago interrumpió su explicación y preguntó: — ¿Qué ocurre?

El enano se había sentado y miraba la lujosa habitación con expresión preocupada.

—Busco el cubo —repuso Flint.

—¿El cubo? —repitió Miral. De repente, el mago se echó a reír—. No, no vaciamos el agua con cubos.

Se incorporó y se acercó a los pies de la bañera.

—¿Entonces con qué lo hacéis? ¿Con magia? Sabes muy bien lo que opino de esas artes —dijo Flint, adoptando una expresión preocupada—. ¿Este baño es mágico? —En semejante creación era de esperar que interviniera la hechicería de un modo u otro, pensó con una súbita tristeza.

Los Enanos de las Colinas sentían una desconfianza innata hacia la magia. Miral sacudió la cabeza.

—Olvidaba que no habías estado aquí desde que se instalaron estos artilugios. Los diseñaron los gnomos.

—¿Los gnomos? —repitió incrédulo el enano—. ¡Por Reorx! —*Nunca* funcionaba nada fabricado por gnomos. De hecho, el que siguiera vivo se debía probablemente a un golpe de suerte. Pasando por alto la risita contenida del mago, Flint salió a toda prisa de la bañera y se envolvió en una gruesa toalla amarilla que un sirviente había dejado sobre una repisa de piedra.

Miral, sonriente y sin dejar de sacudir la cabeza, se arremangó hasta el codo la manga, metió el brazo en el agua y tras tantear un momento, dio un suave tirón. Se escuchó un ruido sordo, como un eructo, y el agua empezó a bajar de nivel. Miral sostenía en la mano un tapón sujeto a una cadena.

—Desagua por el suelo —explicó.

Flint miraba con expresión dubitativa.

—Con todos mis respetos, eso no me parece muy práctico —aventuró—. Dañará los cimientos del edificio. Aunque no sé por qué me sorprende, siendo un invento de los gnomos. Pero confieso que tenía mejor opinión de los elfos y su sentido común.

Miral se bajó la manga de la túnica y tendió al enano una camisa limpia.

—Modificamos el diseño original. Los gnomos habían situado el drenaje, el agujero donde encaja este tapón, en la parte superior del recipiente. Nunca se vaciaba, claro está. Tenías que esperar a que se evaporara el agua.

—Aun así... —protestó el enano mientras se ponía las polainas.

—El agua baja por un artilugio circular, en forma de tubo, que está instalado bajo el suelo —explicó Miral, ilustrando sus palabras con gestos como si realizara un dibujo en el aire.

Flint se agachó y echó una ojeada bajo la bañera.

—¿Cómo lo llenáis? —preguntó.

—Con cubos.

* * *

Más tarde, Flint recogió a *Pies Ligeros*, ahora limpia, cepillada, reluciente y —el toque final de un caballero elfo con sentido del humor— con la crin trenzada y enjaezada con cintas rosas. El enano la llevó a un establo improvisado, adosado a un edificio cercano a su taller; Flint tuvo que hacer dos veces el recorrido entre su casa y la cuadra, ya que *Pies Ligeros* rompía a mordiscos la correa que cerraba la puerta del establo y llegaba al taller poco después de hacerlo el enano.

Por último encerró al animal en la cuadra y atrancó la puerta con un tablón apoyado contra un pequeño peral. Casi había terminado de deshacer el equipaje, empapado de cerveza, cuando apareció una figura en el umbral del taller.

No reconoció en un primer momento al recién llegado, ya que quedaba perfilado contra la luz del ocaso, pero la silueta de un recipiente que llevaba en la mano era lo bastante reveladora.

Vino de frutas —comentó Flint—. Sólo Tanis Semielfo se atrevería a traerme eso sin temor a recibir el justo castigo por su osadía.

La sonrisa de Tanis se ensanchó, y colocó la botella sobre la mesa.

—Pensé que tal vez quisieras utilizarlo para prender el fuego de la forja. Es más rápido e inflamable que la leña menuda —dijo.

Los dos estaban de pie, frente a frente; el semielfo con los brazos cruzados sobre el musculoso pecho, y Flint sosteniendo en las manos las túnicas, marrón y verde esmeralda, dobladas. Las prendas tenían un maravilloso olor a cerveza, en opinión del enano, pero supuso que no tendría más remedio que lavarlas para poder ser recibido en la corte. Fue Flint quien rompió el silencio, con su voz áspera.

—Supongo que ahora que te has convertido en un joven alto como un álamo y lo bastante fuerte para levantarme a pulso, eres demasiado importante para perder el tiempo en la forja de un enano maduro y gruñón.

—Y yo supongo que después de haber viajado por todo el continente de Ansalon y haber luchado con un violento tylor, no te apetecerá que te dé la lata un joven inexperto.

Se observaron en silencio el uno al otro durante varios segundos. Después, satisfechos al parecer de lo que veían, se saludaron con una inclinación de cabeza. Tanis se acomodó en un banco de granito, con una pierna sobre la dura superficie y un brazo apoyado en la rodilla. Su ascendencia humana resultaba evidente por lo fornido de su complexión, pensó Flint.

El enano se puso a preparar la forja que había estado en desuso toda una temporada, y se felicitó a sí mismo por el trabajo de limpieza que había llevado a cabo en el local antes de partir cinco meses atrás, a finales de otoño.

La forja, que semejaba un hogar construido en alto, ocupaba la mayor parte de la parte trasera del reducido edificio. Una chimenea de piedra y argamasa subía por la pared como el tronco grueso de un árbol, con una abertura en la parte posterior lo bastante amplia para que se acomodara en ella un kender (aunque Flint habría preferido condenarse al Abismo antes de permitir que una de aquellas insufribles criaturas se acercara a su adorada forja). La repisa frontal de la forja, diseñada por alguien con la talla de un elfo, le llegaba al enano mas arriba de la cintura, una altura incómoda que a menudo provocaba una sarta de maldiciones y gruñidos por parte de Flint.

—¿Y bien? ¿Qué me he perdido durante estos últimos meses? —preguntó el enano mientras colocaba astillas y trozos de corteza seca en el hueco de la forja. Dirigió una mirada vacilante a la botella de vino, después la destapó y roció la leña con un generoso chorro del líquido—. Espero que la explosión no nos mande hasta Xak Tsaroth —musitó mientras tanteaba en el bolsillo para buscar el yesquero, y entonces cayó en la cuenta de que probablemente lo había perdido en el acceso al sla-mori—. ¿Tienes un yesquero, muchacho?

Tanis buscó en su bolsillo y le lanzó al enano lo que le había pedido. Tras murmurar un «gracias», Flint frotó el pedernal hasta que saltaron chispas. La leña se prendió con un siseante estallido que obligó al enano a recular de manera apresurada. Cuando el flameante fuego perdió intensidad, Flint se acercó con cautela y echó unos carbones sobre las astillas para que

se prendieran. Se volvió hacia Tanis, esperando escuchar las noticias locales.

—Lord Xenoth sigue siendo el primer consejero, aunque Litanas ha sido nombrado su ayudante, a requerimiento de Porthios —explicó Tanis mientras el enano echaba otra palada de carbón a la lumbre—. El Orador no quería herir los sentimientos de lord Xenoth. Después de todo, ha sido el consejero del Orador de los Soles desde que el padre de Solostaran ocupaba ese puesto, y el Orador temía que el anciano pensara que ya era incapaz de llevar a cabo sus deberes sin ayuda de otro. Aunque, la verdad, es lo que parece ocurrir. —Las últimas palabras las pronunció con aspereza.

—Échame una mano con el fuelle, ¿quieres, muchacho? —pidió Flint. Tanis se acercó al instrumento y avivó el fuego. El enano, entretanto, amontonó carbón a ambos lados de la lumbre—. Así que a Xenoth no le sentó bien, ¿verdad? —preguntó.

—No le hizo gracia, desde luego. —La concisa respuesta decía mucho sobre lo explícito que había sido Xenoth acerca de lo que opinaba del cambio.

Flint sacudió la cabeza y pensó compadecido en Litanas, aunque el amigo de Porthios nunca había mostrado simpatía por él mismo ni por el semielfo. Hacía tiempo que el enano sospechaba que la pandilla de Porthios se había dedicado por costumbre a convertir la vida de Tanis en algo amargo, aunque el propio Porthios se había mantenido al margen. Sin embargo, Flint no solía preguntar al semielfo sobre ese aspecto de su vida, y el muchacho tampoco había hecho más comentarios que los imprescindibles sobre aquel asunto.

El pasado otoño, antes de que Flint se marchara para pasar el invierno en Solace, Litanas y Ulthen parecían rivalizar por obtener la mano de la acaudalada lady Selen. La damisela se mostraba encantada con sus atenciones, por supuesto, pero la situación había dado al traste con la amistad entre Litanas y Ulthen.

Mientras Tanis manejaba el fuelle, Flint alimentó el fuego con carbón, a la vez que se preguntaba si los últimos acontecimientos tendrían alguna influencia en las preferencias de lady Selen por uno de sus dos

pretendientes. Litanas poseía fortuna, noble linaje y su nuevo puesto junto a lord Xenoth. Pero el anciano consejero podría desbaratar con facilidad la posición en la corte de un ayudante, a poco que se lo propusiera.

Por otro lado, Ulthen se jactaba de pertenecer a una de las familias nobles con más raigambre de Qualinost, pero tanto el joven como su familia estaban en perpetua bancarrota; años atrás, los apuros financieros habían obligado al joven elfo a aceptar el trabajo de instructor de Gilthanas, el hermano menor de Porthios.

En cualquier caso, a Flint no le habría gustado encontrarse en la posición de Litanas, y ser blanco de la ojeriza del irascible anciano; aunque, pensándolo bien, así era precisamente como había estado siempre él, razonó el enano. Lord Xenoth, quien a tenor de su edad y posición podía permitirse criticar ciertas decisiones políticas del Orador, expresaba sin reparo su oposición a admitir la presencia de cualquier forastero en la corte.

Las reflexiones del enano tomaron otro rumbo mientras cogía uno de sus martillos favoritos entre los varios que tenía sobre el banco de trabajo.

—¿Has oído hablar de la Gema Gris? —inquirió. Tanis lo miró, sorprendido por el giro de la conversación.

—¿La Gema Gris de Gargath? Desde luego. Todos los niños elfos deben aprenderse de memoria ese episodio.

—Miral me habló hoy de ella. —La voz del enano sonaba distraída, pues tenía puesta su atención en la forja—. Cuéntame la historia como la conocen los elfos —pidió.

Tanis miró a su amigo con curiosidad, pero se lanzó a contar el relato que Miral le había obligado a memorizar al pie de la letra, aunque sin descuidar su labor con el fuelle.

—Antes de que el dios neutral, Reorx, forjara el mundo, los dioses se disputaron la posesión de los espíritus que después darían lugar a las distintas razas, espíritus que, por entonces, todavía se movían entre las estrellas. —El semielfo cambió de posición las manos en los mangos de madera del fuelle.

Flint asintió en silencio, como si esa parte de la historia coincidiera con la conocida por los enanos. De un montón apilado sobre la mesa cercana a

la forja, entresacó una barra de hierro de un palmo de largo y un dedo de grosor, y la metió en los ardientes carbones.

—Los dioses del Bien —continuó Tanis— querían que las razas tuvieran poder sobre el mundo físico. Los dioses del Mal deseaban hacerlas sus esclavas. Y los dioses de la Neutralidad querían que tuvieran no sólo dominio sobre el mundo físico, sino también *libertad* de elegir entre el Bien y el Mal, que fue la opción por la que se decidieron al final.

—¡Que el martillo de Reorx caiga sobre ti, muchacho! ¡Sigue moviendo ese fuelle! —ordenó el enano.

Tanis cogió de nuevo el ritmo y observó cómo retiraba Flint la barra de hierro con las tenazas y la convertía en un rectángulo a fuerza de golpes de martillo, mientras él proseguía la narración.

—Nacieron tres razas: los elfos, los ogros y los humanos; en ese orden, según los elfos. —Alzo la vista al techo como diciendo: «¡Cómo no!». El cabello, que le llegaba a los hombros, se mecía al ritmo imprimido al fuelle—. Y así, Reorx forjó el mundo con la ayuda de algunos humanos que se ofrecieron voluntarios. Pero, unos cuatro mil años antes del Cataclismo, los humanos despertaron la ira de Reorx por mostrarse demasiado orgullosos de unas habilidades que habían aprendido del dios, y hacer uso de ellas para su propio provecho. Reorx los privó de la maestría adquirida, pero no del deseo de manipular y crear, y así fue como surgió la raza de los gnomos.

El semielfo aspiró aire casi con tanta fuerza como el fuelle que soplaba la fragua.

—Con el tiempo, Reorx forjó una gema con la que asegurar la Neutralidad al mundo de Krynn. Guardaría e irradiaría la esencia de Lunitari, la luna roja neutral. Y en ella puso Reorx la Gema Gris. —Hizo un alto en su relato—. ¿Coincide hasta ahora con lo que sabes tú?

Flint asintió en silencio, concentrado en colocar el rectángulo contra el borde del yunque y, por medio de martillazos, alargar una pequeña porción a un extremo del metal. Con destreza, golpeó el trozo saliente para devolverle la anterior forma cilíndrica. Después lo fue girando mientras le daba la forma de un aro al final del rectángulo. Como era habitual, Flint se

dejó llevar por el ritmo del proceso: cuatro golpes sobre el metal, uno sobre el yunque, cuatro sobre el metal, uno sobre el yunque...

—¿Por qué haces eso? —se interesó Tanis.

—¿El qué?

—Golpear el yunque con el martillo —dijo el semielfo, que dejó de mover el fuelle para mirar más de cerca—. Parece que lo haces a propósito, no que falles el golpe fuera del metal.

—¡Sigue moviendo el fuelle! ¡Reorx misericordioso! ¿Es que voy a tener que contratar a un gully para que haga tu trabajo, muchacho? —protestó el enano—. Claro que doy en el yunque a propósito. La cabeza del martillo absorbe el calor cuando golpeo este pestillo que estoy haciendo para la puerta del establo de Pies *Ligeros*. Dar en el yunque de manera regular enfría el martillo. ¿Lo ves? —Hizo una demostración—. Y, ahora, continúa con tu historia.

Tanis sonrió a su amigo.

—Los gnomos construyeron una escalera mecánica que llegaba hasta la luna roja, y se apoderaron de la Gema Gris.

Flint martilleó el otro extremo de la barra hasta hacerla puntiaguda, y la dobló en perpendicular al resto de la pieza.

—Pero la gema escapó y se alejó volando. —La voz monótona de Tanis cobró un tono más animado—. Causó estragos en Krynn. A su paso, surgieron *nuevas* especies de animales y plantas, y su presencia alteró las formas de los que ya existían.

Flint metió de nuevo en el fuego la pieza metálica, que ahora ya era identificable como un pestillo, con un aro en un extremo y un gancho en el otro.

—Por último —continuó Tanis—, los gnomos se dividieron en dos ejércitos para ir en busca de la gema. La encontraron en la torre del castillo de un príncipe bárbaro, llamado Gargath.

Valiéndose de un par de tenazas con las que agarró ambos extremos de la barra metálica, el enano empleó su considerable fuerza para retorcerla una vuelta completa. Los cuatro filos de la barra formaron un diseño

decorativo en el centro del pestillo. Flint lo sumergió en un cubo de agua fría y luego lo puso en alto para mostrárselo a Tanis.

El semielfo arqueó las cejas, pero siguió bombeando el fuelle y reanudó el relato:

—El príncipe rehusó entregar la gema, y los dos grupos le declararon la guerra. Cuando al fin lograron penetrar en la fortaleza, la luz de la gema estallo y se propagó por el área. Cuando los gnomos recobraron la vista, las dos facciones habían cambiado.

—Podría venderlo por un buen precio en Solace —comentó Flint mientras miraba orgulloso el pestillo.

—Los gnomos curiosos —continuó Tanis, como si el enano no lo hubiera interrumpido— se convirtieron en kenders. Y los codiciosos se convirtieron en..., eh..., en... —El semielfo enmudeció y se puso colorado.

—¿Se convirtieron en...? —urgió Flint, sin dejar de contemplar el pestillo.

—Enanos —concluyó Tanis, con una expresión algo avergonzada.

—Ah —dijo Flint—. Puedes dejar de mover el fuelle ya.

Tanis se mordió los labios y observó con atención al enano.

—¿Es la misma historia que conocías? —preguntó.

Flint sonrió y asintió con la cabeza.

—La misma vieja historia de siempre —dijo.

* * *

Aquella noche, Miral se removía en su lecho, acosado por el mismo sueño que lo había atormentado casi a diario desde que aparecieron los primeros informes acerca de la presencia de un tylor en los bosques de Qualinesti.

Era un niño pequeño, acurrucado en una grieta de una caverna inmensa. Sabía que se encontraba a gran profundidad, bajo tierra, aunque una luz de fuente desconocida iluminaba el lugar.

Había la claridad suficiente para que el pequeño Miral viese las fauces abiertas del tylor, que giraba la cabeza a un lado y a otro, como si intentara

captar su olor.

—Sal —tronó la bestia—. No te haré daño.

Miral tembló y se apretó más contra el fondo de la grieta, consciente de que estaba soñando, y consciente, también, de que no haría nada por evitar lo que iba a suceder en la pesadilla.

La criatura semejante a un dragón hincó la garruda pata delantera en la hendidura de la roca. Miral, el niño, se encogió cuanto le fue posible y, para su vergüenza, llamó a su madre. Se movió hacia un lado, apretando el costado derecho contra la dura piedra.

De nuevo, como ocurría siempre en el sueño, sintió el roce de aire frío en el brazo, en un espacio donde no podía haber corrientes. Miral sabía que lo peor de la pesadilla estaba por llegar, aquella parte que lo despertaba a causa de la impresión, y el convencimiento de que no volvería a conciliar el sueño.

Mientras Miral se aplastaba aún más contra el rincón de la hendidura, una mano le aferró el brazo derecho.

OceanofPDF.com

9

Una aventura

El día siguiente tuvo un buen comienzo al amanecer claro y soleado. A pesar de que la escarcha brillaba en las hojas verdes con las primeras luces, una hora más tarde había desaparecido y el día prometía ser cálido y agradable.

Había sido idea de Tanis salir en busca del *sla-mori*; el semielfo estaba deseoso de aventuras. Flint, después de echar una ojeada a su forja y decidir que las obligaciones pendientes podían posponerse, aceptó la sugerencia. Ya habían salido otros grupos de elfos armados en busca del tylor; el número de voluntarios había aumentado desde que el Orador de los Soles había ofrecido una considerable recompensa al cazador que acabara con la extraña bestia.

Tanis hizo una visita a la despensa de la cocina de palacio y se presentó en casa de Flint poco después del amanecer, cargado con una bolsa que contenía una barra de pan moreno, queso, una botella de vino para él y un jarro de cerveza para el enano.

Armados con hacha, espada corta y arco, Flint y Tanis cruzaron el puente que salvaba la hondonada de ciento cincuenta metros al oeste de la ciudad, en medio de las maldiciones y rezongos del enano. Flint había oído que una raza arcaica de espíritus desencarnados, unas criaturas hechas de aire, guardaban las regiones por encima de los ríos, impidiendo que nada ni nadie los cruzara, de manera que, para entrar en Qualinost, el único medio

era este puente. Saber que un iracundo espíritu aguardaba a que sacara un brazo o una pierna por el borde del puente para arrojarlo a la torrentera por la que corría el río, ciento cincuenta metros más abajo, no contribuyó a mejorar la opinión que Flint tenía sobre la situación.

—Nunca he estado en el *Kentommenai-kath* —dijo Tanis señalando hacia el norte—. Vamos.

—Creía que íbamos a cazar al tylor.

—Tenemos las mismas probabilidades de encontrarlo en el *Kentommenai-kath* como en cualquier otro lugar. Por lo que he oído, es más factible que ese reptil nos encuentre a nosotros que al contrario.

—Eso es muy tranquilizador —rezongó Flint mientras alcanzaban el final del puente y procuraba alejarse lo más posible del borde del precipicio—. ¿Y qué infiernos es un *Kentommenai-kath*?

—Cuando un elfo celebra su *Kentommen*, un familiar cercano, alguien que todavía no se ha sometido a esa misma ceremonia, se dirige a un área abierta y elevada desde la que se domina el río de la Esperanza, para estar en vigilia toda la noche a solas.

—No me hagas pensar tanto, muchacho —gruñó el enano—. ¿Qué es el *Kentommen*?

—Es la ceremonia a la que se someten los elfos cuando alcanzan la mayoría de edad, al cumplir los noventa y nueve años. Porthios celebrará su *Kentommen* dentro de unos meses. Supongo que será Gilthanas quien llevará a cabo el *Kentommenai-kath*.

La senda serpenteaba entre el denso bosque de álamos y pinos, y discurría de vez en cuando tan próxima al borde del precipicio que a Flint le sudaban las manos; en ocasiones trazaba un brusco giro que los llevaba de nuevo al interior de la espesura, para gran alivio del enano. Por último, después de más de una hora de marcha, llegaron al *Kentommenai-kath*. El sendero desembocaba en un afloramiento de granito púrpura bañado por el sol, y que se asomaba a la hondonada por el este; los peñascos estaban tapizados con parches de líquenes blancos, verdes y negros.

Flint divisó la Torre del Sol, que brillaba en la distancia; las casas de los elfos parecían tocones de árboles rosas carentes de ramas. La Arboleda, el

parque que había en el centro de la ciudad, se extendía al norte de un área despejada que debía de ser la Sala del Cielo.

El aire traía el sonido amortiguado del trino de los pájaros. En el centro del *Kentommenai-kath* había un estrato de granito púrpura casi llano, pero surcado por depresiones de un palmo de ancho por las que corría agua clara. El estrato tenía una suave inclinación hacia el borde de la hondonada.

—Aquí es donde el familiar del elfo sometido al *Kentommen* se arrodilla para orar a Habbakuk y rogarle que bendiga al joven o a la joven, y le conceda mantenerse en armonía con la naturaleza a lo largo de los siglos que dure su vida —explicó Tanis con voz reverente.

Flint deambuló por el *Kentommenai-kath*, escuchando el roce de sus pesadas botas de viaje sobre la roca, y admirando los púrpuras, verdes y blancos del claro al que rodeaban álamos, robles y piceas. El paraje trascendía una profunda sensación de paz. Miró hacia Tanis a la vez que reanuda su paseo.

—¡Flint, no! —gritó el semielfo con un gesto aterrado.

El enano miró al frente... y hacia abajo. El estrato rocoso que en sus otros tres lados tenía una suave inclinación, en este terminaba en un abrupto corte. Flint estaba a menos de un palmo de un precipicio de ciento ochenta metros o más.

Se quedó petrificado. Entonces una fuerte mano lo agarró por el cuello de la túnica y tiró hacia atrás. Tanto Flint como Tanis perdieron el equilibrio en la irregular superficie rocosa y cayeron despatarrados sobre el firme y seguro granito. El semielfo estaba pálido, y Flint palmeó cariñosamente la sólida roca con mano temblorosa mientras la cabeza le daba vueltas.

—Yo... —balbuceó.

—Tú... Tanis tampoco podía hablar.

Ambos se miraron durante un instante que pareció una eternidad, hasta que Flint inhaló tembloroso.

—Este lado acaba de una manera un poco repentina —comentó.

—Un poco, sí —se mostró de acuerdo Tanis a la vez que esbozaba una débil sonrisa.

El enano asumió su habitual talante gruñón, se sentó y recogió la bolsa del dinero, que se le había caído de la túnica.

—Desde luego, en ningún momento corrí verdadero peligro de despeñarme —se tranquilizó a sí mismo.

—Oh, no. Por supuesto que no —aseguró Tanis, con demasiada premura.

—Quizás éste sea un buen momento para hacer un alto y recupe..., eh..., y comer —añadió el enano.

Tanis asintió con un cabeceo y recogió la bolsa de las provisiones. De mutuo acuerdo, y sin que fuera preciso, decirlo en voz alta, los dos amigos se retiraron del borde otros tres metros.

—No me preocupo por mí mismo, claro —dijo Flint—. Sólo que no sabría qué decirle al Orador si hubieras perdido el equilibrio y te hubieras despeñado por el precipicio.

Tanis no hizo comentario alguno. Comieron bajo la suave caricia del sol de mediodía; Flint se empeñó en que Tanis cogiera las lonchas más grandes de queso, los trozos de pan más sabrosos y las mejores piezas de fruta. Se quedaron sentados un rato disfrutando del paisaje..., aunque a una distancia prudencial del precipicio, por supuesto. Después decidieron regresar a Qualinost, ya que Flint tenía trabajo pendiente en la forja.

Los problemas empezaron cuando los dos amigos iniciaron el camino de vuelta.

El sendero debía de haberse bifurcado en algún punto antes de llegar al *Kentommenai-kath*, y ninguno de ellos lo había advertido. Cuando volvieron sobre sus pasos, tomaron el camino equivocado. Entonces el tiempo entró en escena. Al principio sólo fue una nube oscura que ocultó el sol un momento.

—Como solía decir mi madre: «Una nube nunca viene sola» —comentó el enano.

Poco después, un amenazador frente nuboso cruzaba sobre sus cabezas. El cielo se encapotaba a una velocidad alarmante, de manera que Tanis pensó que la tormenta descargaría en cualquier momento; en efecto, al cabo de unos minutos, empezaron a caer unas gotas frías y enormes. Enseguida,

el enano y el semielfo estaban empapados hasta los huesos y tiritando, y Flint se lanzó a una interminable letanía de gruñidos alternados con las palabras: «*Se acabaron las aventuras..., se acabaron las aventuras..., se acabaron las aventuras...*».

Todo esto no habría tenido mayor importancia a no ser por el atajo. Tanis se mostró reacio a tomarlo, pero Flint le dirigió una mirada desafiante mientras señalaba una trocha apenas visible que cortaba el sendero principal.

—Creía que era yo el que había viajado por todo Krynne de punta a cabo —protestó el enano—. Supongo que estaba equivocado.

Tanis pasó los siguientes diez minutos disculpándose con el enano y afirmando que, en efecto, Flint era el que tenía experiencia en los caminos, el que conocía los bosques como la palma de su mano, y, sí, el que había estado lo bastante atento durante la subida para fijarse en el atajo. Lo que es más, el día anterior se había enfrentado a un furioso taylor, prácticamente desarmado. Por consiguiente, se metieron entre la maleza por la poco marcada trocha que se internaba en el bosque empapado por la lluvia.

A medida que penetraban más y más en la espesura, creció la inquietud de los dos amigos, temerosos de que el taylor apareciera en cualquier momento. El aguacero no cesaba, y estaban empapados hasta los huesos.

Dos horas más tarde, durante las cuales no había dejado de llover de manera torrencial, se toparon con un grupo de los que habían salido a la caza del taylor, y regresaron juntos a la ciudad. Cuando llegaron a las afueras de Qualinost, Flint había empezado a toser, y temblaba de fiebre cuando, ya en su casa, Tanis lo ayudó a quitarse la túnica, las polainas y las botas, todas ellas chorreantes. El semielfo lo envolvió en una manta, lo hizo sentarse en una silla y avivó el fuego de la forja para que diera más calor. Ya a última hora de la tarde, mientras Tanis movía el guiso de venado que había preparado en una olla, Flint estornudó con tanta fuerza que por poco tira la silla patas arriba, y el semielfo llegó de un brinco junto a él para impedir que se fuera de bruces al suelo.

—¡Buf! —gruñó el semielfo, a quien se le doblaron las rodillas al sujetar la silla—. Sé que no eres muy alto, Flint, pero, desde luego, eres un

poquito pesado.

Al fin, y no sin grandes esfuerzos, logró poner derecha la silla, pero el enano ni se molestó en darle las gracias.

—Ah, da lo mismo si me caigo o no, puesto que me estoy muriendo —dijo quejoso el enano. Se sonó la nariz en un pañuelo de lino, un regalo del Orador de los Soles, con un ruido que parecía el de una trompeta mal afinada—. Al menos, de ese modo ya estaría tumbado y listo para que me metieran en el ataúd.

Flint se arrebujó en la manta y metió de nuevo los pies en un balde de agua caliente que echaba vaho. A pesar de lo cerca que estaba del ardiente carbón de la forja, el calor no lograba quitarle el frío metido en los huesos, y temblaba de manera constante mientras le castañeteaban los dientes.

—Ahora mismo estoy prácticamente rígido, de todos modos. Se me puede dar por muerto de manera oficial —declaró.

—Si quieres, te preparo un ponche caliente con el vino de frutas —ofreció Tanis.

Flint le dirigió un mirada asesina.

—¿Porqué no me atraviesas con tu espada? Así, al menos, acabarías con mi sufrimiento de un modo rápido. ¡No estoy dispuesto a presentarme ante Reorx apestando a perfume elfo!

—Flint —dijo Tanis con actitud grave—, sé que estás muy abatido y que te encuentras mal, pero sólo tienes un resfriado. No te estás muriendo.

—¿Cómo estás tan seguro? —gruñó el enano—. ¿Te has muerto alguna vez?

Flint soltó otro monumental estornudo; su bulbosa nariz estaba enrojecida, a juego con el resplandor del ocaso. Tanis se limitó a sacudir la cabeza. El planteamiento del enano tenía una cierta lógica, aunque fuera un desatino.

—Se acabaron las aventuras —bramó Flint—. Se acabaron los tylors. Antes prefiero enfrentarme a una partida de ogros. Se acabaron los *slamoris*. Se acabaron los paseos bajo la lluvia al borde de lo que es una versión elfa del Abismo. —Hizo un alto para respirar y soltar otra parrafada

—. Todo esto es consecuencia del baño que tomé ayer. Los enanos no están hechos para sumergirse en agua ¡dos días seguidos!

La última frase le sonó a Tanis algo así como: «Los edados do esdanechos para sudergize edagua dos días deguidos».

Costaba trabajo creer que los dos hubieran estado senados tan a gusto frente a la forja sólo un día antes, pensó el semielfo.

Flint se sonó la nariz otra vez. Se había puesto un paño caliente sobre la cabeza y, envuelto en la oscura manta, tenía la pinta de un místico de poca monta en una feria de segunda clase.

—Ha sido la última vez que cometo el error de hacerte caso —rezongó por vigésima vez.

Tanis hizo cuanto pudo para ocultar su sonrisa mientras servía té y ponía la taza en las callosas manos del enano. —Ha dejado de llover. Tengo que irme para dar clase con Tyresian.

—¿Tan tarde? Está bien, vete y déjame morir a solas —repuso Flint—. Pero cuando vuelvas no esperes que te reciba con un: «Hola, Tanis, ¿cómo estás? Entra y haz perder el día a un pobre enano». Al fin y al cabo, estaré muerto. Quedan un par de horas de luz. Lárgate ya. Te veré más tarde —dijo, agitando la mano como si espantara al semielfo—. Aunque, probablemente, no nos volvamos a ver —añadió con aspereza.

Tanis sacudió la cabeza. Cuando Flint estaba así, lo mejor que podía hacerse era dejarlo a solas con su depresivo estado de ánimo. El semielfo se aseguró de que la tetera quedara al alcance del enano y que el agua del balde estuviera aliente. Sirvió una buena ración del guisado en un plato de madera para el enano, y después recogió el arco y las flechas y se dispuso a partir.

Pero, cuando llegaba a la puerta del taller, se dio de cara con dos visitantes: el Orador de los Soles y Tyresian.

—¿Siempre tienes que llegar tarde a las clases? —espetó el noble elfo a Tanis, haciendo caso omiso del enano, y al momento reanudó una acalorada discusión con el Orador.

Más que discusión era un monólogo, pues Solostaran se mostraba imperturbable y se limitaba a mover la cabeza con gesto grave en respuesta

a los fogosos comentarios del noble elfo, pero sin hacer declaración alguna que pudiera interpretarse como un aserto.

Si ello era posible, Tyresian había adquirido más seguridad en sí mismo en los veinte años que Flint lo conocía. A pesar de su cabello corto, tan poco habitual entre los elfos, el noble era un hombre atractivo, con unos rasgos firmes y marcados, y unos ojos penetrantes del color de un cielo otoñal. Tyresian gesticulaba con elegancia mientras hablaba al Orador, y, aun estando de pie en el umbral de la rústica casa del enano y ataviado con una sencilla túnica gris claro, lo envolvía un halo de imponente autoridad.

—La gente comenta que la aparición de una criatura tan extraña y peligrosa como ese tylor evidencia que la política que sigues con respecto a los forasteros... —aquí los ojos del noble elfo se posaron en Flint y después, en un gesto absurdo, se clavaron en Tanis—... es una equivocación.

Solostaran se detuvo y se encaró con el noble elfo; por fin, el semblante del Orador denotaba una sombra de emoción. Esa emoción, no obstante, era regocijo.

—Una conclusión interesante, lord Tyresian. Dime cómo llegaste a ella.

—Por favor, Orador, te ruego que comprendas que no es mi punto de vista lo que expongo, sino el que he oído manifestar a otros —respondió con suavidad el noble elfo.

—Por supuesto —replicó cortante Solostaran.

—Simplemente, doy por hecho que, como Orador de los Soles, estarás interesado en conocer la opinión de tus súbditos —añadió Tyresian.

—Por favor, ve al grano. —La voz de Solostaran denotaba irritación por primera vez desde que los dos hombres habían aparecido en el umbral del taller de Flint. Hasta ahora, sin embargo, ninguno de los recién llegados había saludado al enano. Flint observó con atención a Tanis. El semblante de su amigo había asumido aquella expresión obstinada que siempre exhibía cuando estaba con cualquier otra persona que no fueran Flint, Miral o Laurana. Aquella expresión habría hecho sentirse orgullosa a *Pies Ligeros*, pensó el enano.

Flint abrió la boca para intervenir, pero se le adelantó Tyresian. El noble elfo se pasó la mano por el corto cabello rubio y Flint reparó en que sus

brazos, visibles merced a las mangas cortas de la camisa de primavera que llevaba bajo la túnica, estaban surcados de cicatrices, resultado, sin duda, de los años de práctica de esgrima con su compañero Ulthen.

—Se dice que los tylors tienden a elegir cubiles cercanos a calzadas concurridas, para así atacar a los viajeros. Comentan que, a pesar de que has prohibido la entrada a Qualinost a la mayoría de los viajeros... —el noble elfo miró de soslayo a Flint—, se ha incrementado el número de comerciantes elfos que salen de la ciudad y del reino con mercancías.

—Lord Tyresian... —La paciencia de Solostaran había llegado a su límite, pero el noble estaba ya demasiado lanzado para que el respeto y el decoro lo refrenaran.

—Dicen, Orador, que fue una equivocación, algo «nada elfo», instalar esos..., esas *bañeras gnomas* en palacio.

Flint resopló con desdén, lo que no le costó mucho trabajo merced al resfriado. Tanis se echó a reír. Tyresian se sonrojó y dirigió una mirada fulminante a los dos amigos.

Solostaran parecía debatirse entre el impulso de prorrumpir en carcajadas o lanzar una diatriba. Sus ojos se encontraron con los de Flint, en los que brillaba el regocijo.

—¿Os apetece un ponche de vino de frutas, Solostaran, Tyresian? —preguntó el enano, con voz acatarrada—. Aquí mi amigo se ha ofrecido a prepararlo para un pobre enano enfermo.

Solostaran volvió la espalda a Tyresian y guiñó el ojo a Flint y a Tanis.

—Agradezco tu amable invitación, amigo Flint, pero la declino. Creo que lord Tyresian buscaba a Tanthalas.

—Orador, debo insistir en que adoptes una determinación sobre el otro asunto. —El noble contenía a duras penas su cólera.

—¿*Debes* insistir? —demandó Solostaran.

—Lo que hagas hoy puede afectar a tus hijos en el futuro, Orador —respondió Tyresian con frialdad. Solostaran se irguió; el fuego de la cólera hizo centellear sus ojos verdes. De repente, pareció crecerse y superar en un palmo la aventajada estatura del noble elfo... y su presencia ser demasiado imponente o magnífica para el reducido espacio de la casa de Flint.

—¿Te atreves a presionarme acerca de este o cualquier otro asunto en presencia de terceros?

Tyresian palideció. Se apresuró a disculparse y se marchó llevándose al semielfo a remolque. Aún salían por la puerta cuando Flint oyó que el noble descargaba la ira en Tanis.

—Más te vale que hayas practicado la técnica que te enseñé ayer, semielfo. —La amenaza implícita en sus palabras quedó flotando en el aire mientras las pisadas se alejaban.

—No es de envidiar el rato que le espera hoy a Tanis durante la lección de tiro con arco —comentó con voz queda el enano, mientras se limpiaba la nariz en el pañuelo. Señaló con un ademán la forja, donde estaba la olla con el guisado—. No es un banquete para echar las campanas al vuelo, puesto que Tanis, como cocinero, sólo es pasable, pero está caliente y es un plato sano. Si gustáis compartir la comida de un enano moribundo, estáis invitado —terminó en medio de débiles toses.

Flint ofrecía un aspecto tan patético, envuelto en la manta como un fardo y con la taza medio vacía entre sus manos apretadas, que Solostaran prorrumpió en carcajadas.

—¿Moribundo, Flint? Lo dudo. Eres la persona más sana de todos nosotros, no sólo en el aspecto físico.

A solas con Flint, el Orador dejó de lado su actitud ceremoniosa; llenó otra vez la taza del enano, sin hacer caso de su quejosa petición de «una última jarra de cerveza antes de morir», y decidió que, después de todo, se tomaría una copa del ponche de vino de frutas. Impidió con un ademán que Flint se levantara para prepararlo, y calentó el vino, al que añadió un pellizco de especias aromáticas que encontró en un pequeño tarro de la alacena. Mientras bebía a sorbos el ponche, el Orador se acomodó sobre el arcón tallado donde Flint guardaba su reducido vestuario. «*El Orador y dirigente de los qualinestis en persona me ha servido una taza de té con sus propias manos*», pensó Flint, maravillado de su buena fortuna.

Tengo un encargo para ti, maestro Fireforge, si deseas aceptarlo y tu salud te lo permite.

—Mi salud me lo permite, y, por otro lado, ¿cuándo he rechazado alguno de vuestros trabajos? —replicó el enano, sabiendo a ciencia cierta que podía permitirse el lujo de prescindir de las formalidades cuando estaba a solas con su amigo. Aun así, la reciente demostración de Solostaran de su autoridad le aconsejó no abusar en demasía de su amistad, y agregó:— Señor.

El Orador dirigió una mirada penetrante a Flint y después sus ojos escrutadores recorrieron el aseado catre, la cuidada forja, la ropa húmeda —incluida la túnica verde esmeralda que, siguiendo sus órdenes, le había hecho su sastre al enano veinte años atrás— extendida entre dos sillas. Las botas de cuero, que empezaban a ponerse tiesas al irse secando, y que estaban bajo la mesa. El cuarto olía a lana mojada.

El Orador bebió un sorbo de ponche y, cuando por fin habló, su voz tenía un deje cansado.

—Te preguntarás por qué permito que me hable así un cortesano.

—A decir verdad, no creí que fuera de mi incumben... —empezó el enano, pero Solostaran lo interrumpió.

—Como ya sabes, Tyresian pertenece a una de las familias más importantes de Qualinost... la Tercera Casa. Su padre me hizo un gran servicio hace años; un servicio de tal magnitud que, de hecho, si no hubiera estado a mi lado entonces, ahora tal vez no sería el Orador.

Flint se preguntó qué clase de favor habría sido aquél para depender de él algo tan importante, pero decidió que, si Solostaran quería que lo supiera, ya se lo diría. Por lo tanto, en lugar de preguntar, el enano saboreó un poco de té, acercó más los pies a la lumbre, y aguardó.

—Tyresian es uno de los mejores arqueros de la corte —musitó Solostaran, como si su mente estuviera muy lejos de allí. Afuera, el sol se metía tras el horizonte y derramaba una luz dorada sobre Qualinost que hacía juego con el resplandor anaranjado que salía de la forja. El enano pensó que más parecía ser otoño que primavera, pero desechó tan vanas ideas y prestó atención a lo que decía el señor de los qualinestis—. Estoy al corriente de que Tyresian ha sido muy duro con Tanis... Sí, sé mucho más de cuanto ocurre en la corte de lo que doy a entender, amigo mío. Pero no

olvido que las enseñanzas de Tyresian han hecho de Tanis un arquero casi tan bueno como él mismo. Lo único que lamento es que Tyresian sea tan..., tan... —Al parecer, Solostaran no daba con la palabra adecuada.

—... ¿tan tradicionalista? —sugirió Flint.

—Tan intransigente.

El enano se llevó la taza a los labios sin atreverse a mirar a hurtadillas al Orador hasta que no se terminó el té. Con todo, cuando alzó la vista, se encontró con la mirada intensa de Solostaran, que había inclinado el rostro de manera que sus orejas puntiagudas asomaban entre el cabello dorado.

—Si los elfos te parecemos tradicionalistas, maestro Fireforge —dijo con voz queda pero firme—, intenta recordar que nuestra defensa a ultranza de la tradición nos ha protegido cuando otras razas más dadas a la innovación se hundían en tumultos y revueltas. Por eso procedo con tanta cautela en permitir el incremento del comercio con naciones extranjeras, a pesar de que cualquier relajación en las costumbres es una abominación para algunos cortesanos, y por lo que tomo tan en serio las reticencias de personas como Tyresian y Xenoth.

El enano asintió con la cabeza.

—Pero estoy aquí por una razón —añadió el Orador con voz enérgica—, aparte de investigar los rumores de que mi querido amigo estaba próximo a exhalar su último aliento. Me alegro de ver que tales rumores eran infundados. «*No estéis tan seguro de ello*», iba a decir el enano, pero en el último momento contuvo la lengua y se limitó a mirar al Orador en espera de sus palabras.

—¿Has oído hablar de la ceremonia llamada *Kentommen*? —preguntó Solostaran, que prosiguió al asentir el enano en silencio—. Hemos pasado gran parte del invierno planeando el *Kentommen* de Porthios, que se celebrará en la Torre del Sol antes de dos meses.

Los dos hombres se miraron en silencio un rato. Luego, el Orador dirigió la vista hacia la forja.

—Me gustaría que realizaras un medallón específico para esta ocasión. Se lo regalaría a Porthios durante el *Kentommen*. —El Orador aspiró profundamente—. Me gustaría que esta ceremonia uniera de nuevo a los

nobles elfos, maestro Fireforge. Temo que los recientes... cambios... han propiciado ciertas disensiones, y, con esta ocasión, quiero llamar la atención de los descontentos hacia mi devoción por ciertas... —sonrió— tradiciones elfas inmutables.

»Huelga decir, amigo mío, que el éxito de la ceremonia repercutiría de manera notable en cimentar la pretensión de Porthios de poseer el título de Orador en el futuro. Y tu medallón, que recibirá de mis manos, será parte de ello.

—¿Tenéis algún diseño en mente? —preguntó Flint.

Solostaran se puso en pie y dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Tengo algunas ideas, desde luego, pero preferiría ver antes lo que se te ocurre a ti. De cuantos me rodean, maestro Fireforge, quizá seas quien mejor me conoce. Y ese conocimiento puede serte de gran utilidad ahora.

Guardó silencio, como si pensara en algo que no estaba relacionado con el tema de la conversación.

—Para mí será un honor realizar ese medallón para una ocasión tan especial —dijo Flint con voz queda.

Solostaran volvió la vista hacia él y sonrió; una expresión cálida y afable le iluminó los ojos.

—Gracias, Flint.

El enano reparó de pronto en el aspecto cansado del Orador, como si hubiera pasado varias noches en vela. Solostaran pareció advertir la comprensión reflejada en la somera mirada de Flint.

—El camino de un Orador está lleno de obstáculos y sinsabores, amigo mío. Tienes un claro ejemplo en mi propia familia.

Flint, convencido al fin de que no iba a morir, apartó la manta en la que se envolvía, se acercó al arcón de madera tallada, y sacó una camisa limpia, de lino blanco con hojas de álamo bordadas en el escote, obsequio del sastre del Orador. Se metió la prenda por la cabeza.

—¿Os referís a la muerte del pare de Tan... de vuestro hermano? —preguntó.

—A las muertes de Kethrenan y Elansa, por supuesto —respondió Solostaran—. Pero también a la muerte de Arelas, mi hermano menor. Mis

padres tuvieron tres hijos, de los cuales sólo vive uno. Cabe la posibilidad de que, con el tiempo, Qualinost vea recaer el título de Orador no en Porthios, sino en Gilthanas o incluso en Laurana, si la situación lo requiere.

—¿Qué ocurrió con Arelas? —inquirió Flint.

—Arelas nació pocos años después que Kethrenan, y murió poco tiempo después que mi hermano mediano.

—Qué época tan triste para vos —dijo con suavidad el enano.

El Orador alzó la vista.

—Para todos nosotros, sí. Kethrenan murió, y Elansa parecía un fantasma viviente, esperando el nacimiento de su hijo. En la corte reinaba un ambiente de duelo, como si nos cubriera una mortaja de la que no podíamos librarnos. —Observó al enano, que se esforzaba por ponerse unas polainas verdes y unos calcetines de lana marrón—. Entonces, a través de alguien que había pasado por Caergoth, nos llegó la noticia de que Arelas había abandonado aquella ciudad y venía de regreso hacia aquí.

»Deberías haber visto el cambio que se produjo en la corte, amigo mío —añadió con una sonrisa—. Regresaba mi hermano menor, que había salido de Qualinost cuando era un niño, décadas atrás, y al que no habíamos vuelto a ver desde entonces. En medio de tanto dolor, de tanta tristeza, el anuncio de su llegada fue como un soplo de aire fresco.

»Me sentí como si hubiera perdido a un hermano y hubiera encontrado otro, y, aunque el dolor por el fallecimiento de Kethrenan era todavía muy hondo, fue un gran consuelo saber que por fin recobraría al hermano que había perdido años atrás. Apenas conocía a Arelas, ¿comprendes? Abandonó la corte a una edad muy temprana.

Flint se preguntó por qué una familia noble de Qualinost habría enviado lejos a su hijo más pequeño. Aunque no dijo nada, su perplejidad debió asomar a su mirada.

—Arelas era un niño enfermizo. Estuvo a punto de morir en varias ocasiones, y los sanadores elfos se mostraron incapaces de curarlo. Por último, mi padre, el Orador, decidió enviarlo con un grupo de clérigos a las cercanías de Caergoth, al otro lado del estrecho de Schallsea, donde vivía

un clérigo elfo a quien conocía, y que había obtenido grandes resultados con enfermos desahuciados.

»Arelas mejoró allí, y el clérigo lo envió de vuelta un año después. Pero enfermó enseguida otra vez. Daba la impresión de que algo en Qualinesti lo consumiera, dejándolo sin fuerzas. Mi padre, temeroso de perder a su hijo menor, lo envió de regreso a Caergoth de manera definitiva. No hubo visitas. Ya sabes cómo son las cosas aquí. Las principales familias abandonan Qualinost sólo en contadas ocasiones, a veces nunca. Pero recibíamos informes de manera regular en los que nos comunicaban que Arelas se encontraba bien.

Flint se acercó al Orador. La única luz que alumbraba el taller, el resplandor del fuego de la forja, dibujaba extrañas sombras en el rostro de Solostaran.

—¿Qué ocurrió cuando Arelas volvió? —preguntó el enano.

El Orador frunció el entrecejo.

—Jamás llegó aquí. Transcurrieron semanas sin que tuviéramos noticias de él; creí que la incertidumbre acabaría por matar a mi madre. —Se encogió de hombros—. Entonces nos llegó noticia de lo ocurrido por Miral, que traía una carta de mi hermano y el triste relato de su muerte a manos de unos malhechores. La misiva hablaba del afecto que Arelas profesaba a Miral, con quien estaba en deuda por sus cuidados; pedía que se diera a su amigo un puesto en la corte. —Esbozó una triste sonrisa—. Era evidente que Miral no poseía grandes dotes como mago. Podía realizar conjuros ilusorios sin importancia, y aliviar los dolores de estómago y jaquecas, pero poco más.

Flint recordó que el mago lo había ayudado cuando casi se ahogó la primera vez que probó el vino de frutas elfo.

—No son de despreciar tales aptitudes —objetó. Solostaran se dirigió a la puerta y acarició con suavidad los capullos del rosal trepador que crecía junto al umbral.

—Miral es un elfo amable e inteligente, y, aunque como mago no valga gran cosa, resultó un excelente tutor para Tanis, Gilthanas y Laurana. Nunca me he arrepentido de admitirlo en Qualinost.

El Orador contempló el ir y venir de los elfos que daban por terminadas sus ocupaciones por aquel día. Luego miró el rojizo cielo del atardecer.

—Se ha hecho tarde —dijo con sencillez, y puso punto final a la conversación.

OceanofPDF.com

10

El Gran Mercado

Tras la clase con Tyresian, Tanis deambuló por las calles de la ciudad. Las nubes que pocas horas antes los habían empapado a él y a Flint habían desaparecido. El dorado rojizo de la tarde había pasado al púrpura del ocaso y el aire estaba cargado con el aroma de las flores primaverales.

Hacia el norte, la Torre del Sol relucía. En el centro de la ciudad, la Sala del Cielo se abría en un abrazo al firmamento.

En el lado oeste de la ciudad, sin embargo, se encontraba lo que, al menos para algunos, era la mayor maravilla de Qualinost; y hacia allí fue donde lo condujeron a Tanis sus pasos.

Era un anfiteatro, construido en una depresión natural del terreno. Sus asientos eran las suaves pendientes que rodeaban una gran plataforma situada en el centro del anfiteatro. El piso del área circular estaba realizado con el mosaico que daba fama a Qualinost; en él se representaba la llegada de Kith-Kanan y su gente al bosque de Qualinesti. El mosaico ocupaba toda la superficie circular, y Tanis siempre había pensado que el número de baldosas que lo formaban debía de igualar el de las rutilantes estrellas del cielo.

Aquí, después del ocaso, bajo la titilante luz de miles de antorchas, se representaban antiguos dramas, obras creadas mucho tiempo atrás por los poetas de Qualinesti para disfrute del propio Kith-Kanan. Así mismo, los

filósofos hacían de él su tribuna para exponer su retórica, y los músicos interpretaban sus melodías ante la audiencia.

Durante el día, el anfiteatro era el escenario de otra actividad: la comercial. De ahí que se lo conociera por el Gran Mercado. En él, los mejores artesanos de Qualinost exhibían sus mercancías sobre telas extendidas en el suelo, en tanto que unos llamativos estandartes de seda ondeaban con la suave brisa. En los días de mercado, el mosaico de Kith-Kanan quedaba oculto bajo el despliegue de tenderetes de seda verde, caballetes de madera y alfombras de lana que se extendían sobre su superficie, y en los que, se ofrecía toda clase de mercancías imaginables: especias de aroma picante, cajas lacadas, brillantes dagas con empuñaduras adornadas con joyas, dulces recién horneados que aún desprendían un olorcillo agradable. Entre los artesanos había cesteros, alfareros, panaderos, tejedores, pues; no todos los elfos de Qualinost eran lo bastante afortunados —o acaudalados— para ocupar un puesto en la corte del Orador. A pesar de que ningún estómago estaba vacío ni ninguna espalda carecía de ropas con que cubrirse, al igual que ocurre en cualquier ciudad, eran pocos los que poseían tanto fortuna como poder, y muchos los que eran ciudadanos corrientes. No obstante, la mayoría de estos elfos contemplaba el esplendor de la corte con mera curiosidad, satisfechos de dejar que los nobles compitieran en vanas intrigas en tanto que no interfirieran demasiado en la marcha diaria de sus vidas y asuntos.

La mayor parte de elfos que asistía al mercado eran estos ciudadanos corrientes de Qualinost. Los nobles evitaban por lo general el Gran Mercado, salvo los días de festividades importantes, y preferían enviar a sus sirvientes o escuderos a comprar cualquier cosa que precisaran. Por otro lado, a los criados les venía bien esta costumbre, puesto que les daba la oportunidad de librarse, al menos por un rato, de sus señores o señoras nobles.

Aunque todos los asistentes habituales al mercado eran igualmente delicados tanto en su físico como en sus maneras a cualquier cortesano de la Torre, su preferencia por el atuendo tendía más a las ropas hechas con finos cueros y suaves tejidos de lana que por los llamativos vestidos y túnicas

doradas; sin embargo, parecía que estas gentes irradiaban un cálido halo que hacía que Tanis se sintiera más a gusto en el mercado que en las estancias de la Torre o de palacio. Y, si bien le dirigían miradas a causa de su aspecto exótico —lo que también ocurría en la corte—, estas eran más de curiosidad que de censura. En cualquier caso, en el mercado era menos habitual una mirada de hito en hito que una sonrisa o una inclinación de cabeza.

Cuando Tanis entró en el recinto, los artesanos empezaban a recoger sus mercancías. Descendió por los escalones de piedra que conducían al área circular. Se probó un brazalete de cobre y examinó una aljaba repleta de flechas con plumas verdes y amarillas, pero había olvidado su bolsa de monedas en palacio, así que no tuvo más remedio que desilusionar a los mercaderes que esperaban hacer una última venta antes de que acabara la jornada.

Abandonaba el mercado cuando atisbó una figura alta y familiar, reconocible a pesar de la distancia que los separaba y la multitud, a causa de la hermosa melena rubia y la esbelta figura. Era Laurana, acompañada por su hermano Gilthanas.

Tanis contuvo el aliento e intentó esconderse tras el puesto de un alfarero, pero un anciano elfo lo hizo salir con un suave empujón.

—He cerrado —informó al semielfo.

—Pero... —objetó Tanis.

—El mercado ha terminado. Regresa mañana —dijo el anciano con firmeza.

Tanis retrocedió a trompicones, pero, antes de que tuviera tiempo de darse media vuelta y salir disparado, vio los ojos verdes de Laurana prendidos en él; tragó saliva. Ahora que la jovencita lo había visto no podía echar a correr. Sus labios rojos como el coral se habían abierto en una sonrisa radiante, y se apresuraba a acercarse entre los puestos con unos movimientos mezcla de determinación y gracia. Los mercaderes, tanto hombres como mujeres, hacían un alto en sus quehaceres para mirarla con respeto y admiración cuando pasaba ante sus tenderetes. Gilthanas iba tras ella, con una expresión mucho menos complacida que la de su hermana.

—¡Tanis! —llamó Laurana mientras se aproximaba al semielfo. Su voz sonaba como una campana. Alargó los brazos y le dio a Tanis un fuerte abrazo; luego se volvió hacia Gilthanas—. No lo veía desde hace más de una semana. Creo que procura eludirnos.

Gilthanas se apartó los rubios mechones que le caían sobre los ojos y guardó silencio, pero su expresión decía que, si tal suposición era cierta, a él le parecía muy bien.

Tanis suspiró y se movió con inquietud, muy consciente de que la hija del Orador seguía agarrándolo de una mano, y que la gente del entorno había reparado en el encuentro e intercambiaban miradas interrogantes. Dio un suave tirón de la mano y Laurana se la soltó a la vez que un leve ceño fruncía su entrecejo.

Para su sorpresa, fue Gilthanas quien atrajo la atención de su hermana al preguntarle a Tanis si iba a asistir al acto de proclamación que tendría lugar al día siguiente.

—¿De qué se trata? —preguntó el semielfo.

Laurana retrocedió un paso e hizo un ligero gesto de enfado, pero después pareció cambiar de idea y se sumó a la conversación. A sus treinta años, tenía esa apariencia de ser medio niña medio mujer, y Tanis nunca estaba seguro de cuál de las dos personalidades se impondría sobre la otra cuando hablaba con ella. Por consiguiente, procuraba eludirla, como ella había apuntado.

—Ignoro qué es lo que se va a anunciar —dijo la jovencita—. Padre no se lo ha dicho a nadie. Todo cuanto sé es que está preocupado y lord Xenoth complacido, algo que siempre me inquieta. Tienes un aspecto estupendo hoy, Tanis —comentó de improviso. Su vestido verde relucía bajo la dorada luz del atardecer.

De repente, Tanis fue consciente de su ascendencia humana. Se sintió desmañado, tosco y demasiado corpulento. Aunque todavía habrían de pasar años antes de que a la muchacha pudiera considerársela «crecida» según la cultura elfa, ya había alcanzando la estatura de adulta; con todo, era tan liviana, tan brillante y ágil que lo hacía sentirse como un ogro a su lado.

Gilthanas, con expresión molesta, puso una mano sobre el brazo de su hermana.

—Laurana... —musitó con tono admonitorio.

Tanis enrojeció y bajó la vista hacia las ropas que la muchacha había alabado: una camisa azul cielo bajo un chaleco de cuero bordeado con plumas, y polainas de suave lana marrón. Todavía prefería los mocasines a las más habituales botas elfas; ésta era una costumbre que no había logrado superar.

Laurana se libró de la mano de su hermano con gesto enojado y Tanis vio de nuevo en ella a la niña mimada que había sido pocos años atrás. Pero su voz era la de una mujer.

—Gilthanas, haré lo que me apetezca —espetó—. Ya lo hemos discutido, así que olvídalo.

Tanis se sintió violento. Los días en que Gilthanas y él habían estado unidos, corriendo por las calles de la ciudad y dando caminatas por los bosques, hoy parecían borrosos y lejanos, como si fueran un sueño más que algo que hubiera ocurrido de verdad. Habían sido amigos, pero ahora a Tanis no se le ocurría qué decir, y se removió inquieto.

Gilthanas hizo una leve inclinación de cabeza.

—Muy bien, entonces me voy.

Giró sobre sus talones y se alejó entre los comerciantes que empujaban sus carros.

—Lo siento —se disculpó Tanis, más para sí mismo que para Laurana, pero la joven elfa no pareció escucharlo. Lo cogió de nuevo de la mano y lo condujo de tal guisa por el Gran Mercado.

—No sé lo que padre ha planeado para mañana —protestó—. Ninguno de sus colaboradores dice una sola palabra cuando salen de su despacho. Incluso el anuncio más vulgar va siempre acompañado de resmas de pergamino, metros de cinta y litros de cera para sellos.

Tanis sonrió sin poderlo evitar. Aunque con cierta exageración, Laurana estaba en lo cierto.

—Quizá quieran declarar el día de mañana como «El Día Nacional del Vino de Frutas Elfo» —sugirió.

Tanis era tan poco dado a mostrarse socarrón que Laurana tardó unos segundos en reaccionar y soltar una risa.

—¿O quizá publicar una resolución en la que se urge a todo elfo a comer *quith-pa* con cada comida? —añadió la joven, echándose de nuevo a reír.

De repente, Tanis se sintió como un chiquillo: no como el hosco muchacho que había sido, sino como el chico despreocupado que habría sido en otras circunstancias. La idea le produjo alegría y tristeza a la vez. Mas, como siempre parecía ocurrir con el semielfo, se impuso la tristeza.

—Lo más probable es que esté relacionado con el tylor —dijo.

Laurana se estremeció.

—Sí, probablemente sea eso. Los guardias de palacio estuvieron fuera todo el día, pero nadie ha encontrado a esa bestia.

La joven pareció sumirse en hondas reflexiones, y Tanis se preguntó qué nuevo derrotero tomaría la conversación.

Habían llegado al borde del mosaico de Kith-Kanan y el ruido del Gran Mercado había quedado a sus espaldas. Laurana lo condujo por los escalones de piedra y a través de un paso abierto entre los setos de lilas hasta un claro. Los arbustos amortiguaban los sonidos del recinto público; de pronto, Tanis fue consciente de que estaban a solas, lejos de todo el mundo.

Laurana sacó de un bolsillo un pequeño paquete envuelto en papel de seda.

Tengo algo para ti —anunció—. Lo he llevado encima durante toda la semana, por si te veía.

—¿Qué es? —preguntó sorprendido el semielfo pero Laurana se limitó a esbozar una misteriosa sonrisa. En este momento no era una chiquilla, ni mucho menos, y Tanis se movió con nerviosismo.

—Ya verás —repuso la joven, que, de improviso, se puso de puntillas y le besó la mejilla, pasando por alto la barba incipiente; su roce era tan fresco y suave como la caricia del aire primaveral. Un instante después se había perdido de vista tras los setos de lilas y sólo quedaba una tenue fragancia a menta donde poco antes había estado ella. Perplejo, Tanis se

tocó la mejilla, sin saber qué tramaba la joven. Se encogió de hombros y desenvolvió el pequeño paquete.

Un súbito frío le atenazó la boca del estómago, y el semielfo se estremeció a pesar del templado aire de la tarde. Sobre la palma de su mano, iluminado por los rayos de sol que se colaban entre las hojas nuevas de los árboles, un anillo lanzaba destellos. Era muy sencillo, realizado con siete minúsculas hojas de enredadera entrelazadas, y en un oro tan dorado y brillante como el cabello de la joven elfa que se lo había regalado. Era un joya preciosa, delicada, la clase de anillo que alguien pondría en el dedo de la persona amada. Tanis sacudió la cabeza y apretó el anillo en su puño crispado.

Unos momentos después, salía de entre los setos de lilas, todavía sacudiendo la cabeza, tras guardar el anillo en un bolsillo del chaleco hasta que tuviera tiempo para reflexionar sobre su significado.

—Interesante —dijo una fría voz.

Tanis giró velozmente sobre los talones. De pie en lo alto de los escalones, temblando por la furia, se encontraba lord Xenoth; a sus espaldas, varios comerciantes observaban la escena mientras esperaban que les dejara paso.

—Tanthalas Semielfo —declaró el anciano noble con tono ominoso—, te arrepentirás de esto.

Mientras observaba a lord Xenoth alejarse encolerizado, Tanis tuvo la certeza de que el anciano noble había dicho la verdad.

11

Un visitante del pasado

El golpeteo del martillo resonaba como notas musicales en el aire de la mañana primaveral. Flint esbozó una mueca mientras trabajaba el trozo de acero al rojo vivo y lo introducía de vez en cuando en el barril de agua. El sudor le empapaba la frente manchada de hollín.

Había empezado a trabajar el día anterior a última hora, tras echar sobre el catre la manta en la que había estado envuelto, y beberse una jarra de cerveza... como remedio para su debilitada salud, se entiende. Calentó varios trozos de hierro a los que dio forma de barra a base de martillazos. Las barras las aplastó en láminas, y las introdujo en la forja hasta que se convirtieron en acero. Después colocó las láminas de manera que formaran una plancha, y calentó repetidamente la plancha y la enfrió en agua para endurecer el metal.

Ahora, satisfecho al fin con la uniformidad y el fino grosor de la pieza de acero, la sacó de la forja con un par de tenazas y la sumergió de nuevo en agua. El vapor se alzó en el aire como el aliento de un mítico dragón hasta que, por último, el metal se enfrió. Flint lo colocó sobre un banco de trabajo y lo examinó con ojo crítico. Todavía era algo burdo e imperfecto —poco más que una tira plana de acero, a decir verdad—, pero muy pronto se convertiría en algo muy diferente: una magnífica espada. Los ojos azul acerado de Flint centellearon, pues en verdad podía ver el arma terminada, suave y brillante, bajo la superficie ennegrecida de la lámina de acero.

El enano se limpió el sudor y el hollín de la frente, y bebió un cazo de agua del barril colocado en un rincón del taller. Tomó asiento en un banco bajo de madera y cerró los párpados un momento. Hacía dos días que había llegado a Qualinost, y ya tenía la impresión de que nunca había salido de la ciudad para pasar el invierno en Solace. ¿Cuánto tiempo hacía que había puesto los pies por primera vez en el reino elfo? Probablemente veinte años, pensó, mientras abría los ojos y echaba una ojeada por la ventana.

Afuera, las hojas nuevas de los álamos titilaban alternando los tonos verde esmeralda y plata bajo la luz del sol. Se sentía a gusto en Qualinost, y, a despecho de las miradas poco amistosas que a veces le dedicaban Xenoth, Litanas, Ulthen y Tyresian —miradas, por otra parte, que jamás se traducían en comentarios debido a la consideración que le demostraba el Orador—, el enano tenía la impresión de que el lugar al que pertenecía era la capital elfa, más que a ningún otro sitio de Krynn. No por vez primera, se preguntó qué pensarían ahora de él sus familiares de Casacolina, la pequeña población enana.

Una campanilla repicó en el cargado aire del taller, y Flint alzó la vista hacia la puerta, que empezaba a abrirse. Se apresuró a poner un paño por encima de la lámina de acero que estaba sobre el banco de trabajo. No quería que se echara a perder la sorpresa.

—¡Flint! ¿Sigues vivo? —dijo Tanis con una sonrisa—. Creí que tendría que hacer todos los preparativos para un funeral.

El enano cogió el pañuelo, se sonó, y asumió una actitud débil y enfermiza.

—Como diría mi madre: «No cuentes las ganancias antes de vender el cántaro de leche».

Un fugaz desconcierto cruzó por la faz del semielfo; los dichos de la madre de Flint solían suscitar esta reacción en él. Se encogió de hombros.

—¿Estás de humor para iniciar otra aventura, Flint? —preguntó—. Pensé que tal vez podríamos reanudar la búsqueda del tylor.

«¡Ah, la vanidad de la juventud!», pensó Flint, y sus labios se torcieron con una mueca burlona.

—Todavía no te ha entrado en tu dura mollera, ¿verdad, muchacho? —rezongó el enano—. Tengo trabajo que hacer. No dispongo de todo el día para andar por ahí paseando y luciendo el tipo, como hacen algunos.

Tanis rompió a reír mientras se miraba a sí mismo. Vestía las mismas ropas que habían llamado la atención a Laurana la tarde anterior en el Gran Mercado: camisa azul, chaleco de cuero y polainas de lana.

—Oh, vamos, Flint. Tómame un día libre —pidió, con un alegre destello en los ojos de color avellana.

—¿Un día libre? —El enano resopló con desdén, a la vez que asumía una actitud de mártir—. Ese es un término que no he empleado en toda mi vida.

Sus palabras causaron una nueva explosión de risas en el semielfo. Flint lo miró con el entrecejo fruncido. Vosotros, los jóvenes, no tenéis la menor idea de lo que significa el respeto a vuestros mayores, ¿verdad? —protesto.

Los jóvenes... Las palabras resonaron en su mente, y de nuevo le vino de repente la misma idea que lo había asaltado varias veces desde su regreso de Solace: Tanis distaba mucho de ser el muchachito que conoció la primera vez que llegó a la ciudad elfa. Incluso después de aquel primer invierno de separación, a Flint lo habían sorprendido los cambios operados en él, y su apariencia mucho más... En fin, mucho más humana; sobre todo si se lo comparaba con los otros elfos, y en especial con los más jóvenes, que parecían no haber cambiado apenas.

El propio Flint no había cambiado casi desde el día que entró por primera vez en el Torre del Sol, salvo, quizás, unas cuantas canas... —bueno, tal vez algo más que unas cuantas—, que habían aparecido en su barba y en la oscura y rizosa mata de pelo que todavía se ataba en la nuca con una tira de cuero. Aparte de que algunas arrugas de su rostro se habían hecho más profundas y del aumento de su contorno de cintura —cosa que Flint negaba con obstinación—, seguía siendo el mismo enano de mediana edad; sus ojos de color gris acerado conservaban su brillo habitual, y su carácter gruñón permanecía invariable.

Pero Tanis era otra historia. Durante los últimos años había crecido y era muy alto, no tanto como el Orador, pero sí lo suficiente para obligar al

enano a doblar el cuello hacia atrás para hablar con él cara a cara. En la actualidad, las diferencias entre el semielfo y los elfos puros se habían hecho más evidentes. Era más fuerte que la mayoría, y su torso estaba más desarrollado, si bien comparado con un humano se lo consideraría esbelto. Su rostro, también, denotaba los cambios. Los rasgos carecían de la característica suavidad de las facciones elfas, y más parecían estar tallados en granito que pulidos en alabastro. Tenía la mandíbula cuadrada, la nariz recta y firme, y los pómulos angulosos. Y, desde luego, sus ojos no eran tan rasgados como los de los otros elfos.

Allá, en Solace, pensó Flint, a Tanis se lo consideraría un joven atractivo, pero aquí... En fin, la mayoría de los habitantes de la ciudad parecían haberse acostumbrado a su presencia, y apenas lo miraban; o, al menos, las miradas habían dado paso a comentarios que nunca se hacían en voz lo bastante alta para que Tanis o Flint se encararan con el charlatán de turno. Aun así, había sido duro para el semielfo. Los humanos maduraban mucho más deprisa que los elfos o los enanos, y por ello, a los ojos de sus convecinos, Tanis parecía haber cambiado de la noche a la mañana.

—¿Acaso no tienes nada que hacer? —preguntó Flint, que puso buen cuidado en situarse en todo momento entre el semielfo y el banco de trabajo.

—¿Cómo qué? —preguntó a su vez Tanis. Daba la impresión de que se olía que el enano se traía algo entre manos.

—Como hacer lo que quiera que pensabas hacer cuando llegaste al taller —replicó con un gruñido el enano—. Estoy demasiado..., demasiado enfermo para hacerte compañía hoy, muchacho. Necesito descansar. —Miró por el rabillo del ojo a Tanis para ver si el joven se tragaba la mentira.

El semielfo sacudió la cabeza. «*Así que Flint tenía uno de esos días*», pensó para sus adentros.

—De acuerdo, Flint. Iba a sugerirte que me acompañaras y correr alguna aventura... —El enano abrió los ojos como platos y un súbito estornudo sacudió su cuerpo rechoncho— pero supongo que podemos dejarlo para otro día —concluyó el semielfo mientras se rascaba la mandíbula con gesto abstraído.

—Mas vale que te pases otra vez la navaja de afeitar, o te dejes crecerla barba —aconsejó Flint—. Haz una de las dos cosas, si no quieres parecer un salteador de caminos.

Sorprendido, Tanis se pasó la mano por la mejilla y notó el roce de una barba crecida. Un regalo de su padre humano; o una maldición, según quisiera enfocararlo, pensó Tanis. El vello facial había empezado a crecerle hacía un año, poco más o menos, y Tanis todavía no se había acostumbrado a él. Tendría que utilizar de nuevo la navaja que le había regalado Flint.

—Para empezar, no entiendo por qué tienes que afeitarte una estupenda barba —agregó el enano.

Tanis movió la cabeza con actitud ausente. ¿Dejarla crecer? No podía hacer algo así. El enano también lo comprendió y dio por terminado el asunto.

—Bueno, Flint. Te dejo para que rezongues a gusto —anunció el joven—. La verdad es que vine para traerte un mensaje. Se va a hacer público algún anuncio en la corte mañana, y el Orador me ha pedido que te invite.

—¿Un anuncio? —repitió Flint, frunciendo las pobladas cejas—. ¿Sobre qué?

Tanis se encogió otra vez de hombros.

—No tengo ni idea. El Orador ha estado encerrado casi todo un día en su despacho con lord Xenoth y Tyresian. Imagino que lo sabrás al mismo tiempo que yo.

Con una sonrisa, el semielfo salió del taller. La campanilla repicó de nuevo. Flint aguardó un rato hasta estar seguro de que Tanis no regresaba de improviso, y entonces destapó la espada y se frotó las manos. Ah, sí. ¡Sería una espada estupenda!

Pronto, la rítmica cadencia de su martillo se escuchaba otra vez en el cálido aire primaveral.

El destino quiso que aquel día el taller de Flint recibiera unas cuantas visitas más. El ruido de las pisadas de Tanis sobre los mosaicos de la calle apenas se había apagado cuando la campanilla repicó otra vez. Flint echó de nuevo el trapo por encima de la espada y se colocó de manera que la tapaba con el cuerpo.

Pero no era el semielfo. Era una mujer anciana, vieja incluso para la longeva vida de un elfo, pero a Flint le pareció atisbar un leve rastro de sangre humana en ella. Era baja y enjuta, y vestía de un modo poco corriente en un elfa; a los elfos les gustaban las telas vaporosas, pero la anciana llevaba un corpiño amplio de un tejido verde poco tupido y una falda de lana que casi arrastraba por el suelo y que le acortaba aún más la estatura. De hecho, su cabeza estaba casi a la misma altura que la del enano, una experiencia que nunca había tenido Flint al estar frente a un elfo adulto. Los ojos que lo contemplaban desde un rostro anguloso, sin embargo, no eran rasgados y tenían color de avellana, otro dato que apuntaba a una ascendencia humana. Flint casi podría asegurar que el mestizaje en su sangre procedía de siglos antes del Cataclismo. La anchura de su rostro a la altura de los ojos, combinada con lo afinado de la barbilla, otorgaba a la anciana la apariencia de un gato. A diferencia de otros elfos, llevaba el cabello trenzado y recogido en un moño bajo, dejando de ese modo a la vista las orejas puntiagudas que evidenciaban su herencia elfa. Sus dedos eran tan esbeltos y largos que parecían desproporcionados con el resto del cuerpo. Como Tanis, calzaba mocasines, que llevaban adornos de cuentas de color púrpura; a juego con la falda. Se cubría con una capa ligera en la que se mezclaban los colores lila y verde pálido.

Aferrado a sus faldas iba un mocoso que apenas sabía andar y que contemplaba a la anciana con una expresión rayana en la adoración. El chiquitín —que debía de haberse echado a andar hacía muy poco a juzgar por la fuerza con que se agarraba a la falda de lana— sonrió al enano con una boca rebozada de leche.

—¡Flink! —dijo el pequeño, y se atrevió a soltar una de las manos el tiempo suficiente para señalar al enano mientras tras sonreía a la anciana—. ¡Flink!

—¿Flink? —repitió el nombrado, mientras se agachaba para contemplar al pequeño cara a cara. Flint arqueó las cejas en un gesto interrogante—. No recuerdo haberte visto en la Sala del Cielo... ¡Oh, sí, ahora me acuerdo! El pasado otoño. Todavía no caminabas. Estabas con tu hermano mayor. Te di... ¿Qué fue lo que te di?

El chiquillo metió la mano en un bolsillo de su amplio mono y sacó una esquirra de cuarzo rosa, un pedazo pringoso de *quith-pa* y una figurilla de madera que representaba un petirrojo. El niño dejó sus tres tesoros sobre la palma de la mano del enano y sonrió de nuevo. Flint examinó los tres objetos, asintió con gravedad, y le devolvió el trozo de cuarzo y el pedazo de pan; después se incorporó y miró a la mujer elfa, con el pájaro de madera todavía sobre la palma de su mano.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó la anciana con una voz firme que parecía pertenecer a una elfa varios siglos más joven. Alargó el índice y tocó la figurilla.

El petirrojo era más gordo por abajo que por arriba, y la base estaba redondeada de manera que al empujarlo se mecía hacia un lado y se volvía a poner derecho. Flint había fabricado un sencillo juguete con dos piezas de madera, adosando cerca de la base un pesado trozo de hierro, entre las dos piezas, para evitar de ese modo que el pájaro se cayera. Flint lo empujó varias veces, encantado como siempre con el balanceo, hasta que cayó en la cuenta de que la mujer esperaba una respuesta y el pequeño que le devolviera el juguete.

—Eres Flint Fireforge —dijo la anciana. No era una pregunta.

Flint se limitó a asentir con la cabeza.

—Quisiera comprarte algunos juguetes —declaró con brusquedad.

—Bueno, eso va a ser difícil —respondió el enano.

—¿Por qué?

El enano se dio media vuelta y se sentó sobre la mesa de roble. Posó una mano sobre la rodilla y su mirada fue más allá de la elfa, hacia la tapa de madera que cerraba el nicho de la pared.

—Para empezar, no *vendo* juguetes. Los regalo. En segundo lugar, tengo la costumbre de no vender nada a desconocidos.

Los afilados rasgos de la anciana adoptaron un gesto ofendido y se giró con tal rapidez que el pequeño estuvo en un tris de irse al suelo de bruces.

—Bien, supongo que no hay más que hablar, maestro Fireforge —replicó mientras llegaba a la puerta.

Flint aspiró hondo, y después habló en el momento en que la anciana agarraba el picaporte.

—Claro que, si te tomas la molestia de presentarte, entonces ya no serías una extraña —dijo con voz queda mientras se miraba las uñas de la mano izquierda y utilizaba una astilla de hierro para limpiar el hollín de la forja que tenía incrustado en ellas.

La mujer se detuvo, de espaldas a Flint; pareció meditar sus palabras. Luego se volvió de improviso.

—Ailea —dijo—. Tía Ailea para los que me conocen bien. En el lenguaje elfo, «vieja» delante de un nombre significaba «tía».

Flint inclinó la cabeza.

—Yo soy Flint Fireforge.

—Ya sé que... —empezó a decir la anciana; luego suspiró y aguardó en silencio.

—Y —continuó Flint, como si no lo hubiera interrumpido—, aunque no venda juguetes a desconocidos, tal vez me sienta inclinado a regalar algunos a un amigo.

La mujer volvió a suspirar, pero ahora una leve sonrisa asomó a sus finos labios. Parecía un gato abanasinio al que se lo premia con un bocado largo tiempo codiciado. Sin; embargo, cuando habló, su voz no había perdido el tono; irritado.

—Me habían dicho que tenías esta peculiar forma de ser, maestro Fireforge —comentó.

Flint cruzó la estancia y abrió la tapa del nicho donde guardaba el montón de juguetes que había traído consigo desde Solace, después de pasarse todo el invierno tallando a ratos perdidos. Algunos no habían aguantado indemnes en las alforjas mientras *Pies Ligeros* huía espantada del tylor; pero la mayoría estaba en buenas condiciones. Repasó el contenido del hueco de la pared, eligió un silbato de tamaño lo bastante grande para que el pequeñín no se lo tragara, y se lo ofreció al niño, que al punto lanzaba un, pitido tan estridente que hizo a Flint arrepentirse de no haber escogido alguna otra cosa. El enano siguió revolviendo entre los

juguetes sacando uno de acá y otro de allá, hasta que los bolsillos de su túnica de cuero se llenaron con más de una docena de tallas.

Unos minutos más tarde, el niño estaba sentado sobre el catre de Flint y se divertía colocando en filas los animales de madera sobre el arcón donde el enano guardaba la ropa, tarea que interrumpía de vez en cuando para lanzar otro pitido con el silbato. Flint llenó una olla con agua y la puso sobre la lumbre de la forja para que hirviera, en tanto que tía Ailea echaba en una tetera una tentadora mezcla de cáscaras secas de naranja, canela en rama y té negro. Hizo un alto para olisquear el mejunje.

—Maravilloso —musitó, y dio un suspiro—. Me recuerda una infusión que hacía mi familia cuando yo era pequeña.

—¿Dónde te criaste? —preguntó Flint sin pensarlo. El té con especias que traía consigo desde Solace cada viaje, era más una especialidad humana que elfa.

—En Caergoth —respondió la anciana. Al ver que el enano arqueaba una ceja, prosiguió:

»Mi padre fue desterrado por los qualinestis.

—¿Por qué motivo? —inquirió Flint, antes de poder evitarlo.

Los elfos casi nunca eran condenados al destierro; el crimen tenía que ser considerado muy grave para merecer el peor castigo contemplado por la ley elfa.

—Encabezaba un movimiento partidario de abrir las puertas de Qualinesti a los extranjeros —explicó la anciana—. Lo deportaron y, naturalmente, la familia lo acompañó al exilio. Por fin nos instalamos en Caergoth, donde vivían parientes lejanos. —Humanos, supuso Flint, de ahí venían los lazos sanguíneos—. Me instruí como partera con un grupo de clérigos, y cuando me hice mayor regresé aquí, a Qualinost.

—¿Por qué?

El agua cocía, y Flint apartó la olla del fuego. Para no quemarse, agarró el asa con un calcetín de lana —prácticamente limpio, pensó, puesto que se lo había puesto sólo un día—, y vertió el agua en la tetera de barro.

Una expresión de tristeza pasó fugaz por el rostro de tía Ailea, pero desapareció tan deprisa que Flint dudó de haberla visto.

—Todos los amigos que tenía eran humanos, y, cuando me hice mayor, todos habían muerto de viejos. Tengo algunas nociones de magia, sortilegios rudimentarios para aliviar los dolores del parto, o ilusiones para diversión de los niños, y cosas por el estilo; pero no podía hacer nada para impedir el envejecimiento y la muerte de mis amigos de la infancia.

Flint se preguntó si entre aquellos amigos muertos largo tiempo atrás habría habido algún hombre en especial, un amante humano, cuyo fallecimiento fuera la causa de la tristeza contenida en los ojos de la elfa. Sentada a la mesa y removiendo con gesto ausente el té, la mujer hurtó la mirada al enano.

—Mis padres habían muerto —continuó—. Y había muy pocos elfos en Caergoth. Me sentía sola, y, en consecuencia, decidí regresar.

Un aroma a naranja y canela emergió de la tetera. Sobre el catre de Flint, el pequeño se había quedado dormido tumbado boca arriba, con una vaca de madera en una mano y una oveja en la otra.

—Descubrí que encajaba mejor aquí que en Caergoth —dijo tía Ailea con voz más animada. Alzó la vista y debió atisbar una expresión compasiva en la mirada de Flint, pues se encrespo y sus rasgos enmarcados por el cabello plateado adoptaron una expresión dura—. No me compadezcas, maestro Flint Fireforge. Elegí el camino que recorro.

El enano miró en derredor como si buscara algo que decir.

—¿Estás segura de que no te apetecería una cerveza? —ofreció por último.

Ailea le dedicó una mirada severa.

—Cuido niños —fue la escueta respuesta.

Bebieron el té en silencio durante un rato; después, Flint pensó que, al fin y al cabo, era ya casi la horade comer. Así pues, sacó un poco de *quith-pa* y cortó unas lonchas de queso, y tía Ailea cogió platos de la alacena. Flint había estado en Caergoth en uno de sus viajes, así que la conversación giró en torno a esa ciudad. Al parecer, la anciana se había marchado de aquella población antes incluso de que Flint hubiera nacido. Después, el enano hizo una demostración práctica de cómo había construido el tentempié de madera y le regaló uno parecido a la anciana. Tía Ailea le

habló de algunos de los niños a los que había ayudado a nacer durante los últimos siglos.

—Asistí a la madre del Orador cuando nació él y también en los partos de sus dos hermanos —declaró con orgullo. Explicó que se había jubilado como partera, pero que seguía cuidando bebés. Por vez primera, mostró cierta animación—. Adoro a los niños. Por eso vine a buscar juguetes.

En definitiva, fue un modo agradable de pasar un día de primavera.

Por fin acabaron con el último pedazo de queso y pan. Tía Ailea lavó los platos y los guardó, en tanto que Flint reanudó el trabajo con la espada de Tanis, después de haber cambiado al pequeño durmiente de la cama de Flint, demasiado cercana a la lumbre de la forja, a otro rincón, sobre el regazo de la anciana. El golpeteo del martillo, aunque al principio despertó al niño, lo ayudó después a hundirse en un sueño más profundo. Tía Ailea guardaba silencio y acunaba de vez en cuando al pequeño mientras se tomaba otra taza de té y observaba el progreso que realizaba el enano en su trabajo. Transcurrió una hora, y al levantar Flint la cabeza se encontró con que la anciana se había quedado amodorrada, con la mejilla apoyada en la cabeza del niño. El enano sonrió y continuó trabajando.

La campanilla de la puerta del taller repicó de nuevo, y Flint alzó la vista sobresaltado, dispuesto a plantarse en el umbral de una carrera y echar a Tanis de la casa. La espada empezaba a tomar forma, con su hoja pulida y templada a golpes de martillo, y la guarda, un imaginativo diseño de acero curvado y brillante. Flint dejó escapar un suspiro de alivio al ver la figura encapuchada que entraba en el taller.

—Espero no ser inoportuno, ¿verdad, maestro Fireforge? —preguntó Miral, con una sonrisa burlona bailándole en los labios. Su voz, por lo general ronca, se redujo a un rasposo siseo. Tras lanzar una penetrante mirada, saludó con un leve cabeceo a tía Ailea, que se despertaba poco a poco. Sobre su regazo, el pequeñín se removió y abrió los azules ojos.

—No, adelante, Miral —lo invitó Flint—. Por un momento, creí que eras otra persona... —Se apartó del resplandeciente círculo de la forja y se limpió el sudor de frente y el rostro con un pañuelo.

—¿Quién, Tanthalas? —aventuró el mago, cuya sonrisa se ensanchó. La anciana se incorporó en su asiento y susurro algo al oído del niño, que se deslizó al suelo y corrió a recoger los animalitos de madera esparcidos sobre la colcha. El mago prosiguió:— De hecho, vine aquí buscando a Tanis. Al no verlo en el patio practicando el tiro con arco, supuse que lo encontraría en tu taller. Pero, si hay alguna razón por la que quieras eludirlo...

Flint esbozó una mueca y se frotó las manos.

—Es un regalo —explicó, señalando la espada a medio terminar, que se enfriaba junto a la forja.

Miral se aproximó para examinarla más de cerca; el resplandor rojizo de los carbones encendidos se reflejó en su cabello claro y en la orla de cuero negro, que remataba su túnica roja. Alargó una mano enguantada y rozó el cálido metal con un gesto suave, casi reverente.

—Será un regalo maravilloso —dijo, volviéndose a mirar al enano. Su mente parecía estar en otro lugar—. Es preciosa.

—Bah, ni siquiera está terminada todavía —rezongó Flint, si bien su pecho se hinchó de orgullo. Cogió un trozo de tela alargado y lo echó sobre el arma. Tía Ailea se acercó a la puerta, preparándose para partir—. El invierno pasado le hice también varias flechas, allá en Solace —añadió Flint—. Pensé que era una buena idea hacerle un gran regalo.

—¿Mmmmm? —musitó Miral. De repente, sacudió la cabeza, como si volviera a la realidad tras dejar que su mente vagara lejos—. Lo siento, maestro Fireforge. Me temo que apenas dormí anoche. El Orador planea hacer un anuncio importante mañana por la tarde, si bien de qué se trata parece que sólo él y lord Xenoth lo saben. Los preparativos nos han tenido a todos muy ocupados. Incluso un mago de poca monta tiene tareas que cumplir. Y también las tiene Tanis, si es que lo encuentro.

Tras anunciar que buscaría al semielfo en el Gran Mercado, Miral se despidió de Flint y de Ailea y se detuvo un momento en la puerta para dar unas palmaditas al niño en la cabeza. El pequeño le tiró un golpe con un caballito de madera; Miral eludió el ataque infantil con una ágil finta y salió por la puerta.

—Un mago de poca monta... —musitó tía Ailea, con el entrecejo fruncido. La anciana parecía sumida en hondas reflexiones. A pesar de que Miral ya se alejaba por el callejón, Ailea siguió indecisa frente al umbral. En dos ocasiones pareció a punto de decir algo, pero se contuvo en el último momento. Entretanto, el niño se afanaba en arrancar las hojas bajas del rosal trepador y tirarlas al suelo.

—Te confesaré algo, maestro Fireforge —admitió por último la anciana con su voz juvenil—. También yo vine con la esperanza de encontrar aquí a Tanthalas. Yo... En fin, ya no se me recibe en palacio de tan buena gana como antes. Por ello confiaba en dar con él en tu taller.

—¿Sí? —preguntó Flint, sin apartar la vista de la figura envuelta en la túnica roja, cada vez más lejana—. ¿Por qué querías verlo?

—Conocí a su madre.

Rehusó decir una palabra más sobre el asunto, y se marchó de inmediato.

OceanofPDF.com

12

La espada

Qualinost dormía en medio de un profundo silencio. La noche arropaba la ciudad como un oscuro manto. Aunque estaba más cerca del amanecer que de medianoche, un resplandor naranja todavía titilaba tras las ventanas del pequeño taller de Flint. En el interior, el enano se dejó caer con cansancio en una silla y contempló la obra que tenía ante él. La espada estaba terminada.

Al resplandor de la forja su brillo era perfecto, satinado; la luz resaltaba los aguzados filos y perfilaba las muescas de las runas de poder enanas que Flint había cincelado en la parte plana de la hoja. La guarda estaba conformada por suaves curvas y gráciles arcos de acero, de trazo tan fluido que parecía como si crecieran en torno a la empuñadura como los zarcillos de una enredadera. Incluso Flint, siempre orgulloso de sus creaciones, notaba que esta espada tenía algo especial. Ahora sólo le cabía esperar que a Tanis le gustara.

Le gustaba complacer al semielfo. Quizás algún día tuviera la oportunidad de ser su anfitrión en Solace y así el muchacho constataría que los elfos no eran los únicos seres de Krynn. Aquello le gustaría a Tanis más que la espada, pensó el enano.

Flint suspiró y se puso de pie. Amontonó los carbones que quedaban bajo la ceniza y apagó de un soplo la vela de sebo que lucía en la penumbra del cuarto. Bajo la plateada luz de la luna se dirigió al estrecho catre, se

quitó las botas, y se hundió en el sueño profundo del agotamiento. Muy pronto, los ronquidos del enano retumbaban en el aire con un ritmo tan cadencioso como el golpeteo del martillo que había sonado a lo largo del día.

Eran las horas más oscuras de la noche. La puerta del taller se abrió poco a poco, con suavidad, de manera que la campanilla no hizo ruido alguno. Una figura atravesó el umbral y cerró tras de sí con cuidado. Hizo un alto, con la cabeza ladeada, y luego, satisfecha al parecer de lo que escuchaba, avanzó cautelosa hacia el banco de trabajo.

La espada emitía un débil brillo bajo la fría luz de Solinari que penetraba a través de las ventanas. La figura oscura, envuelta en una capa, alzó una mano enguantada y pasó un dedo a lo largo de la hoja, como si comprobara su filo, y acto seguido extendió ambas manos sobre el arma. El murmullo de unas palabras flotó en el aire, pronunciadas en la lengua de unas gentes convertidas en polvo desde épocas remotas, y cuyo nombre había quedado olvidado en la noche de los tiempos. Eran muy pocos los que ahora hablaban esa lengua, salvo los hechiceros, pues era el lenguaje de la magia.

El murmullo finalizó, y las últimas sílabas quedaron flotando en el aire como motas de polvo. La espada empezó a brillar, no debido a la luz de la luna, sino con un fulgor propio que brotaba de su interior. Era un resplandor carmesí que se intensificó de manera paulatina hasta que el acero emitió un furioso destello, del color del fuego. De pronto, una sombra pareció separarse de la oscuridad reinante más allá del círculo de luz y se deslizó hacia la espada, como atraída por la mano del desconocido. La sombra desafió el resplandor carmesí y lo atravesó hasta que, de repente, fluyó como una corriente de agua y se introdujo en la espada como si hubiera sido absorbida por el acero. El arma sufrió una pequeña sacudida y entonces el resplandor se apagó.

La puerta del taller se meció con la suave brisa nocturna. Los ronquidos prosiguieron ininterrumpidos. El desconocido se había marchado.

13

El anuncio

A la mañana siguiente, Flint encontró a Tanis en el Gran Mercado, el semielfo estaba frente a un tenderete que exhibía un letrero que rezaba: «Lady Kyanna. Vidente de Todos los Planos». Debajo, otro cartel más pequeño anunciaba: «Tarifas Reducidas». La tela del tenderete, azul oscuro como la noche, estaba decorada con siluetas plateadas de las lunas y las constelaciones.

Varios elfos jóvenes, que apenas habían dejado atrás la infancia, pasaron entre Flint y Tanis y entraron en la tiendecilla. Un olor a incienso salió del interior cuando los muchachos alzaron la lona de la puerta, y se oyó una voz queda:

—Bienvenidos a una visión de vuestro futuro, buenos elfos.

—Videntes; ¡bah! —resopló Flint con desdén—. Charlatanes y fulleros, eso es lo que son todos. Por cierto, ¿te he contado lo que me pasó una vez en el Festival de Otoño en Solace? A ver... —musitó el enano—. Debió de ocurrir poco después del día en que derroté a aquellos diez salteadores de caminos, en la posada *El último Hogar*.

Tanis se resistía a los esfuerzos del enano por apartarlo del puesto de la vidente.

—No me importaría echarle un vistazo a mi futuro —dijo.

Flint gruñó con desdén y arrastró a su amigo por la calle que formaban los tenderetes. El semielfo pareció salir de su abstracción. Tras dirigir una

última mirada anhelante a la tienda de lady Kyanna, volvió los ojos hacia Flint con una expresión de simulado interés.

—¿Decías? —preguntó.

—Un mago ambulante de Solace intentó venderme un elixir con el que, afirmaba, me haría invisible —dijo Flint, permitiendo que su amigo hiciera un alto frente al tenderete de un artesano que vendía, precisamente, espadas—. En mi opinión, tenía un sospechoso parecido con agua clara, pero él respondió: «Por supuesto que es transparente. En caso contrario, no te haría invisible, ¿verdad?». En fin, cuando llegué a casa con el elixir...

Tanis, que acariciaba la empuñadura de una espada, se volvió hacia el enano.

—¿Quieres decir que lo compraste? —inquirió incrédulo.

—No es que creyera una sola palabra de lo que decía el mago, por supuesto —se defendió Flint con un brillo en los ojos, mientras intentaba apartar al joven del puesto—. Supe desde el principio que era un timo. Pero quería tener alguna evidencia con la que denunciarlo a las autoridades como el estafador que era.

—¿Qué ocurrió cuando usaste el elixir? —dijo Tanis con voz ausente, ya que toda su atención estaba puesta en el surtido de armas—. Son unas espadas maravillosas. Cuánto me gustaría...

—Son obra de un artesano de pacotilla —lo interrumpió el enano, a la vez que tiraba del brazo del semielfo sin parar mientes en la furiosa mirada que le lanzaba el vendedor—. ¿Para qué necesitas una espada? En Qualinost no hay nadie contra quien luchar. Bueno, como iba diciendo, me bebí la poción y pensé que era una buena idea ir al establecimiento de aquel tabernero cuelllicorto, que me había tomado el pelo unos días atrás al servirme una jarra de cerveza aguada, y tomarme un par de picheles «gratis» —explicó Flint, con una mueca maliciosa. Pero entonces frunció el entrecejo—. Sólo que, a saber cómo, aquel matón, que por su pinta no podía ser otra cosa que un mal nacido hijo de una goblin, se las arregló para verme y..., ¡eh! —se calló indignado al caer en la cuenta de que había revelado más de lo que se proponía.

Miró a Tanis de hito en hito, pero el semielfo lo observaba con expresión seria.

—¿Y...? —lo apremió Tanis.

—¡Y mete la nariz en tus propios asuntos! —protestó Flint—. ¿Es que no tienes otras cosas por las que preocuparte?

Despacio, con habilidad, el enano condujo a Tanis fuera del Gran Mercado y sus atractivas mercancías, y lo llevó a su taller. Entraron en silencio; Flint estrujándose la mollera para componer un corto discurso; pero al final, sin haber discurrido qué decir, se dirigió hacia la mesa, donde algo largo y esbelto yacía cubierto por una tela oscura.

—¿Qué es eso? —se interesó Tanis, avanzando un paso.

—Algo que acabé anoche mismo —respondió el enano, y entonces retiró de un tirón el paño.

Debajo estaba la espada, reluciente como un relámpago materializado en una sustancia sólida. Y, a su lado, varias docenas de cabezas de flecha, de un metal opaco y negro, y muy afiladas.

Los ojos de Tanis, ni que decir tiene, se abrieron como platos y se clavaron en la espada.

—Flint, es una maravilla —dijo con voz queda mientras alargaba la mano para acariciar el frío metal.

—¿Te gusta? —preguntó el enano, con las espesas cejas arqueadas—. Es un regalo. Para ti.

—Para... —El semielfo enmudeció y su rostro se quedó rígido.

Por un breve instante, Flint temió que al joven no le hubiera gustado la espada; entonces reparó en que su amigo apretaba los puños, y comprendió que Tanis luchaba para contener una gran emoción.

—Oh, no puedo aceptarlo —musitó con un hilo de voz, contemplando la espada con avidez.

—Claro que puedes —replicó Flint—. Más te vale, muchacho.

Tanis vaciló unos cuantos segundos más; luego alargó despacio una mano hacia el arma. Por último, aferró la empuñadura. Su tacto era frío y suave, y parecía encajar a la perfección con sus dedos. Tanis sintió que un

escalofrío le recorría la espina dorsal. La espada era algo más que una simple arma. Era un objeto de templada belleza.

—Gracias, Flint —dijo con suavidad.

El enano desechó sus palabras con un brusco ademán.

—Procura darle un buen uso y me sentiré satisfecho —repuso.

—Oh, lo haré —contestó con fervor el semielfo.

* * *

Aun después de tantos años entre los elfos, Flint seguía quedándose boquiabierto cada vez que ponía los pies en la Torre del Sol, y nunca dejaba de hacer una breve pausa ante las doradas puertas que conducían a la cámara central, con los ojos cerrados, rindiendo un silencioso y respetuoso homenaje a los artesanos enanos que la habían construido tanto tiempo atrás.

Esta tarde, las inmensas puertas se abrieron ante él, con los querubes de sus bajorrelieves esbozando una breve sonrisa maliciosa y mirando de reojo al enano mientras las monumentales hojas giraban sobre sus goznes. Flint sacudió la cabeza para alejar esta idea peregrina de su mente, y cruzó el umbral poniendo todo su empeño en no alzar la vista hasta el techo que se encumbraba casi doscientos metros sobre su cabeza.

«No es que me produzca vértigo cuando miro allá arriba —se dijo el enano para sus adentros—. Pero no quiero ponerme en ridículo con la tonta costumbre de mirar a lo alto cada vez que entro en el recinto.»

Flint vio que la mayoría de los cortesanos se encontraban ya presentes, pero no así el Orador; y tampoco Tanis. *«Llegará tarde; tan seguro como que un martillo es pesado»*, rezongó el enano para sí, mientras sacudía la cabeza con tanta energía que la barba se meció a un lado y a otro. Dando por hecho que estaría sin compañía durante un rato, se alejó de los elfos reunidos en grupos, se recostó contra una de las columnas que jalonaban el perímetro de la cámara, y esperó a que la sesión diera comienzo.

Los cortesanos, ataviados con opulentas túnicas largas de sedas verdes, marrones y bermejas, recamadas con Tilos de oro y plata, se reunían en

grupos por el recinto y sus voces quedas resonaban en la bóveda de la Torre. Desde su posición junto a la columna, Flint reparó en que la mayoría de las conversaciones giraba en torno a la ineptitud de la guardia de la Torre para dar caza al taylor.

—¿Qué dificultad puede haber en localizar a un monstruo de ocho o nueve metros? —protestaba un anciano elfo—. En mis tiempos, esa bestia habría estado muerta desde hace días.

El compañero del anciano trató de apaciguar su ira.

—El bosque es grande y mágico. El Orador debería organizar una milicia especial con un mago y los hombres mejor entrenados para que rastrearán y acorralaran a la bestia y acabaran con ella.

El anciano elfo movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Todo el mundo es un experto —rezongó Flint por lo bajo.

Los amigos de Porthios, Ulthen y Selená —el esbelto brazo de la mujer enlazado en torno a la cintura del noble elfo—, pasaron frente al enano y se situaron al otro lado de la columna. Flint advirtió que los ojos de la mujer estaban pendientes, no de su acompañante, sino de Litanas, el nuevo ayudante de lord Xenoth, que se encontraba junto al consejero, al pie de la tribuna. Flint se movió un par de pasos con la esperanza de que no lo vieran. Sabía que Selená, Litanas y Ulthen pertenecían al grupo de elfos que eran contrarios a la presencia de extranjeros en la corte, si bien la rubia dama acostumbraba hablar con entusiasmo de las «maravillosas creaciones artísticas enanas», cada vez que se encontraba con Flint.

La cortante voz de Selená llegó con claridad a oídos del enano.

—Bueno, Litanas *me* contó que Tyresian amenazó a Xenoth si el consejero no cesaba de ponerle impedimentos en su camino. Pero Litanas no sabía exactamente cuál era el tema de discusión. Creo que Xenoth oculta cosas a Litanas, lo que, a mi entender, es injusto, puesto que Litanas es una de las personas más intel...

—Selená, el tono de tu voz... —interrumpió Ulthen, en un intento de acallarla.

—Oh, Ulthen, déjame en paz. Sea como sea, Litanas dice...

Ulthen torció el gesto, y Flint llegó a la conclusión que el noble elfo oía muchas veces aquello de: «Litanas dice...».

—En fin, me han contado que el Orador proyecta cancelar el *Kentommen* hasta que el tylor haya sido capturado.

—Oh, Selená, no seas ridícula. —En las palabras de Ulthen se advertía un deje impaciente.

—¡Ridícula! —La voz de la mujer alcanzó un tono casi estridente—. ¿Acaso consideras que es seguro permitir que la gente se desplace a la ciudad por los mismos caminos que la presencia del tylor hace tan peligrosos?

Ulthen —y también Flint desde el otro lado de la columna— tuvo que admitir que el argumento de la mujer tenía un punto de razón. Tal vez ése era el motivo de todo este montaje. Casi con toda seguridad, ésta sería la primera vez que se cancelaba un *Kentommen*; la tradición dictaba que la ceremonia tuviera lugar el día que el elfo en cuestión cumplía los noventa y nueve años, y había de darse una situación de gran crisis para que fuera justificable el posponer su celebración.

En ese momento, se abrieron las puertas doradas y el Orador penetró en la cámara, seguido de Laurana. El reflejo de la luz solar que inundaba la Torre lanzaba destellos en su túnica verde y dorada mientras Solostaran cruzaba la sala con regia gracia. Flint avanzó hacia su amigo.

El Orador estaba saludando a varios cortesanos e intercambiando frases ingeniosas y chanzas, pero Flint advirtió de inmediato que algo raro le pasaba hoy a Solostaran. Si se había producido algún cambio en el Orador de los Soles en el transcurso de los veinte años que lo conocía el enano, Flint no había notado diferencia alguna; el Orador se erguía tan recto como la propia Torre, y su rostro seguía siendo tan intemporal como el mármol de las paredes interiores del recinto. Hoy, sin embargo, aunque sus ojos eran tan vivaces y cálidos como un día de estío, asomaba a ellos una sombra de preocupación.

—Maestro Fireforge —saludó el Orador cuando al volverse vio al enano que aguardaba paciente a su lado, sin querer interrumpir la conversación del dirigente con sus cortesanos—. Me complace que hayas venido.

—Siempre que requiráis mi presencia, acudiré —contestó Flint. Por vez primera advirtió una leve arruga en la despejada frente del Orador, bajo la dorada diadema real. Solostaran sonrió, pero fue una sonrisa algo apagada.

—Gracias, Flint —repuso, y el enano se sorprendió. Que él recordara, era la primera vez que el Orador lo llamaba por su nombre de pila en un acto oficial—. Temo que necesitaré tener cerca a un amigo como tú en este día.

—No comprendo.

—Los lazos de la amistad son fuertes, Flint, pero a veces sus ataduras pueden resultar demasiado constrictivas.

La mirada del Orador recorrió la multitud y se posó en lord Xenoth y Litanas, pero enseguida la dirigió a otro lado.

—Oh, ya veo —rezongó Flint—. En tal caso, mejor será que me marche.

—No, maestro Fireforge —dijo el Orador mientras ponía una mano sobre el hombro de Flint. Un esbozo de sonrisa curvó los labios de Solostaran—. Hablaba de otra clase de amistad, la que une a dos linajes. Aun cuando dichos lazos me han ayudado en el pasado, ya mi padre antes que a mí, lamento profundamente el precio que ahora he de pagar por esa amistad.

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Flint. ¿Qué podría hacer uno a un amigo que le resultara tan ingrato?

El Orador sacudió la cabeza con suavidad.

—Pronto lo sabrás. Pero, dime, Flint, si más tarde tendrás tiempo de tomar una copa de vino con un viejo elfo.

El Orador sonrió otra vez, y Flint asintió en silencio. Entonces, Solostaran se dirigió a la tribuna que se alzaba en el centro de la cámara. Cuando subió al podio, cesaron las conversaciones de los cortesanos y volvieron su atención hacia él. El enano se preguntó dónde estaría Tanis.

Porthios se situó a la izquierda de su padre, cerca de lord Xenoth y Litanas, intentando adoptar una actitud tan regia como la del Orador, aunque a Flint más le parecía un gallo de corral hinchado de orgullo. Su hermano menor, Gilthanas, estaba a la derecha de la tribuna, junto a la

guardia ceremonial. Los guardias vestían chalecos de cuero negro en los que brillaba la filigrana plateada del emblema del Sol y el Árbol. Era el mismo símbolo que había adornado el estandarte que Kith-Kanan llevaba consigo cuando pisó por primera vez los bosques de Qualinesti.

Gilthanas se había integrado en la guardia hacía apenas medio año. Todavía era un muchacho paco mayor que Laurana, pero Flint sabía que Porthios había discutido largo y tendido con el capitán del cuerpo para que admitiera en sus filas a Gilthanas. Aunque el muchacho hacía cuanto estaba en su mano para imitar la rígida actitud de los otros guardias, sosteniendo frente a él la espada en el saludo tradicional, el arma parecía demasiado pesada para su ligera constitución. Flint sacudió la cabeza. El enano tenía que reconocer el mérito del muchacho por poner tanto empeño en ser fuerte, pero Flint no acababa de entender que era exactamente lo que Gilthanas intentaba probar.

Justo en el momento en que el Orador alzaba las manos para dar la bienvenida a toda la corte, gesto que señalaba el comienzo del acto, Flint recibió un empujón por detrás. Se volvió raudo, con los ojos centelleantes y dispuesto a poner de vuelta y media al cretino que no miraba por dónde iba.

—¡Tanis! —susurró, muy aliviado de ver que su amigo había llegado a tiempo. El semielfo respiraba de manera entrecortada, y una película de sudor le cubría la piel—. ¡En nombre de Reorx! ¿Dónde demonios te habías metido que llegas tan tarde? —inquirió en un colérico susurro.

—Calla, Flint —repuso con voz queda Tanis mientras señalaba hacia la tribuna donde el Orador daba comienzo a su alocución.

—Agradezco a todos que estéis presentes aquí hoy —comenzó Solostaran dirigiéndose a los nobles congregados alrededor de la tribuna—. Tengo importantes noticias que compartir con vosotros. Unas noticias que, espero, sean para todos causa de alegría.

»En primer lugar, no obstante, he de confesar que hay un motivo ulterior para que os haya congregado hoy. —El Orador sonrió—. Sabéis, por supuesto, que una bestia voraz y sanguinaria merodea los campos cercanos a Qualinost. Varias personas han perecido entre sus garras, y los granjeros de las afueras de la región informan que un número creciente de

cabezas de ganado han desaparecido. Mis consejeros me han dicho que esta bestia, un tylor, se ha construido sin duda un cubil en algún lugar cercano a una de las sendas que conducen a Solace. Las tropas destacadas para dar caza al monstruo no han logrado localizarlo, pero han encontrado rastros de la bestia y creen que han circunscrito la zona donde la criatura... —hizo una pausa— se alimenta.

Las facciones del Orador se suavizaron mientras su mirada pasaba sobre los cortesanos.

»Por consiguiente —continuó—, pido voluntarios que se agrupen y busquen al tylor. Puesto que esa criatura posee algunas habilidades mágicas, Miral ha aceptado sumarse a expedición. —El mago, que estaba de pie junto a una columna en el lado opuesto a Flint, inclinó la cabeza y cruzó los brazos por debajo de las amplias mangas—. Y lord Tyresian ha aceptado ponerse a la cabeza de la partida de caza. —La tirante sonrisa del noble elfo semejaba más una mueca retorcida—. Confío en que los más diestros entre vosotros se ofrezcan a acompañar a esta tropa de voluntarios hasta la zona donde, según los informes, se encuentra la localización del cubil del tylor. ¿Algún voluntario?

Porthios fue el primero en adelantar un paso.

—Yo iré, desde luego.

El Orador vaciló mientras contemplaba a su hijo mayor. Lord Xenoth, cuya túnica plateada susurró a causa de su agitación, intervino:

—Orador, ¿estás seguro de que es prudente que el heredero se exponga a semejante peligro?

Porthios se puso tenso y enrojeció hasta la raíz del cabello; una expresión comprensiva afloró al semblante del Orador.

—Mi hijo está a punto de celebrar su *Kentommen*, lord Xenoth. Pienso que cometería un grave error si le negara el derecho a participar en esta misión con los demás hombres.

Porthios aflojó la tensión y dirigió una fugaz mirada a su padre de mal disimulado agradecimiento, y luego dedicó otra incisiva al consejero.

—En ese caso, también iré yo, para protegerlo —resumió lord Xenoth, obligando a su frágil cuerpo a adoptar una actitud desafiante.

Ahora fue el turno de Miral de intervenir en la conversación.

—Con todos los respetos, Orador —dijo el mago—. Opino que la expedición debe encomendarse a los jóvenes y fuertes, no a los ancianos y débiles.

Flint sintió una oleada de indignación. Aunque podía pasarse muy bien sin la presencia del extravagante y maniático anciano, no era propio del mago mostrarse tan cruel en público, en especial tratándose de un antiguo miembro de la corte. Xenoth abrió la boca para protestar, pero el Orador impuso silencio a su consejero con una mirada imperiosa.

—No rechazaré a ningún voluntario, Miral —contestó con deliberada lentitud.

Xenoth clavó una mirada asesina en el mago, que la sostuvo con impasibilidad.

Selena dio un codazo a Ulthen, y el noble elfo se ofreció voluntario con voz nerviosa. Ello hizo que Litanas lo secundara de inmediato. Pronto, otra media docena de cortesanos había sumado su nombre a la lista. De repente, Flint sintió que Tanis se movía y adelantaba un paso.

—Yo también iré, Orador —anunció.

—¡Tanis! —protestó Laurana en voz alta.

—¿Tanis? —repitió como un eco Flint en voz queda.

Lord Tyresian, de quien emanaba una frialdad tan notable como la que desprendían los muros de mármol, miró con el entrecejo fruncido a Tanis.

—¿No es bastante que tenga a un anciano inútil en la tropa para que también haya de soportar a un semielfo? Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Y también a un enano, lord Tyresian —bramó Flint, enfurecido.

Lo que ocurrió a continuación habría sido divertido en otras circunstancias. Los elfos que se encontraban entre Tyresian y el enano, se apartaron a los lados dejando un pasillo entre los dos. El noble elfo y el enano se contemplaron de hito en hito hasta que la voz resonante de Solostaran atrajo todas las miradas.

—Acepto vuestra oferta, maestro Fireforge, Tanis. —Al ver que el noble abría la boca para protestar, lo atajó:— Todavía soy yo el Orador, lord

Tyresian.

—¿Qué crees que ha querido decir con eso? —preguntó Selen a Ulthen en un aparte.

Tyresian se apresuró a dar marcha atrás.

—Muy bien, Orador. Tu juicio es el que cuenta, desde luego.

Puesto que nadie más se sumó a la expedición, el noble emplazó a los voluntarios en los establos de palacio una hora antes del amanecer del día siguiente. Después se dio media vuelta y se situó de cara al Orador, ejemplo seguido por todos los cortesanos.

Al parecer, había llegado el momento del tan esperado anuncio.

Todos vosotros conocéis a mi hija, Lauranthalasa Kanan —empezó Solostaran—. Como también sabéis que no falta mucho para que deje de ser una chiquilla. Es justo pues, que su futuro quede establecido con claridad, tanto para ella como para todos nosotros. En consecuencia, he elegido este día para disponerlo así.

Tendió la mano hacia la joven, y Laurana se acercó a su padre; el repulgo de su vestido verde susurró al rozar el suelo de mármol; su cabello brilló como oro batido bajo la luz solar al detenerse ante la tribuna. Hizo una grácil reverencia a su padre, y después a los cortesanos. Sus ojos buscaron entre la muchedumbre hasta localizar al semielfo, a quien miró con expresión interrogante. Flint notó que Tanis se encogía de hombros, y se preguntó qué demonios estaba pasando allí.

Girándose un poco para ver el rostro del semielfo, Flint observó que Tanis miraba a Laurana con intensidad. Parecía preocupado y sus dedos jugueteaban nerviosos con un pequeño objeto, pero el enano no alcanzó a ver de qué se trataba. Por su expresión, Laurana estaba tan ignorante del asunto como el resto de la audiencia. Sólo Tyresian se mostraba muy seguro de sí mismo; las facciones arrugadas de lord Xenoth denotaban un profundo descontento.

El Orador sonrió a su hija, pero el gesto no confirió alegría a su semblante, sino tristeza; después se volvió hacia sus cortesanos.

—Ha sido una satisfacción y un honor ilimitado para mi familia contar entre sus más preciados amigos a la Tercera Casa de Qualinost. Fue el señor

de la Tercera Casa en persona quien me apoyó con su fuerte mano en los oscuros años de agitación que siguieron al Cataclismo, con lo que me ayudó a asegurar la continuidad de la paz que tanto valoramos los qualinestis.

Los cortesanos movieron la cabeza en señal de asentimiento; todos estaban al corriente de aquellos hechos.

—En aquel tiempo —prosiguió el Orador—, el señor de la Tercera Casa, cuyo nombre evocaré sólo en mi memoria ahora que ha traspasado los límites de este mundo, tenía un hijo joven, y, por la gratitud que le debía, prometí, dotar a aquel hijo con un preciado regalo. El hijo de mi, amigo, el señor de la Tercera Casa, está hoy entre nosotros, y en la actualidad lo conocéis como el señor de tan honorable familia: lord Tyresian.

El alto y apuesto noble, resplandeciente en su túnica roja oscura, hizo una pronunciada reverencia ante el Oradora Demasiado pronunciada, en opinión de Flint, si es que ese término podía aplicarse a la situación. Lo cierto es que el gesto más parecía una exhibición de cara al público que un acto dictado por un sincero respeto.

—Orador, te doy las gracias por la deferencia que muestras hacia mí en este gozoso día —dijo Tyresian. Echó una ojeada a Laurana, pero la joven elfa apenas había reparado en su presencia, puesto que tenía la mirada fijada en Tanis.

El Orador respondió a las palabras del noble con una cortés inclinación de cabeza y después alzó los brazos como si abarcara con ellos al joven aristócrata y a su hija.

—Así pues, os daré una ocasión de celebración y alegría —declaró con un tono tan claro y penetrante como un toque de trompetas—, pues en este día tengo, no sólo el deber, sino el placer de comunicaros cuál fue el preciado regalo concedido a lord Tyresian hace mucho tiempo. Que todas las gentes de Qualinost sepan que, desde hoy en adelante, mi adorada hija, Lauralanthalasa, está prometida a lord Tyresian, de la Tercera Casa, hasta que llegue el día en que se unan como marido y mujer.

Un murmullo contenido corrió por toda la asamblea, seguido de inmediato por algún que otro aplauso que pronto se tornó en ovación general. Tyresian estaba resplandeciente, pero a Flint no le pasó inadvertido

que el Orador parecía exhausto. Miral había subido a la tribuna —algo que iba en contra del protocolo—, y parecía sostener con disimulo al Orador, como para evitar que se tambaleara. El mago dirigió una mirada sombría a Tyresian.

Flint volvió los ojos hacia Tanis, pero el semielfo parecía ajeno al regocijo general. Se limitaba a mirar al frente, con los ojos brillantes, y apretando con fuerza en uno de sus puños el pequeño objeto con el que había estado jugueteando un momento antes.

—Pero... —empezó Laurana, y enmudeció. El impulso de expresar lo que sentía había entrado en conflicto con su obligación de comportarse con decoro en la corte, así como el amor que profesaba a su padre—. ¿Por qué no me lo dijiste...? —La voz le tembló y se calló otra vez.

Los aplausos cesaron de manera repentina, y una extraña tensión se cernió sobre la asamblea.

—Creía que... —lo intentó de nuevo Laurana, que miró con desesperación a Tanis—. Tú y yo nos hicimos una promesa hace mucho tiempo...

Los cortesanos, unos escandalizados, otros complacidos, y algunos meramente fascinados por el giro tomado por los acontecimientos, dirigieron sus miradas hacia el desasosegado semielfo.

Tyresian se mostraba molesto, pero no preocupado. Porthios estrechó los ojos y dirigió una penetrante mirada a Tanis. El semblante del Orador denotaba preocupación; pocas cosas son más importantes para un elfo que su honor. Laurana seguía mirando a Tanis con actitud suplicante. El semielfo parpadeó, como si despertara bruscamente de un mal sueño.

—Oh, no —dijo en voz tan baja que sólo Flint lo oyó.

—¿Es eso cierto, Tanthalas? —preguntó el Orador—. ¿Os habéis prometido a mis espaldas, sin pedir mi aprobación?

El semielfo miró en derredor con aturdimiento. Sólo en los ojos de Flint había una expresión compasiva.

—Yo... —balbuceó—. Sí, pero... Fue hace mucho tiempo...

Flint se acercó a él y agarró a su amigo por el brazo con su fuerte manaza.

—Aclara las ideas, muchacho —siseó—. O guarda silencio.

Pero Tanis continuó con sus tartamudeos.

—Éramos unos niños... Fue un juego..., nada serio. Al menos, es lo que yo pensé.

Laurana contuvo el aliento, y acto seguido abandonó a toda prisa la cámara, sin mirar a nadie. Sus pisadas se perdieron en la distancia. Tyresian fue en pos de la joven. La sesión de la corte concluyó de inmediato.

OceanofPDF.com

14

Consecuencias

—Confío en que te ocuparás de este pequeño... problema, Orador —dijo Tyresian con suavidad. Volvió a llenar su copa de vino con gestos calmosos y esbozó una sonrisa abstraída. Imprimió un movimiento circular a la copa de manera que el caldo, de un tono rubí claro, giró en el recipiente de cristal y brilló como una gema bajo la luz del ocaso que penetraba por las paredes transparentes del despacho del Orador.

Solostaran asintió con gesto cansado.

—Desde luego, Tyresian. Aunque no existe problema alguno.

La copa del Orador seguía sobre la mesa, sin que hubiera probado el vino; no obstante, aunque el semblante de Solostaran aparecía demacrado, sus ojos verdes eran tan vivaces como siempre, y mantenía los hombros erguidos y rectos.

Tanis lo observaba con ansiedad desde su posición, tan cerca de la puerta como le era posible sin que pareciera que estaba apunto de salir corriendo. Después de que se hubo calma el caos desatado por el arranque de Laurana —merced sobre todo al buen juicio de Xenoth que condujo a los agitados cortesanos fuera de la Torre—, el Orador anunció que se reunirían en privado en palacio. Fueron muy pocos los emplazados a dicha reunión: Tyresian, desde luego, puesto que el asunto le concernía de manera muy directa; Miral y Porthios, que estaban de pie junto al Orador; y, por último, Tanis. Solostaran había ordenado a un sirviente que fuera en busca de

Laurana, pero el criado regresó con la noticia de que no se la encontraba por ninguna parte.

La acción de Laurana había dejado a Tanis tan perplejo como a todos los otros; probablemente más. El semielfo suspiró y se contuvo para no jugar con el anillo que guardaba en el bolsillo. Tenía la impresión de que la sortija estaba al rojo vivo, a punto de abrir un agujero en la tela de sus polainas y caer rodando al suelo poniéndolo en evidencia ante todos.

Deseó fervientemente que Flint estuviera allí. Con toda seguridad, el enano habría sabido qué decir con su voz gruñona, y habría arreglado las cosas; pero, por desgracia, no había sido invitado.

—Recuerda, Tyresian, que es todavía muy joven, casi una; chiquilla — continuó el Orador.

—Cierto. Pero a veces las ilusiones infantiles son las que más perduran, en especial cuando se las niega. Tyresian, lanzo una mirada a Tanis.

El semielfo esperaba encontrar malicia en los ojos del noble, pero no había tal expresión en ellos, sino una merar curiosidad. Eso era todo; como si encontrara increíble o casi divertido el que Tanis representara el papel de rival —queriéndolo o no— en todo este asunto.

—Tyresian —dijo entonces el Orador mientras se incorporaba—, hace mucho tiempo se hizo un acuerdo entre dos casas. —Se acercó a los ventanales y contempló un instante el exterior, la miríada de colores del ocaso, antes de volverse de nuevo hacia el noble. A despecho, del cansancio, el Orador se mostraba mucho más firme y sereno—. El honor de mi casa está por encima de todo lo demás, pues, si falta la honradez, no queda nada.

»Y con honradez he de decirte que preferiría que mi hija no tuviera que plantearse su futuro a una edad tan temprana. Preferiría que conociera el gozo de unirse con alguien que la ha cortejado y ha ganado su corazón, en lugar de hacerlo con quien fue elegido por dos personas mayores antes incluso de que ella naciera y el prometido en cuestión fuera apenas un chiquillo. Ahora bien, ello no significa que minimice lo que tu padre hizo por mi; el señor de la Tercera Casa era un gran amigo para merecer tal actitud. Con todo, quiero dejar claro algo: pocas cosas hay en este mundo

que signifiquen más para mí que mi hija. Y, aunque su mano sea tuya, su sangre será siempre la mía. No lo olvides. Y trátala conforme a esa premisa.

Tyresian miró al Orador varios segundos. Su despótico orgullo parecía haber desaparecido en parte.

—Por supuesto, Orador —repuso por último con mansedumbre—. Jamás puse en duda tu palabra, pero, en cualquier caso, agradezco que hayas reafirmado tu decisión.

Tras una breve reverencia dio la espalda al Orador, pasó junto a Tanis y abandonó la estancia.

—¿He tomado la decisión correcta? —preguntó el Orador una vez que Tyresian se hubo marchado. Aparentemente, no se dirigía a nadie en particular, pero Porthios se acercó presuroso a él.

—Por supuesto que sí, padre —aseguró con vehemencia—. Has mantenido tu palabra. Es lo más importante.

—Sí —aceptó Solostaran, aunque resultaba evidente que no era eso lo que había querido dar a entender.

—Has asegurado a Tyresian lo que quería, y sabiendo cómo es —dijo Miral— Había una dureza en su voz que Tanis jamás había escuchado—. Ahora está más cerca del poder.

El Orador desestimó el comentario con un ademán.

—Sólo a través del matrimonio. No tiene mayor importancia. En la línea de sucesión al trono hay otros que lo preceden. —Sus ojos se posaron en Porthios.

—Desde luego —respondió Miral, pero las palabras del Orador no parecían haber despejado sus temores.

—Quisiera quedarme a solas un rato —manifestó el Orador, y Tanis dejó escapar un breve suspiro de alivio.

Miral asintió en silencio, y él y Porthios se reunieron con el semielfo junto a la puerta.

Solostaran estaba asomado a los ventanales, con la mirada perdida en el ocaso.

—Tanthalas —llamó entonces con voz queda el Orador. El semielfo, que se disponía a salir, se detuvo—. Deseo hablar contigo antes de la

expedición de mañana.

Tanis aguardó un instante, pero, al ver que el Orador no tenía más que decir, siguió a Miral y a Porthios y cerró la puerta a sus espaldas.

Miral ya desaparecía por el fondo del corredor con pasos rápidos y seguros, pero Porthios estaba esperando al semielfo.

—Todo esto es culpa tuya, ¿sabes? —dijo el heredero. Las sombras oscurecían sus hundidos ojos, y los músculos de las mandíbulas estaban tensos.

—No lo sabía, Porthios —logró articular Tanis, aunque sentía la lengua tan seca como si fuera un trozo de cuero ¿Cómo iba a saber lo que Laurana haría?

Su primo ni siquiera lo escuchó.

—El sufrimiento del Orador está en tus manos, Tanis. No lo olvides. Yo no lo olvidaré, te lo aseguro. —Hablabla con un tono tan cortante que sus palabras se clavaron como dagas en el corazón de Tanis—. No permitiré que le hagas daño con tus tonterías infantiles con mi hermana. Sin más, giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas corredor adelante.

Tanis sacudió la cabeza. ¿Por qué le echaban la culpa por algo que había hecho Laurana? Hubiera deseado, tanto o más que los otros, que esto no sucediera. Suspiró y apretó entre sus dedos el delicado anillo que guardaba el bolsillo. Por un instante, sintió el impulso de arrojarlo con todas sus fuerzas contra el suelo de mármol del corredor, pero el estímulo se desvaneció con rapidez y metió la joya en lo más hondo del bolsillo mientras echaba a andar pasillo adelante. ¿Dónde estaría Flint?

* * *

El trabajar en la forja aquella tarde no sirvió de mucho para aliviar la preocupación que ensombrecía los pensamientos de Flint.

Mantuvo ocupadas las manos, como si quisiera machacar el recuerdo de los problemáticos acontecimientos del día con el golpeteo del martillo. No obstante, sus esfuerzos fueron vanos, y se encontró preguntándose dónde estaría Tanis y cómo lo estaría pasando.

«Ah, todo se arreglará pronto, no le des tantas vueltas —se dijo Flint—. Olvidarán el arretrato de Laurana y entonces dejarán al chico en paz.» Pero en el fondo, sabía que no era cierto. Algo estaba cambiando en la tranquila ciudad elfa donde nada había cambiado durante años y años. Por un instante, lo asaltó la duda de si el Orador no se habría equivocado al permitir el trato con forasteros, incluido él mismo. Su presencia ya había alterado las costumbres de los forjadores elfos, quienes habían adoptado algunas técnicas que Flint había aprendido de su padre. Tal vez hubiera otros cambios, y más importantes, que pudieran achacarse a su presencia.

Ojalá Tanis se pasara por el taller.

La planta del palacio se dividía en tres cuerpos, siendo el central el más grande. Las dos alas abrazaban el patio trasero, y más allá se extendían los jardines. En medio del cuerpo central, el corredor se ensanchaba hasta formar el Gran Salón; allí, una serie de arcos conformaban un techo abovedado. El perímetro del salón estaba jalonado por columnas de mármol, cinceladas con destreza a fin de que semejaran troncos de árboles, en cuyas ramas, envueltas en la penumbra, relucían hojas de plata y oro. Estas columnas soportaban la galería circular que se asomaba sobre el Gran Salón, y en ella era donde se instalaban los cortesanos para presenciar el desarrollo de las elaboradas ceremonias que tenían lugar unos metros más abajo: funerales, coronaciones o esponsales.

En el centro del techo había una vidriera por la que penetraba la luz proyectando formas misteriosas con sus colores.

Al detenerse bajo la claraboya y alzar la vista hacia ella, Tanis supuso que Solinari debía de haber salido, pues sus rayos traspasaban los cristales coloreados. Se preguntó cómo estaría Laurana. La fugaz imagen de una joven elfa de brillantes cabellos acudió a su mente. Tanis sacudió la cabeza. Pasaría mucho tiempo antes de que lograra entender todo esto, si es que alguna vez llegaba a comprenderlo. Tal vez un poco de aire fresco le aclarara las ideas. Se encaminó hacia los jardines.

A pesar de ser primavera, soplaba una fría brisa más propia de los meses de invierno, y el semielfo se arrebujó en la capa gris cuando salió al exterior.

El cielo crepuscular estaba despejado, pero en el horizonte, hacia el oeste, justo por encima de las copas de los árboles, le pareció atisbar unos nubarrones grises. No obstante, si se estaba formando una tormenta sobre los lejanos picos escarpados de las montañas Kharolis, tardaría todavía mucho en llegar a Qualinesti.

Deambuló por los paseos empedrados del gran patio abrazado por las alas del palacio. Las flores de azafranes y junquillos ya se habían agostado, y ahora eran las lilas las que empezaban a brotar; sus esbeltas y pálidas flores se mecían con la brisa y parecían saludar al paso de Tanis.

El semielfo cruzó la cancela que marcaba el acceso a un laberinto de setos entrelazados, y al girar en una esquinase encontró en una pequeña plazuela. De repente, se detuvo.

Oyó dar un respingo a alguien, y una cabeza rubia se volvió a mirarlo cuando la grava crujió bajo sus mocasines. Era Laurana. La joven se puso en pie, con una lila, aferrada en una mano. Al acercarse a la muchacha Tanis se fijó en su rostro iluminado por Solinari; era evidente que había estado llorando. Ahora, sin embargo, Laurana había recobrado la compostura y mantenía las emociones bajo control; su dominio demostraba que era digna hija del Orador de los Soles. Aun en momentos de tristeza y enojo, conservaba su donaire habitual.

—Hola —saludó en voz baja.

Él la observó en silencio un momento. Distante, como en un sueño, le llegaba el rumor del agua que discurría por las torrenteras que protegían Qualinost; más cercano, el murmullo de las hojas mecidas por la brisa. Si ello era posible, la media luz hacía más atractivas las exóticas facciones de la joven elfa.

—Siento lo ocurrido hoy —dijo Laurana mientras sus dedos estrujaban la flor—. Hablé sin reflexionar, y ahora estás en apuros. Pero no me casaré con lord Tyresian. No *puedo*. Ese hombre es... —No finalizó la frase—. Tendré que explicárselo a mi padre.

—Todo se arreglará, ya verás —fue cuanto se le ocurrió decir a Tanis, aunque su mayor deseo era aliviar la congoja de la joven. Sin embargo, aquello pareció bastarle a Laurana, pues sonrió y lo tomó de la mano.

—Laurana, yo... —empezó Tanis, pero le faltaron las palabras. Quería decirle que tenía que ser fuerte, que el Orador jamás faltaría a su palabra, que lo mejor para ella era poner punto final a estos tontos caprichos. Sus votos de matrimonio habían sido promesas infantiles, y ya no eran unos niños. Dijera lo que dijese, si el Orador de los Soles le ordenaba casarse con Tyresian por mor del honor familiar, no tendría más remedio que desposarse con el noble elfo, a menos que quisiera echar por tierra la vida política de su padre.

—Mi padre *tiene* que escucharme —porfió Laurana. Su actitud obstinada hizo comprender a Tanis que, a despecho de su aparente serenidad, la joven estaba al borde del pánico. Pensó que debería devolverle el anillo. Mas comprendió que, en su actual estado de ánimo, sólo conseguiría romperle el corazón. Por ello, se guardó sus opiniones para sí mismo.

—Sí, creo que tienes razón. El Orador tiene que atender a tus razones —se limitó a decir.

Le dolía tener que mentirle, pero era lo único que podía hacer por ella en estos momentos. Al parecer, sus palabras lograron tranquilizarla, pues una leve sonrisa curvó sus rojos labios y cambió de conversación mientras caminaban por el jardín. La creciente luz de la luna pintaba de plata los senderos y, aunque apenas eran distinguibles los detalles del entorno, se oía el penetrante perfume de las rosas.

Llegaron al final del sendero más cercano a palacio. Laurana se detuvo vacilante.

—Deberíamos entrar por separado —sugirió.

Tanis estaba de acuerdo. No era un buen momento para que los sorprendieran entrando a hurtadillas en palacio juntos.

—Te veré pronto, amor —susurró la joven, que se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Acto seguido se alejó velozmente por el jardín dejando a solas a Tanis, a quien le daba vueltas la cabeza.

—No has esperado mucho, ¿verdad? —dijo una voz cortante.

Tanis giró sobre los talones y contuvo el aliento al ver a Porthios de pie junto a un peral, tan rígido como el propio árbol.

—Hace sólo unas horas que está prometida, y ya te las has arreglado para encontrarte a escondidas con ella al amparo de la oscuridad.

El joven elfo contemplaba circunspecto a Tanis, que seguía conmocionado y no lograba reaccionar. ¿Cuánto habría visto Porthios de lo ocurrido?

—No es lo que piensas —empezó Tanis, pero su primo frunció el entrecejo.

—Nunca lo es, ¿verdad, Tanis? —respondió. Se movió; como si fuera a darse media vuelta, pero se detuvo y dirigió una mirada intensa al semielfo—. ¿Por qué tienes que hacer esto? Aunque sólo sea por una vez en tu vida, ¿por qué no procuras comportarte como un verdadero elfo? ¿Es que siempre tienes que ser diferente?

Al no recibir respuesta alguna de Tanis, Porthios se alejó a grandes zancadas.

* * *

Miral sabía que los perturbadores acontecimientos del día le causarían pesadillas. Luchó contra los demonios de sus sueños. Sentado frente al escritorio del estudio en penumbra, rodeado por los objetos y componentes mágicos, obligó a sus cansados ojos a mirar fijamente la llama de la vela hasta que empezaron a llorarle.

Con todo, sus esfuerzos fueron en vano. Al final, no tuvo más remedio que apartar la cansada vista de la llama y cerrar los ojos. En el instante que los párpados se tocaron, el sueño lo venció. Su cabeza cayó sobre los brazos cruzados.

Estaba otra vez en la caverna. Como sucedía siempre en sus sueños, era sólo un niño. La luz, con la fuerza de mil antorchas, le hirió las pupilas, y empezó a gritar hasta quedarse ronco. La luz emitía unas pulsaciones que resonaron en su interior hasta hacerlo temblar de pies a cabeza.

Lo asustaba la luz. Pero también la oscuridad, pues al borde de la claridad aguardaban las criaturas malignas que acosan los sueños de cualquier niño: dragones, ogros, trolls; todos ellos hambrientos y perversos,

y dispuestos a esperar toda una eternidad para cogerlo. Miral, el niño, miró la luz y la oscuridad, e intentó elegir entre ambas, pero era demasiado pequeño y estaba aterrorizado.

Entonces lo envolvió una agradable calidez, como si se sumergiera en un baño. Oyó una sencilla canción infantil interpretada con un laúd. El perfume de su mamá —un olor a pétalos de rosa— inundó sus fosas nasales, y supo que ella no tardaría en llegar para salvarlo de la luz y la oscuridad, y le daría de cenar, y lo llevaría a la cama para contarle un cuento. Al fin y al cabo, eso era lo que hacían las mamás. Aguardó con ansiedad.

Pero ella tardaba, y primero se impacientó, y después lo asustó la idea de que el retraso significara que jamás vendría.

Oyó unas pisadas. De manera instintiva supo que aquellas pisadas no sólo no eran las de su madre, sino que eran las de alguien que su mamá no querría que estuviera cerca de él.

Empezó a llorar y sus pequeñas manos se crisparon. Las manos del mago dormido también se abrían y cerraban, se abrían y cerraban, crispadas por un terror creciente.

15

Visitas nocturnas

Tanis, cuya expresión era tan sombría como la oscura noche, no acababa de poner los pies en el taller de Flint cuando el enano lo llevó a empujones hasta la puerta y la cerró tras ellos.

—¿Adónde...? —protestó el semielfo, que tropezó en las piedras irregulares del camino que iba de la casa a la calle. La espada, de la que se había negado a separarse desde el día en que Flint se la había regalado, resonó en la funda.

—Ya te enterarás —espetó el enano mientras avanzaba a toda prisa delante de su amigo, al que arrastraba por un brazo—. Vamos.

La noche primaveral era fría, y muy pocos elfos estaban en la calle, pero los dos o tres con los que se cruzaron lanzaron miradas curiosas al enano que llevaba a remolque al semielfo, primero por la callejuela del taller, después a través del mosaico de la Sala del Cielo, y a continuación por una vereda flanqueada de árboles que estaba más allá. Los olores de la primavera —tierra húmeda, vegetación, capullos en flor— inundaron las fosas nasales de Tanis, pero el joven no prestaba atención a otra cosa que no fuera la cabeza del enano que caminaba delante de él. Por último, Tanis plantó firme los pies embutidos en mocasines, agarró la rama de un árbol con la mano libre, y rehusó dar un paso más hasta que Flint le dijera adónde iban.

Vamos a visitar a una dama —respondió de un modo escueto el enano.

Tanis torció el gesto.

—Fue una dama quien me metió en este jaleo, Flint. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

El enano se cruzó de brazos y adoptó una actitud tan testaruda como la de su amigo.

—Esta dama conoció a tu madre. Quiero presentártela.

Tanis, boquiabierto, contempló a Flint desconcertado.

—Un montón de gente en palacio conoció a mi madre. ¿Qué tiene de especial esta mujer? —demandó con un deje irritado—. ¿Es maga? ¿Puede resucitar a mi madre? ¿De qué me vale conocerla?

—Oh, basta ya —replicó iracundo el enano—. ¿Es que prefieres encerrarte en tu habitación y hundirte en la tristeza? ¿O hacer lo mismo en mi taller? —Flint le tiró del brazo—. Anda, hijo, vamos.

—No.

Tanis se mostraba tan obstinado como una mula, y Flint comprendió que no lo movería por la fuerza.

—De acuerdo, muchacho. La dama en cuestión estaba junto a tu madre cuando murió.

Tanis se estremeció de pies a cabeza.

—¿Te lo dijo ella?

—No. Sólo tuve que sumar dos y dos. Y ahora, vamos. Aunque de mala gana, Tanis dejó que el enano lo condujera otra vez, aunque a paso más lento y sin tirarle del brazo como en la primera parte del camino.

—¿Quién es? —preguntó el semielfo.

—Una partera. Pero ya está retirada.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

Tanis se frenó en seco otra vez.

—¿Entonces cómo sabremos adónde ir?

—Confía en mí. —El tono del enano era cortante.

Flint reanudó la marcha y Tanis no tuvo más remedio que seguirlo o quedarse atrás. Unos minutos más tarde, llegaban a la zona oeste de la ciudad desde la que se divisaba el Gran Mercado. A estas horas de la noche,

el anfiteatro estaba desierto, desde luego. Al otro lado del parque asomaban más construcciones de cuarzo rosa, relucientes bajo la luz de la luna. Flint abordó a un elfo de mediana edad.

—¿Puedes decirme dónde vive tía Ailea, la partera? —preguntó, jadeante por la larga caminata a paso vivo.

—¿Tía Ailea? —repitió el elfo mientras miraba a Flint y a Tanis con expresión aturrida—. Por allí —señaló—. Vamos, no perdáis tiempo. ¡Apresuraos!

—Vamos, Tanis —dijo Flint, que tras dar las gracias al hombre reanudó la marcha en la dirección indicada—. Ese tipo parecía sorprendido.

Tanis sonrió y acortó la zancada para seguir el ritmo de las piernas más cortas del enano.

—Creo que se preguntaba quién de los dos era el futuro padre —aventuró el semielfo. Flint aflojó un poco el paso.

—Vaya, una idea interesante —dijo con una sonrisa maliciosa—. No me importaría poner a caballo sobre mi rodilla a los pequeñajos tuyos y de Laurana. Les enseñaría a llamarme «tío Flint»... —Dejó de tomar el pelo al semielfo cuando reparó en su rostro sonrojado. Poco después llegaban a un cruce de calles.

—¿Y ahora, hacia dónde? —musitó Flint.

Preguntó a una mujer que pasaba por la calle, cargada con un cesto de hilaza. Sin pronunciar una palabra, la elfa señaló una casa estrecha de cuarzo rosa, con el umbral de la puerta y los marcos de las ventanas de granito gris. La planta baja estaba a oscuras, pero un cálido resplandor dorado escapaba entre las contraventanas del segundo piso. Tanis retrocedió un paso.

—Flint, no creo que...

—Desde luego que sí —lo interrumpió el enano, y llamó a la puerta. Con un empujón hizo que Tanis se adelantara y él retrocedió en las sombras.

Aguardaron en medio de la oscuridad, temblando por el aire frío; vieron encenderse una lámpara y oyeron pisadas que descendían por la escalera y se acercaban a la puerta.

—Ya voy, ya voy —dijo una voz firme y clara.

Un instante después se abrió la puerta, y tía Ailea asomaba su rostro gatuno y miraba a Tanis de hito en hito.

—¿Cada cuánto tiempo se repiten las contracciones? —preguntó.

—¿Qué? —inquirió a su vez el semielfo, desconcertado.

—¿Cuándo le empezaron los dolores del parto? —En la voz de la anciana se advertía un deje impaciente. Tanis dio un respingo.

—¿A quién?

—A tu esposa, por supuesto.

—No estoy casado. Eso es parte del problema, ¿sabes? Laurana quiere que...

Pero tía Ailea ya había visto a Flint. Su mirada fue del enano a Tanis y la comprensión afloró a su semblante. Abrió más la puerta.

—Eres Tanthalas —susurró.

—Sí.

—Entra, muchacho. Adelante, Flint.

Unos instantes más tarde, el semielfo y el enano estaban de pie en una de las casas más abarrotadas que Flint había visto en su vida. Pequeños retratos enmarcados en madera, piedra y plata ocupaban hasta el último hueco de superficie horizontal, y tapizaban hasta el último centímetro de las paredes. La partera había colgado incluso las miniaturas en la cara interior de la puerta principal. Casi todos los retratos, por supuesto, eran de niños, desde recién nacidos hasta los que acababan de echarse a andar. Otras pinturas, para variar, eran de madres con bebés en brazos.

Tía Ailea llevó a sus invitados hacia unas sillas frente a la chimenea. El semielfo se quitó la espada enfundada y la recostó contra la pared de piedra que rodeaba el hogar. La anciana rechazó con un ademán sus ofertas de ayuda y prendió la lumbre; luego fue a la cocina y regresó con los adminículos necesarios para preparar té.

Flint cogió una miniatura de una mesa auxiliar; mostraba a un recién nacido elfo, con las puntas de las orejas todavía inclinadas, los rasgados ojos cerrados en un apacible sueño, las minúsculas manos apretadas bajo la

barbilla en un gesto que recordaba a una pequeña ardilla. En la esquina inferior izquierda aparecía garabateada la inicial «C».

Ailea entró en el cuarto con un plato de pastas glaseadas con grosella azucarada. Flint cerró los ojos y olfateó; olían a clavo y jengibre. Estas golosinas compensarían la falta de cerveza, decidió. Colocó de nuevo el retrato sobre la mesita, y reparó en que algunos de los juguetes de madera que había regalado a la anciana estaban esparcidos por el cuarto.

—Ah, mirabas a Clairek —exclamó la partera—. Es hija de una amiga; nació el mes pasado. Y allí —señaló otras miniaturas de la mesa—, están Terjow, Renate y Marstev. Todos nacieron el año pasado.

—Creía que te habías jubilado —comentó Flint. Ailea se encogió de hombros; un mechón plateado se soltó del moño recogido en la nuca.

—Los bebés siguen naciendo. Y, cuando alguien me necesita, no voy a decirle: «Lo siento, estoy jubilada». Una vez que sus invitados hubieron comido las deliciosas pastas y tomado una taza de oscuro té, tía Ailea recogió todo en una bandeja para ponerlo sobre la mesa; pero el mueble estaba abarrotado de retratos y juguetes. Articuló unas breves palabras en otra lengua, y, con gran sorpresa de Flint, se despejó una parte del tablero lo bastante grande para colocar la bandeja entre los juguetes y las miniaturas, de manera que la tetera y las pastas quedaban al alcance de la mano. La anciana tomó asiento en un taburete bajo. Tanto Flint como Tanis se levantaron con premura para ceder las cómodas sillas a Ailea, pero ella declinó su ofrecimiento.

—Este asiento es mejor para la espalda de una vieja —explico con un guiño.

Contempló a Tanis como si hubiera esperado durante años este momento, estudiando sus rasgos con ojos penetrantes, sin reparar, al parecer, en el nerviosismo del joven.

—Los ojos de su madre —musitó—. El mismo tono. ¿Te han dicho que tienes los ojos de Elansa, hijo?

Tanis miró a otro lado.

—Mis ojos son de color avellana. Lo que me han dicho es que tengo ojos de humano.

—Igual que yo, Tanthalas —comentó tía Ailea con voz queda. El resplandor de la lumbre jugueteó en su faz triangular, y en sus ojos asomó un destello divertido—. También tengo la corta estatura de mi ascendencia humana. En medio de un bosque de elfos que crecen altos como álamos, yo soy... un arbusto. Pero el mundo necesita también arbustos, supongo. —Soltó una alegre risa, pero el semielfo no parecía muy convencido.

»Soy en parte humana, pero también elfa, Tanthalas. No seré alta, pero sí esbelta... y ése es un rasgo elfo. Mis ojos son redondos y de color avellana, pero el óvalo de mi cara es suave y afilado en la barbilla, típicamente elfo. Mira mis orejas, Tanthalas: puntiagudas. Pero llevo el cabello peinado como una humana, para consternación, he de añadir, de algunas de mis pacientes elfas. —Se echó a reír de nuevo, y sus cálidos ojos relucieron con la luz del hogar.

»Al igual que los humanos, estoy abierta a los cambios. Sin embargo, tengo ciertas costumbres que *jamás* modificaré, al igual que los elfos..., aunque alguien tenga el redomado descaro de sugerirme otra línea de conducta, que, tal vez, sea mejor.

La mirada de Tanis denotaba admiración y, en opinión de Flint, también soledad. Sin embargo, cuando el semielfo habló su voz sonó amarga.

—Pero *tu* ascendencia humana no te vendrá de un violador, eso podría asegurarlo.

Tía Ailea dio un respingo, y Tanis tuvo la delicadeza de mostrarse avergonzado. La partera se levantó con la excusa de ir a la cocina a buscar más pastas; cuando regresó, tenía los ojos enrojecidos.

—Lo siento, tía Ailea —se disculpó Tanis.

—Amaba a Elansa —respondió con sencillez—. Aun después de haber transcurrido medio siglo, todavía me resulta doloroso el recuerdo de lo que le ocurrió.

La anciana le tendió el plato de pastas, que el semielfo pasó a Flint sin mirarlo siquiera. Ailea tomó asiento y enlazó los brazos en torno a las rodillas. De repente, Flint la vio como debió de haber sido de joven, en Caergoth: una elfa delgada, vivaz y muy hermosa. Deseó que los recuerdos que guardaba del pasado fueran felices.

—Tanthalas —dijo Ailea—, tenía la esperanza de volverte a ver algún día para así comparar al hombre con el niño. He de decir que eres mucho, muchísimo más sosegado ahora. —Soltó una risa queda—. Pero también eres más desconfiado, lo que, supongo, es natural en cualquier adulto. No obstante, adivino que la vida en palacio no te ha sido fácil. Esperaba saber algo de ti charlando con tu amigo, Flint. Me alegro que te haya traído aquí.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo antes? —preguntó Tanis. Sus ojos estaban sombríos.

Tía Ailea suspiró, cogió una pasta y clavó sus pequeños blancos dientes en el dulce. Masticó sin premura y se limpió la boca con una servilleta antes de responder.

—Hace tiempo tomé la decisión de no buscarte mientras fueras un niño; puesto que el Orador de los Soles deseaba educarte como un elfo, el verme sólo serviría para recordarte constantemente tu «otra» mitad. Pero ahora me doy cuenta de que cometí un error, y te pido disculpas.

Tanis, sin apartar los ojos del arrugado semblante de la anciana, se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo. Tía Ailea le echó otro poco de té caliente y el joven tomó otro sorbo.

—También te di el nombre, ¿sabes? —dijo Ailea—. Significa «siempre fuerte». Lo elegí porque sabía que necesitarías mucha entereza para vivir en un mundo elfo. Puede que descubras, como me ocurrió a mí, que sólo después de vivir lejos de Qualinesti durante cierto tiempo, podrás valorar las dos mitades de tu ser.

—¿Valorar esa parte de mí que es como un animal salvaje? —La voz de Tanis rebosaba desprecio. La anciana sonrió.

—A mí me gusta pensar que tengo las *mejores* peculiaridades de las dos razas. Recuérdalo, Tanthalas. Tuviste un padre que, sí, ciertamente era un ser brutal y terrible. Mas, a través de él, estás emparentado con otros humanos que, sin duda, fueron mucho mejores que él.

Tanis parpadeó. Flint comprendió que la anciana partera había abierto una nueva perspectiva para enfocar el asunto desde otro punto de vista.

—Yo... —balbuceó el semielfo. Se tomó de un trago el té que le quedaba en la taza—. Tengo que pensar sobre todo esto.

Tía Ailea asintió en silencio y la conversación tomó otros derroteros, principalmente acerca de las noticias anunciadas en palacio por la tarde. Por lo visto, Ailea ya estaba enterada de lo ocurrido.

—Lord Tyresian... —musitó—. He oído comentar que es un hombre muy... tradicionalista.

—¿Asististe también a su parto? —inquirió Flint.

—Oh, no. Bueno, no exactamente, joven enano.

¿*Joven*? Flint sacudió la cabeza, pero después pensó que probablemente lo era comparado con ella.

—¿Qué quieres decir con «no exactamente»? —preguntó Tanis. Ailea vaciló, y el semielfo añadió con brusquedad:— Tiene que ver con tu ascendencia humana, ¿verdad?

Tía Ailea vaciló de nuevo, pero por último asintió con la cabeza.

—Yo habría utilizado otras palabras, pero habría llegado a esa misma conclusión, sí. Atendí a la madre de Tyresian al principio del parto; las cosas parecían ir muy bien y yo estaba confiada en que nacería una criatura sana y fuerte.

La anciana enmudeció.

—¿Y? —urgió el semielfo. Ailea volvió la vista hacia el fuego de la chimenea. Cuando habló su voz sonó apática.

—El padre de Tyresian entró en el cuarto y descubrió quién estaba atendiendo a su esposa. Me ordenó que me marchara, pero yo me quedé en la calle, cerca de la casa, por si acaso me necesitaban. Envió a buscar una comadrona de pura sangre elfa para que ayudara a Estimia, pero no había ninguna disponible en ese momento.

»Cuando se enteró, ordenó a una doncella que atendiera a su señora —continuó la anciana—. La pobre muchacha ni siquiera había presenciado un parto, y mucho menos actuado de comadrona. Pero el padre de Tyresian, cuyos gritos se escuchaban a través de los muros de la mansión, dijo que cualquier mujer elfa lo haría mejor que una cuarterona humana.

Tanis abrió la boca para decir algo, pero tía Ailea se le adelantó.

—Entonces oí chillar a la madre de Tyresian. —La faz de la anciana se contrajo como si todavía escuchara el grito de dolor—. Aporreé la puerta.

Supliqué que me dejaran entrar para ayudar a Estimia, pero el padre de Tyresian salió en persona y me obligó a marcharme. Dijo que me haría arrestar si no me iba de allí.

—Qué interesante. Sobre todo teniendo en cuenta que en Qualinost no hay cárcel —apuntó Flint con sequedad.

Tía Ailea se incorporó del taburete y cogió la miniatura de una bonita mujer elfa que tenía sobre un tapete. Pasó los esbeltos dedos sobre el retrato.

—Tyresian nació, pero Estimia murió en el parto.

Deambuló por el cuarto; Flint y Tanis la siguieron con la mirada mientras la anciana acariciaba un cuadro allí, contemplaba otro allá, y reanudaba el paseo hasta detenerse frente a otra pintura. Cuando llegó ante la puerta de la casa, se volvió hacia sus huéspedes.

—El padre de Tyresian me culpó de la muerte de su esposa.

—¿Qué? Tanis dio un respingo.

Ailea bajó la vista y se alisó los pliegues de su falda de lana gris.

—Dijo que debí de haber hecho algo mal antes de que llegara él y me echara del cuarto —musitó.

—Pero eso es absurdo —bramó Flint. Tanis asintió en silencio, con actitud colérica.

—Sí, lo es —asintió Ailea—. Tengo mis faltas, por supuesto, pero la incompetencia no es una de ellas.

La anciana recogió la bandeja con el servicio de té y el plato de las pastas y se dirigió a la cocina. Flint fue en pos de ella para ayudarla a lavar los cacharos y dejó a solas a Tanis, que se dedicó a pasear por la sala mientras examinaba los retratos. Entretanto, en el cuarto de al lado, Flint se estrujó la sesera para prolongar la conversación un poco más, a pesar de que era casi medianoche.

—Cuando fuiste a mi taller —comenzó el enano— me dijiste que asististe al parto de Solostaran.

—Y al de sus hermanos también —añadió Ailea mientras tendía un plato a Flint para que lo secara con un paño que le recordó al enano el

amplio corpiño que la anciana llevaba puesto cuando lo había visitado—. ¿Por qué?

—Siento curiosidad por el más pequeño de los tres hermanos.

—¿Por Arelas? ¿Por qué motivo?

—El Orador me contó que se llevaron a Arelas de la corte porque estaba enfermo, pero no me dijo qué enfermedad padecía. ¿Lo sabes tú?

Ailea aclaró la tetera en un cubo de agua traído del pozo que había en el patio posterior de la casa.

—Creo que nadie lo sabe con exactitud. Se encontraba perfectamente hasta poco después de echarse a andar, pero entonces... En fin, cambió.

Flint alzó la vista y arqueó las encrespadas cejas.

—¿Que cambió? ¿A qué te refieres?

La voz de tía Ailea asumió el tono de quien está acostumbrado a contar cuentos a los niños.

—Cierta día —comenzó—, él, su hermano Kethrenan, su madre y yo fuimos a pasar el día en la Arboleda, el parque que hay entre la Torre del Sol y la Sala del Cielo. Poco después de comer, Arelas se alejó y se perdió.

—¿Lo encontrasteis?

—Enseguida, no. Se registró toda la zona, pero parecía que se lo hubiera tragado la tierra. No había rastro del pequeño. —Ailea pasó la tetera a Flint—. Alguien debió de encontrarlo, pero nunca descubrimos quién fue. Una mañana, después de tres días de búsqueda infructuosa en la que participó hasta el último soldado de Qualinost, el pequeño Arelas apareció dormido sobre el césped del patio de palacio. Debió de llegar allí tras andar extraviado a saber dónde; o alguien lo llevó sin que los vieran los guardias, a través de la cancela que da a los jardines. Estaba tapado con una tela, para que no se enfriara.

Flint dio un último toque con el paño para acabar de sacar brillo a la tetera de cobre y luego la puso sobre la mesa de la cocina.

—¿Se puso enfermo? —preguntó.

—Mucho. Ya tenía fiebre cuando lo encontramos. Estuvo al borde de la muerte durante varios días. Le administré todos los remedios que estaban a mi alcance. Recurrí a mis escasos conocimientos mágicos, pero no soy

sanadora. Todo cuanto puedo hacer es aliviar los síntomas. Nadie sabía cómo curarlo. Por último, el Orador, el padre de Solostaran, dispuso que se enviara a Arelas a un clérigo conocido suyo que vivía fuera de Qualinesti.

Flint escuchaba recostado contra la mesa mientras Ailea aclaraba con agua limpia el barreño de cerámica que había utilizado para fregar los cacharros. La conversación parecía haber traído otros recuerdos a la anciana, pues continuó charlando después de colocar el barreño boca abajo, sobre el tablero de la mesa en la que estaba apoyado Flint.

—Los partos de Solostaran y Kethrenan fueron relativamente fáciles, o todo lo fácil que puede ser el nacimiento de una criatura, claro está. Pero Arelas... incluso antes de nacer ya tuvo... problemas. No estaba bien colocado en el vientre de su madre. El parto se prolongó más de un día, y al final tuve que utilizar los fórceps para sacarlo, algo que siempre procuro evitar.

»En esa ocasión, sin embargo, no tuvo malas consecuencias —dijo con tono animado—. Tan sólo un pequeño corte en un brazo que curó enseguida y dejó una cicatriz leve, en forma de estrella. Me recordó la marca que los hombres de las Llanuras hacen a los varones cuando llegan a la edad viril.

»Bueno, maestro Fireforge, volvamos a la sala —sugirió, rodeando con un brazo los hombros del enano—. Veamos en qué se entretiene el joven Tanthalas.

Encontraron al semielfo de pie ante un aparador con anaqueles que estaba cerca de la puerta principal. Al oírlos entrar, Tanis volvió la cabeza y sus rizos rojizos susurraron al rozar el chaleco de cuero.

—¿Pintaste tú todos estos retratos? —preguntó a la anciana.

—De memoria, sí —respondió Ailea mientras se atusaba la trenza que enmarcaba su cabeza y terminaba recogida en un moño bajo.

—¿Tienes el mío? —Su voz sonaba brusca por el esfuerzo de hablar con aparente indiferencia. Flint deseó que la partera no lo desilusionara.

—Aquí abajo, no. —Su respuesta hizo que los hombros de Tanis se hundieran de manera ostensible—. Guardo tu retrato en mi dormitorio— añadió Ailea, que con gran agilidad remontó los peldaños de la escalera que arrancaba a la izquierda de la puerta de la cocina y conducía a la planta alta.

Flint intercambió una mirada con el semielfo mientras se escuchaban las pisadas de la anciana en el piso superior. Hacía rato que había pasado la medianoche y los dos tenían que levantarse dentro de pocas horas para unirse a la partida de caza del tylor, pero Flint prefería morir antes que apremiar al semielfo en estos momentos.

Tía Ailea apareció tan de improviso en el último peldaño de la escalera que Flint se preguntó si entre sus habilidades mágicas no se encontraría la de teletransportarse.

Tenía una sorprendente agilidad para ser una persona varias veces centenaria.

—Aquí tienes —dijo, tendiendo a Tanis un retrato encajado en un marco de plata con filigrana de oro. También le entregó un colgante de acero con una cadena de plata—. Esto perteneció a Elansa. Me lo dio antes de morir.

Casi con gesto reverente, Tanis cogió el retrato en una mano y el colgante en la otra, sin saber, aparentemente, cuál de los dos examinar en primer lugar. Los ojos del semielfo estaban húmedos, o quizá sólo fuera un efecto de la luz.

—Así que ésta es la cara que ella vio —susurró el joven. Flint tuvo que volverse de espaldas y miró con insistencia la lumbré. Claro que, por culpa del humo, ahora los ojos le lagrimeaban. Tanis se sentó, y tía Ailea se asomó por encima de su hombro.

—Eras un bebé muy robusto, Tanthalas; y extraordinariamente sano habida cuenta de que tu madre estaba tan débil cuando naciste.

Tanis tragó saliva con esfuerzo. La anciana continuó hablando y, a pesar de que Flint se encontraba cerca de los dos, las palabras le llegaron como un murmullo apenas audible. El enano se preguntó si aquélla era la voz que la vieja comadrona utilizaba para calmar a las parturientas y tranquilizar a llorosos recién nacidos.

—Elansa amaba profundamente a Kethrenan, Tanthalas. Sospecho que desde el principio del embarazo decidió que no quería seguir viviendo sin su adorado esposo, pero resistió esperando que el hijo fuera suyo.

El rostro de Tanis se tensó.

—Y, cuando me vio, supo que ya no tenía motivo para vivir —dijo, intentando devolver el retrato a la partera, pero la anciana no quiso cogerlo.

—No, Tanthalas. —Ailea hablaba con suavidad, pero la mano posada en el hombro del semielfo era firme—. Cuando te vio, cuando vio esa cara que tú miras ahora, creo que cambió de idea. Salió de su postración lo suficiente para alimentar a su hijito, pero no lo resistió. Estaba demasiado débil por todo lo que había soportado desde la muerte de Kethrenan. —La voz de la anciana se quebró—. Te tuvo en sus brazos hasta que murió.

Un profundo silencio se adueñó de la sala, roto sólo por la agitada respiración de alguien; la suya, advirtió Flint. El enano se aclaró la garganta y tosió.

Tras una pausa durante la cual ninguno de los tres miró a los otros a la cara, Tanis preguntó:

—¿Y el colgante?

—Es de acero; muy valioso —repuso Ailea, cogiéndoselo de las manos—. Kethrenan se lo regaló a tu madre cuando se casaron. Lo llevó siempre puesto. Creo que fue un golpe de suerte el que aquellos bandidos no se lo robaran. Parecía sacar de él las pocas fuerzas que tuvo durante los últimos meses. —Ailea se acercó a Flint y le mostró el amuleto.

Un círculo realizado con hojas de enredadera y álamo entrelazadas rodeaban las iniciales «E» y «K». Un dibujo ondulado festoneaba el borde del disco.

Ninguno de los tres parecía tener nada más que decir. Flint y Tanis estaban agotados, e incluso la, en apariencia, incansable partera tenía aspecto de estar fatigada. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos hombres se encaminaron hacia la puerta para marcharse; tía Ailea recogió la espada de Tanis del rincón junto a la chimenea donde el semielfo la había dejado al entrar. Al levantarla, vaciló un instante, con una extraña expresión en el rostro.

—Esta espada... —musitó.

—Flint la hizo para mí —dijo Tanis con orgullo.

—Sí, lo sé —respondió la anciana con un leve temblor en la voz—. Es muy hermosa. Sin embargo...

El enano y el semielfo aguardaron a que la anciana terminara la frase. Ailea respiró hondo, y pareció tomar una súbita decisión.

—Flint, ven aquí —llamó con voz tensa.

El enano se acercó a la mujer y miró con preocupación sus ojos avellana.

—¿Podrías sujetar de algún modo este colgante a la espada, sin que se estropeará el arma? —preguntó.

—Bueno, claro que puede hacerse; y no, no dañaría la espada. Pero...

—¿De manera permanente? ¿Puede ser?

Flint asintió con un cabeceo. Su expresión lo tenía fascinado; era una inquietante mezcla de urgencia y temor.

El enano señaló una espiral abierta en el diseño de la guarda.

—Podría fijarlo aquí.

La mano de la anciana se cerró con fuerza sobre la del enano.

—Entonces, hazlo. Esta noche —urgió.

—Es muy tarde... —trató de justificarse Flint.

—*Tiene* que ser esta noche —insistió Ailea mientras le apretaba el brazo con fuerza—. ¿Lo harás? ¿Sin falta?

Así, tan cerca de la mujer, Flint advirtió de repente el agotamiento, los años, que normalmente quedaban eclipsados merced a su carácter dinámico. Le prometió lo que quería y ella aflojó la presa de su brazo.

Flint se separó de Tanis en la Sala del Cielo. El semielfo continuó hacia el norte, al palacio del Orador, y el enano volvió a su taller, cargado con la espada de su amigo.

Flint pasó las siguientes dos horas ocupado en la tarea encomendada por la partera.

* * *

Miral llegó sin apenas hacer ruido ante la pareja de guardias apostados en la zona de palacio utilizada por el Orador y su familia; los guardias lo saludaron y le indicaron con un ademán que pasara. A gusto en la oscuridad, donde sólo alguna que otra antorcha le dañaba los ojos, el mago

siguió deprisa por el corredor hacia la escalera. Pero, en lugar de bajar el tramo que llevaba al patio, subió los peldaños hacia el segundo piso del edificio.

Hizo un alto frente a la puerta de los aposentos de Xenoth, tras la que se escuchaban los sonoros ronquidos del consejero, y luego pasó ante la puerta de la habitación de Tanis, que estaba entornada y revelaba el cuarto vacío y oscuro. Miral supuso que el semielfo estaría paseando por las calles de Qualinost, agobiado por los acontecimientos del día.

A continuación estaban las habitaciones de Porthios y Gilthanas, y, un poco más allá, la de Laurana.

Bajo la puerta escapaba el brillo de una luz y se oían los pasos de la joven.

El mago llamó a la puerta con suavidad. Los pasos se detuvieron y después se aproximaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Laurana en voz baja.

—Miral, mi señora. Siento molestarte a horas tan intempestivas, pero necesito hablar contigo.

Ella abrió la puerta. El mago contuvo el aliento, como le ocurría casi siempre cuando veía a la joven princesa. Estaba resplandeciente con su bata de seda. El tono azul pálido del tejido hacía resaltar el color rubio de su cabello y el rojo de sus labios. Por un instante, el mago fue incapaz de hablar; después se reconvino a sí mismo por su falta de control.

—¿Puedo hablar contigo en privado, Laurana? Está relacionado con el anuncio hecho hoy por el Orador sobre tu compromiso.

Los exóticos ojos verdes de la joven se abrieron de par en par y un suave rubor tiñó sus mejillas.

—Sí, claro..., pero no aquí.

—No, por supuesto que no —dijo Miral con suavidad—. ¿Qué tal en el patio? No quisiera molestar a nadie. Será una conversación larga.

Ella reflexionó un instante, con la cabeza ladeada.

—De acuerdo. No tardaré mucho en vestirme. Nos encontraremos allí dentro de diez minutos. —Sin añadir más, cerró la puerta.

* * *

En el tiempo acordado, Laurana, ahora vestida con una túnica de satén gris y una capa, llegó al patio y tomó asiento en un banco de piedra, el mismo banco que había sido testigo de la pelea de Porthios y Tanis sostenida tantos años atrás. Pero ahora los perales y melocotoneros estaban bañados por la luz plateada de Solinari, y el aroma de los capullos en flor resultaba casi agobiante. Las puertas de acero de palacio relucían con los rayos de la luna. La joven se arrebuja en la capa.

Miral se acercó por el camino pavimentado; en la oscuridad de la noche, daba la impresión de que su túnica roja fuera negra. El mago parecía agitado. La capucha se había resbalado un poco hacia atrás dejando a la vista la palidez de su faz y sus ojos casi incoloros.

—¿De qué se trata, Miral? —inquirió Laurana con suavidad—. Dijiste que tenía que ver con el anuncio de mi padre.

—Yo.. Quería ofrecerte mis condolencias. —El mago agachó la cabeza—. Sé que prefieres a Tanthalas más que a Tyresian, lo que, he de añadir, demuestra un considerable buen gusto por tu parte. —Esbozó una encantadora sonrisa antes de proseguir:— Tanthalas es mucho más adecuado para alguien como tú, a pesar de su... violenta ascendencia. Estoy seguro de que serías capaz de mantener bajo control su carácter impetuoso, mi señora. Al fin y al cabo, no todos los humanos son unos salvajes, y tengo muy buena opinión de Tanthalas desde hace mucho tiempo.

Agachó un poco más la cabeza, y la capucha cubrió de nuevo sus rasgos. Laurana estaba aturdida, sin saber cómo interpretar las palabras del mago, mezcla de elogio y censura hacia Tanis.

—Gracias, pero no veo que...

—Hay alguien que es aún más apropiado para ti.

Laurana notó que la sorpresa se reflejaba en su rostro antes de que se impusieran los largos años de disciplina cortesana y la inexpresividad volviera a su semblante. Cuando habló, su tono era cuidadosamente neutral.

—¿Y quién es esa persona, Miral?

—Yo.

Laurana se había puesto de pie antes de que el eco de la palabra se perdiera en el aire nocturno.

—¡Tú! —dijo con debilidad—. Oh, no creo que...

—Por favor, escucha lo que he de decirte, Laurana —la interrumpió Miral con firmeza—. Si me rechazas, jamás volveré a mencionártelo. Lo juro.

La joven pensaba a marchas forzadas, intentando imaginarse cómo actuaría su padre ante una situación tan delicada como la presente. Miral había sido un miembro de la corte, leal durante años, y se había ganado el favor de su padre por los servicios prestados a tío Arelas. Sabía que, ante una situación así, Solostaran daría al mago la oportunidad de explicarse.

—Por favor, Laurana, siéntate. No te retendré mucho tiempo.

Ella hizo lo que le pedía. Había considerado a Tyresian un hombre demasiado mayor para ella, y el aristócrata era de la misma edad que su hermano Porthios. Por otro lado, Miral era varias décadas mayor.

—Soy demasiado joven para casarme, Miral.

—Pero no para estar prometida. ¿No es eso lo que hiciste con Tanis? ¿Un compromiso de matrimonio?

Sin que lo invitara a hacerlo, el mago se sentó en el banco a su lado.

—Te vi por primera vez hace años, cuando llegué a Qualinost a requerimiento de Arelas. ¿Conoces mi historia?

Laurana asintió en silencio, insegura de la firmeza de su voz. Fue repentinamente consciente de lo silencioso y desierto que estaba el patio durante la noche. Intentó recordar si los guardias patrullaban por allí al igual que lo hacían por el interior del palacio.

—No eras más que una niña..., ¡pero qué criatura! Jamás había visto tal perfección. Un poco mimada, es verdad; y también más pizpireta y marimacho de lo que consideraba atractivo en una niña elfa de noble cuna. Aunque, quizá, pensé, tal vitalidad se debía a pertenecer al linaje de Kith-Kanan.

Laurana se separó un poco del mago, pero la mano del hombre se disparó y aferró la suya. Miral era más fuerte de lo que Laurana imaginaba. Y sus ojos... Cosa extraña, pero podía verlos muy bien en la oscuridad,

incluso bajo las sombras de la capucha. Un escalofrío de miedo le recorrió la espina dorsal. La voz del mago rompió de nuevo el silencio de la noche.

—Me encantaba observarte, Laurana. Me ofrecí para ser tu tutor, aunque ello significara que también tendría que ocuparme de ese lerdo hermano tuyo, Gilthanas. Y de Tanis. A Tanis lo apreciaba y le tenía confianza. Al fin y a la postre, ¿no se os educó como hermano y hermana? ¿Qué amenaza podía representar para mi pretensión cuando llegara el momento? Pero ayer descubrí lo equivocado que estaba respecto a Tanis.

Miral apretó más la mano y Laurana dejó escapar un sonido de protesta. Ello sirvió para superar su temor, y se puso en pie mientras él intentaba sentarla de nuevo.

—¡Aguarda! —siseó el mago—. Laurana, elígeme. Puede que no sea todopoderoso, pero soy mejor mago de lo que la gente piensa. Al final, podré ofrecerte más poder y más riquezas que entre Tyresian y Tanis juntos, si sólo tienes un poco de paciencia.

Laurana, a quien el corazón le latía desbocado por el miedo, consiguió soltarse de Miral y retrocedió unos pasos. El mago se puso en pie con lentitud.

—¿Qué me respondes? —inquirió con ansiedad.

La joven olvidó todo protocolo y comportamiento cortesano. Su única idea era escapar. El ofender o no al mago ya no era importante; huir sí. El Orador no permitiría que Miral permaneciera en la corte después de que le contara lo ocurrido esta noche.

—Déjame en paz —exigió, haciendo acopio de valor y dando a su voz cuanta autoridad fue capaz de demostrar—. Márchate de esta corte. Si has partido por la mañana, prometo que no le diré a mi padre tu incalificable comportamiento. Así no sufrirás la humillación de que te expulsen de Qualinost.

El mago siguió callado, inmóvil, y la joven le dio la espalda y se encaminó hacia las puertas de palacio. Oyó a Miral musitar unas palabras, y echó a correr. No obstante, a pocos pasos de las puertas de acero, el hechizo estalló en su cerebro; la joven se tambaleó y se desplomó en el suelo, desmayada.

Recobró el conocimiento en el corredor, frente a su habitación. Dos guardias de palacio, uno de ellos con una lámpara en la mano, la miraban con expresión preocupada; su cabeza y sus hombros reposaban en el regazo de Miral. Alzó la vista, desconcertada.

—¿Cómo he venido a parar aquí?

—Pasaba por el corredor cuando oí abrirse tu puerta —dijo el mago con extremada suavidad—. Sabía que el día había sido agotador para ti, y me apresuré a venir por si te encontrabas enferma o necesitabas ayuda. Te desmayaste antes de que llegara a tu lado. ¿No lo recuerdas?

—No. —Laurana se recostó hacia atrás con desmayo—. No me acuerdo de nada. Lo único que recuerdo es estar paseando por mi cuarto y luego, de repente, me encontré aquí.

Y, sin embargo, pensó la joven, tenía la impresión de que se le olvida algo muy importante. Sacudió la cabeza, incapaz de razonar.

La expresión de los claros ojos de Miral era indescifrable. El mago metió la mano en un bolsillo de su túnica y sacó un pequeño paquete de hojas secas.

—Echa esto en una taza con agua caliente, mi señora. Te tranquilizará y te ayudará a dormir. Enviaré a un sirviente con el agua.

Laurana guardó silencio, intentando recobrar el dominio sobre sí misma; luego asintió con un leve cabeceo. Miral y uno de los guardias la ayudaron a incorporarse. El mago desapareció corredor adelante. La joven se quedó de pie en el umbral, bajo la inquieta mirada de los guardias. Al otro extremo del pasillo, la puerta de lord Xenoth se abrió de repente y el consejero —completamente vestido, lo que no dejaba de ser chocante— se asomó. Laurana hizo caso omiso del anciano, todavía molesta por su continua actitud intransigente hacia Flint y Tanis.

Su irritación con el viejo consejero se desvaneció al intentar de nuevo aclarar sus ideas. Algo, algún recuerdo vago, parecía escabullirse de su memoria. ¿Qué era?

En fin, fuera lo que fuera, no tenía importancia. Ya lo recordaría más tarde. Dio las buenas noches a los dos guardias y cerró la puerta de su habitación.

16

La entrevista

Uno de los sirvientes del Orador le salió al paso a Tanis poco antes del amanecer del día siguiente, cuando el semielfo se dirigía a los establos para preparar a *Belthar*, su caballo. El sirviente le informó que Solostaran quería verlo de inmediato en su despacho.

Sin embargo, cuando Tanis llegó a la antesala del Orador, en la Torre, los guardias apostados a la puerta le dijeron que Solostaran estaba reunido con alguien y que no tardaría en hacerlo pasar. Tanis les dio las gracias y se dirigió a un extremo del pasillo, donde encontró un asiento en un nicho de la pared.

La puerta del despacho del Orador se abrió y Porthios salió por ella. Saludó a los guardias con un leve cabeceo y echó a andar con determinación en dirección opuesta adonde aguardaba Tanis, al parecer sin advertir la presencia del semielfo. Tanis soltó un suspiro de alivio y, cuando Porthios hubo desaparecido por un recodo del pasillo, se dirigió al despacho. El guardia lo hizo entrar de inmediato, y cerró la puerta a sus espaldas. Tanis tragó saliva con esfuerzo, preguntándose qué tendría que decirle el Orador.

Solostaran estaba sentado a su escritorio, examinando unos pliegos que iluminaba la trémula llama de una lámpara de aceite; su luz dorada se reflejaba en los ribetes dorados de la túnica verde del Orador. Cuando sonó el pestillo, Solostaran apartó a un lado los pergaminos y alzó la vista. La

habitación, con sus paredes transparentes, empezaba a emitir un resplandor rosáceo con la mortecina luz que anunciaba el amanecer.

—Tanthalas —saludó el Orador con voz inexpresiva. No le ofreció una silla, por lo que Tanis permaneció de pie.

—Me dijeron que deseabas verme, Orador —musitó el semielfo. No recordaba haberse sentido así de mal en ninguna de las entrevistas con Solostaran, pero hoy estaba asustado.

—Ayer fue un día agotador, Tanthalas —comenzó con suavidad el Orador. Se puso en pie y empezó a pasear por el cuarto, con las manos enlazadas a la espalda—. Sabía que iba a ser problemático prometer a Lauralanthalasa, pero no tenía otra opción. Fue un compromiso realizado por las dos casas hace mucho tiempo. Incontables acuerdos, numerosos tratados, dependen de la fe que tienen los elfos en que el Orador de los Soles cumplirá siempre su palabra. ¿Qué otra cosa podía hacer, pues? —Más parecía estar discutiendo consigo mismo que hablando con Tanis—. ¿Acaso debí bajar de la tribuna renunciando al título de Orador para salvar a mi hija?

Tanis, espantado, estuvo a punto de exclamar: «¿Abdicar?». Pero el Orador se le adelantó y sacudió la cabeza.

—¿Y qué habría conseguido con ello? Porthios habría ocupado mi puesto, y entonces la responsabilidad de la promesa habría recaído sobre él, con lo que nada habría cambiado. Y por ello, Tanis, mantuve mi palabra. El honor de nuestra casa lo exigía. —Dirigió una mirada penetrante al semielfo, que se encogió sobre sí mismo sin poderlo evitar—. Tampoco Tyresian es un mal partido para Laurana —prosiguió Solostaran, y Tanis sintió los acelerados latidos de su corazón—. Por consiguiente, y aunque sabía que era una tarea difícil, me decidí a llevarla a cabo y anuncié el compromiso.

»Dime, Tanthalas, cómo se ha llegado a esta situación. No comprendo, ni nadie ha sido capaz de explicármelo, cómo es posible que mi hija se comprometiera con el muchacho que traje a mi casa y al que eduqué como si fuera su hermano. Y, por primera vez en la vida, me encuentro con que Laurana no quiere... —El Orador hizo una pausa, y se llevó las manos a los

ojos un instante antes de proseguir:— Me encuentro con que no quiere hablar conmigo. Dime, Tanthalas, ¿por qué me desafía mi propia hija?

—No lo sé, Orador —respondió el joven con sinceridad.

—Pero tú, mejor que nadie, deberías saberlo, Tanis. —La voz de Solostaran había adoptado un tono cortante—. De mis tres hijos, es con la que has tenido más confianza y amistad. Y ahora descubro que quizá estabais más unidos de lo que imaginaba. —Sus ojos verdes centellearon.

—No, no es lo que piensas, Orador —protestó Tanis, con el corazón latiéndole desbocado—. Fue sólo un juego de chiquillos. Algo que ocurrió hace mucho tiempo. Nada más.

—¿Un juego? —repitió el Orador. Su voz era tranquila pero había en ella una dureza que heló la sangre del semielfo—. Éste es un asunto muy serio, Tanthalas. —Avanzó hacia el joven, en medio de un siseo de sedas—. La integridad de nuestra casa, la armonía de la corte, la misma paz sobre la que se funda y sostiene este reino, está en juego. ¡No es momento para chiquilladas!

Tanis, con las mejillas ardiendo, sacudió la cabeza. Intentó decir algo, cualquier cosa, pero fue incapaz de articular una sola palabra.

—Primero, Laurana se atreve a desafiarme ante toda la corte, ni más ni menos —continuó Solostaran—. Confío en que hayas aprendido algo de ello, que te hayas dado cuenta de las consecuencias que acarrea cualquier cosa que hagas. Siempre te he querido, y creía que tú me respetabas. Pero, cuando me he enterado de que, apenas unas horas después del escándalo, estabas otra vez con ella en el patio, que ella te echó los brazos al cuello y te besó como a un..., como... —Le falló la voz, pero al punto recobró el dominio de sí mismo. Sus ojos centellearon y su voz sonó dura—. Es un juego equívoco el que te traes con mi hija, Tanthalas. Eres un miembro de esta corte, y debes respetar sus decretos. Eres mi protegido. Eres su hermano.

La ira que embargaba al Orador le había desorbitado los ojos y su semblante estaba demacrado. Los hombros se le hundieron y se agarró al borde del escritorio como si buscara apoyo para no caer.

—Discúlpame, Tanis —susurró.

El joven lo ayudó a llegar hasta el sillón.

—He vivido horas de tensión durante los últimos días y los acontecimientos de ayer han sido la gota que ha colmado el vaso —explicó el Orador. Señaló un recipiente de cristal que contenía vino, y Tanis sirvió una copa y se la entregó—. Desde ayer, los cortesanos se me han echado encima, como una jauría lanzando dentelladas a los costados del ciervo acosado. ¿Qué podía decirles? ¿Que mi protegido se casaría con la muchacha que todos consideraban su hermana..., al menos en nombre, ya que no en sangre? ¿Que rompería mi promesa? —Sacudió la cabeza—. Trata de comprenderlo. No es contigo con quien estoy enfadado. Es con la corte y sus estrechas miras sobre ti, sobre tu ascendencia.

Tanis suspiró. Ansiaba desesperadamente creer al Orador, y, a decir verdad, la antigua afectividad irradiaba de nuevo de su padre adoptivo.

—Te he dicho la verdad —susurró—. Quiero a Laurana, desde luego, pero como a una hermana. Ahora ya no sé qué hacer o cómo actuar con ella. —Como si se le acabara de ocurrir, agregó:— Cuando quiere, Laurana puede ser muy testaruda.

Sus últimas palabras casi hicieron reír al Orador. Por fin, una leve sonrisa bailó en sus labios.

—Ay, debí haberlo imaginado, de veras. Su compañero de juegos de la infancia se ha convertido en un joven caballero elfo muy apuesto. No es de extrañar que se sienta atraída por ti, puesto que, aunque se os educó como si fueseis hermanos, sabe que no es verdad.

Tanis guardó silencio, sin saber qué decir. Pero, al parecer, la entrevista había terminado. Unos instantes más tarde, se encontraba de nuevo en el corredor, solo.

17

La caza

Tanis contempló la salida del sol desde la Sala del Cielo. Los pálidos rayos brillaban como cobre en la Torre del Sol y relucían como fuego en el cristal y el mármol de los edificios de la ciudad. Al alzarse sobre el horizonte, el sol alcanzó un lejano banco de nubes bajas, y en cuestión de minutos tornó su color gris opaco en un abanico de ardientes tonalidades carmesíes. Las nubes parecían más densas que la tarde anterior. Tanis regresó a palacio y se encaminó a los establos donde guardaba a *Belthar*, su corcel castaño.

Los nobles de Qualinost ya estaban reunidos frente al edificio de los establos. Tyresian, vestido con pantalones de cuero negro y peto de acero, gritaba órdenes a Ulthen desde lo alto de su semental bayo, *Primordan*. Miral estaba recostado contra la pared de las cuadras; llevaba colgado del cinturón varios saquillos de tela que sin duda contenían los ingredientes para hechizos. Había cambiado su habitual túnica larga por otra que le llegaba a las rodillas y que iba abierta por los costados, más adecuada para montar a caballo. Unos cuantos nobles, cuyos nombres no recordaba Tanis, formaban un corrillo a la izquierda de la puerta del establo y charlaban con animación. Cerca de ellos, Litanas ensillaba la montura del mago, un caballo castrado. Porthios se mantenía apartado de los demás, observándolo todo pero sin decir una palabra. Su hermano, Gilthanas, ataviado con su uniforme de la guardia, imitaba su actitud, lo que al parecer causaba desasosiego en Porthios. Tanis saludó a sus primos con un gesto mientras

entraba en las cuadras en busca de su montura. Poco después, cuando sacaba el corcel por las riendas hacia el patio adoquinado de los establos, vio a Xenoth acercándose desde el palacio, y a Flint, a lomos de *Pies Ligeros*, que se aproximaba por el sur, con la espada del semielfo rebotando contra el costado y su hacha de batalla colgada del otro flanco de la mula.

—Vaya, qué pareja más notable: un enano sobre una mula, y un elfo tan viejo que sin duda conoció a Kith-Kanan —gritó Ulthen a Gilthanas, que, tras echar una fugaz mirada a su hermano, contuvo la sonrisa.

Porthios parecía enfadado. Tanis se detuvo junto al heredero del Orador, sujetando por las riendas a *Belthar* y esperando que Flint se acercara y le entregara su espada.

Lord Xenoth llegó primero a los establos; sus habituales ropajes largos, cuyo color hacía juego con las nubes tormentosas que se cernían en lo alto, ondeaban en torno a las delgadas piernas. Preguntó a Tyresian dónde podía coger prestado un caballo; por lo visto, el viejo consejero no tenía montura de su propiedad.

—¡Por los dioses, Xenoth tendrá que montar estilo amazona con esos ropajes! —musitó Porthios a Gilthanas y al semielfo—. Incluso Laurana monta a horcajadas. Ve a echarle una mano, Tanis. Que coja a *Efigie*, la yegua.

Tanis entregó las riendas de su caballo a Gilthanas y fue a ayudar a lord Xenoth. A pesar de los problemas de los últimos días, y aun sabiendo que el grupo de voluntarios iba en busca de una peligrosa bestia que ya había matado a varios elfos, estaba contento de formar parte de la partida de caza. El semielfo sintió un hormigueo de excitación que le recorría el cuerpo. Nunca lo habían invitado a cabalgar junto a Tyresian o Porthios en una de las cacerías de ciervos que organizaba el aristócrata —era una diversión reservada para los elfos de más rancio abolengo—, pero en esta ocasión Tyresian no podía impedir que los acompañara. Tanis cerró los ojos e imaginó las verdes ramas de los árboles pasando fugaces a su lado mientras galopaba en su montura por los senderos del bosque. Iba a ser algo fantástico.

En la penumbra del establo, Xenoth se asomaba cuadra tras cuadra, buscando, al parecer, un animal adecuado para él; o, tal vez, adecuado para el jinete que habría sido décadas atrás, quién sabe. Tanis se dirigió hacia la cuadra de *Efigie* y la llamó por su nombre; la cabeza de una vieja yegua pinta se asomó por encima de la media puerta de cuadra. Era un animal tranquilo y cariñoso, y lanzó un suave relincho como respuesta a la llamada. Tanis y ella habían sido amigos durante años, y el animal enderezó las orejas mientras miraba los bolsillos del semielfo en busca de manzanas o cualquier otra golosina. El joven sacó una zanahoria de la túnica, la partió en dos, y se la ofreció a la yegua sobre la palma de la mano. La observó mientras cogía un trozo de la golosina con el elástico belfo, masticaba deprisa, y olisqueaba en busca de la otra mitad.

—Lo siento, preciosa. Este trozo es para *Belthar* —dijo Tanis. Luego alzó la voz—. Lord Xenoth, aquí está tu montura.

Al otro extremo del establo, el consejero se detuvo ante la cuadra de *Pacto*, un inmenso caballo de guerra que incluso Tyresian dominaba a duras penas. Xenoth sacudió la cabeza y señaló al animal.

—Montaré en éste —declaró—. Ensíllamelo.

Pacto se abalanzó sobre la puerta de la cuadra y estuvo a punto de enganchar con los dientes la marchita mano del elfo. Xenoth retrocedió dando un grito. Tanis sacudió la cabeza y sacó a *Efigie* de su cuadra; un caballerizo se apresuró a preparar a la yegua.

—Lleva a *Efigie* —insistió Tanis—. Es un buen animal, tranquilo y sin dobleces.

La rabia hizo enrojecer a Xenoth.

—¿Acaso insinúas que soy incapaz de dominar a este caballo? —inquirió. El consejero gesticuló otra vez, y *Pacto* se encabritó y trató de romper el bocado que el consejero agitaba frente a él. Tanis suspiró y se adelantó unos pasos.

—No. Lo que digo es que ni siquiera Kith-Kanan podría dominarlo.

El semielfo oyó pasos a su espalda y supuso que la voz irritada del consejero había atraído a alguien más. Los ojos del anciano parecían a punto de salirse de las órbitas.

—En mi juventud fui un excelente jinete, semielfo. —La voz le temblaba de ira.

—Estoy seguro de ello, lord Xenoth. —Tanis intentó mantener un tono sosegado con la esperanza de que así tranquilizaría tanto al asustado caballo como al histérico elfo—. Pero ahora ni siquiera tienes tu propia montura y ya hace tiempo que no cabalgas. ¿Por qué no empezar con un animal más... fácil?

Oyó un resoplido desdeñoso tras él; notó que el vello de la nuca se le erizaba al comprender que eran varios los que presenciaban la escena. Con el propósito de acabar cuanto antes con esta absurda situación, posó una manó en el brazo del consejero.

—¡Suéltame! —chilló Xenoth—. ¡No quiero que me manosee un... *bastardo semielfo!*

Algunos de los presentes dieron un respingó y otros rompieron a reír. Tanis sintió una punzada en el pechó. Apretó los puños y dio un pasó hacia el consejero, cuyos ojos se abrieron por el temor. Detrás de Xenoth, Pacto enseñó otra vez los dientes.

—Tanis. Lord Xenoth. —Las palabras fueron pronunciadas con un tono autoritario que no admitía discusión. Tanis se dio media vuelta. Era Porthios—. Tanis, ve afuera y monta en tu caballo. Xenoth, cabalgarás en *Efigie* ó no nos acompañarás en esta expedición.

Porthios estaba erguido, como un dios vengativo, con su atuendo de caza verde y oró que recordaba la túnica oficial del Orador. La cólera brillaba en sus ojos. Los otros cortesanos retrocedieron, con una leve expresión avergonzada. Porthios aguardó hasta que el consejero se movió de la cuadra de Pacto hasta dónde se encontraba *Efigie*, ya ensillada y lista para montar. Tanis se abrió pasó entre Ulthen y Miral y se dirigió a la puerta de los establos. La voz de Porthios lo detuvo.

—Tanis, lo siento —dijo el heredero del Orador.

El semielfo esperó, sin saber si Porthios iba a añadir algo más. Luego, se encogió de hombros y fue hacia dónde aguardaba *Belthar*.

Media hora más tarde, el grupo de voluntarios estaba listo. Xenoth montaba *Efigie* a horcajadas; se había recogido los largos vuelos de su vestimenta de manera que quedaban a la vista sus delgadas piernas enfundadas en unas polainas negras. El consejero, que a decir verdad demostraba ser un jinete aceptable, se mantenía cerca de la retaguardia del grupo. Tyresian, Porthios y Gilthanas se pusieron a la cabeza.

El brioso corcel de Tanis piafaba impaciente en el suelo adoquinado del patio en tanto que resoplaba arrojando nubecillas de vapor por los ollares en contraste con el frío aire de la madrugada.

—¿Seguro que no prefieres montar un caballo, Flint? —preguntó el semielfo, de pie junto a su corcel.

—Sabes muy bien que no puedo hacerlo —replicó el iracundo enano, cuyo semblante estaba demacrado y cansado por haber dormido apenas tres horas—. Los caballos me dan mie... alergia.

Para dar más énfasis a sus palabras, Flint soltó un estornudo y después se sonó la nariz en un pañuelo, con un sonido que recordaba el toque desafinado de una trompeta. Como respuesta, la montura de Tanis relinchó.

—¡Vaya! ¿Quién te ha dado vela en este entierro? —saltó furioso el enano, a la vez que miraba desafiante a *Belthar*. El corcel puso los ojos en blanco, y echó las orejas atrás mientras tiraba del bocado.

—Vosotros dos, ya está bien —intervino Tanis, en tanto propinaba un tirón a las riendas.

El caballo resopló otra vez, como diciendo que no tenía interés alguno en comprender las peculiaridades de un enano. Tanis compartía la opinión de su montura.

El semielfo observó a los otros cortesanos y jóvenes nobles montados en sus corceles, pero ninguno parecía estar interesado en él. Lo más probable es que hubiesen interpretado su discusión con Xenoth como una muestra mas de su irritable temperamento humano, aunque en opinión de Tanis, el consejero tampoco había actuado con la flema habitual de un elfo.

En cualquier caso, Tanis se sentía muy animado. Al fin se le presentaba la oportunidad de cabalgar junto a los demás, a despecho de los acontecimientos de los últimos días...

Recorrió con la mirada el grupo de jinetes. Tyresian, erguido y orgulloso sobre su montura, sujetaba las riendas con manó firme. Porthios se encontraba al lado del noble, sobre su corcel gris, y Gilthanas esperaba detrás de los dos, subido a un caballo de bonita estampa, un animal de finas patas y elegante cabeza.

Entonces el toque claro y musical de una trompeta resonó en el fresco aire del amanecer, y Tanis montó en su caballo y lo condujo hasta situarse cerca del grupo. La mirada de Tyresian se posó un instante sobre él, pero su expresión era indiferente; acto seguido, el noble dirigió de nuevo la atención a sus compañeros.

Tanis inspeccionó las flechas de la aljaba que colgaba de la silla, cerca de su rodilla; anoche, tras separarse de Flint, había pasado una hora colocando en los astiles las puntas de acero que el enano le había regalado. Tal vez el duro metal era lo más indicado para la piel escamosa de un tylor. A continuación, enfundó la espada que le había entregado Flint en la vaina colgada a su costado. Le resultaba algo incómoda... Una espada corta, o incluso una daga larga, eran armas más adecuadas para rematar, pongamos por caso, a un ciervo al que antes se ha abatido con una flecha. Pero hoy iban a la caza de un sanguinario reptil más grande que varios elfos juntos. ¿Quién sabe cuál sería el arma que les daría mejor resultado a los cazadores?

Además, Tanis se sentía demasiado orgulloso de su espada para no llevarla consigo. Los adornos de la guarda lanzaban fríos destellos con la mortecina luz de amanecer, semejando jirones de humo plateado que se hubieran solidificado. En el centro de la guarda...

—¡Flint! —El enano, subido a lomos de la mula, alzó la vista—. Has fijado el amuleto de mi madre a la empuñadura.

Tyresian y Miral volvieron la vista hacia el semielfo.

—Bueno, *prometía* Ailea que lo haría, ¿no? —dijo con malhumor el enano—. Me llevó más de dos horas. Tuve que hacer agujeros en el amuleto y en la guarda, cosa que, he de añadir, me rompió el corazón, y después sujetarlo por medio de un eslabón de cadena. Es sorprendente lo que uno puede llegar a hacer por una damisela atribulada.

Tanis sonrió y se encogió de hombros. Habían quedado muy atrás los tiempos en que el apelativo «damisela» fuera adecuado para una anciana como la partera, pero sospechaba que el enano estaba agradablemente impresionado por tía Ailea, a pesar de las centurias que los separaban.

La voz de Tyresian se alzó sobre el murmullo de las charlas.

—¿Todo el mundo listo? —preguntó con tono comedido. Tanis tuvo que admitir que el noble poseía dotes de mando.

El semielfo dio unas palmadas a la vaina de su espada. Además de ésta y las flechas, iba equipado con el arco corto, colgado en bandolera; también llevaba una cantimplora de vino, por si alguien resultaba herido. Tras hacer un repaso de todos sus pertrechos, Tanis asintió en silencio. Sí, estaba preparado.

Un noble elfo, uno de los que Tanis no recordaba el nombre, condujo su montura y la situó de cara al grupo, con el propósito de elevar una plegaria antes de dar comienzo a la caza. Era un hombre delgado, de rostro afilado y duros ojos grises.

—Hoy elevamos nuestra plegaria a Kiri-Jolith, dios guerrero del Bien, protector de los que luchan por una causa justa —comenzó el noble. Los voluntarios inclinaron las cabezas—. Le pedimos que nos acompañe en la búsqueda y nos apoye cuando nos enfrentemos a esta horrenda criatura que asuela nuestras tierras y ha matado a varios de nuestros hermanos elfos.

Tanis oyó resoplar a Flint con desdén.

—También esa bestia estuvo a punto de matar a uno de sus «hermanos enanos» hace cuatro días —rezongó.

Tanis lo chistó para que se callara.

—De igual modo, pedimos la intercesión de Habbakuk, dios del reino animal. Que su pericia en terrenos agrestes su conocimiento de la armonía con la naturaleza estén hoy con nosotros.

»Y, si es voluntad del destino que uno de nosotros no regrese hoy, acoge tú, Habbakuk, su alma. Que así sea.

—Que así sea —repitieron todos.

Entonces el corneta hizo sonar de nuevo la trompeta, y los cazadores azuzaron a sus monturas y las guiaron por las calles de Qualinost hacia la

zona oeste de la ciudad. Pasaron bajo la torre de vigía del ángulo sur occidental de la ciudad, en donde convergían dos de los cuatro puentes arqueados que la circundaban; los jinetes continuaron hasta llegar al puente que cruzaba la barranca por la que discurría el *Ithal-inen*, el río de la Esperanza. Allí hicieron un alto, junto al borde de la torrentera. A la derecha, fuera del alcance de la vista, estaba la pequeña meseta rocosa, el *Kentommenai-kath*, donde Tanis y Flint habían hecho una excursión pocos días atrás. El semielfo vio que su amigo echaba un vistazo a la pendiente de ciento cincuenta metros que se abría justo ante él, y que al punto tiraba de las riendas de Pies Ligeros hasta situarse a la retaguardia del grupo. El rostro del enano tenía una fina película de sudor.

Tyresian hizo un gesto de asentimiento al capitán de la guardia de palacio, quien azuzó a su montura para que se adelantara un paso, y se situó ante los congregados para dirigirles unas palabras. Los álamos se mecían con la suave brisa del amanecer; el aire era frío, pero la excitación mantenía el calor corporal de Tanis. La voz del capitán de la guardia resonó en la barranca.

—El tylor fue visto por última vez hacia el sur, en la orilla occidental de la torrentera —dijo mientras señalaba en aquella dirección; varios pares de ojos miraron a la izquierda, como si esperaran que la bestia irrumpiera entre los matorrales en cualquier momento. El capitán reanudó su alocución y las miradas se volvieron hacia él otra vez.

»Tened en cuenta varias cosas. Primera: la piel de los tylors cambia de color y se mimetiza con el terreno que los rodea. Es un camuflaje extremadamente efectivo. —Tanis guió a *Belthar* junto a Flint y advirtió que el enano echaba una temerosa ojeada a un roble cercano, como si pensara que el tylor podía asumir la apariencia del árbol. El capitán prosiguió:— Segunda: estas criaturas son inteligentes. Saben hablar el Común. En consecuencia, tened cuidado con lo que decís. Por ejemplo, no comentéis con vuestros compañeros la estrategia a seguir. Si la bestia os escucha, lo entenderá.

Gilthanas condujo a su ruano hasta situarse al otro lado de Flint. El hijo menor del Orador vestía el chaleco de cuero negro de la guardia ceremonial.

La brisa le revolvía el rubio cabello y lo apartaba de su frente. Se parecía mucho a Laurana, pensó Tanis; mucho más, desde luego, que Porthios. Gilthanas había cambiado bastante durante los últimos años, si bien tales cambios no tenían ni punto de comparación con los experimentados por el propio semielfo. Con todo, la apariencia de Gilthanas era ya más la de un hombre que la de un chiquillo, y a pesar de que parecía que el uniforme le quedaba grande, de que casi se perdía dentro de el, se sentaba erguido sobre su ruano, con una mirada orgullosa en sus verdes ojos.

—Lo que es mas —continuó el capitán, atrayendo de nuevo sobre sí la atención de Tanis—, aunque los tylors prefieren matar a dentelladas o propinando latigazos con la cola a sus víctimas, también saben utilizar la magia. Si una de estas bestias está luchando y lleva las de perder, se pondrá fuera de alcance y recurrirá a hechizos. Tened esto presente. Se me ha comunicado que el mago Miral nos acompaña en esta expedición con el propósito de protegernos contra la magia del tylor.

—Oh, estupendo —susurró Gilthanas—. Miral. Estamos listos.

En contra de su voluntad, Tanis miró por encima del enano a Gilthanas y le sonrió; el joven, evidentemente sorprendido por su gesto, le devolvió la sonrisa. Tanis cayó en la cuenta de que ya apenas conocía a su primo. De pequeños habían estado muy unidos, pero se habían ido separando a medida que crecían. Gilthanas había desdeñado al semielfo para unirse a la corte y buscar en ella amistad y reconocimiento. Y, por mediación de Porthios, había obtenido ambas cosas.

—Los tylors —anunció el capitán— se mueven despacio cuando hace frío. Por ese motivo hemos salido hoy tan temprano. Confiamos en acorralar a la criatura antes de que caliente el sol. Y, a juzgar por el aspecto de esas nubes —varios elfos murmuraron mientras observaban el frente tormentoso que asomaba por el oeste—, parece que el tiempo estará de nuestra parte.

El capitán hizo un saludo a Tyresian, que respondió de igual manera. Después, el señor elfo alzó un brazo y la tropa de voluntarios se sumió en un silencio expectante.

Una mortecina claridad asomaba por el horizonte oriental, pero al oeste el cielo estaba oscuro, como si todavía reinara la noche por aquella zona. La tormenta llevaba varios días cernida sobre las montañas distantes, acumulando fuerza, sus nubes alzándose más y más al cielo y haciéndose más oscuras. Durante la noche, se había empezado a desplazar hacia el este, como un inmenso y tenebroso muro que amenazaba la tierra. Los relámpagos centelleaban entre los nubarrones y el aire traía el débil temblor de los truenos.

Sonó el toque de trompeta, y Tyresian dio la señal con el brazo alzado para que la tropa cruzara el puente. Con un grito animoso, los elfos espolearon sus monturas y avanzaron por el puente en fila de a tres; Tanis unió su voz a la de los demás, dejando que el sonido irrumpiera con fuerza desde sus pulmones al límpido aire de la madrugada. Era un grito tan viejo como el mundo, tan primitivo como la vida y la muerte.

—Que Reorx me proteja —musitó para sí mismo Flint, mientras *Pies Ligeros*, *Belthar* y el caballo de Gilthanas se aproximaban al puente—. Al menos, estoy en el centro. Muchacho —dijo, volviéndose de repente hacia el semielfo—, me avisarás si estoy a punto de precipitarme por el borde, ¿verdad? —Al asentir Tanis, el enano inclinó la cabeza, y el joven se fijó en que Flint cerraba los ojos con todas sus fuerzas antes de que el cabello le ocultara las facciones.

—¿Qué le ocurre? —inquirió con brusquedad Gilthanas—. ¿Está enfermo?

Tanis se esforzó por adoptar una expresión seria y sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Está rezando. Es una tradición religiosa de los enanos.

Vio la fugaz sonrisa que cruzó el semblante de Flint. A aquel gesto le siguió en su momento un suspiro de alivio cuando los cascos de sus monturas dejaron de resonar sobre madera y pisaron la grava de la orilla oeste de la barranca.

En la verde floresta, el aire estaba perfumado con el olor a resina y hongos, un aroma casi medicinal que aclaró la mente del semielfo y le agudizó los sentidos. Oía hasta el más leve roce que los pequeños animales

del bosque hacían al moverse entre los matorrales; veía el contorno de cada hoja claramente definido contra el cielo. Los árboles pasaban a su lado mientras los elfos azuzaban sus monturas para conducir las por las sinuosas trochas de caza, penetrando más y más en lo profundo del bosque.

La temperatura seguía siendo fría y, de vez en cuando, las nubes que avanzaban por el oeste descargaban una llovizna menuda. Los rastreadores de la guardia de palacio iban a la cabeza de la marcha, pero hasta ahora no habían obtenido ningún resultado. Los únicos animales que vieron los cazadores fueron ardillas pardas y listadas, y una marmota bastante delgada tras la larga hibernación. Las ardillas se escondieron a toda velocidad; la marmota se asomó sobre un tronco caído en la cima de un otero y observó a los cazadores hasta que éstos se perdieron de vista.

La anchura de la senda sólo permitía que la tropa cabalgara en fila de a dos. En algunos tramos, la maleza se espesaba y los matorrales llegaban casi al camino.

—Esto no me gusta —dijo Tanis a Flint, que asintió en silencio.

Cada vez con más frecuencia, el semielfo se llevaba la mano a la empuñadura de su espada y acariciaba las entrelazadas iniciales «K» y «E» del medallón adosado a la guarda.

Hacía rato que habían cesado las conversaciones entre los cazadores. El silencio lo rompían sólo cada tanto los sonidos del piar de pájaros, el crujido de una silla de montar y el sorber del alérgico enano. Una vez Flint estornudó, y Xenoth se volvió sobre su silla y siseó un iracundo: «¡Chist!».

—No puedo evitarlo —se disculpó el enano, aunque en un tono tan quedo que únicamente lo oyó Tanis.

De repente, Tyresian alzó con brusquedad el brazo y la fila se detuvo. Uno de los rastreadores, a pie, se encontraba próximo al señor elfo, con una mano sobre el lustroso cuello del semental de Tyresian y con la otra señalando hacia adelante. La noticia se propagó velozmente por la fila de jinetes.

—¡Han encontrado la primera huella! —susurró Gilthanas a Tanis y a Flint, que iban detrás.

El enano apretó las riendas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Cómo es? —preguntó Tanis.

La respuesta se filtró a lo largo de la fila en una cadena de chismorreos: huella de cinco dedos, cuatro apuntados hacia adelante y uno hacia atrás, impresa en un terreno húmedo hacía escasas horas. La criatura, sin duda, había salido en busca de alimento.

—Y aquí estamos nosotros —rezongó Flint con actitud sombría mientras oteaba a uno y otro lado y aferraba su hacha como si fuera un talismán—. El almuerzo.

—¿Es que no vamos a oír al taylor acercarse? —preguntó Tanis.

—No necesariamente —respondió el enano—. Puede estar al acecho.

Los hombres, con una expresión resuelta en sus semblantes, se colocaron en fila de a uno; de ese modo, si el monstruo se abalanzaba de improviso desde la maleza, se llevaría por delante a muy pocos cazadores. Reanudaron la marcha, pero ahora cada hombre llevaba un arma dispuesta. La mayoría de los elfos empuñaba espadas cortas.

El mediodía llegó y pasó sin que lo advirtieran los cazadores. No había tiempo de pensar en comida ni descanso. Durante un buen rato perdieron el rastro, pero tras una hora de búsqueda encontraron de nuevo las huellas, aún más recientes que las anteriores. Siguiendo el rastro, los hombres condujeron a sus monturas al trote por un sendero estrecho y en declive. Tanis se vio forzado a agacharse sobre el cuello de *Belthar* cada dos por tres a fin de esquivar las ramas bajas. De improviso, los caballos que iban a la cabeza recularon al propinarles sus jinetes un brusco tirón de las riendas.

—¿Qué ocurre? —siseó Flint a espaldas de Tanis.

El semielfo se alzó sobre los estribos. La senda se abría a un espacio despejado. Xenoth gesticulaba con vehemencia, a la par que decía algo a Porthios y a Tyresian, quienes miraban al frente con expresión impasible, como si el consejero no existiera. Gilthanas se giró sobre su silla y respondió a la pregunta de Flint.

—Hay un barranco al frente. Xenoth quiere rodearlo, pero Tyresian opina que podemos saltarlo.

—¿Saltarlo? —exclamó el enano, horrorizado—. ¿Con una mula?

Tanis hizo que *Belthar* adelantara a Gilthanas y lo llevó al trote hasta la cabeza de la fila, pasando por alto las miradas irritadas de los otros cazadores, y saludó a Tyresian y a Porthios. Los tres examinaron el barranco: tenía aproximadamente tres metros y medio de anchura, y las paredes eran demasiado abruptas para intentar descender por ellas ni elfos ni caballos. Los restos de un puente yacían en el fondo de la hendedura.

—No es tan ancha —dijo Tyresian.

—No. Podríamos saltarla —se mostró de acuerdo Porthios.

—Los caballos podrían saltarla, desde luego —intervino Tanis—. ¿Pero qué vamos a hacer con Flint?

Tyresian volvió la vista hacia la fila de jinetes y pasó por encima de los cazadores elfos, era una armoniosa formación de cuero y plata, con las armas reluciendo a la luz del mediodía. Al final de la fila, Flint y *Pies Ligeros* parecían la cría raquílica de una camada inhabitualmente numerosa.

—Dejarlo —replicó Tyresian, cuyos azules ojos tenían una mirada dura—. Encontrará el modo de dar un rodeo.

Porthios se removió inquieto, abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin pronunciar una palabra.

—¿Dar un rodeo? —bramó Tanis—. ¡Este barranco se extiende en ambas direcciones hasta perderse de vista!

—Nadie le pidió al enano que viniera —contestó Tyresian—. Que regrese a la ciudad.

—¿Solo? ¿Con un tylor merodeando por el bosque?

Tanis estaba fuera de sí. Las atractivas facciones del noble se tensaron.

—Estoy al mando de esta expedición —susurró—. Tú tampoco eres un buen espadachín ni un buen arquero, semielfo. No estás a la altura de este grupo.

—Lord Tyresian —intervino Porthios con tono admonitorio.

El comandante se volvió hacia los nobles.

—Al parecer nos encontramos en un atolladero —dijo en voz alta—. Tenemos dos opciones: cruzar este barranco y perseguir al tylor que ha estado matando a elfos y diezmando el ganado de esta zona de Qualinesti, o

volver grupas y regresar a la ciudad cubiertos de oprobio. —Hizo una larga pausa durante la cual su mirada se detuvo en cada faz de los nobles reunidos, estudiando sus reacciones—. ¿Quién está a favor de seguir adelante?

El grupo guardó silencio. Entonces Gilthanas azuzó a su ruano y pasó a galope entre Tyresian y Porthios, sin mirar a uno u otro lado. Con un impetuoso salto, jinete y caballo salvaron la grieta del barranco trazando un grácil arco en el aire, y aterrizaron al otro lado en medio de una rociada de barro y gravilla. Gilthanas dio media vuelta y saludó al grupo.

Ulthen, Litanas, Miral, Porthios y la mayoría de los demás nobles siguieron de inmediato el ejemplo de Gilthanas y aguardaron en círculo en la otra orilla del barranco. Pronto, sólo quedaban Tyresian, Tanis, Flint y Xenoth. El comandante de la tropa sujetó con mano firme a su brioso corcel mientras dirigía una mirada arrogante a los otros tres.

—¿Y bien? —inquirió.

—Tyresian, no estarás pensando en serio abandonarnos aquí... —farfulló el consejero.

—Si no queréis quedaros atrás, seguidnos. —La voz del noble era implacable—. Recuerdo que querías montar a Pacto, Xenoth. Sin duda eres lo bastante buen jinete para saltar este barranco.

—Pero esta jaca no puede...

—¡Inténtalo!

Tyresian propino a *Efigie* un golpe en las ancas con la parte plana de la espada.

La yegua, sobresaltada, dio un brinco y salió al galope. Xenoth soltó las riendas y agarró al animal por la crin. *Efigie* llegó a unos palmos del barranco y, frenándose en seco, desmontó sin la menor consideración al anciano consejero del Orador, que dio con sus huesos en tierra. Xenoth, con los amplios vuelos de sus largos ropajes en completo desorden, se esforzó por levantarse mientras Tyresian pasaba a su lado como una exhalación y salvaba sin problemas la grieta, creando un revuelo entre los jinetes arremolinados en la otra orilla. Acto seguido reanudó la marcha sendero adelante, seguido por todos los elfos salvo uno.

Porthios remoloneó junto al barranco, indeciso. Después, poniendo las manos en torno a la boca a guisa de bocina, gritó:

—¡Muy bien, regresad a palacio! —y fue en pos del grupo de voluntarios.

—Tanis, ve con ellos —sugirió Flint—. Lord Xenoth y yo regresaremos, como ha dicho Porthios.

—¿Qué? —graznó el viejo consejero, que ya había montado de nuevo en la yegua—. ¿Y dejarme de escolta a un enano?

—¿Escoltarte? ¿Yo? —replicó con un resoplido desdeñoso Flint—. Antes protegería a *Pies Ligeros* que a ti. —Dio a la mula unas afectuosas palmadas en el cuello—. Adelante, Tanis. *Belthar* puede saltar con facilidad el barranco.

El semielfo estrechó los ojos y observó con atención al enano.

—No nos separaremos. Incluso Xenoth podría ser de utilidad si aparece el tylor.

—Ni lo sueñes —respondió Flint sin volverse a mirar a Xenoth—. A menos que planees utilizarlo de cebo. Y, aun así... —dijo, mirando mora de arriba abajo al enjuto consejero.

Xenoth hizo que su montura diera media vuelta, la azuzó en los ijares, y salió al trote sendero adelante, en dirección a Qualinost. Flint y Tanis lo contemplaron en silencio. Por fin, cuando el consejero estaba a punto de desaparecer tras un recodo, Flint gritó:

—¡No te alejes mucho! ¡Tal vez te salga al paso el tylor!

Xenoth frenó en seco, en tanto la yegua pinta sacudía la cabeza y cabrioleaba con gran agitación. Tanis frunció el entrecejo.

—Algo ocurre —dijo—. Fíjate en la yegua. *Efigie* es muy tranquila por lo general.

El día había empezado a oscurecer y un ominoso y prematuro ocaso se cernía sobre el bosque. La espesura en los alrededores era tan densa que resultaba impenetrable a la vista. Ni el más leve soplo de brisa agitaba las hojas de los álamos. Las ardillas habían desaparecido, aunque apenas hacía unos instantes deambulaban ruidosas entre los matorrales y se perseguían juguetonas por las veredas que bordeaban el barranco.

—Flint... —susurró Tanis.

El enano ya tenía el hacha en la mano.

—Lo sé, muchacho. Ni pájaros, ni ruido de animales.

—Como si... —Flint escudriñó los alrededores e hizo un ademán a Xenoth para que regresara junto a ellos.

—Como si se los hubiera tragado la tierra —acabó la frase Tanis.

Un golpe fuerte y sordo retumbó en el aire. Flint y Tanis intercambiaron una mirada.

—¿Un trueno? —sugirió el semielfo.

—Eso espero —contestó Flint.

La tormenta descargó cuando Xenoth se encontraba a medio camino, a treinta o cuarenta pasos de distancia de los dos amigos.

Pero fue una tormenta en forma de taylor.

—¡Por Reorx! —exclamó el enano.

Los matorrales a la izquierda del consejero se agitaron, y entonces, con una violencia que lanzó una lluvia de hojas y ramas quebradas por el aire, una forma gris verdosa irrumpió de entre la maleza. Xenoth chilló, y *Efigie* se desplomó a los pies de la feroz bestia, con el cuello roto de una certera dentellada. El consejero, que había salido despedido de la silla, cayó al suelo de espaldas. Rodó despacio sobre sí mismo, con el rostro contraído en un gesto de dolor, mientras el monstruo se dedicaba a despedazar a la infeliz yegua. La faz de Xenoth se quedó petrificada con una mueca de horror al ver lo que el taylor estaba haciendo con el animal. Se incorporó de un brinco e inició una frenética carrera que lo alejaba de Tanis y Flint, y se metió entre la maleza.

—¡Xenoth! —gritó el semielfo. Desmontó de un salto de *Belthar*, y otro tanto hizo Flint con Pies Ligeros. Las dos monturas salieron a galope por una trocha; la mula a la cabeza, con varios cuerpos de ventaja.

—Xenoth estará más seguro en la espesura, muchacho —gritó Flint, mientras arrastraba a Tanis tras el tronco carcomido de un roble caído. Apenas dos metros de distancia separaban el tronco del borde del barranco.

El taylor sacó todo su corpachón al claro, levantó la blindada cabeza puntiaguda, y lanzó un rugido desafiante. A continuación adoptó una

postura erguida, abrió las fauces, y empezó a articular unas palabras mágicas. Entre los indescifrables vocablos se repetía con claridad el nombre «Xenoth».

—¡Por los dioses! —barbotó Tanis—. ¿Qué está haciendo?

—Es una criatura inteligente —se limitó a musitar Flint.

—¿Podríamos... razonar con ella?

—En este momento no te lo recomiendo, muchacho —repuso el enano, a la vez que sujetaba al semielfo por el brazo.

La bestia lanzó un nuevo rugido y prosiguió con la salmodia.

—*Xenothi tibi, Xenothi duodonem, Xenothi viviarandi, toth* —repitió una y otra vez.

—Flint, tenemos que alertar a los demás —dijo el semielfo.

—Creo que la bestia ya se ha encargado de ello —comentó el enano mientras señalaba al otro lado del barranco.

Tyresian, Miral y Litanas se arremolinaban al borde de la grieta, al parecer sin saber qué hacer. Saltar la hondonada supondría que jinete y montura aterrizarían a menos de tres metros del monstruo, al alcance de su mortífera cola restallante. De hecho, los nerviosos coletazos de la bestia ya habían barrido la maleza en un amplio semicírculo a espaldas del monstruo.

Los cuernos de casi un metro de longitud que sobresalían de la testa de la criatura eran afilados y tenían un aspecto maligno. Los párpados, entrecerrados, dejaban ver unos ojos amarillos.

—*Xenothi morandibi, Xenothi darne a te vide, toth* —pronunció, mientras las patas delanteras golpeaban el rocoso suelo con tanta fuerza que saltaron chinarrros por el aire.

—¡Por Reorx! —exclamó de nuevo el enano.

Xenoth salió de la espesura al claro, con una expresión aterrada y vidriosa en los ojos. Se acercó al monstruo, al parecer incapaz de resistirse a la llamada de la bestia. La salmodia se intensificó. Uno de los nobles que estaba al otro lado del barranco chilló horrorizado.

—¡Xenoth! —gritó Tanis a la vez que se ponía en pie.

—¡Quédate donde estás, semielfo! —ordenó a voces Tyresian desde la orilla opuesta de la hondonada. Pero Tanis saltó por encima del tronco caído

y encajó una flecha en el arco mientras corría. Flint fue en pos de su amigo, blandiendo el hacha de guerra.

El tylor, desde el ahusado hocico hasta la punta de la cola, medía más de dieciocho metros; dieciocho metros de un blindaje escamoso. Tanis puso rodilla en tierra en medio de la curva que formaba el inmenso cuerpo de la bestia, y apuntó a la cabeza, que estaba a su derecha. Disparó la flecha justo en el momento en que la cola de nueve metros hendía el aire con un latigazo, a la izquierda del semielfo. El afilado apéndice sesgó un joven álamo y después alcanzó al consejero. El grito de Xenoth se ahogó en un gorgoteo.

—¡Tanis, no te muevas! —se oyó gritar desde el otro lado del barranco.

El semielfo permaneció en el mismo lugar, pero disparó una segunda flecha al tylor.

De pronto, el estruendo de los cascos de un caballo retumbo en el terreno pedregoso, cerca de Tanis. Miral, cuya túnica carmesí resaltaba en contraste con el pelaje blanco y gris de su montura, arremetía contra el tylor, a la vez que pronunciaba unas palabras mágicas. Unos dardos de fuego salieron disparados de sus dedos y se estrellaron contra el animal en tanto que la bestia iniciaba una nueva salmodia.

La explosión que siguió sacudió el claro y arrojó a Tanis y a Flint al suelo. Aturdidos, los dos amigos presenciaron cómo el resto de los cazadores salvaban el barranco en tropel y galopaban hasta el claro.

Los alaridos del tylor hendieron el aire en tanto que sus garras abrían surcos en el terreno rocoso. Se debatió para regresar al abrigo de la maleza, lejos de las flechas que ahora le llovían desde todas partes, disparadas por los nobles elfos. Tanis y Flint no pudieron hacer otra cosa que quedarse sentados y presenciar la lucha.

Por fin, el tylor murió; uno de sus costados estaba achicharrado, y la piel perforada por infinidad de flechas. El astil de otra flecha sobresalía de uno de los ojos. Yacía de lado. A tres metros de distancia, Miral se empezaba a incorporar, apoyándose en los codos; tenía el rostro ennegrecido con ceniza, y una mano le sangraba.

Xenoth estaba muerto, tumbado boca abajo sobre el enfangado suelo pedregoso del claro; una mancha carmesí empapaba la túnica gris y se filtraba en la tierra. La cola del tylor lo había alcanzado de lleno en el pecho. Litanas, el asistente del consejero, se arrodilló a su lado mientras gritaba algo incoherente.

De repente todos los elfos volvieron la vista hacia Tanis. Incluso Flint lo miraba con expresión incrédula.

—¿Qué ocurre? —preguntó el semielfo.

Litanas se apartó a un lado y entonces Tanis lo vio. En el pecho de Xenoth, a la altura del corazón, estaba clavada la flecha del semielfo.

OceanofPDF.com

18

La flecha

Tanis miró los rostros de los presentes, uno tras otro, y en todos ellos vio la misma expresión acusadora. Sólo Flint mostraba no estar convencido de que el semielfo hubiera matado al consejero.

—¡Lo visteis! —gritó Tanis—. ¡Todos vosotros lo visteis! Disparé hacia la derecha, al cuerpo de la bestia. Xenoth estaba a mi izquierda cuando la cola del tylor lo alcanzó. ¿Cómo pudo acertarle mi flecha?

—Y sin embargo lo hizo, Tanis —repuso Porthios con voz queda.

Tyresian gesticuló y varios elfos se adelantaron con el propósito de detener al semielfo.

De un salto, Flint, que todavía blandía su hacha, se interpuso entre Tanis y los hombres que se acercaban a él. Enarboló el arma y dirigió una fiera mirada a los elfos.

—¡Deteneos! —gritó.

Algo atemorizados ante la estampa de un enano bien pertrechado para la batalla y evidentemente dispuesto a luchar, los nobles se detuvieron.

—Nos ofrecimos voluntarios para esta expedición sabiendo que corríamos el peligro de perder la vida —dijo furioso Flint—. ¿No es verdad?

Ulthen, que estaba arrodillado con Litanas al lado del cuerpo de Xenoth, se incorporó. Tenía la capa manchada de sangre.

—Pero esperábamos que la muerte nos llegara de las fauces de un tylor, maestro Fireforge, no a manos de uno de nuestros compañeros —respondió el noble.

Los elfos murmuraron y fruncieron el entrecejo. El consejero no había contado con la simpatía de muchos cortesanos, por lo que no parecía que su muerte fuera causa de un gran duelo; lo que los había conmovido era el hecho de que lo hubiera matado otro elfo.

—¿Y quien afirma que fue Tanis quien lo mató? —inquirió el enano.

Tyresian dejó escapar un sonoro suspiro antes de responderle.

—Es la flecha de Tanis, maestro Fireforge. Y ahora, procedamos...

—Lord Xenoth ya estaba muerto cuando la flecha le acertó —insistió Flint.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con sorna Tyresian. Detrás del comandante, Litanas había extraído la flecha de plumas amarillas y escarlatas del pecho de Xenoth y cubría con la capa el cadáver del que había sido su superior. Unos cuantos elfos se mantenían aparte, empujando con la punta de la bota el cuerpo del tylor, mirando de soslayo a Tanis y a Tyresian, y comentando en voz baja.

—Porque lo vi. —Flint se cruzó de brazos, aunque sin soltar el hacha.

—No seas ridícu...

Flint no lo dejó terminar; su voz se alzó hasta retumbar en el claro del bosque:

—Yo estaba aquí, lord Tyresian. Tú y los demás os encontrabais en la orilla opuesta del barranco. Tenía buena perspectiva. Tú, no.

—Se enfrentaron en los establos —argumentó el noble con obstinación—. Sólo faltó que Tanis lo amenazara. ¿Quién asegura que la sangre humana del semielfo no lo indujo a tomar venganza? ¿Y quién va a confiar en la palabra de un enano que, además, da la casualidad de ser el mejor amigo del semielfo? —Se volvió hacia Litanas y Ulthen—. Maniatadlo. Regresaremos a Qualinost y expondremos el caso ante el Orador de los Soles.

Pero Miral, ayudado por Porthios y Gilthanas, se había incorporado al fin. Avanzó con pasos inseguros, sujetándose la ensangrentada mano

derecha, que había metido bajo los pliegues de la túnica. Tenía los ojos vidriosos por el dolor y la furia.

—Te equivocas, Tyresian —dijo.

—Mago, olvidas quién está al mando aquí —replicó encrespado el noble.

—Poseer el mando no infunde sabiduría, Tyresian —espetó con sequedad el mago.

—Examinemos el cuerpo de Xenoth —intervino Flint—. Tal vez nos descubra algo.

Tras una larga pausa, durante la cual varios elfos se acercaron desde distintos puntos del claro hacia el cadáver del consejero, Tyresian aceptó la sugerencia con un breve cabeceo y se abrió paso entre los reunidos para llegar hasta el cuerpo de Xenoth. El noble se arrodilló y levantó la capa. El rostro del consejero tenía la inexpresividad de la muerte, y, cosa sorprendente, no mostraba herida alguna. La brisa movía su cabello blanco. Daba la impresión de que en cualquier momento abriría los ojos y empezaría a hablar.

—Retira más la capa, Tyresian —instó el enano—. Mira su pecho.

El señor elfo aspiró hondo y levantó del todo la prenda. La afilada cola del tylor había abierto una profunda herida en el torso. Gilthanas dio un respingo y su faz se demudó. Porthios posó una mano firme sobre el brazo de su hermano.

—¿Dónde está la flecha? —preguntó Flint.

—Aquí. —Fue Litanas quien respondió. El joven noble se abrió paso entre sus compañeros y dejó la flecha en la mano enguantada de Tyresian. Un tercio del astil estaba manchado de rojo. Litanas, cuyos ojos brillaban coléricos, lo señaló—. Con la sangre de Xenoth.

—No discuto que sea la sangre de Xenoth —repuso con calma Flint.

—Bien, pues la flecha pertenece sin duda a Tanis —porfió el comandante.

—En efecto —concedió el enano—. Tampoco lo discuto. De hecho, fui yo quien fabricó la punta de esa flecha.

Tyresian cubrió de nuevo el torso y la cabeza de Xenoth con la capa y se puso en pie.

—¿Entonces, qué, enano? —espetó.

—¡Por Reorx, utiliza el cerebro, elfo! ¿Es que no te llama la atención algo en esta flecha? —La voz de Flint estaba cargada de sarcasmo.

Porthios se adelantó y examinó el arma.

—Es una flecha perfectamente formada, manchada de sangre, pero sin marcas de ningún tipo —comentó por último el heredero del Orador, con tono comedido.

—Exactamente —dijo Flint.

—¿Y bien? —La cólera hacía temblar la voz de Tyresian—. Has admitido que es la flecha del semielfo. ¿Y que?

Porthios dejó escapar una exclamación contenida, y la mirada del enano se volvió hacia el primogénito del Orador, en cuyos ojos había un brillo de comprensión.

—Te das cuenta, ¿verdad? —preguntó Flint.

Porthios asintió en silencio.

—Si la flecha de Tanis hubiera acertado a lord Xenoth antes de que lo alcanzara la cola del tylor, el golpe de la bestia habría roto el astil —explicó el hijo del Orador—. Y, como todos podéis ver, la flecha está intacta.

Los penetrantes ojos azules del comandante se abrieron de par en par. Después hizo un brusco gesto con el brazo derecho que empujó a Gilthanas contra Miral.

—Aun así, su flecha alcanzó a Xenoth. ¿Qué más da si el semielfo mató o no al consejero? Tanis sigue siendo culpable de cometer un grave error de juicio.

Durante unos instantes, Tyresian y Flint se quedaron inmóviles frente a frente, mirándose con fijeza. Fue la voz de Miral quien por último rompió el tenso silencio.

—Toda esta charla no nos conduce a nada, ni ayuda a que el cadáver de nuestro compañero vuelva a Qualinost —comentó con debilidad—. Sugiero que regresemos de inmediato y discutamos el asunto con el Orador.

—Tengo otra pregunta —bramó Tyresian—. ¿Quién mató al tylor? ¿Tanis?

—¿No habrá sido el mago quien lo mato? —musito Litanas. Otros elfos movieron la cabeza en un gesto de asentimiento—. Fijaos en su mano. Aun desde el otro lado del barranco, vimos la descarga de fuego que salió de sus dedos y alcanzó al reptil.

Porthios volvió la mirada hacia Miral, a quien todavía sostenía Gilthanas.

—Enséñanos la mano, mago —ordenó.

La capucha de Miral había caído hacia atrás y dejaba a la vista su pálida faz; estrechó los ojos para protegerlos de la luz. Con precaución, sacó la mano de bajo de la túnica. La manga estaba hecha jirones. Le faltaban dos uñas, y los cinco dedos estaban abrasados desde la punta hasta la palma de la mano. Unas feas líneas rojas se extendían desde la muñeca hasta una cicatriz que tenía cerca del codo.

—Ignoraba que fueras capaz de realizar semejante magia, Miral —comentó Flint.

—Tampoco yo lo sabía —confesó el mago con expresión confusa. Parecía estar al borde del colapso.

—¿Qué ocurrió? —inquirió con suavidad Porthios.

—Vi que la bestia amenazaba a Flint y a Tanis —balbuceó Miral, a quien un suave rubor tiñó los pómulos de las pálidas mejillas—. Sólo soy un mago de segunda. En condiciones normales, no habría tenido poder para enfrentarme a semejante bestia. Vine con el único propósito de ocuparme de los posibles heridos, si se presentaba el caso.

»Cuando vi que el monstruo se abalanzaba sobre Tanis, no pude soportar la idea de perder a otro querido amigo de un modo violento. Yo... recordé a Arelas, y de repente mi caballo y yo nos encontrábamos en el claro con Tanis y Flint, y... sentí que me inundaba un poder como jamás había experimentado. —La respiración del mago era trabajosa, y su voz apenas un susurro—. Noté una sacudida, como si me hubiera precipitado desde una gran altura, y en la mano... un dolor muy fuerte. Cuando recobré el conocimiento estaba tendido en el suelo, en medio de todo esto.

El gesto de su mano izquierda abarcó al consejero, el tylor y el claro ensangrentado y alfombrado de hojas y ramas rotas. Un instante después, Miral se desplomaba en el suelo, desmayado.

* * *

La partida de caza cabalgó despacio por el bosque. La lluvia no descargaba y las amenazadoras nubes alteraban el estado de ánimo de los cazadores, ya tensos por los sucesos acaecidos en el claro. El cadáver de Xenoth iba cargado a lomos del caballo de Litanas, y —por orden de Tyresian— el ayudante del fallecido consejero cabalgaba con Ulthen. El caballo estaba irritable y giraba los ojos con gesto enloquecido cada vez que el olor de la sangre le llegaba a los ollares.

Porthios y Gilthanas cabalgaban cerca de Tanis y Flint. Aunque los hermanos guardaban silencio, su actitud hablaba por ellos. Vigilaban al semielfo hasta que el caso se presentara ante el Orador.

Miral se había recobrado del desmayo, y compartía la montura con uno de los nobles, que sostenía al debilitado mago; el caballo de Miral iba atado por las riendas.

El camino de regreso a Qualinost se hizo interminable. Los truenos retumbaban en lo alto y el viento sopló con más fuerza, sin que cayera la esperada lluvia que aliviara la cargada atmósfera. Cuando se aproximaron a las afueras de la ciudad, Gilthanas azuzó a su ruano para informar a la guardia de su llegada. La Torre del Sol se encumbraba como un espectro en el cielo plomizo. Al llegar al arco sobre el que se levantaba la torre vigía del suroeste, los aguardaban cuatro guardias.

—Ellos escoltarán a Tanis hasta sus aposentos, donde permanecerá bajo vigilancia hasta que nos reunamos con el Orador —anunció Gilthanas.

—¿Quieres decir que éste —protestó Flint señalando a Tyresian— va a tener oportunidad de contar al Orador lo ocurrido desde su punto de vista, sin que Tanis esté presente para defenderse? ¿Es ésa la justicia elfa?

—Lord Tyresian, como comandante de la expedición, tiene el derecho de presentar su informe al Orador de los Soles —intervino Porthios.

—¿Estarás tú presente? —le preguntó Flint.

—Por supuesto. Y también Gilthanas. Y Miral, si se siente con fuerzas.

—Entonces, también iré yo —decidió el enano—. Hablaré al Orador en favor de Tanis.

Flint adoptó una actitud firme; era evidente que nadie lo disuadiría de su propósito.

Dos guardias, ataviados con sus brillantes libreas negras, acompañaron a Tanis, todavía montado en *Belthar*, a través de las calles de Qualinost hacia palacio. El sombrío trío atrajo las miradas de algunos transeúntes, pero, en general, los habitantes de la ciudad no parecieron extrañarse de que el protegido del Orador viajara con dos guardias de palacio.

* * *

Varias horas después, Tanis oyó ruido al otro lado de la puerta de su cuarto.

—¡Fuera de mi camino! —gruñó una voz profunda. El semielfo, que había estado asomado al ventanal del segundo piso que daba al patio, se volvió hacia la puerta.

—¿Quien va? —preguntó uno de los guardias.

Tanis sacudió la cabeza. Había reconocido la voz.

—Sabes muy bien quién soy —bramó Flint—. Así que déjate de tanta monserga y déjame pasar. Tengo intención de hablar con Tanis y, te lo advierto, no intentes, impedírmelo.

—Pero, maestro Fireforge, Tanis está bajo arresto. No se puede... —protestó el guardia.

—¡Ni bajo arresto ni narices! —espetó el enano—. Vengo por orden del Orador de los Soles. Déjame pasar, o por Reorx que...

Tanis se imaginaba la expresión de los acerados ojos del enano en ese momento; se escuchó el tintineo de unas llaves. La pesada puerta se abrió hacia adentro y Flint atravesó el umbral.

Para sorpresa de Tanis, Miral acompañaba al enano. La mano derecha del mago llevaba un aparatoso vendaje, y su semblante estaba tan pálido

como sus ojos; no obstante, Miral parecía complacido.

El guardia cerró la puerta, evidentemente aliviado de tener la hoja de madera entre el enano y él. El gesto ceñudo de Flint no lograba ocultar el hecho de que se sentía tan satisfecho como Miral.

—Explicamos todo al Orador —anunció el enano, tras rehusar la invitación de Tanis para que se sentara. Permaneció de pie sobre la gruesa alfombra tejida en tonos verdes, marrones y naranjas, que representaba una cacería de ciervos.

Miral se dirigió a una silla fabricada con madera de álamo y el asiento de lona, cercana a la sobria mesa que servía de escritorio a Tanis. El mago tomó asiento con actitud cansada. Tanis le ofreció agua de una jarra de porcelana, pero Miral sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Tu amigo —dijo el mago señalando a Flint— contó al Orador todo lo sucedido en el claro, es decir, que Xenoth se encontraba fuera del alcance de ambas flechas, y que protegiste al consejero cuando la criatura lo atacó...

—... y que Miral llegó como un huracán al claro para descargar su magia contra el tylor —añadió Flint—. Hubo un debate sobre quién había matado a la bestia. El mago sostenía que había sido tu flecha la que acabó con ella. Otros eran de la opinión que había sido él quien la había matado.

Tanis suponía quiénes eran esos «otros». Se recostó en el antepecho del ventanal y se cruzó de brazos. Se había cambiado las ropas de caza por una túnica corta y unos pantalones de piel de gamo.

—La flecha de Tanis estaba clavada en el ojo del tylor —intervino Miral—. Todo cuanto hice yo fue lanzar un poco de humo y fuego.

Flint arqueó una ceja.

—Tu «poco de humo y fuego» fue algo más que una mera maniobra de distracción —comentó el enano, que volvió la vista hacia Tanis—. Lo que es más, también ha planteado una posible explicación para que tu flecha hiciera un sesgo tan extraño.

El semielfo, sin saber qué decir, miró al mago. Miral le sonrió.

—Los tylors son criaturas que poseen una gran magia. Yo, por el contrario, no soy muy hábil en el arte, como muy bien sabes. No obstante, de algún modo, en el claro fui capaz de arrojar una descarga ardiente tan

potente que me desmontó de la silla y que es probable que haya matado al monstruo.

—¿Y? —preguntó Tanis, sin alcanzar a comprender adónde quería ir a parar el mago.

Miral se sentó un poco más erguido en la silla e hizo un gesto con la mano izquierda. La extremidad vendada permaneció inmóvil sobre su regazo.

—Me he limitado a conjeturar si, en el ardor del momento, la enfurecida criatura no habrá liberado su magia y, de algún modo involuntario, yo la desvié y la volví contra ella misma.

—¿Es eso posible? —inquirió dudoso el semielfo.

Miral se encogió de hombros, y se recostó de nuevo en el respaldo.

—Lo ignoro. No es más que una suposición. Pero, si ocurrió así, y ya se que es un «si» con mucho peso, ¿esa misma fuerza mágica desencadenada no habría podido desviar también la flecha de su curso?

—¿Quieres decir...?

Tanis miraba asombrado al mago. Miral respiró hondo antes de responder.

—Que lo ocurrido con lord Xenoth fue un mero accidente, del que no se te puede culpar bajo ninguna circunstancia. —Hizo una pausa para cobrar aliento—. Y que, de hecho, te comportaste con valentía y honor al enfrentarte cara a cara con una muerte casi segura para salvar a lord Xenoth.

Flint se acercó al escritorio de Tanis y cogió un puñado de almendras confitadas de un cuenco de madera.

—El Orador dijo que consultaría con expertos en magia para ver si es una explicación razonable —añadió el mago—. En consecuencia, has quedado fuera de sospecha. Los guardias han sido retirados de tu puerta.

Libre de la tensión que había soportado, Tanis cayó en la cuenta de que había dormido cuatro horas en los dos últimos días. Bostezó, y el mago y el enano sonrieron.

—Muchacho, tienes el aspecto de quien ha vivido diez años en pocas horas —dijo Flint, ajeno al parecer a las ojeras que se marcaban bajo sus

propios ojos enrojecidos.

—Y así ha sido —susurro el semielfo.

Sin cruzar una palabra más, el enano y el mago elfo se marcharon, uno a su taller y el otro a sus aposentos de palacio.

* * *

Tanis fue hacia el armario para desnudarse y meterse en la cama. Acababa de quitarse la camisa de piel de gamo cuando sonó una llamada. Pensando que sería Flint otra vez, fue hacia la puerta y la abrió de golpe, sin molestarse en cubrirse el torso.

Una voz cristalina lo saludó, y Laurana salió de las sombras del corredor y entró en el cuarto. Parecía indecisa, lo que no era habitual en ella, pero sí tal vez comprensible habida cuenta de la escasa vestimenta del semielfo. La única iluminación en el cuarto era la que proporcionaba una lámpara que había sobre el escritorio y la luz de la luna que penetraba por el ventanal, que se reflejó en las hebras metálicas de la bata plateada de la joven.

—Tanis...

Él guardó silencio, confiando en que la conversación no se prolongara mucho. Estaba tan cansado que sus ojos apenas podían enfocar con claridad a la princesa elfa.

—Yo... —balbuceó Laurana—. Padre me ha contado la conversación que tuvisteis esta mañana.

La joven pasó a su lado y se detuvo en la alfombra donde minutos antes Flint había estado. Tanis sacudió la cabeza, y se quedó junto a la puerta. ¿Había sido esta mañana cuando se reunió con Solostaran en el despacho de la Torre? ¿Hacía de ello sólo unas horas? Oh, cómo necesitaba el descanso de un buen sueño. Se tambaleó y buscó apoyo en el umbral de piedra.

—Me dijo que no me quieres —continuó Laurana—. No del modo que yo esperaba que lo hicieras.

Aunque la muchacha mantenía erguida la cabeza, su nerviosismo se hacía patente por el modo en que alisaba una y otra vez los puños de encaje

de la bata.

Tanis fue consciente de lo mucho que debía costarle a la joven mantener esta conversación. Deseó ponerle punto final de un modo conciso y honrado.

—Eres mi hermana —murmuró con ternura.

—¡Eso no es cierto! —protestó Laurana—. El que nos hayan criado como tal no nos hace hermanos. Puedo amarte. Y te amo.

Se acercó a él y enlazó sus delicados dedos en los del joven. Tanis gimió para sus adentros, aunque en el fondo de su ser sabía que Laurana tenía razón. Eran primos a través de un matrimonio, y aun ese lazo era muy lejano. Desde luego, no era su hermano. ¿Pero había deseado él alguna vez que no fuera así? Sacudió la cabeza al recordar el anillo de oro que había guardado en una bolsita de cuero.

—Laurana, por favor, compréndelo —dijo con cansancio—. Te quiero. Pero te quiero como a...

—¿... a una hermana? —finalizó ella la frase con acritud. Se apartó de él con brusquedad—. Eso es lo que dijiste a padre esta mañana, ¿no es cierto? «La quiero como a una hermana.»

Sobrevino un silencio en el que sólo se escuchaba la agitada respiración de Laurana. Cuando habló de nuevo, su voz tenía un deje de amargura.

—He sido una estúpida, ¿verdad? No volveré a molestarte, Tanthalas, *hermano* mío. En realidad, debería darte gracias por hacerme ver la verdad.

Su expresión era tan fría como el cuarzo de las paredes del cuarto, pero, a la luz de Solinari, Tanis vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—¡Aprenderé a odiarte, Tanis! —gritó, y salió corriendo al corredor, seguida por la mirada del semielfo. Justo antes de desaparecer por una esquina, se detuvo y se volvió a mirarlo—. Deshazte del anillo, Tanthalas. —Su voz casi había recobrado la normalidad. Acto seguido se marchó.

Tanis se reprimió con dureza, pensando que se merecía una patada en el trasero. Debería haber encontrado otro modo de manejar esta situación. Sacudió la cabeza, suspiró y cerró la puerta del cuarto.

19

El medallón

AÑO 308 D.C

PRINCIPIOS DE VERANO,

Las semanas transcurrieron sin que se volviera a hablar sobre la controversia suscitada por la muerte de lord Xenoth. Dos días después del fallecimiento, se celebró un sencillo funeral por el hombre que durante tanto tiempo había ocupado el puesto de consejero. A decir verdad, pocas personas en la corte echaron de menos al irascible anciano, y más de un elfo suspiró con alivio para sus adentros al no tener que volver a entablar batallas dialécticas con él.

El funeral de Xenoth no impidió que la población en general organizara festejos para celebrar la muerte del tylor. La presencia de la bestia había originado una inhibición del comercio, en el que estaba cada vez más fundamentada la economía de Qualinesti. La cabeza estada de la criatura se exhibió durante un tiempo en la torre de vigía del sudoeste, y se formaron largas filas de elfos, muchos de ellos con niños a cuestas, para contemplar el trofeo.

Tanis se encontró con que, de pronto, se había convertido en el foco de las miradas admirativas de los elfos corrientes del Gran Mercado, y de las recelosas de los cortesanos en la Torre y en palacio. Tanto las unas como las

otras lo hacían sentirse incómodo. Además, Laurana lo evitaba y, cuando ello no era posible, lo trataba con una estudiada frialdad.

Por consiguiente, el semielfo pasaba más tiempo que nunca en el taller de Flint observando al enano mientras éste realizaba diversos diseños para el medallón del *Kentom men* de Porthios.

—El Orador nombró ayer al sustituto de lord Xenoth —anunció Tanis una mañana mientras contemplaba cómo las manos del enano se movían veloces sobre un pergamino con un trozo de carboncillo.

—¿A quién? —preguntó Flint.

—A Litanas, por supuesto.

—Supongo que eso ha cerrado el compromiso de Litanas con Selenia —apuntó con sorna el enano.

—Sí. Ulthen deambula por palacio como un alma en pena, suspirando y mirando a Selenia como un... —Tanis se estrujó el cerebro en busca de un símil adecuado. De pronto, el golpeteo de unos cascos lo sacó de sus reflexiones, y Pies Ligeros apareció en el umbral del taller con un brillo afectivo en sus límpidos ojos marrones—... como un mulo al que han dado plantón.

Farfullando un juramento entre dientes, Flint soltó el carboncillo y se interpuso en el camino de la mula cuando el animal ya plantaba la pezuña en el interior del taller. La condujo de vuelta al cobertizo mientras la regañaba.

Cuando los rezongos del enano se perdieron en la distancia, Tanis se levantó de la silla y se acercó a la mesa. Sobre el tablero se esparcía más de una docena de dibujos en los que aparecía un medallón en diferentes perspectivas. Flint trabajaba con varias combinaciones de símbolos elfos; hojas de álamo, por supuesto, y otros elementos del bosque. Incluso había esbozado una caricatura de Porthios en la que se reflejaba su carácter terco y firme, pero quedaba demasiado enfatizado por el permanente ceño del noble elfo; Flint había tachado con una gran «X» el dibujo. Tanis eligió el diseño de un medallón en el que se entrelazaban hojas de álamo, roble y hiedra. Era el que más le gustaba de todos.

Flint regresó al taller y cerró la puerta con un sonoro golpe, impidiendo de manera inadvertida el paso de la agradable brisa que aliviaba el calor del estío. Con la llegada de las temperaturas altas, el enano se había despojado de su habitual túnica, y vestía unos pantalones de tejido ligero de color crema, y una camisola amplia, con un tono semejante al del huevo de un petirrojo; llevaba los faldones metidos en el pantalón de cualquier manera, y las mangas remangadas.

—Condenada mula —gruñó el enano—. He hecho cuatro pestillos diferentes para su cuadra, y se ha buscado las mañas para abrirlos todos.

—Te adora, Flint. El amor lo puede todo, ya lo sabes —comentó Tanis disimulando una sonrisa.

—Mi madre solía decir: «Con amor y una moneda de cobre tendrás un bocadillo de queso y pan duro en el mercado del sábado» —apuntó el enano, que de nuevo había volcado toda su atención en el dibujo.

Tanis abrió la boca para hacer un comentario sobre los diseños, pero la cerró de golpe sin haber articulado una palabra. Miró a Flint con desconcierto.

—¿Y bien? —preguntó por último.

—¿Y bien, qué? —repitió el enano, arqueando las espesas cejas.

—¿Que qué significa eso? —inquirió Tanis.

—Sólo Reorx lo sabe —respondió Flint mientras cogía el carboncillo otra vez—. No es más que un refrán que decía mi madre.

—Ah...

El enano dio la vuelta a los dibujos para mostrárselos a Tanis.

—¿Cuál te gusta más? —inquirió.

—Éste. —El semielfo señaló el de las hojas entrelazadas—. Pero me parece demasiado simple.

—Eso mismo pensé yo —dijo Flint estudiando el dibujo—. El problema está en que no sé si emplear metal o madera para hacer el medallón.

Tanis le dirigió una mirada interrogante.

—En apariencia —explicó el enano—, la madera sería una buena elección, pues mostraría la conexión entre los elfos y la naturaleza. Pero un medallón tallado en madera recordaría uno de esos discos de abedul que los

niños emplean como monedas para jugar. —Flint dio otra vez la vuelta a los dibujos—. Y ésta no es precisamente la imagen más adecuada para conmemorar la mayoría de edad del heredero del Orador.

—¿Y qué tal en acero? —sugirió Tanis.

—Bueno, es un metal precioso —musitó Flint con expresión abstraída—. Pero cualquier obra realizada en acero da la impresión de frialdad y rigidez. Pongamos por caso el colgante de tu madre. —Tanis acarició la guarda de la espada que siempre llevaba consigo, fuera a donde fuera—. Es precioso, pero... de algún modo, distante. Hermoso y muy significativo para ti, su hijo..., pero no es cálido.

Taras contempló en silencio al enano, que se acodó en la mesa y apoyó la frente en las manos.

—No me queda mucho tiempo —se quejó Flint—. El *Kentommen* se celebra dentro de dos semanas, y todavía he de presentar los diseños al Orador para que les dé su visto bueno.

El semielfo no hizo comentario alguno. Flint se frotó los ojos, se levantó de la silla y cruzó la habitación hacia un aparador de roble en el que había una bandeja con frambuesas. Con un cucharón llenó dos cuencos de barro con las bayas.

—¿Otro regalo de tía Ailea? ¿Como esa camisa que luces hoy? Estas de punta en blanco —comentó Tanis con retintín.

Flint le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir con ese comentario?

—Oh, nada, nada —respondió el semielfo, a la vez que alzaba las manos en un burlón gesto de rendición.

—Ailea es una buena amiga —dijo Flint, apuntando con el cucharón a Tanis—. Y he de añadir que tú mismo has pasado mucho tiempo con ella en las últimas semanas, muchacho.

—¿Quieres que traiga la crema para echarla en las frambuesas? —preguntó el semielfo mientras cogía una baya y se la metía en la boca. El enano conservaba frescas sus provisiones, incluidas la leche y la crema, metidas en tarros de cerámica sellados que sumergía en un manantial que había en el patio trasero de la casa.

Flint se llevó a la boca un buen puñado de frambuesas, cerró los ojos y masticó despacio.

—Así están estupendas —musitó. Abrió los ojos y miró a Tanis de hito en hito—. En cualquier caso, le pago a Ailea con juguetes. Éstos no son regalos.

El enano cogió el cuenco y regresó a la mesa para seguir examinando los dibujos. Tanis pensó que más valía cambiar de tema.

—Si no acabas de decidirte por la madera o el acero, ¿por qué no haces una combinación de ambos? —masculló, pues tenía la boca llena de frambuesas.

Flint asintió con gesto ausente. Entonces se volvió hacia el semielfo.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

—Que por qué no combinas...

Pero Flint ya no le hacía caso; había cogido otra hoja de papel y dibujaba trazos con entusiasmo. Farfulló algo para sí mismo, pero Tanis no entendió lo que decía. El semielfo suspiró. ¿Qué más daba? Hacía tanto calor que estaba amodorrado; no le vendría mal una siesta. Cinco minutos más tarde, el semielfo, hecho un ovillo sobre el catre del enano, se había quedado dormido.

* * *

Ya había transcurrido buena parte de la tarde cuando por fin Flint levantó la vista del dibujo en el que trabajaba.

—Echa un vistazo a esto, muchacho. Necesito que me des tu opinión.

—Se volvió hacia Tanis, pero el joven seguía adormilado y no le hizo caso—. ¡Vaya!

Flint lanzó otra fugaz ojeada al dibujo, enrolló la hoja, la metió en un cilindro, y salió del taller cerrando la puerta sin hacer ruido. Media hora después, el enano desenrollaba el pergamino sobre el escritorio del Orador, en el despacho de la Torre. Solostaran se inclinó sobre el diseño del enano para examinarlo.

—He decidido combinar oro, plata, acero, cuerno, coral rojo y malaquita —dijo Flint con excitación—. Y madera de álamo.

El dibujo mostraba un medallón de un tamaño aproximado al puño de un niño. En el disco se representaba un paisaje, con un álamo al fondo y un sendero que discurría entre abetos y conducía a una colina. Tras la colina asomaban dos lunas.

—Haré la medalla uniendo una lámina posterior de acero con otra anterior de oro. En la de oro esculpiré las figuras de los árboles, las lunas y el camino.

Solostaran asintió en silencio. Era una idea brillante.

—¿Y qué me dices del coral y la malaquita? —preguntó—. ¿En dónde encajan?

—La pieza llevará incrustaciones —explicó Flint—. Una vez que haya unido las dos láminas, rellenaré el contorno de los árboles; malaquita para las hojas y las ramas, y cuerno marrón para los troncos. El camino lo haré con cuerno y acero. Una de las lunas, Lunitari, será de coral rojo. La otra, Solinari, será de plata.

—Es precioso, pero tiene mucho trabajo. ¿Crees que podrás terminarlo en sólo dos semanas? —Solostaran parecía dudoso.

Flint le guiñó un ojo a la vez que cogía un puñado de higos secos y almendras confitadas del cuenco de plata que había sobre el escritorio. El cuenco siempre estaba lleno cuando Flint visitaba al Orador, pero el enano nunca se planteó el significado de aquello; se limitaba a felicitarse por su buena suerte de tener un amigo cuyos gustos coincidían con los suyos.

—La parte difícil es discurrir una idea. El resto resulta sencillo. ¿Está bien el diseño? —preguntó Flint con seguridad, consciente de que al Orador le gustaba, pero deseoso de escucharlo de sus labios.

—Es perfecto —aseguró Solostaran.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del enano.

—Estupendo. Entonces me pondré manos a la obra ahora mismo. —Alargó la mano para recoger el dibujo.

—Maestro Fireforge. Flint —lo interrumpió Solostaran. El enano miró a su amigo—. ¿Qué comentarios corren acerca de la muerte de lord Xenoth?

La mano de Flint permaneció inmóvil, suspendida sobre el dibujo unos segundos. Después, cogió la hoja y la enrolló con calma.

—Bueno, ya sabéis que no tengo mucho trato con los cortesanos ahora. —«*Sobre todo desde que me puse de parte de Tanis en la cacería del tylor*», pudo haber añadido, aunque se guardó el comentario para sí mismo.

—En ese caso, ¿qué comenta la gente corriente?

Flint ató una cinta en torno al rollo de pergamino y dejó escapar el aire con lentitud.

—Lord Xenoth no era una persona apreciada por mucha gente, en especial por aquellos que consideraba... de clase inferior —dijo, midiendo las palabras—. Sin embargo, muchos elfos comparten su punto de vista acerca de mantener Qualinesti aislado del resto del mundo. Tras una pausa, decidió sincerarse—. Esos mismos elfos no aprueban mi presencia aquí, y tampoco les entusiasma la idea de permitir que vivan semielfos en la ciudad.

—Siempre hay fanáticos en todas las sociedades —murmuró Solostaran—. La cuestión es cuál es su preponderancia.

—Eso lo ignoro, señor.

—«Lláname Orador» —comentó Solostaran con una débil sonrisa—. ¿Recuerdas cuando te dije eso, el día en que llegaste a Qualinost?

—¿Que si lo recuerdo? —resopló el enano—. ¿Cómo iba a olvidarlo? ¿Cuántos tipos reciben lecciones de protocolo cortesano del Orador de los Soles en persona?

Solostaran guardó silencio; al cabo de unos segundos su sonrisa y la del enano se borraron.

—Muchos cortesanos están molestos, Flint. Dicen..., dicen que protejo a Tanthalas porque está bajo mi tutela. Dicen que debería desterrarlo.

—¿Desterrar a Tanis? ¡Eso es absurdo! —exclamó Flint—. Él no mató a Xenoth. Miral explicó que la explosión mágica pudo desviar la segunda flecha.

—Flint, he hablado con varios magos durante las últimas semanas, y todos coinciden en lo mismo. Circunstancias tales como las descritas por Miral son extremadamente improbables. Su explicación requeriría que la

poderosa magia del tylor «rebotara» en un mago tan poco diestro como Miral y, de algún modo, forzara el curso de una flecha que se alojó en el pecho de un elfo. Dicen que no es imposible, pero tampoco probable. Para empezar, un incidente de este estilo habría matado a cualquiera que no fuera un poderoso mago. Hace semanas que consulto con un experto tras otro esperando encontrar a uno que diga: «Sí, es probable que ocurriera así». — Solostaran retiró el sillón del escritorio y se volvió de cara a los ventanales —. Es imposible, Flint. Nadie que entienda de magia admitirá esa posibilidad.

A despecho del calor que reinaba en el exterior, el edificio de mármol y cuarzo se mantenía frío. Flint se es tremeció.

—¿Qué haréis, Orador?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a su vez Solostaran, cuyos movimientos irritados hicieron susurrar los pliegues de la túnica—. Me encuentro ante una situación en la que el testigo más próximo, alguien en quien confío plenamente, afirma que la explicación más lógica, es decir, que Tanis erró el disparo, no es cierta. Las otras explicaciones que exculparían a mi protegido se consideran prácticamente imposibles por elfos expertos en el tema.

»Ello me lleva a una conclusión: *lo que le ocurrió a Xenoth no pudo haber ocurrido*. Y, aun así, sucedió. —El Orador se incorporó y empezó a pasear frente al inmenso ventanal—. Mis cortesanos esperan que «haga algo», pero el fallo que quieren que dé es moralmente inaceptable desde mi punto de vista. No puedo desterrar a Tanthalas por el mero hecho de que a unos cortesanos mojigatos y estrechos de miras les molesta su presencia y han encontrado un modo de librarse de él. Sin embargo... —Regresó a su asiento, en el que se dejó caer con pesadez—. Parece que siempre llego a ese «sin embargo...».

Flint se devano los sesos en busca de una respuesta, pero tenía la mente en blanco. Todo cuanto pudo hacer fue prometer que pensaría en ello, y que estaría atento a los comentarios para calibrar la opinión que los elfos corrientes tenían sobre el asunto.

Cuando el enano salió de la Torre del Sol unos minutos más tarde, dispuesto a recorrer las calles muy despacio hasta llegar a su taller, se encontró con una figura familiar que aguardaba en los peldaños de la escalinata. Un grupito de entusiasmados niños se había arremolinado alrededor de Pies Ligeros, que alzó el gris hocico y lanzó un relincho de alegría al verlo aparecer por las puertas. Una tira de cuero mordisqueada y rota colgaba del collar que Flint había hecho para el animal, su último intento de cortarle los vuelos.

—¡Mula, cabeza hueca! —gruñó el enano—. ¡Sólo un kender sería más molesto que tú!

Agarró la tira de cuero rota y echó a andar por la calle llevando tras de sí al encaprichado animal.

_____ 20 _____

Un sueño de verano

Las altas temperaturas, tan inusuales en Qualinost, hacían que hasta los durmientes más tranquilos tuvieran pesadillas. Y Miral no era una excepción.

De nuevo estaba en la caverna. Del techo colgaban estalactitas, que brillaban con un fulgor interior; aquel brillo era la única iluminación de la cueva. Del húmedo suelo brotaban estalagmitas. El piso estaba tan resbaladizo que Miral apenas lograba guardar el equilibrio.

Entonces miró hacia abajo y vio que calzaba unas sandalias de fino cuero, del tipo que llevan los niños elfos. Su mono estaba desgarrado y sucio por las continuas caídas.

Miral no sabía cuánto tiempo llevaba en la caverna. Parecía que habían pasado días, pero los niños tienen un sentido del tiempo muy especial. No sentía hambre. Había deambulado por las cuevas, recorriendo túnel tras túnel, buscando en todo momento la *presencia* que lo llamaba, y, de manera fortuita, había encontrado comida cada vez que se le abría el apetito. Como niño que era, no le había extrañado esta circunstancia; se limitaba a comer hasta saciarse y después reemprendía la marcha.

No estaba realmente asustado. En cierta ocasión en que sintió sueño, se topó con un cálido lecho que había junto a un muro, con una mullida

almohada y una colcha de franela con el pico doblado, como si le diera la bienvenida. Más tarde, cuando se despertó, lo esperaba un plato de *quith-pa* recién tostado y untado con azúcar y canela.

El pequeño Miral había aceptado estos regalos sin plantearse en ningún momento de dónde procedían. Si alguien le hubiera preguntado, habría dicho que probablemente los enviaba mamá, a pesar de que no la había visto desde lo que al pequeño le parecían siglos, cuando lo había llamado desde la boca de la cueva y le había dicho: «Regresa aquí ahora mismo, jovencito», hacía tanto tiempo.

Ya no sabía dónde estaba la entrada a la caverna. Ni tampoco dónde estaba Qualinost, ni mamá.

La *presencia* lo llamó desde lo profundo de la cueva. No obstante, con la llamada llegó un zumbido, un rumor que desconcertó al pequeño Miral. El sonido despertaba en él una sensación mezcla de temor y alivio.

La *presencia* lo quería. Le daría consuelo.

De pronto, la llamada se hizo más urgente, como si la *presencia* estuviera asustada y enfadada a la vez. «*Acércate, pequeño elfo Acércate. Te protegeré. Te proporcionaré cuanto necesites si me liberas. Ven, pequeño. Por aquí*». En aquel momento, Miral supo adónde tenía que ir. La *presencia* se lo había dicho. Puso en movimiento sus regordetas e inseguras piernas y corrió túnel tras túnel. Giró un recodo a toda velocidad, sabiendo que la *presencia* estaba cerca, y...

Un súbito destello luminoso inundó la nueva cámara a la que había llegado Miral. Pasaron varios minutos sin que pudiera ver nada, cegado por el resplandor. La sensación de gran bondad había desaparecido de la *presencia* para dar paso a una desmedida maldad.

Se quedó ronco de tanto llamar a gritos a su mamá; corrió en círculos queriendo huir del zumbido que vibraba en la caverna, de la que habían desaparecido entradas o salidas. En medio de la cueva —la fuente del ruido, de la luz y del terror, comprendió a pesar de su infantil inocencia—, había una pulsante gema más grande que su cabeza. Sus caras facetadas emitían rayos grises y rojos que llegaban hasta los últimos recovecos de la roca. Le

dolían los ojos, pero cerrar los párpados no impidió el paso de los rayos. Empezó a sollozar otra vez.

La Gema Gris lo quería. Sus palabras retumbaban dentro de su pequeña cabeza.

«Libérame. Déjame marchar y te daré cuanto desees.»

Imágenes de juguetes, de mamá, de tía Ailea, de apetitosas comidas, aparecieron en sucesión ante sus ojos. Miral estaba febril. Tenía seca la garganta, y le dolía; quería beber algo.

De pronto, una copa de agua fresca se materializó ante él, flotando en el aire. Cuando fue a cogerla, desapareció. La combinación entre lo familiar y lo imposible hizo gemir al pequeño. Divisó una grieta a lo largo de uno de los muros y corrió para acurrucarse dentro del hueco. Se apretó más y más contra la roca, en tanto que todos y cada uno de los monstruos de su mundo infantil lo acosaban amenazadores desde la caverna.

Ahora llegaba la parte del sueño, que sabía venía a continuación: una fuerte mano lo agarraba y tiraba de él más y más hacia el fondo de la grieta...

Miral despertó, empapado en sudor.

OceanofPDF.com

20

Un sueño de verano

Las altas temperaturas, tan inusuales en Qualinost, hacían que hasta los durmientes más tranquilos tuvieran pesadillas. Y Miral no era una excepción.

De nuevo estaba en la caverna. Del techo colgaban estalactitas, que brillaban con un fulgor interior; aquel brillo era la única iluminación de la cueva. Del húmedo suelo brotaban estalagmitas. El piso estaba tan resbaladizo que Miral apenas lograba guardar el equilibrio.

Entonces miró hacia abajo y vio que calzaba unas sandalias de fino cuero, del tipo que llevan los niños elfos. Su mono estaba desgarrado y sucio por las continuas caídas.

Miral no sabía cuánto tiempo llevaba en la caverna. Parecía que habían pasado días, pero los niños tienen un sentido del tiempo muy especial. No sentía hambre. Había deambulado por las cuevas, recorriendo túnel tras túnel, buscando en todo momento la *presencia* que lo llamaba, y, de manera fortuita, había encontrado comida cada vez que se le abría el apetito. Como niño que era, no le había extrañado esta circunstancia; se limitaba a comer hasta saciarse y después reemprendía la marcha.

No estaba realmente asustado. En cierta ocasión en que sintió sueño, se topó con un cálido lecho que había junto a un muro, con una mullida almohada y una colcha de franela con el pico doblado, como si le diera la

bienvenida. Más tarde, cuando se despertó, lo esperaba un plato de *quith-pa* recién tostado y untado con azúcar y canela.

El pequeño Miral había aceptado estos regalos sin plantearse en ningún momento de dónde procedían. Si alguien le hubiera preguntado, habría dicho que probablemente los enviaba mamá, a pesar de que no la había visto desde lo que al pequeño le parecían siglos, cuando lo había llamado desde la boca de la cueva y le había dicho: «Regresa aquí ahora mismo, jovencito», hacía tanto tiempo.

Ya no sabía dónde estaba la entrada a la caverna. Ni tampoco dónde estaba Qualinost, ni mamá.

La *presencia* lo llamó desde lo profundo de la cueva. No obstante, con la llamada llegó un zumbido, un rumor que desconcertó al pequeño Miral. El sonido despertaba en él una sensación mezcla de temor y alivio.

La *presencia* lo quería. Le daría consuelo.

De pronto, la llamada se hizo más urgente, como si la *presencia* estuviera asustada y enfadada a la vez. «*Acércate, pequeño elfo Acércate. Te protegeré. Te proporcionaré cuanto necesites si me liberas. Ven, pequeño. Por aquí*». En aquel momento, Miral supo adónde tenía que ir. La *presencia* se lo había dicho. Puso en movimiento sus regordetas e inseguras piernas y corrió túnel tras túnel. Giró un recodo a toda velocidad, sabiendo que la *presencia* estaba cerca, y...

Un súbito destello luminoso inundó la nueva cámara a la que había llegado Miral. Pasaron varios minutos sin que pudiera ver nada, cegado por el resplandor. La sensación de gran bondad había desaparecido de la *presencia* para dar paso a una desmedida maldad.

Se quedó ronco de tanto llamar a gritos a su mamá; corrió en círculos queriendo huir del zumbido que vibraba en la caverna, de la que habían desaparecido entradas o salidas. En medio de la cueva —la fuente del ruido, de la luz y del terror, comprendió a pesar de su infantil inocencia—, había una pulsante gema más grande que su cabeza. Sus caras facetadas emitían rayos grises y rojos que llegaban hasta los últimos recovecos de la roca. Le dolían los ojos, pero cerrar los párpados no impidió el paso de los rayos. Empezó a sollozar otra vez.

La Gema Gris lo quería. Sus palabras retumbaban dentro de su pequeña cabeza.

«Libérame. Déjame marchar y te daré cuanto deseas.»

Imágenes de juguetes, de mamá, de tía Ailea, de apetitosas comidas, aparecieron en sucesión ante sus ojos. Miral estaba febril. Tenía seca la garganta, y le dolía; quería beber algo.

De pronto, una copa de agua fresca se materializó ante él, flotando en el aire. Cuando fue a cogerla, desapareció. La combinación entre lo familiar y lo imposible hizo gemir al pequeño. Divisó una grieta a lo largo de uno de los muros y corrió para acurrucarse dentro del hueco. Se apretó más y más contra la roca, en tanto que todos y cada uno de los monstruos de su mundo infantil lo acosaban amenazadores desde la caverna.

Ahora llegaba la parte del sueño, que sabía venía a continuación: una fuerte mano lo agarraba y tiraba de él más y más hacia el fondo de la grieta...

Miral despertó, empapado en sudor.

OceanofPDF.com

21

Intento de asesinato

AÑO 308 D.C.

MEDIADOS DE VERANO,

Más de una semana después de la entrevista con el Orador, Flint estaba trabajando en el medallón para el *Kentommen* de Porthios cuando lord Tyresian entró en el taller del enano; sin llamar antes, por supuesto, advirtió Flint. Sólo Tanis era bien recibido sin necesidad de anunciarse. Incluso *Pies Ligeros* avisaba a su modo, pues por lo general el ruido de sus cascos alertaba al enano con tiempo suficiente para plantarse de un salto en la puerta.

El tiempo había refrescado un poco tras el calor aplastante de la semana pasada. Hoy era uno de esos días que invitan a meter en una cesta unas lonchas de *quith-pa*, queso y un frasco de vegetales en conserva, y salir de excursión a un paraje con la visión panorámica de la torrentera y la ciudad a los pies. Pero el enano no tenía tiempo para pensar en tomarse unas horas de descanso. Se le estaba echando encima la fecha tope; el *Kentommen* tendría lugar dentro de una semana.

Ni que decir tiene que, con la inminente celebración, numerosos nobles de Qualinost habían decidido encargar trabajos al enano, que *sin falta* tenían que estar terminados para antes de la ceremonia de mayoría de edad de Porthios. Flint había aceptado los encargos, pero había dado a todos la

misma contestación: estaba ocupado con un trabajo para el Orador de los Soles y, aun sintiéndolo mucho, no podría ocuparse de nuevos proyectos hasta después del *Kentommen*. No se habían quedado muy contentos, por supuesto, pero los elfos de Qualinost habían aprendido hacía tiempo que Flint Fireforge, aun siendo sin lugar a dudas el mejor artesano del metal de la ciudad, también era más terco que una mula, y ninguna súplica o amenaza lo harían cambiar de opinión.

Flint tenía ante sí los dos discos que conformarían el medallón; estaba cincelando con cuidadoso esmero la placa de oro delantera, valiéndose de un martillo pequeño y un fino cincel. Examinó con ojo crítico el resultado; el cincel dejaba en las formas unos bordes irregulares y el efecto le gustaba bastante, sobre todo en la silueta de los árboles.

—Lo que no es mala cosa, habida cuenta de que no queda tiempo de rehacerlo —musitó.

Fue entonces cuando la puerta se abrió, la campanilla repicó y el arrogante señor elfo asomó por el umbral.

—Enano, requiero tus servicios —anunció Tyresian.

Tomándose con calma, Flint tapó las piezas del medallón con la hoja del diseño, alzó la vista del banco de trabajo y dedicó una sonrisa al noble que más semejaba la mueca de un perro al enseñar los dientes.

—Adelante, Tyresian, toma asiento —invitó, señalando con el cincel el banco de piedra.

De seguir el protocolo cortés, Flint debería haberse puesto en pie al entrar en el cuarto un noble elfo, si bien Solostaran y él hacía tiempo que pasaban por alto tales formalidades cuando el Orador lo visitaba en su taller a solas. No obstante, Tyresian enrojeció, molesto por el desaire. El hecho de que el noble no protestara por ello hizo comprender al enano que Tyresian tenía un gran interés en sus servicios. Aquello arrancó otra sonrisa a Flint.

—¿Qué servicio es el que «requieres»? —preguntó con actitud inexpresiva mientras se recostaba en el respaldo de su silla. Señaló de nuevo el banco con su cincel—. Toma asiento.

Tyresian parecía dudar entre sentarse donde le indicaba el enano —lo que daría la impresión de que era un subordinado que obedecía órdenes— o

permanecer de pie, cosa que también lo haría aparecer como un inferior. Salió del compromiso paseando de un lado a otro del taller, sin detenerse en ningún momento el tiempo suficiente para dar ocasión a Flint de que le indicara de nuevo que se sentara. Tras deambular con actitud insolente por todo el cuarto examinando con descaro el lecho, el baúl tallado, la forja y el resto del equipo, Tyresian desenvainó su espada corta y la presentó, con la empuñadura por delante, al enano.

Sin decir una palabra, Flint cogió el arma y la examinó. Era una espada ceremonial para llevar en actos oficiales, adornada con incrustaciones de esmeraldas y adularias opalescentes, o piedras de luna, engarzadas en acero. De venderse el arma, una familia se habría mantenido durante ocho meses con el dinero obtenido.

—Poco práctica para la batalla —comentó Flint.

—Es para actos oficiales —dijo Tyresian con altivez.

—Como, por ejemplo, el *Kentommen* de Porthios Kanan —añadió el enano.

El noble asintió en silencio.

Flint reanudó la inspección del arma. La madera de la empuñadura se había partido de mala manera; parte de la incrustación de acero se había soltado, y faltaba una de las gemas, una esmeralda, supuso el enano, a juzgar por la forma del hueco. No era una reparación sencilla; para hacer bien el trabajo, habría que reconstruir toda la empuñadura, lo que llevaría una semana dejando de lado cualquier otro encargo.

—Tardaría siete días, y no la tendría terminada a tiempo —declaró por último Flint.

El noble se puso furioso y sus azules ojos centellearon, pero mantuvo un tono de voz tan comedido como el del enano.

—Faltan siete días para el *Kentommen*, maestro Fireforge.

—Estoy ocupado con otro trabajo.

—Entonces déjalo y ocúpate de éste —indicó Tyresian con soberbia.

Flint devolvió la espada corta al noble.

—Quizás encuentres otro artesano que pueda repararla —dijo.

—Pero...

La llegada de tía Ailea y Tanis cortó la protesta de Tyresian. La anciana partera vestía ropas de llamativos colores, como era habitual en ella: camisa holgada de rayas amarillas y azules, falda fruncida y zapatillas de un fuerte tono rojo, todo ello con bordados de margaritas amarillo pálido. A su lado, Tanis casi pasaba inadvertido con su camisa y pantalones de color tostado. En medio, desequilibrado a causa de la gran diferencia de estatura entre la partera y el semielfo, acarreaban un gran cesto de mimbre lleno a rebosar con mazorcas. En la otra mano, Tanis llevaba un plato pequeño con un cuenco puesto boca abajo. Se detuvieron en el umbral y, con los ojos entrecerrados por el deslumbrante sol del mediodía, escudriñaron la penumbra del taller.

—¡La comida, Flint! —anunció Ailea—. ¡Maíz recién cosechado!

—Con mantequilla fresca —añadió Tanis, mientras alzaba el plato.

Entonces Tyresian avanzó hasta el rectángulo de luz de la puerta, y desapareció la expresión alegre en los rostros de los recién llegados.

—Vaya, qué casualidad —comentó el noble cruzándose de brazos y mirándolos de arriba abajo—. Dos asesinos haciéndose compañía. ¿Comparando notas, quizá? La ventaja entre acertar con una flecha en el pecho de lord Xenoth, y, digamos, dejar morir de parto a mi madre. Oh, lo había olvidado, Tanis. Ailea también dejó que tu madre muriera, ¿verdad?

El rostro de la anciana, tostado por el sol, palideció; se llevó la mano a la boca para contener un gemido. Avanzando hacia Tyresian con actitud amenazadora, Tanis soltó el asa del cesto y dos mazorcas cayeron rodando por el suelo.

Flint se apresuró a interponerse entre los dos hombres, de espaldas a Tanis, con una mano empujando al semielfo hacia el exterior y la otra puesta en el pecho de Tyresian. Cuando habló, había tanta calma en su voz que asustaba.

—Márchate, elfo —le ordenó a Tyresian, escupiendo literalmente las palabras—, o te haré una demostración de lo que puede ocasionar un avezado guerrero.

—¡Tú...! —bramó Tyresian.

—Yo he peleado con ogros —lo interrumpió Flint—. Tú, a pesar de los aires que te das, no tienes experiencia militar. Es fácil amenazar a una anciana y a un joven que en estos momentos no está en situación de remover mas las aguas revueltas de Qualinost retándote a una pelea. ¿Te parece bien desafiarme a mí en su lugar?

Tyresian miró al enano y pareció reparar, por primera vez, en el hacha de guerra que, a saber cómo, había aparecido en la mano derecha de Flint. El mango estaba lleno de muescas y golpes, pero las runas de poder grabadas en la hoja relucían con la luz del sol, y el filo era lo bastante aguzado para hendir la armadura más resistente.

El noble cambió de actitud y relajó la tensión.

—No olvides nunca, lord Tyresian, que fuiste tú quien sugirió que los cazadores saltaran el barranco y dejaran a Xenoth (y a mí, dicho sea de paso) a solas en la otra orilla, sin protección —añadió el enano. Tyresian empezó a protestar, pero Flint le agarró el brazo y apretó con fuerza—. Fuiste tú quien dejó tres personas a merced de un monstruo lo bastante poderoso para acabar con ellas en un abrir y cerrar de ojos —prosiguió con un tono poco más alto que un susurro, pero que resultaba autoritario por su intensidad—. Desde mi punto de vista, eres el mayor responsable de la muerte del consejero del Orador. Ciertamente, más culpable que el semielfo, que actuó para salvar, no sólo su vida, sino la de todos nosotros.

Como si el pequeño taller no estuviera ya bastante abarrotado con los presentes, Miral eligió precisamente ese momento para aparecer por el sendero que conducía desde la calle a la casa. Sin embargo, ninguno de los cuatro personajes involucrados en el drama que se desarrollaba en el umbral reparó de inmediato en la figura encapuchada del mago. Miral salió a un lado del sendero y aguardó.

—Y ahora, márchate, Tyresian —ordenó Flint—. Y no lo olvides: aunque nunca he expuesto al Orador mi teoría sobre la muerte de lord Xenoth, nada me impide ponerlo al corriente en el momento que lo considere oportuno. Sospecho que omitiste esa parte en el «informe» que le presentaste después de que Tanis hubo acabado con el tylor.

Haciendo un gran esfuerzo para controlarse, Tyresian apartó a Tanis de un empujón y salió al exterior pasando junto a Miral; el trío lo observó mientras se alejaba. Por fin, los tres amigos repararon al mismo tiempo en la presencia del mago, y Flint lo invitó a pasar al taller. Consciente de lo sensibles que eran a la luz los ojos de Miral, el enano cerró la puerta a sus espaldas y entornó las contraventanas. Entretanto, tía Ailea encendió la lumbre y puso a calentar una olla con agua, mientras Tanis se ocupaba de pelar las mazorcas. A pesar de que a los tres se les había quitado el apetito, se pusieron manos a la obra con los preparativos de la comida, con la evidente esperanza de recobrar la jovialidad que había echado a perder el incidente.

Miral explicó en pocas palabras el motivo de su visita; una de las planchas de una caja metálica en la que guardaba componentes mágicos se había soltado y los polvos se habían esparcido por el corredor donde estaban sus aposentos.

—Sé que estás muy ocupado, maestro Fireforge, pero confío en que dispongas de un rato para arreglarla —dijo Miral a la vez que extendía la mano y mostraba una caja del tamaño de la palma.

Flint la cogió. Era de plata, y la reparación parecía sencilla; un remache en el ángulo sería suficiente para fijar la pieza suelta. La caja estaba muy decorada, y los grabados de dragones, minotauros y formas geométricas disimularían el pequeño remache. Flint se puso manos a la obra, dejando temporalmente el medallón del Orador, mientras que Ailea y Tanis preparaban el maíz tierno.

El mago apenas habló, hecho que Flint atribuyó al cansancio por la falta de sueño. Todo el mundo en palacio debía de estar muy ocupado hasta altas horas de la noche con los preparativos de la ceremonia.

—¿Los Enanos de las Colinas celebráis *Kentommens*? —preguntó Tanis a Flint, que movió la cabeza asintiendo.

—Lo llamamos Día de Barba Cerrada, pero no es una ceremonia tan complicada como ésta —dijo el enano—. ¿Qué tareas te han asignado a ti, Miral?

Mientras hablaba, Flint horadó un pequeño agujero en el fino metal con un punzón. El mago, sentado en el baúl tallado, levantó la vista.

—Ninguna relacionada directamente con la ceremonia. Pero me han encomendado la coordinación del personal encargado de los preparativos del *Kentommen* y planear espectáculos y diversiones para los tres días que durará el evento.

—¿Lo que incluye...? —inquirió Tanis desde su puesto junto la lumbre.

Miral esbozó una sonrisa cansada. Tenía los ojos enrojecidos, un extraño contraste con los iris casi incoloros.

—Cinco docenas de costureras que bordan infinidad de estandartes. — En efecto, las banderas ya empezaban a aparecer colgadas a lo largo de las principales vías públicas de Qualinost—. Y otras tres docenas de espadachines que preparan una exhibición de destreza con armas, cuyos entrenamientos me causan pavor. Me sorprende que hasta ahora ninguno haya terminado cortado en pedacitos, y aún me sorprenderá más si el mosaico de Kith-Kanan en el anfiteatro del Gran Mercado no se mancha de sangre antes de que todo esto haya acabado.

Flint dirigió una mirada compasiva al mago mientras éste continuaba con su relato.

—Luego están los diez juglares y los veinte cómicos que han tomado el palacio al asalto —protestó—. ¿Os imagináis el alboroto? También hay catorce acróbatas, uno de los cuales quiere realizar su número de funambulismo sujetando un extremo del cable a ciento veinte metros de altura, y la otra punta ¡en lo alto de la Torre del Sol!

—No se lo permitirás, desde luego —comentó Ailea mientras sacaba una mazorca ya cocida del agua hirviendo.

—Por supuesto que no —se escandalizó Miral, que al punto comprendió que la anciana estaba bromeando—. Pero no basta con decir que no. Cada elfo expone cien razones por las que su caso es distinto de los otros, y por las que debería permitirle realizar algo que nadie más es capaz de hacer. — El mago se recostó en la pared con actitud cansada—. No he dormido más de tres horas seguidas desde hace dos semanas.

—¿Te apetece comer con nosotros y después echarte una siesta? —propuso Flint a la vez que señalaba el lecho—. Nosotros tres podemos ser un grupo muy silencioso cuando nos lo proponemos.

—Gracias, pero no me es posible. Tengo que reunirme con una compañía de cantantes. Quieren que les explique por qué no pueden interpretar baladas picantes en la rotonda de la Torre, justo antes de comenzar el *Kentommen*, para «animar al público», según sus propias palabras. —Se incorporó—. Recogeré la caja más tarde.

—Ya está arreglada..., por cuenta de la casa —dijo Flint, y le entregó el contenedor de plata al mago.

El enano abrió la puerta a Miral; el mago se echó la capucha cuanto le fue posible sobre el rostro, dio las gracias a Flint, saludó a Tanis y a Ailea, y emprendió el regreso hacia la Torre, que relucía sobre las copas de los árboles frutales de Flint.

—¡Duerme un poco! —gritó el enano. Miral hizo un ademán con la mano, sin volverse a mirar atrás.

Flint entró en el taller y abrió las contraventanas. La visita de Miral, aunque breve, había servido para alejar el sinsabor que la actitud de Tyresian había dejado al trío. El enano quitó de la mesa las herramientas con las que trabajaba en el medallón. Poco después, Ailea, Tanis y Flint comían con entusiasmo las mazorcas untadas con mantequilla. Por fin, se pasaron uno al otro un paño de cocina para limpiarse y se recostaron en las sillas, satisfechos.

—Ah —exclamó Flint—, como diría mi madre: «El camino para llegar al corazón de un enano es a través del estómago».

—¿Sí? ¿Y qué más dice tu madre? —preguntó el semielfo, a la vez que le daba un codazo. Flint se echó a reír. Tiene a punto un refrán para cada ocasión. «Entre varios cocineros sale mejor el guiso», decía, y luego nos ordenaba a mis trece hermanos y hermanas y a mí que limpiáramos el granero. Pasaron años hasta que comprendí lo que sus dichos significaban en realidad. Para mí eran como una ley enana.

Ailea se echó a reír y se limpió los largos dedos con el paño.

—¿Qué otras cosas dice? —quiso saber.

Flint se repantingó en la silla.

—Recuerdo que en una ocasión me quejé de que un niño en la escuela, un bravucón, no hacía más que intimidarme. Ella me dio unas palmaditas en la cabeza, y dijo: «No te preocupes, Flinty. Una manzana podrida no estropea todo el caldero de pescado».

El enano puso voz de falsete al citar a su madre, y Tanis sonrió. Sin embargo, la expresión del semielfo era melancólica.

—¿Cómo es? ¿Qué aspecto tiene? —preguntó a Flint—. ¿Es guapa?

Tía Ailea dirigió una intensa mirada al semielfo, y después al enano, que en apariencia no lo advirtió.

—Oh, supongo que no les parecería hermosa a vuestros altos y esbeltos amigos elfos, pero nosotros, sus catorce *frawls* y *harrns*, creemos que lo es. Tiene unos kilos de más, sí, pero...

—Intenta dar a luz a catorce hijos y ya verás lo que le ocurre a tu figura —intervino Ailea.

—... pero su rostro es dulce, y cocina como los propios dioses —continuó Flint—. Y sus proporciones son..., eh..., está generosamente dotada. —El enano se palmeó el rotundo vientre; luego enrojeció, se incorporó un poco, e intentó sin éxito meter estómago. La sonrisa de Ailea se ensanchó.

—¿Cómo es tu padre? —inquirió Tanis.

—Ah, muchacho, mi padre murió cuando yo era apenas un adolescente. Cosa del corazón. Es algo hereditario en el linaje Fireforge, al menos, entre los hombres.

—Pobrecilla, tu madre —dijo Ailea en voz baja.

—Sí. Sacó adelante a la familia en los años que siguieron a la muerte de mi padre. Puso a mi hermano mayor, Aylmar, a trabajar en la forja de padre, y a veces se ocupaba también de algunos encargos más sencillos.

Ailea se levantó en silencio y echó los platos de la comida en el agua caliente donde habían cocido las mazorcas.

—No tiene sentido desperdiciar agua —explicó, al ver que Tanis alzaba las cejas en un gesto interrogante—. Esta servirá para lavar los cacharros. Tomó asiento otra vez y con un ademán indicó a Flint que continuara.

—Soy el segundo de los hermanos —dijo el enano con gesto ausente—. Después de que padre murió, madre me puso al frente de la granja. Recuerdo una mañana de principios de primavera, en Casacolina. Salí del granero intentando escapar del condenado olor de los quesos fermentados, y eche una mirada al entorno, las colinas y las coníferas. —Suspiró—. Qualinost es muy hermoso, muchacho, pero también lo es Casacolina. Sin embargo, es un pueblo muy, muy pequeño, y al final me marche para recorrer mundo.

—Me gustaría verlo algún día —comentó Tanis, que acto seguido urgió al enano para que continuara—. Mirabas el entorno, ¿y...?

Flint frunció el entrecejo y asumió una actitud pensativa.

—Oh, pues, allí estaba yo, a la puerta del granero, disfrutando del sol y los árboles y las verdes colinas, y madre salió al porche y gritó —Flint adoptó de nuevo el tono de falsete—: «¡Flint Fireforge, no cierres la puerta del granero antes de que el pájaro madrugador capture la lombriz!». —Una risa queda sacudió al enano—. Imagino que con eso quería decirme que regresara al trabajo.

Flint se levantó de la silla y se desperezó; luego se acercó a la olla de agua caliente y sacó los platos con unas tenazas de la forja.

—Una vez —continuó, volviéndose hacia sus amigos—, cuando mi hermana pequeña, Fidelia, protestó por lo pobres que éramos y lo mucho que tenían los hijos del alcalde, mi madre nos miró a todos y dijo: «Oh, la hierba siempre crece más verde al otro lado de la valla».

Tía Ailea y Tanis esperaron el remate de la frase, pero Flint secó las tenazas y agregó:

—Nos dejó perplejos. Guardamos todos silencio. ¡Había dado en el clavo! —Hizo una pausa, todavía con las tenazas en la mano—. Recuerdo que, entonces, los catorce nos echamos a reír, y no podíamos parar. Aún me acuerdo de Aylmar, tumbado panza arriba en el suelo, sujetándose el estómago y riéndose hasta quedar sin aliento. Incluso mi hermano Ruberik, que por lo general tiene tanto sentido del humor como un yunque, casi no podía respirar de tanto reír.

»Cuando logramos dominarnos, nos dimos cuenta de que madre se había ido a la cocina y allí estaba rezongando, tan enfadada, que sonaba el golpeteo de las cazuelas al moverlas con rabia. No nos dirigió la palabra durante varios días. Y, lo que es peor, ¡se negó a cocinar! —exclamó Flint horrorizado.

—¿Qué hicisteis? —preguntó Ailea.

—Aylmar y yo nos fuimos a trabajar a la forja. Hicimos un letrero para ella, moldeando palabras con finas barras de hierro que incrustamos en un trozo de madera. Lo colocamos sobre la chimenea. Decía... —Flint sufrió un súbito ataque de risa—. Decía... —El enano tosió, atragantado por las carcajadas, y se limpió los ojos llorosos.

—¿Decía...? —instó Tanis.

—«Quien mucho ríe, pronto ayuna.»

—Pero ese refrán no es así, sino «quien mucho corre...» —Tanis se interrumpió—. Ah, ya entiendo.

—Le encantó —dijo Flint—. Caray, ya lo creo que le encantó.

* * *

Los tres amigos decidieron que, a despecho de la inminente fecha tope para el encargo del Orador, hacía un día maravilloso como para quedarse en casa. Así pues, cogieron las herramientas de trabajo de Flint, fáciles de transportar, y se encaminaron hacia las montañas al sur de Qualinost. Aun cuando los dos ríos cerraban la ciudad por los otros tres puntos cardinales, al sur el terreno ascendía en una pendiente boscosa que conducía a un cerro de granito púrpura. En la vertiente opuesta, la cumbre del cerro terminaba en un abrupto precipicio de trescientos metros. Para convencer al enano a efectuar la caminata, Tanis adujo que la pendiente no era muy empinada y que desde allá arriba se divisaban las montañas de Thorbardin, la cuna ancestral de su gente.

—Un poco de ejercicio nunca le viene mal a un enano —repuso Flint, y se puso a la cabeza de la marcha.

En consecuencia, él fue el primero en ver, más allá del ondulado mar de verde follaje, los escarpados picos de las montañas que albergaban Thorbardin, que semejaban oscuros barcos navegando por el horizonte meridional.

Flint se acomodó al pie de un árbol y empleó las siguientes horas en realizar las incrustaciones del medallón, hasta que casi completó el trabajo; entretanto, Tanis y tía Ailea pasearon, charlaron y recogieron hierbas para las pociones de la anciana.

Unas horas más tarde, Flint volvía de regreso al taller a través del bosquecillo de álamos y árboles frutales cuando ya las primeras sombras del crepúsculo caían sobre la ciudad; Tanis había ido con Ailea para acompañarla a su casa. La vivienda de Flint, por supuesto, estaba a oscuras; no había encendido la fragua desde hacía varios días a causa del calor reinante y porque la parte del proceso de fabricación del medallón que ahora llevaba a cabo sólo requería trabajar el metal en frío.

Las flores de los dondiego de día que crecían junto a la puerta se habían cerrado con la llegada del ocaso, pero uno de los nuevos rosales que Flint había plantado en el pórtico empezaba a florecer. El enano arrancó uno de los capullos amarillos e inhaló su perfume. Suspiró. No debía uno olvidarse de los pequeños placeres que ofrecía la vida. A despecho del altercado con Tyresian, había sido un día estupendo.

Tal vez una jarra de cerveza —de entre esos pequeños placeres, el favorito de Flint— pondría un buen broche final a la tarde, se dijo el enano para sus adentros mientras abría la puerta; adelantó un paso para cruzar el umbral mientras hacía girar entre sus dedos el capullo que había arrancado.

—¡Aug! —exclamó Flint soltando la rosa. Se había pinchado con una espina, y se llevó el dedo a la boca para aliviar el escozor—. Caray con los pequeños placeres —rezongó, sin dejar de chuparse el dedo herido, y acto seguido se agachó para recoger el capullo caído en el suelo, esta vez con cuidado de no tocar las espinas.

Justo cuando se iba a incorporar para entrar en el taller, algo le llamó la atención. Era un hilo negro y largo, caído en el piso del cuarto, a un palmo del umbral. Flint, a quien le gustaba conservar limpio su taller a pesar de

estar abarrotado de trastos, alargó la mano para recoger el hilo y tirarlo a la calle.

El hilo, no obstante, parecía estar atascado de algún modo.

—¡Demonios! —gruñó a la vez que tiraba con más fuerza.

De repente, se oyó un tenue chasquido y Flint, guiado por un instinto de supervivencia, echó cuerpo a tierra. En el mismo momento en que chocaba con las baldosas del piso, atisbó un destello al otro lado del cuarto. Algo pasó zumbando sobre su cabeza y alcanzó con un golpe sordo la puerta.

Tragando saliva con esfuerzo, Flint rodó sobre sí mismo y, sin levantarse del suelo, examinó la hoja de madera. Profundamente hundida en la gruesa plancha de roble, justo a la altura del pecho de un enano, estaba clavada una daga.

—¡Por Reorx! —musitó Flint.

Se incorporó con movimientos cautelosos, alerta a cualquier ruido inesperado que denunciara un nuevo ataque. Le temblaban las rodillas a pesar de su enérgica orden de que no lo hicieran. Despacio, aferró el puño de la daga y la extrajo de la puerta. La punta de la hoja brillaba malévolamente con la mortecina luz del ocaso. Si al entrar en el taller hubiera enganchado el hilo con la bota, el arma no se habría hundido en la puerta, sino en su corazón.

¿Por qué querría matarlo alguien?

Flint empezó a girar sobre sí mismo para pasar sobre el hilo y entrar en el taller, pero justo entonces se escuchó un suave chasquido metálico que recordó al enano el ruido que hace un mecanismo al encajar en otra pieza.

Antes incluso de tener tiempo de gritar, hubo otro destello y una linda daga silbó en el aire, dirigida directamente hacia el enano.

—Flint, estúpido cabeza hueca —se reprendió con voz ronca mientras retrocedía tambaleante y agarraba el puño del cuchillo que le atravesaba el hombro. La sangre le escurrió entre los dedos y empapó la tela azul de la camisa—. Debiste haberlo imaginado...

Se recostó contra la puerta y después se deslizó poco a poco hasta el suelo mientras gemía.

—Cabeza de chorlito... —susurró una vez más antes de que sus ojos se cerraran.

Flint se desplomó y yació inmóvil en tanto que la noche cubría con su oscuro manto la ciudad.

OceanofPDF.com

22

Llega una ayuda inesperada

—¡Flint! ¿Me oyes?

Tanis sacudió al enano, primero con suavidad y después con más energía, pero Flint continuó inmóvil, con la mano aferrada todavía al puño de la daga. Tenía los dedos manchados de sangre reseca.

—¡Flint!

Tanis sacudió de nuevo al enano y, de repente, Flint dejó escapar un gemido. El semielfo respiró aliviado.

—En nombre de Reorx —gruñó el enano con voz ronca—, ¿es que no puedes dejar en paz a un pobre enano muerto?

Tanis pasó el brazo en torno al cuello de su amigo para incorporarlo un poco a fin de que respirara mejor.

—Flint, no estás muerto —dijo el semielfo con suavidad.

—¿Y quién te ha preguntado? —espetó con tono irritado, aunque débil, el enano—. Y ahora, déjame morir en paz, ¿vale? Tanta sacudida me ha producido dolor de cabeza.

El enano soltó otro gemido mientras se recostaba contra el brazo de Tanis. Una mueca de alivio pasó fugaz por el rostro del semielfo.

—No debes de estar malherido —susurró Tanis—. No dejas de protestar y refunfuñar.

Moviéndose con cuidado para evitar que la herida empezara a sangrar de nuevo, Tanis levantó a Flint y lo tumbó con toda clase de precauciones

en el lecho. Tras examinar la herida decidió no sacar la daga hasta no contar con el apoyo de alguien, y salió a todo correr en busca de ayuda.

Ya en la calle, dudó entre avisar a Ailea o a Miral. El mago estaba muy ocupado con los preparativos del *Kentommen*, pero la Torre se hallaba más cerca que la casa de la partera. Aquello fue lo que decidió al semielfo.

Diez minutos más tarde, Tanis regresaba, todavía corriendo, con el jadeante mago pisándole los talones. Pronto, Miral y Tanis habían recostado al enano sobre las almohadas y le habían extraído la daga. La respiración de Flint se hizo más reposada.

—Nada de médicos —musitó el enano—. Es demasiado tarde para eso. —Su voz asumió un timbre adormilado—. Ya divisó la forja de Reorx...

—Ésa es *tu* forja, Flint —aclaró Tanis.

—Eres un pelmazo insoportable —gruñó su amigo.

—Toma —dijo Miral a espaldas del semielfo; tendiéndole una taza con agua humeante. En el líquido flotaban unas hojas desmenuzadas—. Haz que se lo beba.

Tanis sostuvo el recipiente bajo la bulbosa nariz de Flint; el enano olisqueó la infusión. Olía a almendras amargas.

—Esto no es cerveza —dijo con tono acusador.

—Cierto —respondió Miral—. Pero es algo que te vendrá mejor.

—Imposible —rezongó Flint. Aspiró hondo y acto seguido se tomó todo el contenido de la taza, a pesar de sus protestas.

Tía Ailea, alertada de lo ocurrido por uno de los acróbatas del *Kentommen* a quien Tanis había engatusado con una moneda de acero, llegó en el momento en que Miral atendía la herida de Flint. El corte infligido por la daga era limpio y por tanto relativamente fácil de desinfectar y vendar, si bien Flint lo hizo más complicado merced a los gruñidos y las protestas que barbotó durante todo el proceso. Cosa sorprendente, parecía que la cura, más que dolor, le causaba enojo. Miral se arremangó hasta los codos, se lavó los antebrazos con jabón, y cerró la herida mediante siete puntos que fueron acompañados de sendos juramentos enanos y otras tantas disculpas a Ailea. Acto seguido el mago embadurnó la lesión con el extracto de savia

que llevaba en una pequeña ampolla del tamaño de una nuez y vendó el velludo torso del enano con tiras de lino suave.

—¡Estoy bien! —gritó por último Flint—. ¡Dejadme en paz ya!

Aquello hizo que Miral diagnosticara que el enano se encontraba en bastante buenas condiciones, y se dispuso a regresar a la Torre. El mago desenrolló las mangas arremangadas; tenía la mano derecha casi curada, pero los dedos en los que había perdido las uñas tenían todavía un feo aspecto.

—Tengo que supervisar a un grupo de actores que quieren representar el postrer discurso del moribundo Kith-Kanan —comentó con una mueca.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó Tanis.

—Que no estoy seguro de que pronunciara ninguno —respondió Miral con una sonrisa torcida. Le entregó al semielfo un paquete de hierbas y le dijo que preparara con ellas una infusión cada hora y se la administrara a Flint, aunque para ello tuviera que atar al paciente a la cama.

—Si pone muchos inconvenientes, mézclalo con cerveza —aconsejó el mago a Tanis en voz baja, cuando llegaron junto a la puerta.

—¡Juro que pondré toda clase de inconvenientes! —gritó desde la cama el enano, donde tía Ailea trataba sin éxito de convencerlo para que se durmiera.

Sin más, Miral salió del taller.

Tía Ailea intentó adormecer a Flint con una canción de cuna que, según ella, funcionaba a las mil maravillas con los pequeños que cuidaba. Él pareció no saber cómo tomar aquella sugestión, pero escuchó la cálida voz de la partera mientras entonaba la antigua canción sin interrumpirla.

—Ea, ea, pequeño elfo. Duerme en las estrellas hasta que llegue el día, pequeño elfo. Recorre todos los bosques, vuela entre los árboles, y después regresa a casa sonriente cuando llegue la mañana, pequeñín.

»Es una canción muy antigua. Mi madre me la cantaba —explicó Ailea al terminar la nana. Entonces miró a Tanis, que estaba examinando la trampa que había lanzado las dagas—. Y os la canté a ti y a tu madre pocos minutos después de que hubieras nacido, Tanthalas.

—Apuesto a que entonces me gustó tanto como me ha gustado ahora —dijo el semielfo sonriendo.

—Zalamero. No te será difícil encontrar una hermosa joven elfa que se case contigo con ese pico de oro —comentó la anciana.

Tanis, sonrojado hasta las orejas, simuló tener toda la atención puesta en la trampa que examinaba. La desarmó con gran cuidado y empezó a desmantelarla para estudiarla con más detenimiento.

—Quienquiera que la pusiera sabía lo que se hacía, Flint —dijo Tanis—. Es compleja y estaba perfectamente apuntada. Por suerte, el mecanismo se atascó en la segunda daga; ése es el motivo de que se disparara sólo una al principio. Después, la tensión hizo saltar el mecanismo de la otra con unos segundos de retraso.

Tanis había eludido los ojos de la anciana mientras hablaba con Flint y tampoco ahora la miró al preguntar con un tono cuidadosamente inexpresivo:

—¿Y si fuera una joven humana la que encontrara, tía Ailea?

Una sombra oscureció momentáneamente los rasgos de la anciana mientras arrojaba hasta la barbilla al enano.

—Ello sólo te traería dolor, Tanthalas —repuso—. Los humanos son débiles y, aun en el caso de que hallaras entre ellos a alguien a quien amar, es horrible verlos envejecer en tanto que tú te mantienes joven. Sólo un amor inmenso podría superar esa circunstancia. —Su voz sonaba abatida.

Tanis alzó la vista de la trampa. Sus ojos se encontraron y hubo un destello de comprensión entre los dos mestizos.

—Trata de recordarlo, Tanthalas —agregó con tristeza Ailea.

—Lo intentaré —respondió él con la voz algo estrangulada.

—¡Eh! ¿No es ya la hora de que me tome mi cerveza? —rezongó Flint.

Tía Ailea se sacudió la tristeza y rompió a reír a la vez que palmeaba el hombro sano del enano.

—Qué bien me caes, maestro Fireforge. —Con renovadas energías, la anciana se dirigió hacia la mesa donde Tanis había dejado el paquete de hierbas.

—Hay un balde de cerveza metido en el manantial del patio —indicó Flint con ánimo colaborador.

Tras reflexionar un instante, Ailea decidió que un poco de cerveza ayudaría al enano a dormir, y, sobre todo, lo mantendría tranquilo. En consecuencia, sacó el recipiente casi vacío del manantial y echó en una jarra la cerveza restante.

Cuando abrió el paquete de hierbas, una expresión consternada ensombreció sus finas facciones que de inmediato ocultó bajo su habitual actitud amable.

—Flint, ¿te preparó Miral alguna infusión con estas hierbas? —preguntó, como sin darle importancia.

—Sí. Con un poco de agua. Tenía un sabor horrible. Estoy seguro de que sabrá mucho mejor con un poco de cerveza. —Esbozó una sonrisa sugestiva—. Con montones de cerveza.

Tía Ailea guardó silencio mientras examinaba las hierbas; después envolvió de nuevo el paquete y se lo guardó en un bolsillo de la capa que había dejado sobre el banco al entrar en el taller. Sin que lo advirtieran Flint ni Tanis, sacó de otro bolsillo una bolsita de tela atada con una tira de cuero y separó la medida de una cuchara del polvo que contenía. A continuación, mientras Tanis comprobaba que no había más trampas en la casa, Ailea mezcló el polvo con la cerveza y se lo dio a beber al enano. Flint se lo tomó de un solo trago.

Fuera lo que fuera, no le sentó bien. Flint cayó en un profundo sopor, pero a poco se despertó para vomitar en un cubo vacío que Ailea había dejado junto al lecho. Luego la cabeza del enano cayó hacia atrás y volvió a quedarse dormido; la barba entrecana subía y bajaba con la rítmica y profunda respiración.

Tanis se unió a Ailea al lado de la cama de Flint. La menuda elfa miraba al enano con un esbozo de sonrisa que apenas disimulaba el agotamiento.

—¿Se pondrá bien? —susurró Tanis.

—Sí, mis hierbas lo curarán. Al menos, funcionan con las madres lactantes... —Al ver la expresión desconcertada del semielfo, le palmeó el brazo—. Sólo estaba bromeando, Tanthalas. No te preocupes. Se repondrá.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Tanis—. Me quedaré con él toda la noche. Si me dejas las hierbas de Miral, me encargaré de administrárselas.

Tía Ailea levantó la cabeza con brusquedad y dirigió una intensa mirada al semielfo.

—No conviene que esté solo esta noche. Me quedaré y así podremos turnarnos en la vigilia —dijo la anciana.

—

OceanofPDF.com

23

Rescate

Había vuelto al sueño. Las ásperas manos agarraron a Miral y, justo en el momento en que las mandíbulas del taylor se cerraban con un chasquido en el interior de la hendidura, unos brazos poderosos tiraron del niño hacia atrás.

—Vaya, sí que estar metido en un buen aprieto, pequeño elfo —dijo una voz profunda.

Miral, con los ojos empañados por las lágrimas, alzó la cabeza y trató de distinguir algo a través del resplandor de la cueva; esta parte de la caverna parecía estar peor iluminada que los túneles por los que había caminado. Contuvo un sollozo e intentó enfocar a su rescatador.

El pequeño vio que se trataba de un hombre, ¡pero que hombre! Los músculos se le marcaban en el torso, amplio como un barril. Sus hombros eran anchos y sobre ellos caía una mata de pelo blanco y rizado que le crecía no sólo en la cabeza, sino también en la cara. Cuando el hombre bajó la vista hacia él, Miral se encontró con unos ojos violeta en los que brillaba una expresión amable.

—Tú ser demasiado joven para andar por ahí sin madre tuya, muchachito —declaró el hombre.

En ese instante, Miral reparó en el golpeteo de unos cascos sobre la húmeda roca del suelo. El hombre, con el niño en sus brazos, llegó a una bifurcación del túnel y giró a la derecha sin detenerse. ¿Pero cómo había

dirigido al caballo para que tomara esta dirección?, se preguntó el pequeño Miral, mientras miraba hacia abajo.

¡El hombre era un caballo! O el caballo era un hombre; Miral no estaba seguro. Alzó de nuevo la vista, con una sonrisa de deleite.

—¡Eres un centauro! —exclamó.

—Por supuesto —respondió el ser, acunando al pequeño en sus fuertes brazos.

El centauro debía de medir más de dos metros desde los cascos hasta lo alto de su aristocrática cabeza. Avanzaba con movimientos gráciles sobre la piedra húmeda del suelo, con la larga cola flotando tras él. En torno a los hombros de la parte equina del ser, llevaba colgada una bolsa de cuero. Miral alargó las pequeñas manos para investigar la bolsa, pero el centauro sujetó al pequeño para que no la alcanzara.

—Ser niño curioso, ¿eh? —murmuró con su voz de bajo—. Sin duda por eso llegar tan profundo en cavernas.

—Alguien me llamaba —explicó Miral, deseando más que nada gustarle a esta criatura—. Desde el túnel.

Los ojos violeta del centauro se abrieron de par en par y aflojó un poco el paso; después aceleró otra vez.

—¿Escuchar tú la Voz? En verdad, haber gran magia en tu alma, pequeño elfo. Ser pocos los que oír la llamada de la Gema Gris.

Giró en otras dos bifurcaciones. Pronto, el pequeño no tenía idea de dónde había estado ni dónde se encontraba ahora. El centauro siguió hablando para tranquilizar al pequeño.

—Tener calor, niño. Tu madre deber darte poción para fiebre. Llevar a ti directamente a casa.

Miral, mecido por el rítmico paso del centauro, empezaba a sentir sueño.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó adormilado.

—Ah, la Gema Gris tener gran tesoro, sí —respondió el centauro—. Y, en verdad, la maldita piedra hacer a mí gran mal en el pasado y yo jurar venganza. Y eso es todo cuanto pequeño elfo necesitar saber.

El centauro retomó un trote rítmico y poco después el niño se había quedado dormido en sus brazos. En un par de ocasiones Miral despertó; una vez cuando sintió que el soplo del aire le agitaba el cabello, y comprendió que avanzaban en medio de una noche sin luna por algún lugar ya fuera de las cavernas; otra vez cuando oyó el trapaleo de los cascos del centauro en los mosaicos de las calles de Qualinost.

Por fin llegaron a palacio. Miral se despertó lo bastante para ver que rodeaban el edificio hasta la zona posterior, cruzaban la cancela de los jardines —«¿por qué no alzaban la vista los guardias?», se preguntó—, y a continuación entraban en el patio. Unas manos inmensas lo tumbaron sobre el césped y lo cubrieron con una tela.

—Dormir ahora, pequeño elfo —murmuró el centauro—. Por la mañana no recordar nada de esto.

Tras dar una suave palmadita en el hombro de niño, el centauro giró sobre los cuartos traseros y, en silencio, desapareció en medio de la noche.

24

Otra muerte

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, Tanis y Ailea se turnaron junto al lecho del enano. Flint se cansó de repetirles que no se molestaran por él.

—¡Ya tenéis bastantes preocupaciones para también tener que ocuparos de cuidar a un enano lisiado! —rezongaba Flint, pero sus palabras no surtían el menor efecto en sus custodios.

Solostaran hizo una visita al enano y pareció quedarse tranquilo al ver la actitud malhumorada de su amigo. Miral pasó dos veces por el taller para comprobar cómo se encontraba.

La tarde del segundo día, se hizo evidente que Flint estaba recobrando fuerzas, y, a juzgar por los cada vez más escasos juramentos que barbotaba cuando se movía, el dolor empezaba a remitir. Con todo, tía Ailea se empeñó en no dejar solo al enano, y permaneció con Flint mientras Tanis iba a palacio para cambiarse de ropas.

No obstante, permitió que Flint trabajara en el medallón del *Kentommen* de Porthios, aunque sin levantarse de la cama.

—Después de todo, la ceremonia da comienzo mañana —dijo la partera mientras enrollaba una tira de lino para cambiar el vendaje al enano.

—¿Mañana? —bramó Flint, a la vez que se bajaba de la cama de un brinco. Al punto se llevó la mano al hombro herido con un gesto de dolor —. ¡Creí que quedaban otros tres días!

Ailea lo frenó antes de que llegara a la puerta —si bien no estaba claro qué pretendía con salir corriendo por las calles de Qualinost sin llevar siquiera puesta una camisa y lo condujo de nuevo hacia el lecho. Sus ojos avellana brillaban divertidos.

—Cálmate —lo tranquilizó—. Aún tienes tres días para terminarlo.

Le explicó las complejidades de la ceremonia mientras cambiaba el vendaje.

—La palabra «*Kentommen*», o «mayoría de edad», hace referencia a la última de las cuatro etapas de que consta la ceremonia —comenzó, retirando entretanto el vendaje con cuidado—. Es la parte más llamativa, la que querría presenciar mucha gente. No obstante, la mayoría de los elfos denomina al conjunto de ceremonias de los tres días como el *Kentommen*.

»La primera parte es el *Kaltatha*, o «el Retiro» —explicó la partera, en tanto que limpiaba con suavidad la herida—. Esa parte comienza mañana por la mañana. En el *Kaltatha*, el joven (que puede ser varón o hembra, siempre y cuando se trate de un miembro de la nobleza) es conducido por sus padres hasta la Arboleda.

La anciana se refería al bosque situado en el centro de la ciudad. Aclaró en una palangana de agua limpia el lienzo de algodón con el que limpiaba la herida antes de proseguir.

—Cuando la posición social del joven sometido al *Kaltatha* es tan importante como la de Porthios, la mayoría de los elfos corrientes aprovechan esta ocasión como excusa para desfilan por las calles luciendo sus mejores atuendos y joyas. Bailan y cantan canciones tan antiguas como la propia ceremonia. Por eso se han hecho tantos estandartes de colores, para señalar la ruta que va de palacio a la Arboleda.

—Me gustaría verlo —dijo Flint.

Tía Ailea examinó de manera concienzuda la zona del hombro donde la daga se había clavado.

—Creo que mañana estarás en condiciones de recorrer la ruta del desfile, si te apetece.

Limpió otra vez la herida y después vació la palangana en el patio trasero de la casa.

—¿Qué hará Porthios en la Arboleda? —le preguntó Flint cuando regresó al taller.

—El Orador conducirá a su hijo hasta el centro del bosque y a continuación le dará la espalda de un modo ceremonial y se marchará. Porthios permanecerá en la Arboleda durante tres días, a solas, sin comer nada y bebiendo sólo el agua del manantial que hay en el centro del bosque. Nadie puede entrar a la Arboleda, y él tiene prohibido abandonarla antes de tiempo.

Tal como lo cuentas, da la impresión de que deberían apostar guardias —comentó el enano, que procuraba no mostrarse complacido con los atentos cuidados de la anciana.

—Oh, es justo lo que hacen —confirmó Ailea—. Los nobles elfos se relevan en la guardia, portando sus espadas ceremoniales, como la que trajo Tyresian para que la arreglaras.

—¿Es necesaria tal vigilancia? —inquirió Flint.

—Probablemente, no —admitió la anciana—. Fracasas en el *Kaltatha*, o en cualquier otra etapa del *Kentommen*, significa que el elfo en cuestión será considerado siempre como un niño, por muchos que sean los años que viva. Flint se quedó impresionado.

—En la Arboleda —prosiguió Ailea—, Porthios se purificará y se despojará de todos los atributos de la adolescencia. La última mañana, se bañará en el manantial, del que emergerá limpio de cuerpo y alma.

»Esa misma mañana, le llevarán una túnica gris, símbolo de su potencial madurez aún sin desarrollar, y lo conducirán fuera del bosque. En esta ocasión, no habrá demostraciones de alegría por las calles. De hecho, los elfos corrientes tendrán mucho cuidado en no mirar al joven *Kentommen* mientras lo llevan por las calles cubierto con esa túnica gris.

—¿Por qué no? —se extrañó el enano.

—Porque el joven no es todavía ni niño ni adulto. Técnicamente, no existe. Los elfos harían el ridículo si miraran a alguien que no está allí.

Flint resopló, pero no fue un gesto desdeñoso.

—No se parece en nada a mi celebración del Día de Barba Cerrada, que consistió principalmente en hacerme un montón de regalos y beber cerveza

en cantidades ingentes. —Flint adoptó una actitud reflexiva—. Pensándolo bien, prefiero eso a pasarme tres días sin comida y sin cerveza.

Ailea rompió a reír y acabó de vendar al enano. Una vez finalizada la cura, llevó a la cama el medallón y las herramientas para que Flint reanudara su trabajo.

Tanis regresó de palacio a media tarde con el propósito de pasar la noche en el taller. Preparó una cena sencilla para los tres: una barra de pan moreno, medio queso, las últimas manzanas que le quedaban de las almacenadas el pasado otoño y un pichel de cerveza. El sol se metió tras las copas de los álamos, los últimos rayos brillaron entre las verdes hojas, y las sombras se deslizaron desde los umbríos bosques hasta las calles de la ciudad. El semielfo logró persuadir a tía Ailea de que Flint no corría peligro si se marchaba unas horas, y ella admitió que tenía unas cuantas tareas pendientes en su casa.

—Pero no dejes que nadie, salvo el Orador, entre aquí —advirtió a Tanis.

—¿Por qué?

Tía Ailea pareció a punto de hacerle una confidencia, pero en el último momento cambió de opinión.

—Es mejor que durante un tiempo Flint esté tranquilo. Sé cómo lo alteran las visitas.

Luego, tras anunciar que regresaría por la mañana, la anciana se alejó a paso rápido por el camino, se metió entre dos casas construidas a semejanza de árboles y se perdió de vista.

—¿Alterarlo las visitas? ¿A Flint? —se preguntó en voz baja el semielfo, mientras sacudía la cabeza.

* * *

Un gran bullicio despertó al enano a la mañana siguiente.

—¡Por la forja de Reorx! ¿Qué escandalera es ésa? —protestó.

El sol apenas asomaba por el horizonte, a juzgar por la mortecina luz que entraba en el taller.

Tanis, tumbado en el jergón que se había preparado con una gruesa manta, se desperezó y fue hacia las ventanas para abrir los postigos. Flint se incorporó sobre un codo y vio pasar ante el taller a docenas de elfos en un desfile pleno de colorido; sus voces se alzaban en un canto vocinglero entonado en una extraña lengua; Flint sólo entendió unas cuantas palabras elfas y aun éstas sonaban con una extraña pronunciación.

—El lenguaje antiguo —explicó Tanis—, de los tiempos de Kith-Kanan, aunque algunas de las canciones son de épocas más recientes. Conmemoran las victorias elfas desde la Guerra de Kinslayer, y ensalzan todas las etapas de la vida, desde la infancia hasta la vejez. También alaban a los autores de grandes proezas. —Guardó silencio y escuchó unos instantes, con una expresión remota plasmada en el semblante. De pronto, un elfo ataviado con unas ropas de un color rosa fuerte, se detuvo frente al taller e inició un nuevo canto—. ¡Vaya, Flint! —exclamó Tanis, eludiendo los ojos del enano—. ¡Ésta se refiere a ti! Y está escrita también en la antigua lengua.

—¡No me digas! —El enano se incorporó con esfuerzo y se puso con premura una camisa verde pálido, el último trabajo salido de la aguja de tía Ailea—. Vamos, muchacho, ¿qué dice?

—Dice... —Tanis escuchó atento—. Dice que eres un príncipe de los enanos.

Tanis adoptó una actitud más concentrada, si bien procuró eludir el rostro a los ojos de su amigo.

—Vamos, muchacho, continúa —lo urgió Flint—. ¿Qué más dice?

Con las prisas, el enano había metido las dos piernas en la misma pernera del pantalón y tuvo que agitar los brazos para evitar irse de bruces al suelo. Tanis estrechó los ojos.

—Dice que eres un artesano inspirado..., no, un «verdadero artista» del metal.

Flint estaba impresionado y se asomó a la ventana para mirar al elfo que cantaba.

—Creo que no tengo el gusto de conocer a ese caballero... —Metió el pie en una bota sin mirar lo que hacía, en tanto brincaba sobre el otro pie

para guardar el equilibrio. Fuera, el elfo siguió cantando, con la cabeza echada hacia atrás y las manos enlazadas a la altura del pecho. Otros elfos habían hecho un corrillo para escucharlo.

—También dice —continuó Tanis— que eres un valiente guerrero y un compañero leal de primera categoría.

—Bueno, eso es verdad, sin la menor duda —dijo Flint, que sostenía la otra bota en una mano—. ¡Qué canción tan bella!

Tanis luchó por contener la sonrisa.

—Y dice que deberías acabar de vestirte y seguir a Tanthalas Semielfo a la procesión del *Kaltatha* antes de que se nos haga tarde.

—Él... —Flint enmudeció—. ¿Qué? —Se quedó inmóvil con la pierna doblada y el pie apuntando a la bota, hasta que Tanis fue incapaz de aguantar el alborozo y estalló en carcajadas—. ¡Eres..., eres un cabeza de chorlito!

Tanis se desternillaba de risa, y Flint le arrojó la bota, aunque el semielfo se agachó justo a tiempo.

Diez minutos más tarde, los dos amigos salían de la casa y se sumaban al torbellino de colores, sonidos y perfumes. Tras un corto silencio malhumorado, Flint decidió dirigir otra vez la palabra a Tanis.

—¿Adónde vamos, muchacho? —preguntó. Tenía un aspecto excelente habida cuenta de que había sido apuñalado dos días antes.

Tanis señaló dos edificios —al igual que el resto, de cuarzo rosa— que reflejaban la luz matinal.

—El desfile discurrirá por aquella calle. Pero antes creo que deberíamos comprar algo para desayunar a uno de estos vendedores ambulantes.

Al enano le pareció una buena idea, así que los dos amigos se acercaron a un joven elfo que estaba sentado junto a un tenderete donde se vendía pan frito espolvoreado con azúcar. Masticando con gran satisfacción, rodearon una mesa portátil en la que otro elfo exhibía máscaras que imitaban criaturas de Krynn: minotauros, animales del bosque y enanos gullys, si bien estas últimas no parecían tener buena salida; los qualinestis no tenían interés alguno en disfrazarse como una de esas criaturas bajitas y malolientes y llevar en la mano una imitación de lo que, al parecer, era el

accesorio más significativo del disfraz: una rata muerta. En otro puesto, Flint y Tanis compraron unas salchichas de venado metidas en crujientes panecillos recién horneados, y, por último, saborearon una infusión de té con especias que, en opinión de Flint, estaba casi tan bueno como una cerveza. El bolsillo de Tanis pesaba bastante menos cuando llegaron a la calle por la que discurría el desfile, pero, en contrapartida, tanto su estómago como el de Flint estaban mucho más llenos.

—Esto sí que ha sido un buen desayuno para ayudar a un pobre enano a recobrar la salud —comentó Flint mientras se limpiaba con minuciosidad los dedos en las polainas marrones—. ¿Crees que seguirán aquí a la hora de la comida? —preguntó con actitud esperanzada.

—Probablemente, sí —respondió el semielfo, que iba a añadir algo más cuando un nuevo alboroto por el lado norte atrajo su atención.

La multitud se apretujó en torno a lo que quiera que causaba el jaleo, y Tanis atisbó las plumas plateadas de los uniformes de gala de la guardia de palacio. Señaló hacia allí.

—Ahí llegan Porthios y el Orador —gritó para hacerse oír sobre el creciente bullicio. Flint asintió con la cabeza. El séquito que rodeaba a Solostaran y Porthios marchaba en las cuatro esquinas de un amplio espacio cuadrado, flanqueando al Orador y a su hijo, que avanzaban por el centro con porte regio. La multitud se apartaba al paso de la comitiva que caminaba sin mirar a uno u otro lado.

Flint empezó a dar saltos, sujetándose el hombro herido con la mano izquierda.

—¡No veo nada! —protestó.

La muchedumbre se apretujó más alrededor de los dos amigos y los empujones acabaron por separarlos.

—¡Flint! —llamó Tanis—. ¡Nos reuniremos en el taller cuando haya terminado el desfile!

Pero el enano ya estaba lejos, arrastrado por la multitud. A despecho del bullicio reinante, los apiñados espectadores se sumían en el silencio a medida que se aproximaban Porthios y la comitiva.

—Esto es algo que recordarás toda tu vida —oyó Tanis que decía un padre elfo a su hijita, quien parecía más interesada en el trozo de pan frito azucarado que en el momento histórico que tenía lugar ante sus ojos.

Tanis contuvo el aliento ante el aplomo y la serenidad del Orador, su faz autoritaria, su porte erguido, sus vestiduras doradas que relucían al igual que la diadema que le ceñía la frente.

A su lado, Porthios, ataviado con una sencilla túnica verde, caminaba casi con la misma dignidad que su padre, llevando el paso a la par.

El semielfo se mantuvo inmóvil mientras el Orador y Porthios pasaban frente a él; en su interior libraban un conflicto el orgullo que sentía por ellos y la envidia. Se preguntó quién caminaría con él en el puesto de su padre cuando le llegara su propio *Kentommen*, o si su ascendencia humana lo privaría de tal derecho.

La multitud se agolpó tras el paso del séquito y lo siguió, pero Tanis no se movió de donde estaba. Poco después, echó a andar en dirección opuesta.

* * *

Flint, profiriendo maldiciones, sujetándose el hombro herido, y confiando en que esa cabeza de chorlito de semielfo lo encontrara, chocó contra varios elfos. Pero todos le duplicaban casi la estatura, y lo arrastraron con ellos como una hoja caída en un arroyo crecido.

Por fin, entre los cuerpos apiñados, descubrió una figura familiar que se encontraba en el umbral de una puerta, a una decena de metros de distancia. Flint agitó los brazos sobre la cabeza.

—¡Miral! —llamó a gritos.

El mago se volvió hacia él con una expresión de sorpresa en el semblante, y le indicó con un ademán que se acercara, pero Flint sólo pudo encogerse de hombros en un gesto de impotencia. Si hubiese sido capaz de resistirse al empuje de la muchedumbre, a estas horas no se habría separado de Tanis.

El esbelto mago tuvo más fortuna que él en abrirse paso entre el mar de elfos, y pronto la figura encapuchada de Miral alcanzó al enano y lo arrastró

consigo hasta otro umbral.

—Es más efectivo atarse a algo fijo y dejar que la multitud fluya a tu alrededor —comentó el mago con una sonrisa irónica.

Contemplaron en silencio el paso de los elfos en una oleada compacta de colores rojos, verdes, amarillos y azules.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Flint.

—¿A quién? —inquirió a su vez el mago, sobresaltado.

—A Porthios. —Flint señaló la comitiva que se alejaba en medio de la muchedumbre, visible sólo por las plumas de los guardias—. Después de que finalice la vigila en la Arboleda.

—No me digas que visitas Qualinesti desde hace dos décadas y todavía no conoces los procedimientos del *Kentommen* —dijo sorprendido Miral.

—He presenciado celebraciones poco importantes, pero nada que me llamara particularmente la atención —replicó desabrido el enano, molesto por el comentario del mago.

—Ah. —Miral asintió con actitud comprensiva, se apartó del umbral y echó a andar hacia el taller de Flint—. Bueno, pues después del *Kaltatha*, que son los tres días de vigilia que comienzan hoy, Porthios será conducido desde la Arboleda por tres nobles, cuya identidad permanecerá oculta bajo máscaras, guantes y túnicas negras. El Orador no estará presente, ya que permanecerá en retiro desde el día anterior para meditar y orar.

»Porthios vestirá una túnica gris, al igual que Gilthanas, que regresará de su vigilia nocturna en el *Kentommenai-kath*, desde el que se divisa el río de la Esperanza. —Miral hizo un alto en la reseña—. ¿Ya has estado allí?

Flint asintió con un cabeceo.

—Los ciudadanos no prestarán atención a ninguno de los dos hermanos —prosiguió Miral—. Es parte de las normas estrictas del *Kentommen*.

—Lo sé. Ailea me lo dijo. ¿Adónde irá Porthios?

El mago esquivó a un chiquillo que agitaba un estandarte plateado.

—Los tres nobles lo conducirán a una cámara tallada en la roca, bajo los cimientos de palacio. Es un cuarto oscuro, y se habrá de sentar en un reducido círculo de luz, en el centro.

Miral y Flint rodearon una casa de cuarzo realizada a semejanza de un roble, y giraron en una esquina.

—Los nobles enmascarados permanecerán de pie formando un triángulo alrededor del joven —explicó Miral—. Son *los Ulathi*, los Vigilantes, y cada uno de ellos tiene un nombre ceremonial: *Tolethra*, o Ambición; *Sestari*, o Envidia, y *Kethyar*, u Orgullo. Los tres acosan al joven de manera implacable, acusándolo de ambición egoísta, de ocultar la grandeza de otros y de vana soberbia. Con su actitud colérica, zahiriente, ridiculizadora y crítica, ponen a prueba la fuerza de voluntad y la pureza de espíritu que el joven ha alcanzado en la Arboleda.

Flint imaginó la escena y se estremeció. Seguía prefiriendo su Día de Barba Cerrada.

—¿Cuál es la finalidad que tiene esa...? ¿Cómo se llama? —preguntó.

—Esa parte del *Kentommen* se denomina *Melethka-nara*, o la Sombra del Corazón —respondió Miral—. Su finalidad, como el propio nombre indica, es descubrir si queda alguna sombra en el corazón del joven. En caso afirmativo, las pullas de *los Ulathi* le provocarán el miedo, la ira o el desaliento. Gritar, llorar, e incluso titubear significa fracasar en la prueba. Sin embargo, si el joven se mantiene hasta el final sereno y en paz consigo mismo, *los Ulathi* se limitarán a asentir en silencio y saldrán del cuarto, dejando abierta la puerta.

El enano tuvo la repentina revelación de dónde había desarrollado el Orador la máscara impenetrable que adoptaba su semblante en momentos conflictivos. Se preguntó hasta qué punto Porthios —y sobre todo Tyresian — cambiarían merced a sus *Kentommens*.

Habían llegado al taller del enano, pero no había señales de Tanis. Flint, agradecido de tener oportunidad de descansar unos minutos en su banco favorito —aunque jamás habría admitido tal cosa—, invitó a Miral a compartir con él un tentempié. El mago aceptó, y poco después los dos estaban dando buena cuenta de unas generosas raciones de *quith-pa* tostado y sazonado que Flint había comprado en el camino de regreso. El enano sostenía en una mano una jarra de cerveza; el mago bebió agua.

—Y dime, ¿qué tal te encuentras, amigo mío? —preguntó Miral—. ¿Te has enterado de algo acerca de quienes te pusieron esa sucia trampa?

Flint sacudió la cabeza en un gesto de negación como respuesta a la segunda pregunta, y a la primera contestó afirmando que se sentía tan fuerte como un enano con la mitad de sus años.

—Tanis y Ailea me han cuidado muy bien. Me han alimentado sólo con comida y bebida sanas. Fue espantoso —añadió asumiendo un fingido gesto sombrío.

—¿Hizo algún efecto la poción que te dejé? —inquirió Miral—. Me preguntaba qué tal te iría tomando una taza de esa infusión cada hora.

—¿Poción? —Flint parecía desconcertado—. Ailea se ocupó de hacerme tragar cantidades ingentes de agua y leche, suficientes para hacer que un enano flotara prácticamente en líquido. Aseguraba que de ese modo se prevenía la fiebre ocasionada por la herida. Pero no tomé ninguna poción. A menos, por supuesto, que la mezclara con el agua y yo me la tragara sin darme cuenta.

—No, esta infusión ha de tomarse caliente —replicó el mago—. En fin, quizás olvidé dejar el paquete de las hierbas. He estado tan ocupado últimamente, que ya no estoy seguro de si he hecho algo o sólo he pensado en hacerlo.

En ese momento se escucharon unos pasos ligeros en el camino que conducía a la casa.

—Debe de ser Tanis —dijo Flint.

Pero se trataba de una niña elfa, no más alta que Flint, con el cabello del color del trigo maduro, y los ojos azules como el mar. Sin siquiera saludar, soltó de sopetón:

—Esto es de tía Ailea. Para Flint Fireforge o Tanthalas Semielfo. Y tendió un rollo de pergamino al enano. La chiquilla siguió inmóvil delante de Flint, apoyando el peso de manera alternativa en uno y otro pie, mientras el enano desenrollaba el pergamino y miraba la nota.

—«Flint, Tanthalas —leyó en voz alta—. Venid de inmediato. Sé algo sobre Xenoth. Ailea.» —Alzó la vista del papel—. ¿Qué demonios...? —

Flint miró sin ver a la pequeña elfa durante unos instantes; luego, sus ojos se enfocaron de repente en la chiquilla—. ¿Qué quieres, niña? —gruno.

—Tía Ailea dijo que me regalarías un juguete si venía corriendo a traerte su mensaje. —La pequeña todavía jadeaba—. Fue un trabajo duro. El desfile ya ha dado la vuelta. ¡El camino estaba abarrotado de gente! —dijo con aire malhumorado.

—Busca allí. —Flint señaló el nicho de la pared—. Elige lo que quieras. ¿Cómo estaba Ailea cuando te marchaste, pequeña?

La niña ya había abierto la tapa del nicho y revolvía el contenido con manos ávidas. Contestó al enano sin volver la cabeza.

—Muy excitada. Repetía sin cesar: «Ahora tiene sentido. La cicatriz. La "T": La solución. Ahora lo entiendo». Y me llevó hasta la puerta prácticamente a empujones —comentó la niña con tono ofendido.

Flint estaba perplejo, mirando alternativamente al mago y a la pequeña enfrascada con los juguetes.

—La cicatriz. La «T» —musitó el enano—. ¿La solución?

—No conozco a ningún elfo con una cicatriz en forma de «T» —comentó Miral mientras apartaba a un lado el plato de *quith pa*—. Y con esa inicial, el único nombre que recuerdo es Tyresian.

—¡Eso es! —exclamó excitado Flint—. Tyresian tiene los brazos cubiertos de cicatrices por la práctica de la esgrima. Ailea debe de haber descubierto algo que lo relaciona con la muerte de Xenoth. —Se levantó del banco y se dirigió a la puerta—. Vamos, hemos de darnos prisa —gritó a Miral. Luego añadió, dirigiéndose a la pequeña:— ¡Coge lo que quieras!

Flint salió como una tromba del taller y Miral fue en pos de él mientras se abría paso a empujones por las calles abarrotadas de nuevo por la bulliciosa muchedumbre que regresaba tras haber dejado a Porthios en la Arboleda.

La niña, muy contenta, se quedó en el taller del enano, con los brazos metidos hasta los codos en juguetes de madera.

* * *

Ailea paseaba de un lado a otro de la casa con impaciencia, deteniéndose de vez en cuando para golpear con el puño cerrado sobre la palma de la otra mano, un gesto masculino poco habitual en una mujer elfa, pero la anciana estaba muy excitada.

—¡Tiene que ser eso! —musitó—. ¡Por supuesto! —Dio media vuelta frente a la chimenea y desanduvo los pasos hacia la puerta. Una vez más, cruzó el umbral y se asomó a la calle—. ¿Dónde se habrán metido? —rezongó—. ¿Los habrá encontrado ya Fionia? Espero que esa niña no se pierda...

Oyó un chasquido metálico en la parte posterior de la vivienda y cerró la puerta principal.

—¿Flint? ¿Tanthalas? —llamó, con una expresión casi felina en su rostro afilado. Cruzó la sala a toda prisa y se detuvo ante la puerta de la cocina—. ¿Quién...?

Una figura se volvió hacia ella, y Ailea se quedó petrificada. En todas las centurias de su larga vida, jamás había sentido tanto terror. Con las manos sudorosas y la respiración entrecortada, retrocedió ciegamente, derribando una mesa. Tres retratos de bebés y algunos juguetes fabricados por Flint se estrellaron contra el suelo.

El intruso la siguió hasta la sala; Ailea abrió la boca para gritar.

Pero no llegó a emitir sonido alguno. La anciana se desplomó en silencio.

Después, el misterioso personaje abandonó la casa.

* * *

Cuando Tanis se alejó del desfile, eligió las calles más desiertas, lo que no le resultó difícil dado que la mayoría de los residentes de Qualinost seguía al Orador y a Porthios hacia la Arboleda. Deambuló sin rumbo fijo alrededor de media hora, hasta que la voz de un vendedor de *quith-pa* le recordó que había acordado reunirse con Flint en su casa.

No tardó en llegar al taller, donde se encontró con un solo ocupante: una niña rubia que jugaba encantada con un montón de figuritas de madera

esparcidas por el suelo del cuarto. La pequeña se presentó como Fionia, mientras señalaba la nota de tía Ailea, caída junto al banco de piedra, y declaró que el enano le había regalado todos aquellos juguetes.

Tanis leyó el mensaje y acto seguido salía corriendo antes de que la pequeña hubiera terminado de hablar. Posteriormente, recordó pocos detalles del precipitado recorrido desde el taller de Flint hasta la casa de Ailea; todo quedó reducido a un borroso conglomerado de colorido, canciones, bailes y charlas. En una ocasión divisó a Flint, parado en una esquina y mirando alrededor como si buscara a alguien, pero cuando se abrió una nueva brecha entre la muchedumbre, el enano había desaparecido. Tanis reanudó la marcha.

La puerta principal de la vivienda rosa y gris de Ailea no tenía echado el pestillo, pero eso no era inhabitual. Pocos qualinestis atrancaban las puertas de sus hogares, ya que eran tan escasos los delitos que se cometían en la ciudad que la gente estaba confiada. Tanis llamó con los nudillos, al principio con suavidad, y después con más fuerza al no escuchar el habitual «ya voy, ya voy» de la partera. Desde la calle, alzó la cabeza hacia las ventanas del segundo piso y llamó a la anciana, pero tampoco tuvo respuesta.

Una vecina se asomó a la puerta de la casa de al lado y dirigió una mirada de reproche al semielfo que aporreaba la hoja de madera.

—Ailea tiene que estar en casa —dijo la mujer elfa—. La vi por la ventana hace apenas cinco minutos.

Por fin, Tanis se decidió a abrir la puerta y penetró en la casa. Incluso antes de que sus ojos se ajustaran a la escasa luz del interior, supo que algo iba mal. Había esperado que la partera irrumpiera desde el cuarto trasero explicándole excitada que había resuelto lo ocurrido con Xenoth.

En lugar de eso, percibió el olor a muerte. La puerta se cerro a sus espaldas.

La anciana yacía boca arriba delante de la chimenea, en un charco de su propia sangre. Sus ojos redondos, aquellos ojos humanos de los que nunca se había avergonzado, contemplaban sin ver el techo del cuarto. Docenas de miniaturas aparecían esparcidas por el suelo. Tanis reparó en que la anciana

se había movido después de recibir el golpe fatal, ya que había un rastro de sangre desde la puerta principal hasta la alfombra extendida ante la chimenea. Una manga de la blusa estaba subida hasta el codo, y el repulgo de la falda lila se había doblado de manera que dejaba a la vista un esbelto tobillo y una rodilla. La otra mano de Ailea sostenía el retrato de dos niños elfos.

Tanis ni siquiera encontró fuerza para gritar. Cayó de rodillas junto al menudo cuerpo de la anciana, sin reparar en el fluido rojizo que le humedecía las calzas y los mocasines. La blusa de Ailea estaba empapada de sangre. Tanis se encontró intentando limpiarla en vano, para conseguir sólo extender más la mancha. Rozó el rostro de Ailea, con la esperanza de notar su aliento. Sin embargo, la carne de la mujer, aunque todavía cálida, tenía ya la rigidez de la muerte.

Tanis se miró las manos, manchadas de sangre; se sentó sobre los talones, con el corazón oprimido por el dolor y la rabia.

De repente, cayó en la cuenta de que alguien estaba aporreando la puerta hacía rato. En ese momento, la hoja de madera se abrió de golpe a sus espaldas. Tanis volvió la cabeza para mirar al recién llegado.

—¡Reorx bendito! —gritó Flint—. ¡Ailea!

* * *

A mitad de camino de la casa de la partera, Flint se había metido en un mar de elfos y había perdido de vista a Miral. Mas, imaginando que un mago de la misma estatura que los otros elfos tenía más oportunidad de abrirse paso entre la muchedumbre de la que tenía un enano de un metro veinte de altura, Flint reanudó la marcha a toda prisa sin buscar más a Miral.

El mago alcanzó a Flint en el umbral de la casa de Ailea, cuando el enano llamaba a la puerta por primera vez. El mago parecía estar falto de respiración.

Flint no le prestó atención, y empezó a aporrear la hoja de madera. Por fin, la abrió de golpe y vio volverse hacia él el rostro bañado en lágrimas de

Tanis, y gritó al reparar en lo que había más allá del semielfo.

... y entonces fue cuando se fijó en las palabras garabateadas con sangre en un mantel; unas palabras que ya empezaban a adoptar un color pardo al secarse el fluido vital. El mensaje decía: «Ailea, lo siento.»

* * *

—Comprende la decisión que he de tomar, Tanthalas —decía un tiempo después el Orador desde la tribuna de la Torre del Sol. Cientos de elfos, atraídos por el inminente *Kentommen*, se apiñaban en la entrada, si bien sólo se autorizaba la presencia de los nobles en la propia cámara central cuando el Orador impartía justicia. Había un constante rumor de fondo de conversaciones y comentarios.

»Desde la Guerra de Kinslayer, Tanthalas, no se había vuelto a derramar la sangre de un elfo a manos de otro elfo —dijo Solostaran—. Y ahora no sólo hemos de llorar la muerte de una leal y antigua servidora de esta corte, sino que también lamentaremos la pérdida de la paz que durante tanto tiempo ha reinado en esta ciudad.

»Más, antes de abandonarnos al duelo, aquel que ha arrojado estas sombras sobre nuestros corazones, deberá atenerse a las consecuencias de su maldad. Por ello te encuentras ante mí, Tanthalas Semielfo. Has sido acusado del asesinato de tía Ailea, la partera.

—Probablemente también mató a lord Xenoth —susurró Litanas desde su nueva posición a la derecha de la tribuna.

—Basándome en los hechos —anunció Solostaran—, te declaro culpable.

Todavía vestido con las ropas manchadas de sangre que llevaba cuando los guardias de palacio lo habían rendido en casa de Ailea, Tanis apretó los párpados al oír la sentencia, pero se mantuvo firme. Oyó un gruñido a sus espaldas, y supo que era Flint.

—Por lo tanto, mi veredicto es que tú, Tanthalas Semielfo, seas desterrado del reino de Qualinesti, y que sus gentes te rechacen como si fueses alguien que jamás ha existido, so pena de sufrir tu mismo castigo.

A Tanis le daba vueltas la cabeza. Una condena a muerte habría sido más misericordiosa, pensó. La idea de abandonar Qualinost le partía el corazón tan certeramente como si lo hubieran atravesado con una daga. A despecho de sus ansias de viajar por todo Krynn, había dado por hecho que tenía un lijaren Qualinost al que regresar.

Tyresian había escuchado las palabras del Orador con una sombría actitud triunfante.

—Tanthalas, ¿aceptas mi veredicto? —preguntó Solostaran.

Tanis abrió la boca para responder, sin estar seguro de las palabras que articularía, pero, de manera inesperada, uno de los guardias que lo flanqueaban se tambaleó, y Tanis parpadeó desconcertado mientras Flint avanzaba furioso hasta situarse ante el podio.

—No sé si él lo acepta o no —gruñó; tenía las manos apoyadas en las caderas en una actitud desafiante, si bien en sus ojos había una expresión de pesar—. ¡Pero, por Reorx, de lo que estoy convencido es de que yo me opongo!

Los que se encontraban alrededor de la tribuna contemplaron al enano sin salir de su asombro.

Flint era muy consciente de todos aquellos pares de ojos almendrados que lo miraban de hito en hito, sobre todo los del Orador. «*En cualquier momento, me echarán de la ciudad de una patada* —pensó—, y entonces no podré hacer nada en favor de Tanis.» De pronto recordó a Ailea, y comprendió que con el semielfo desterrado y la partera muerta, no le quedaban razones para permanecer en Qualinost. Sacudió la cabeza y puso sus ideas en orden. Sin duda, Ailea comprendería que ahora pusiera todas sus energías en defender a Tanthalas, su niño predilecto. Más tarde, en privado, ya tendría tiempo de lamentar la pérdida de tan entrañable amiga. Pero Tanis lo necesitaba ahora.

—Mirad, Orador —comenzó Flint con voz retumbante antes de que Solostaran tuviese ocasión de decir nada—, al parecer habéis escuchado todo cuanto estos nobles elfos tenían que decir sobre lo ocurrido... o sobre lo que creen que ha ocurrido. No hay testigos presenciales... *Ningún* testigo, recordadlo.

»Se han dado mucha prisa en atribuir la autoría de este crimen execrable a Tanis —prosiguió el enano—. A mí se me ocurren otros que son igualmente..., no, más sospechosos que el semielfo, en cuyo corazón nació un profundo cariño por la partera en estas últimas semanas.

—¡Cariño! —resopló con desdén Tyresian—. ¡Hipocresía! Estaba fingiendo.

—¡Y tú, Tyresian, encabezas la lista de mis sospechosos! —bramó Flint, señalando con el dedo al noble.

—Absurdo —replicó Tyresian—. Yo no tuve ocasión. Formaba parte de la guardia de Porthios en la Arboleda cuando asesinaron a la anciana dama.

Flint se quedó momentáneamente perplejo, pero reaccionó al instante.

—Hay un dato a tener en cuenta. Al parecer, la muerte de tía Ailea está relacionada con el accidente sufrido por lord Xenoth. Ella descifró la incógnita de esa muerte, y, a resultas de ello, alguien la asesinó. ¿Por qué, entonces, iba a enviar una nota dirigida a mí y a *Tanthalas*, si hubiese tenido una evidencia que lo vinculaba con la muerte de Xenoth?

El Orador parecía inclinado a permitir que el enano continuara con su exposición a pesar de la afrenta al protocolo.

—Sin embargo, esa nota no se ha encontrado, maestro Fireforge —apuntó Solostaran—. Nadie excepto tú la vio. Miral sólo te oyó leerla, la pequeña Fionia no sabe leer, y Tanis, quien también afirma haberla visto, es el principal sospechoso. Más aún: a excepción de Tanis, no se vio entrar o salir de la casa a nadie antes de que llegaseis Miral y tú. Y, por último, ¿por qué iba a disculparse el asesino de Ailea en una nota escrita sobre el mantel, si no fuese alguien muy próximo a ella?

—Yo... —Flint vaciló un instante—. Confieso que lo ignoro, Orador. Lo único que se es que la explicación que las pruebas parecen indicar, no puede ser verdad.

Una fina arruga apareció en la frente del Orador; su semblante adoptó una expresión desconcertada... y quizá también un asomo de esperanza.

—Con todos los respetos, Orador, esto es totalmente ridículo —objetó Tyresian, con voz queda pero los ojos relucientes por la furia—. ¿Desde

cuando un simple forjador, y para colmo enano, pone en tela de juicio las decisiones de la corte?

El Orador alzó una mano.

—El maestro Fireforge siempre ha tenido permiso para hablar conmigo con entera libertad —repuso con calma. En aquel momento Flint advirtió lo cansado, lo viejo que parecía Solostaran—. Por favor —susurró el Orador, haciendo un ademán para que prosiguiera.

—Todo cuanto digo, Orador, es que le deis a Tanis la oportunidad de contar lo ocurrido desde su punto de vista.

—Ya lo hemos escuchado —protestó Tyresian—. Y es una historia ridícula. «Cuando llegué ya estaba muerta.» ¿Entonces por qué había sangre en sus manos? ¿Por qué los vecinos no vieron a nadie más que a él entrar o salir de la casa? Hay un breve espacio de cinco minutos durante el cual, lógicamente, la partera pudo haber muerto, y Tanis fue el único que entró durante ese tiempo. ¿Acaso espera que creamos que...?

—¡Silencio! —ordenó el Orador, en cuya voz había de nuevo un tono inflexible. Las palabras de Tyresian se cortaron de manera súbita—. Me temo que hay algo de verdad en el razonamiento de lord Tyresian, Flint —comentó Solostaran con voz pesarosa mientras se volvía hacia el enano—. Hemos escuchado la versión de Tanis, y en ella no hay detalles esclarecedores que lo exculpen.

Mas Flint no se había dado todavía por vencido.

—Tan seguro como que mí barba es larga, hay varias cosas que no encajan, Orador, y creo que eso no se me puede discutir. Existe la posibilidad de que, si se le da tiempo para reflexionar, Tanis logre descifrar esas incógnitas y así probar su inocencia. Ahora mismo, parece que todo el mundo ha tomado partido. Pero pienso que el muchacho merece que se le dé una oportunidad.

Cuando llegaba el momento, Flint podía mostrarse tan firme como una roca. El Orador estudió al enano unos segundos y después de una fugaz sonrisa le curvó los labios.

—Como siempre, maestro Fireforge, tu sin par sentido común supera el buen juicio de esta corte. Haré caso de tu consejo.

Tyresian estaba furioso, pero el Orador no le prestó atención.

—Tanthalas —dijo, de nuevo con tono autoritario, si bien carecía de la frialdad anterior—, se te conceden tres días para que encuentres la prueba de que no fue tu mano la que llevó a cabo tan horrendo crimen. Si al anochecer del tercer día no has logrado convencer a esta corte de tu inocencia, entonces se llevará a efecto la sentencia antes dictada y serás expulsado de reino de Qualinost para siempre.

—¿El semielfo es peligroso! —protestó Tyresian—. La ciudad está abarrotada de viajeros que se han desplazado hasta aquí para presenciar el *Kentommen*. La ceremonia se celebrará dentro de tres días. ¿Y si se comete otro crimen? ¿Cuánto elfos más habrán de morir para que el Orador afronte los hechos?

Solostaran miró a su alrededor con gesto grave.

Gilthanas, Litanas y Ulthen mostraban la misma inquietud.

—¿Alguien más quiere añadir algo? —preguntó el Orador. Litanas pareció recordar de repente que ahora era el consejero del Orador. Adelantó un paso.

—Estoy de acuerdo en que se le debería dar a Tanis la oportunidad de probar su inocencia, pero al parecer despierta cierta preocupación entre los nobles la circunstancia de que se permita deambular por las calles de Qualinost con entera libertad a un sospechoso de asesinato.

—¿Cierta preocupación? —resopló Tyresian—. Es una definición excesivamente moderada.

—Mi consejero tiene la palabra, lord Tyresian —interrumpió el Orador—. Prosigue, Litanas.

El joven consejero adoptó una pose más erguida, y sus ojos se clavaron en el noble.

—Tal vez la mejor sugerencia sea ésta: dejar confinado a Tanthalas en sus aposentos, con un guardia apostado en la puerta, durante los próximos tres días. Permitir que su amigo, Flint Fireforge, reúna cuantas pruebas considere oportunas para probar su inocencia. Al término del plazo de estos tres días, inmediatamente después de finalizar el *Kentommen*, reunirnos de nuevo Flint y todos los demás para discutir el asunto.

El Orador asintió en silencio con actitud grave, pero en sus ojos había una expresión satisfecha.

—¿Alguna otra idea? —Nadie habló—. En tal caso, se hará como ha propuesto mi consejero, lord Litanas. ¡Este es el fallo que pronuncio! —concluyó, cerrando el consejo con aquella antigua fórmula. Después de dirigir una última mirada a Tanis y a Flint, el Orador abandonó la cámara, con los pliegues de la túnica ondeando tras él.

Al acercarse a Tanis, Flint vio que Miral hablaba con el semielfo.

—Espero que saques ventaja del tiempo que el enano ha obtenido para ti, Tanis. Pero me temo que no es tarea sencilla —dijo el mago con pesadumbre.

—¿Crees pues que soy culpable?

—No, creo que eres inocente, Tanis. Pero la evidencia parece irrefutable. —Miral sacudió la cabeza—. Si precisas ayuda, dímelo, Tanis. Haré cuanto esté en mi mano. —El mago giró sobre sus talones y salió de la cámara con pasos rápidos.

Gilthanas y otro guardia se adelantaron para escoltar al semielfo a sus aposentos. Flint miró ceñudo a los dos, pero lo sorprendió ver sólo una expresión de tristeza en las facciones del joven elfo.

—Tía Ailea no merecía morir así —dijo Gilthanas con voz suave.

—Lo sé. Yo no la maté —respondió Tanis.

—Asistió a mi parto, al de Laurana y también al de Porthios —comentó el joven. Suspiró—. Tanis, la razón me dice que tú eres el único que pudo asesinarla. Mi corazón, por el contrario, confía en que quedes libre de toda culpa. Me alegraré si consigues probar tu inocencia, aunque sólo sea por evitarle sufrimiento a mi padre —agregó con sencillez. Apartó con un gesto el cabello rubio que le caía sobre la frente. El uniforme negro de la guardia lo hacía parecer más pequeño—. Pero no esperes ayuda por mi parte. No puedo dártela. Y si intentas alguna otra maldad... —Se llevó la mano al emblema de plata del Sol y el Árbol que lucía en el jubón negro, el símbolo de la ciudad y su guardia—. Me veré forzado a impedírtelo.

Flint resopló. Pues vaya ánimos que le daba a su primo, pensó. Pero Tanis pareció comprenderlo, pues se limitó a asentir en silencio, y entonces

el segundo guardia se colocó al otro lado del prisionero. Tanis se quitó la espada enfundada y se la tendió a Flint.

El enano siguió con la mirada a los tres mientras Gilthanas y su compañero de armas conducían a su amigo fuera de la Torre.

OceanofPDF.com

25

A la búsqueda de pistas

Dos días después, por la tarde, Flint deambulaba por Qualinost, desesperado por la falta de pruebas, y preguntándose cómo demonios iba a obtener pistas del asesinato de tía Ailea cuando ni siquiera tenía la más remota idea de por qué la habían matado. Había hablado con todo el mundo que podía saber algo, desde los vecinos de la anciana, hasta las mujeres a las que había asistido en partos recientes. Había pasado por la Torre para entregar el medallón de Porthios, y aprovechó para hacer preguntas a varios elfos cuya opinión aún desconocía.

—La nota decía que había descubierto algo sobre la muerte de Xenoth —musitó el enano, que hizo un alto para sentarse al borde del Gran Mercado.

El lugar, siempre un fárrago de colores y sonidos, hoy era aún más exuberante. Jamás había visto elfos tan espléndidamente ataviados como ahora lo estaban para la ceremonia de Porthios. Por lo general, vestían con tonos terrosos poco llamativos; esta tarde, sin embargo, los rosas, los azul verdosos y los púrpuras desfilaban ante sus ojos, y eran muchos los elfos que llevaban máscaras creadas a semejanza de animales. Para regocijo de los presentes, había incluso un elfo que bailaba de acá para allá, disfrazado como un árbol: ropa de cuero marrón oscuro, la cabeza cubierta con un saco de tela también marrón, con dos agujeros a la altura de los ojos, y sosteniendo en los brazos abiertos ramas de álamo. Otro elfo se cubría la

cabeza y los brazos con plumas blancas, y llevaba una máscara que recreaba los rasgos de una lechuza. Un tercer elfo recorría el mosaico de Kith-Kanan luciendo un disfraz de dragón de color verde oscuro, atuendo que causaba el alborozo de sus compañeros, ya que hacía milenios que no se veían dragones en Krynn; eso, si es que era cierto que alguna vez habían existido.

El tránsito de Porthios de adolescente a adulto parecía haber dado una excusa a los qualinestis para comportarse como chiquillos, y estaban sacando todo el partido posible de ello.

Por una vez, los qualinestis habían dejado de lado parte de su característica reserva y, si bien no igualaban el entusiasmo de un enano en el Día de Barba Cerrada, tampoco se quedaban muy atrás.

Cómo habría disfrutado Ailea con esta exhibición, pensó entristecido Flint. Esta idea lo hizo volver de nuevo al asunto que tenía entre manos.

—¿A quién habría confiado Ailea su descubrimiento? —musitó, meditando sobre las averiguaciones que había llevado a cabo—. Su vecina dijo que estaba en casa aquella mañana, y no vio entrar a nadie más que a Tanis. Pero Ailea tuvo que haber hablado con alguien —añadió.

Le llegó el olor a salchichas y *quith pa* caliente, y se colocó detrás de cuatro elfos que guardaban cola frente a un puesto donde se vendía comida. El enano siguió murmurando, lo que, merced al ambiente festivo, no pareció llamar demasiado la atención de los elfos.

¿Y si había descubierto algo sobre Tyresian, algo que también sabía Xenoth? El anciano consejero llevaba cientos de años en la corte; sin duda tenía que estar al tanto de infinidad de información, parte de la cual debía de estar catalogada como reservada.

—Tyresian habría tenido el mismo móvil para matar a Ailea que para matar a Xenoth —murmuró Flint. Deseó que Tanis estuviera a su lado para hablar sobre el asunto, pero el semielfo se encontraba bajo arresto en sus aposentos de palacio.

Por fin le llegó su turno en la fila, y, tras pagar al vendedor, se alejó del puesto mientras daba un buen mordisco a la jugosa salchicha y al pan. Pero la comida le supo insípida al comprender que no tenía más remedio que

hacer lo que había evitado hasta entonces: regresar a la casa de Ailea y buscar en ella alguna pista.

Minutos más tarde, se encontraba ante el hogar de la partera, ajeno a los alegres cantos de los elfos disfrazados que bullían a su alrededor. Un soldado con el uniforme negro de la guardia de palacio, quien al parecer se había contagiado con el ambiente festivo a despecho de la responsabilidad de su cometido, se encontraba recostado contra la puerta principal de la vivienda. Dirigió una mirada penetrante a Flint cuando el enano se apartó del camino y se dirigió al rodal de petunias blancas que Ailea había plantado bajo la cerrada ventana frontal. Ninguna de las flores estaba estropeada, y, apartando las corolas blancas, Flint comprobó que tampoco había huellas en la tierra abonada. La otra ventana de la fachada correspondía al segundo piso. Para alcanzarla, un elfo habría tenido que subirse sobre los hombros de otro.

Flint fue repentinamente consciente de lo absurdo de su idea.

—Como si fuera necesario que alguien se tuviera que colar por una ventana a plena luz del día cuando tenía a mano una puerta abierta por la que entrar —rezongó en voz baja—. ¡Flint, eres un cabeza hueca!

Se incorporó y se sacudió la hierba que se le había quedado pegada a las rodilleras de los pantalones. El guardia, un muchacho de facciones afiladas y poco mayor que Gilthanas, no le quitaba los ojos de encima. El enano cayó en la cuenta de que el guardia no le había dado el alto.

—¿Ha entrado alguien en la casa desde que se cometió el asesinato? —le preguntó.

El joven sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—El Orador dio órdenes de que nadie entrara ni se acercara a la casa, excepto tú, maestro Fireforge.

Flint dedicó un pensamiento de cálido afecto al señor elfo.

—¿Hay apostados más guardias? —inquirió.

—Hay otro en la puerta trasera. Dentro no hay ninguno.

El enano rodeó el costado de la casa y se asomó a la parte trasera. El guardia estaba sentado en el último escalón del pórtico, comiéndose un tomate que sin duda había cogido del huerto de tía Ailea. Se incorporó de

un brinco al ver a Flint. No obstante, el enano no dijo nada; el joven podía vigilar la puerta tanto si estaba de pie como sentado, dedujo Flint, y a Ailea le habría gustado que alguien aprovechara los productos que cultivaba ahora que ella ya no los podía utilizar.

Flint retrocedió unos cuantos pasos. La casa tenía sólo la anchura de una habitación. La escalera interior terminaba en la sala y detrás estaba la cocina, donde no había ventanas, y sólo la pequeña puerta que conducía al patio trasero donde cultivaba sus hierbas medicinales. La chimenea se encontraba entre los dos cuartos, calentando tanto la sala como la cocina. Flint supuso que el dormitorio de la partera se encontraba en el segundo piso, aunque nunca lo había visto.

El segundo guardia tampoco le dio el alto cuando Flint rodeó el costado curvo de la vivienda y ascendió los escalones del pórtico trasero. Conociendo a Ailea, aquella puerta debió de haber estado también sin atrancar. El enano respiró hondo, cruzó el umbral, y entró en la cocina.

Todavía se sentía la presencia de la anciana en el cuarto. Tarros con conservas de vegetales y frutos secos se alineaban en una estantería a lo largo de una pared de la habitación de techo bajo. Flint recordó que Tanis tenía que agacharse cuando entraba en la cocina, y moverse con cuidado para esquivar los manojos de salvia, cebolletas y albahaca colgados de las vigas. Aquel olor le evocaba enormemente a Ailea, y la rabia lo dominó.

Con las mandíbulas apretadas, cruzó la cocina que todavía guardaba recuerdos entrañables de alegres comidas compartidas con la partera y Tanis; entró con paso decidido en la sala.

No se había limpiado el cuarto después de retirar el cadáver de la anciana y todavía quedaba un rastro de sangre desde la puerta hasta la chimenea. Desperdigados por el suelo aparecían varios retratos de niños. La mesa, sin embargo, la habían levantado y sobre el tablero estaba la pintura que Ailea tenía en la mano cuando Tanis la había encontrado.

Flint pasó por encima de la mancha de sangre seca y cogió el retrato. Pintado por la diestra mano de la anciana, mostraba a dos niños, uno un bebé y el otro un crío algo mayor, ambos rubios y con ojos verdes. Los del

niño mayor tenían una mirada más profunda y seria, en tanto que los del pequeño eran ingenuos y confiados.

—Me pregunto quiénes serán —musitó Flint.

Ailea nunca ponía los nombres en los retratos; sabía de memoria quién era cada uno de ellos, a pesar de los cientos que abarrotaban la sala. El enano volvió a dejar el cuadro sobre la mesa.

Flint sospechaba que no reconocería una pista aun en el caso de que le saltara encima y lo desafiara con una espada. Su mirada fue de retrato en retrato por toda la habitación mientras recordaba el aspecto habitual de la casa cuando Ailea vivía en ella y buscando algún detalle que no encajara en el cuadro familiar. Por fin, sacudiendo la cabeza con gesto de cansancio, remontó los peldaños de la escalera que conducía al segundo piso.

Como ocurre con casi todo el mundo, el dormitorio de Ailea revelaba más de su personalidad de lo que lo hacían los cuartos en los que entraban las visitas. La habitación olía a lavanda; unas ramas del aromático arbusto, atadas en manojos con cintas grises, yacían sobre el tocador, junto a un cepillo con mango de carey y unas peinetas de plata con las que la anciana se sujetaba el moño trenzado en fechas señaladas. De unas perchas de hierro mate, regalo de Flint, colgaban varias faldas cosidas por ella misma en tejidos de llamativos colores: púrpura, rojo, verde y amarillo fuerte. Sobre una mesita cercana había una camisa nueva de color *beige*, igual a la verde y a la azul que había hecho para Flint. Una madeja de hilo de bordar y una aguja parecían aguardar junto a la prenda aún sin terminar.

En el centro del cuarto había un amplio lecho de plumas, cubierto con una colcha púrpura y verde; otro catre pequeño estaba instalado en un nicho de la pared, cerca de la chimenea. Delante del hogar, había una vieja mecedora de madera, desgastada y arañada, pero bien lustrada con cera. El enano se acercó al nicho y vio lamparillas a la cabecera y a los pies del catre, un caldero sobre la lumbre del hogar, y sábanas, toallas y pañales apilados en ordenados montones sobre una mesita auxiliar. Un moisés de mimbre colgaba de un gancho clavado del techo. Flint comprendió que aquí era donde tantas mujeres elfas habían venido a dar a luz.

Varias horas más tarde, cuando ya las sombras empezaban a alargarse al llegar la tarde a su fin, Flint terminó de repasar los registros privados de Ailea, que había revisado con la esperanza de hallar alguna pista, si bien no lo abandonó la incómoda sensación de estar violando la intimidad de la anciana. La mayor parte de los pergaminos se refería a nacimientos o pócimas medicinales que habían sido efectivas en el tratamiento de ciertas dolencias. La inspección de una cómoda de ocho cajones, situada junto al lecho de plumas, no le proporcionó ninguna información que, según su criterio, estuviera relacionada con el crimen.

Fue entonces cuando Flint se fijó en el retrato, encuadrado en un delicado marco de plata y oro, que estaba sobre la cómoda. Los laterales del marco estaban muy pulidos, como si lo hubieran sostenido muy a menudo. El enano pasó el encallecido dedo por encima de la pintura; estaba descolorida y era antigua; Flint supo con certeza que tenía más años que él. El retrato era de una joven elfa, de constitución delicada, ojos avellana y facciones felinas, que se encontraba junto a un humano maduro, de rasgos firmes y mandíbula cuadrada, vestido con unas ropas de granjero. Al fondo se veía una casa aseada pero pequeña, con petunias blancas sembradas a los lados del camino. Los dos personajes estaban cogidos de la mano, y la expresión plasmada en sus rostros reflejaba por igual una felicidad inmensa y una profunda tristeza.

Asaltado de repente por una sensación de estar espiando por una ventana una escena íntima, Flint volvió a poner el retrato sobre la cómoda, giró velozmente sobre los talones, y se encaminó hacia la escalera. En este cuarto no había la menor pista relacionada con lord Xenoth.

De nuevo en el piso bajo, a la mortecina luz del cercano ocaso, Flint cogió otra vez el cuadro que Ailea tenía en la mano cuando murió. No era el retrato de Tanis; el enano lo había visto en el piso de arriba, sobre una mesilla cercana al lecho. Con el cuadro de los dos niños elfos y razonando que todavía se sentía algo débil a causa del atentado que había sufrido, Flint se acomodó en una de las sillas tapizadas que había frente a la chimenea. Puso los pies sobre un escabel y, mirando de manera alternativa al retrato y

al ruiseñor de madera que había regalado a Ailea, dejó que sus pensamientos vagaran sin propósito.

Dos noches atrás, cuando había regresado al taller, se había encontrado con el nicho donde guardaba los juguetes vacío, a excepción de los soldaditos de madera. En contrapartida, Fionia había dejado sobre la mesa un trozo de cuarzo rosa, con un montón de hilachas pegadas y pringado con algo pegajoso que tenía un sospechoso olor a mermelada de uvas.

¿Qué era lo que había dicho la chiquilla? «Ailea estaba muy excitada. Repetía sin cesar: "Ahora tiene sentido. La cicatriz. La "T". La solución. Ahora lo entiendo".»

—La cicatriz. La «T». La solución. —Flint se arrellanó en la silla y miró el retrato—. La cicatriz. La «T». La solución —repitió en un murmullo—. La solución...

De pronto, con una exclamación de «¡Reorx!» tan sonora que hizo entrar precipitadamente a los dos guardias por las puertas delantera y trasera, Flint se incorporó de un brinco. Los dos guardias se encontraron con el espectáculo de un enano que se abrazaba a un retrato mientras repetía: «La solución. La solución. ¡La solución!».

* * *

El soldado que montaba guardia a la puerta de Tanis se mostró inflexible. No se permitía a nadie visitar al semielfo. El propio guardia sólo había visto a Tanis cuando el cocinero traía una bandeja con comida que dejaba a la misma entrada de la puerta a la vez que recogía la otra que había llevado con anterioridad; e, incluso en estas contadas ocasiones, había veces que el semielfo se quedaba en la parte posterior del cuarto y ni siquiera se lo veía.

—¿Y cómo se espera que reúna evidencias si no puedo discutir con Tanis sobre el asunto? —protestó el enano, agitando el cuadro ante las narices del guardia—. ¿Y bien?

El soldado se mostró impasible.

—El Orador dio orden de que no tuviera visitas —repitió.

—¡Esa orden no se refería a mí, cabeza de chorlito!

La expresión del guardia se tornó aún más obstinada.

—En ese caso, ve a hablar con el Orador.

—¡Lo haré! —prometió Flint—. ¡Y volveré!

Pero el enano no tuvo mejor suerte en la antesala del despacho de Solostaran, en la Torre.

—Está en retiro —informó un guardia—, meditando y orando, como estipula el *Kentommen*. No se lo puede interrumpir, a menos que surja una crisis de Estado. Ello significaría la cancelación del *Kentommen*.

El enano estaba tan furioso que faltó poco para que tirara el retrato contra el suelo.

—¡Ésta es una crisis de Estado! ¡Yo estoy en un estado de crisis, por Reorx! ¡Abre de una vez esa maldita puerta! Avanzó con actitud amenazadora hacia los guardias... Y de repente se encontró frente a dos espadas desnudas blandidas por sendos guardias de rostros torvos.

—Lo lamento, maestro Fireforge —dijo uno de ellos.

Flint alzó las manos en actitud desesperada.

—¿Y ahora, qué? —Se alejó pasillo adelante—. ¡Elfos! ¡Vosotros y vuestras tradiciones! —gritó.

Regresó a palacio. Allí buscó un sitio en las escalinatas y se sentó para reflexionar. Solostaran, ahora recluido, era el único que podía ordenar a los guardias de palacio que lo dejaran entrar en el cuarto de Tanis. Pero el Orador no saldría de su retiro a menos que, supuso Flint, Qualinesti fuera atacado por minotauros o cosa semejante.

Porthios, quien tampoco habría ayudado al enano de todos modos, estaba custodiado en la Arboleda, y no se lo podía molestar, a no ser que sobreviniera un segundo Cataclismo. Gilthanas había manifestado que no ayudaría a Tanis bajo ningún concepto, y Laurana no había dirigido una palabra amistosa al semielfo desde hacía más de un mes.

Flint suspiró. ¡Menudo panorama! ¡Pues sí que tenía una amplia y selecta colección de colaboradores donde elegir! No por vez primera, el enano se preguntó si no habría llegado el momento de mudarse a otro lugar

de Ansalon; algún sitio donde la cerveza no supiera a agua de lluvia, y el vino no dejara un regusto dulzón y una peste a flores.

Algún sitio como Solace, tal vez.

No obstante, el enano desechó esta idea, e hizo un nuevo repaso a los candidatos. Si Gilthanas se tomara siquiera la molestia de escuchar hasta el final las conjeturas del enano, casi con toda certeza el guardia neófito pondría a los soldados en estado de alerta, con lo que el asesino se guardaría mucho de actuar durante un tiempo, hasta que..., hasta que Tanis hubiera sido desterrado, probablemente. Lo que no serviría de mucho al semielfo.

Sólo le quedaba una opción...

* * *

—Laurana, tengo que hablar contigo —dijo Flint desde el otro lado de la puerta cerrada.

—Márchate, maestro Fireforge —fue la díscola respuesta.

—Es acerca de Tanis.

Hubo una pausa. Después se escuchó la misma voz, aunque con un tono menos malhumorado.

—No quiero saber nada de Tanis.

—Bien —gruñó el enano—, le diré que habrá de morir sin haber hablado contigo por última vez. Te comunicaré la fecha del funeral, si estás interesada en acudir.

Pateó el suelo como si caminara, primero con fuerza y luego, de manera gradual, más suave. La puerta se abrió de par en par.

—¡Flint, espera! —gritó Laurana, que salió corriendo por el pasillo con tanta premura que pasó ante el enano sin advertir su presencia.

—Imaginé que este truco funcionaría —dijo Flint con sorna, junto al umbral.

Entró en el cuarto de la joven. Ella giró sobre sus talones para mirar al enano, y luego regresó a la pequeña antesala; era común en los aposentos de palacio esta distribución de habitaciones. La salita contaba con una chimenea, una mesa pequeña y dos sillas colocadas ante el hogar, en una de

las cuales ya se había instalado cómodamente el enano. Laurana cerró de un portazo al entrar. Su gesto ceñudo se tornó paulatinamente en otro de desconcierto a medida que Flint exponía a grandes rasgos lo que había descubierto.

—Entonces comprendí lo de la «solución» —concluyó.

—¿La solución? —La princesa seguía desconcertada.

—Eso es lo que dijo Fionia, la pequeña que trajo el mensaje. Pero lo que Ailea repetía no era «solución», sino «sucesión». El retrato que tenía en la mano era el de Gilthanas y Porthios. El asesino, el que, ahora estoy convencido, mató a lord Xenoth y a tía Ailea, intenta asesinar al heredero del Orador, a Porthios.

Si Flint esperaba una reacción espectacular por parte de Laurana, se llevó un chasco. La joven se quedó sentada, en silencio, manoseando los bordes de la bata amarilla que se había echado encima del camisón.

—Pero todos somos sus herederos —objetó al cabo de unos instantes—. Porthios, Gilthanas y yo. ¿A cuál de los tres se refería?

Flint se recostó en la silla. Todo el tiempo había enfocado el asunto pensando en Porthios como la diana del asesino. ¿Por qué no también Gilthanas y Laurana? Alguien que buscara ascender en la línea sucesoria para convertirse en Orador, tendría que eliminarlos también a ellos. Faltaban algunas piezas del rompecabezas, pero Flint disponía todavía de un día para descubrir al criminal antes de que se ratificara la sentencia de destierro para Tanis. Una nueva idea acudió a su mente.

—¿Qué mejor momento de matar a Porthios que durante su propio Kentommen? —preguntó.

—¿Y qué mejor momento para matarnos a los tres? —preguntó a su vez Laurana—. Todos estaremos reunidos en la Torre al mismo tiempo. Pero, ¿por qué, Flint? Además, el sospechoso no puede ser un elfo. Nosotros no hacemos esa clase de cosas.

La joven apartó los ojos del enano y los dirigió hacia las llamas de la chimenea. Flint guardó un breve silencio, contemplando la silueta de la princesa.

—Ah, pequeña, qué poco conoces este mundo.

Ella se incorporó y empezó la pasear por el cuarto con gran agitación.

—Quieres que te ayude a llegar hasta mi padre eludiendo la guardia, pero no tienes la evidencia suficiente que justifique interrumpir al Orador y cancelar el Kentommen —objetó con ardor—. Tu única evidencia se basa en lo que supones que dijo tía Ailea antes de morir.

—¿Pero es que no te das cuenta? —bramó el enano—. ¡La sucesión! ¡Y sostenía en su mano el retrato de los herederos!

—Si ordeno a los guardias que te dejen pasar y luego resulta que todo esto no es más que una fantasía de una vieja partera, mi padre... —Le falló la voz y sus mejillas se tornaron pálidas—. Pero, si no lo hago, y ocurre algo realmente grave... —La princesa se dejó caer en la silla—. ¡Soy demasiado joven para enfrentarme a esta clase de decisiones! —protesto.

Flint la observó, consciente de que presenciaba el principio de la metamorfosis de una chiquilla mimada en una mujer elfa de carácter firme..., si es que se decidía a dejarla salir a la superficie. Laurana se incorporó de nuevo y reanudó los paseos por el cuarto.

—¿Por qué, Flint? —preguntó—. ¿Por qué querría alguien matar a los herederos del Orador? Y no es que lo haya creído ni por un momento —se apresuró la añadir.

—Ambición —sugirió el enano—. Venganza. Demencia. Amor no correspondido. Despecho. Ésta no es la clase de intriga que se planea de la noche a la mañana, ¿sabes? Deduzco que el asesino lo ha estado proyectando durante años.

—En tal caso... —De nuevo le falló la voz—. En tal caso, probablemente se trata de alguien la quien conocemos.

—Por supuesto. ¿Que creías?

Se miraron en silencio unos segundos; al cabo de un momento, Laurana apartó los ojos.

—Con discutir no ayudaremos a Tanis —dijo la joven con voz queda.

Flint rezongó algo. Luego, más calmado, preguntó:

—¿Qué puesto ocupa Tyresian en la línea de sucesión?

—¿Al título de Orador? —Laurana estaba sorprendida—. Pertenece a la Tercera Casa. Nosotros somos la Primera.

—¿Significa eso que lo anteceden los miembros de la Segunda Casa?

Laurana asintió en silencio, con actitud ausente.

—¿Qué lugar ocuparía Tyresian en la línea de sucesión al casarse contigo? —insistió el enano.

—Oh, ocuparía el puesto duodécimo o decimotercero de la lista —contestó la joven. Al cabo de un instante estrechó los ojos—. No estarás pensando en serio que el culpable es Tyresian, ¿verdad? ¡Pero si pertenece a la nobleza!

Tras llegar a la conclusión de que Laurana tenía todavía mucho que aprender de la vida, Flint cambió de estrategia.

—¿Hasta qué punto está Porthios protegido? —preguntó.

—Hay mas de una docena de guardias rodeando la Arboleda. No pueden verlo, pero sí oírlo si los llama. No creo que alguien le pueda hacer daño estando los soldados allí.

Flint se incorporó y paseó por la salita. Sobre la mesa había una colección de figurillas que representaban míticos dragones. El enano cogió uno dorado y lo examinó.

—¿Y Gilthanas? ¿Estará con su regimiento esta noche? Al menos, él estará seguro, ¿no?

—Oh, no, Flint. Gilthanas será quien lleve a cabo la vigilia en el *Kentommenai-kath*. Pasará allí toda la noche. El término le resultaba familiar al enano, pero durante los últimos días había escuchado una plétora de nuevos vocablos elfos.

—¿El *Kentommenai-kath*?

—Es el lugar desde donde se divisa el río de la Esperanza, al oeste de Qualinost —explicó Laurana.

Flint lo recordó; era el sitio donde había hecho una excursión con Tanis y casi se había despeñado.

—Lo acompañará un guardia, claro —dijo, a la vez que doblaba una de las patas de la figurita. La blandura del metal evidenciaba que era oro puro. Laurana le quitó el dragón con suavidad, enderezó la pata, y colocó de nuevo la figura sobre la mesa.

—Gilthanas tendrá una escolta desde Qualinost hasta el *Kentommenai-kath* —repuso mientras tomaba otra vez asiento—. Los guardias se marcharán y él permanecerá allí a solas hasta el amanecer. Entonces regresará a Qualinost solo, y llegará cuando se inicie la última parte del *Kentommen*.

Flint sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

—¿Dices que estará a solas?

La palidez de Laurana se acentuó. Cuando por fin habló, en su voz había certeza.

—Estará en peligro, ¿verdad?

El enano silenció sus palabras con un ademán, y se apoyó con los brazos en el repecho de la chimenea, contemplando fijamente las llamas. Al cabo, se dio media vuelta y se inclinó sobre la silla en la que se sentaba la princesa.

—Laurana, ¿confías en mí?

Tras una breve pausa, la joven asintió en silencio.

—Entonces, escucha con atención. Tengo un plan.

OceanofPDF.com

26

El ardid

Dos horas antes de la medianoche, una figura de cabellos dorados, vestida con una bata azul claro tachonada con hilos de plata, apareció por el corredor en el que se encontraban los aposentos de Tanis y dirigió una sonrisa deslumbrante al guardia.

—Hola —saludó. Luego hizo una pausa, con una coqueta actitud vacilante, un gesto que había estado practicando en su cuarto durante la última hora.

El guardia se sonrojó. Lauranthalasa sabía que el muchacho la había visto de lejos en incontables ocasiones, pero nunca había estado tan cerca de la hija del Orador.

—Eh... Hola —balbuceó aturullado.

Ella le sonrió de nuevo.

—¿No se supone que tienes que decir algo así como: «¿quién va?» —preguntó risueña.

El elfo, rubio y aproximadamente de la misma edad que Gilthanas, tragó saliva con esfuerzo y esbozó una mueca.

—Sí, pero... se quién eres —musitó—. Así que..., ¡ejem!... ¿Por que preguntarlo?

—Oh. —Laurana entrecerró los párpados y lo miró de reojo—. Una conclusión muy inteligente.

Su voz denotaba admiración... justo en la medida considerada necesaria por Flint. Unas horas antes, Laurana había manifestado sus dudas de que la argucia funcionara.

—*El guardia no se lo tragará —había argumentado—. ¿Es que crees que los guardias de palacio son tan estúpidos?*

—*Confía en mí —se limitó a decir Flint—. He visto cómo te miran los jóvenes elfos. —Laurana se sonrojó—. Con un simple parpadeo conseguirás dejar al guardia fuera de combate.*

—*Oh, Flint, no seas ridículo —espetó la muchacha.*

Pero ahora ya no estaba tan segura de que el enano no tuviera razón. El guardia parecía incapaz de sostenerse sin que le temblaran las rodillas. Atribuyó la reacción del joven a un caso de leve indigestión ocasionado por el abundante festín del *Kentommen*; adoptó un tono dulce al hablar.

—Necesito ver a Tanthalas, por favor. —Apartó la mirada con remilgado recato.

«*¡Flint, no se lo tragará!*», protestó para sus adentros, y de nuevo oyó la respuesta del enano: «Confía en mí».

La expresión del guardia se tornó repentinamente desdichada.

—No puedo dejar entrar a nadie —contestó.

—¿Ni siquiera a mí? —Laurana asumió una actitud desconsolada—. Es muy, muy importante. —Confiaba en que las lágrimas acudieran a sus ojos, detalle crucial en opinión de Flint, pero sobre todo esperaba ser capaz de contener la risa.

Ahora venía la parte conflictiva. Alargando una mano con rapidez, se apoderó de la llave colgada al cinturón del guardia y la metió en la cerradura de la puerta.

—Oh, vamos, no pasará nada —dijo, poniendo un tono de súplica en la voz—. Por favor...

Pero el guardia había recobrado la compostura merced a la disciplina de su entrenamiento y, agarrándola por las muñecas con suavidad pero firmemente, la obligó á apartarse de la puerta.

—Lo siento, princesa, pero cumplo órdenes. —Para sorpresa de Laurana, el joven parecía realmente pesaroso.

La muchacha retrocedió unos pasos, con lo que hizo apartar al guardia de la puerta de Tanis.

—Oh, sólo quería... —No finalizó la frase y pensó con empeño en el gatito que se había muerto cuando era niña. Por fortuna, al fin sintió que se le humedecían los ojos; con un parpadeo, logró que una lágrima se deslizara por su mejilla.

El guardia, que a juzgar por su expresión se sentía como un bellaco, le soltó las muñecas y la observó mientras ella se apartaba y, con un gesto muy femenino, se limpiaba unas lágrimas inexistentes con un fino pañuelo. Justo en el mismo momento en que el guardia se volvía para situarse de nuevo en su puesto junto a la puerta, Laurana se tambaleó y dejó escapar un grito. «¡No tan alto que atraiga a cualquier otra persona al corredor! —había advertido Flint—. Sólo lo suficiente para que resulte convincente al guardia y tape un pequeño ruido».

El joven elfo estaba junto a ella al instante, sosteniéndola con el brazo que había enlazado con premura en torno a su cintura.

—¿Qué te ocurre? —se interesó el guardia.

—Ay, mi tobillo —gimió Laurana, sintiéndose como una estúpida—. Son estos malditos zapatos.

«¡Flint —había protestado horas antes—, hace años que no me pongo estos zapatos!» «Mejor. Así te será más fácil dar un traspié», había respondido el enano.

Laurana gimió otra vez. A espaldas del guardia, una figura achaparrada, con una escala de mano y una mochila echadas al hombro, desatrancó la puerta y se coló en el cuarto de Tanis, sin quitar la llave de la cerradura. Laurana cayó en la cuenta de que la puerta se quedaría sin echar el cerrojo, y confió en que al guardia no se le ocurriera comprobarlo cuando regresara a su puesto y sacara la llave para colgarla de nuevo en su cinturón.

A la pregunta del soldado, Laurana lo tranquilizó asegurando que podía regresar a su cuarto por su propio pie. Le dio efusivamente las gracias por su ayuda, y echó a andar despacio pasillo adelante, intentando no olvidar que debía cojear levemente.

27

Huida hacia el peligro

Como es de suponer, Tanis había escuchado la conversación de Laurana con el guardia, y aguardaba expectante a un lado de la puerta cuando Flint penetró en el cuarto.

El enano tendió al semielfo la espada y la vaina que había rendido cuando los guardias lo habían escoltado detenido. A continuación, sin articular una palabra, con un dedo puesto sobre los labios, Flint cruzó la estancia hasta la ventana y se asomó por el borde. Los siete metros de pared vertical que había hasta el patio no presentaban saliente alguno.

—¿Que estás haciendo? —inquirió Tanis en un susurro.

Ordenándole otra vez que guardara silencio por medio de señas, Flint sujetó al alféizar los ganchos de la escala de cuerda y la desenrolló. Escudriñó de nuevo el patio. Continuaba desierto, ya que la mayoría de los que habitaban en palacio se encontraban en las calles de Qualinost celebrando el acontecimiento. El aire traía los ruidos del jolgorio.

El enano, satisfecho con el resultado de su inspección, dejó caer la escala por la pared. Luego, tras comprobar que la abultada mochila que transportaba estaba bien sujeta al hombro, salvó el antepecho de la ventana y se agarró a la escala, haciendo un alto para indicar a Tanis con un ademán que lo siguiera. Cerró los ojos, a fin de dominar un momentáneo acceso de vértigo.

—¿Sabes cuál es el castigo por violar una orden de arresto? —increpó el semielfo.

El enano abrió los ojos y sus cejas espesas se arquearon en un gesto interrogante.

—¡El destierro! —susurró furioso Tanis.

Flint se inclinó sobre el antepecho para acercarse al oído de su amigo.

—¿Entonces, qué tienes que perder? Además, estarás de vuelta antes de que se den cuenta.

Poco después, Tanis posaba los pies en el suelo del patio; vio que Flint tiraba de una cuerda y la escala se soltó de los ganchos sujetos al alféizar.

—Yo mismo la diseñé —comentó en voz baja el enano mientras empujaba al semielfo hasta el resguardo de unos perales. Rebuscó en la mochila y sacó de ella una máscara que le tendió al semielfo indicándole por señas que se la pusiera. Los ojos avellana de Tanis estaban abiertos de par en par.

—¿Quieres que me vista como un enano gully?

—Es un disfraz —susurró Flint—. Con él podrás salir de palacio y llegar al puente del oeste sin atraer la atención.

—¿Un gully de un metro ochenta de estatura? —siseó furioso Tanis.

Flint lo chistó para acallar sus protestas.

—Era el único que le quedaba al vendedor. Y tienes suerte de que me haya decidido a tirar la imitación de la rata muerta que acompañaba al resto del disfraz.

—Pero...

El enano lo atajó, dejándolo con la palabra en la boca.

—Laurana me ha dicho que los elfos estarán disfrazados hasta la medianoche, momento en que cesan los festejos para entrar en un período de sobriedad que dura hasta que el *Kentommen* ha finalizado. Tenemos una hora para escapar de Qualinost.

Tanis todavía sostenía en las manos la máscara de gully, examinando la tez olivácea, la barba enmarañada y la expresión estúpida de los rasgos.

—Si pensaste que iba a huir, es que no me conoces —dijo, sin hacer el menor intento de bajar la voz. Hizo un ademán, como si fuera a arrojar lejos

la máscara. Flint lo cogió del brazo.

—¡Confía en mí! —pidió, por lo que le parecía milésima vez aquella noche. La rabia reflejada en los ojos del semielfo se tornó indecisión—. Confía en mí —repitió de nuevo en un susurro.

Por fin, Tanis se puso la máscara.

—Me siento ridículo. —Su voz sonó amortiguada tras la careta de madera.

—Estás guapísimo —se burló Flint—. Vamos.

Cruzaron el patio y los jardines, y después bordearon el palacio hasta la calle de la fachada principal, donde se mezclaron con la muchedumbre de alegres elfos.

—¿Es que nunca duermen? —preguntó irritado el enano, cuando recibió el tercer empujón.

—Muy poco, hasta que termine el *Kentommen*. —La voz de Tanis sonaba hueca bajo la máscara.

Flint avanzó pegado a los edificios a fin de evitar los encontronazos con los bullangueros elfos.

Media hora más tarde, los dos amigos pasaban bajo el elegante arco que marcaba el límite oriental de la ciudad, y se encaminaron hacia el sur, en dirección al puente que cruzaba el río de la Esperanza. La avenida se fue estrechando, y los árboles que la flanqueaban se espesaron. El número de celebrantes descendió de manera paulatina hasta que llegó un momento en que los dos amigos se encontraron a solas, en mitad de la noche. Tanis empezó a quitarse la máscara.

—Será mejor que esperes a que estemos al otro lado del puente, muchacho —aconsejó Flint.

La idea de tener que cruzar el puente suspendido sobre las oscuras aguas del río de la Esperanza, que discurría a decenas de metros bajo sus pies, hizo temblar al enano. Consiguió dominar el miedo relatando al semielfo lo que había descubierto —o mejor dicho, conjeturado— en los últimos dos días.

—¿Así que crees que alguien puede atacar a Gilthanas durante las horas de vigilia solitaria en el *Kentommenai-kath*?

—Cabe esa posibilidad. Y, en estos momentos, todo cuanto tenemos para seguir adelante son posibilidades. Después de dos días de fiesta continua, los guardias del puente estaban acostumbrados a ver a los juerguistas con disfraces y máscaras. En consecuencia, se limitaron a contemplar al enano y al desarrollado gully mientras cruzaban la estructura. Flint iba agarrado al brazo de Tanis; para ayudar al semielfo a guardar el equilibrio, por supuesto. De pronto escucharon a sus espaldas el trapaleó de unos cascos, a la par que un rebuzno familiar hendía el aire de la noche. Flint giró velozmente sobre los talones.

—¡*Pies ligeros!*

En las sombras que abrigaban la entrada al puente, uno de los guardias sujetó al animal por las riendas.

—¡Maestro Fireforge! —La llamada del soldado levantó ecos en la torrentera—. ¡Tu amiga te busca!

Flint vaciló un momento, sin saber qué hacer. Si llevaba de vuelta a casa a la mula, dejaría solo a Tanis para hacer frente al asesino. Si la llevaba con ellos, los delataría con sus infernales rebuznos. Por fin, hizo un ademán y el guardia soltó al animal, que se lanzó al trote hacia donde aguardaba el enano.

Esquivando el suave hocico de la mula, Flint sacó la escala de manó que había guardado tras recuperarla en el patio de palacio, y separó la cuerda con la que la había soltado de la ventana. Ató una punta al collar de *Pies Ligeros* y la otra al tronco de un álamo que crecía en la orilla opuesta de la torrentera.

Mientras tanto, Tanis escondía la máscara entre los arbustos. Los rebuznos desesperados del animal retumbaron en las paredes de la torrentera cuando Flint y Tanis se alejaron por el sendero.

La noche era muy oscura; ninguna de las lunas lucía en el cielo. El enano percibía el húmedo olor a musgo y escuchaba la rítmica respiración de Tanis a sus espaldas. Parecía que hubiesen transcurrido años desde el día en que habían subido al *Kentommenai-kath*, cuando todavía vivían Xenoth y tía Ailea.

—A menos que Gilthanas y la escolta vayan a la carrera, no tardaremos en darles alcance —susurró Tanis, en un breve alto que hicieron para descansar.

Flint apartó la mirada de la pronunciada pendiente que se abría a su derecha, y asintió en silencio. Pronto reanudaron la marcha.

El sendero se hizo sinuoso, y acá y allá Flint atisbó en la oscuridad algunos árboles retorcidos y concreciones de granito. Llegaron a una bifurcación. La pendiente se hizo más inclinada, y, a no tardar, Tanis y el enano estaban jadeando.

En ese momento, escucharon pisadas un poco más adelante y se escondieron tras unas rocas. Flint se asomó por un lado y vio pasar dos figuras que se dirigían a Qualinost.

—La escolta de Gilthanas —susurró Tanis, una vez que los guardias estuvieron lo bastante lejos para no escucharlo. El enano y el semielfo redoblaron sus esfuerzos, ya que Gilthanas estaba ahora sin protección.

Por fin, el bosque se hizo menos denso, y el terreno se tornó más pedregoso. Flint supo que se encontraban muy cerca de la pequeña meseta.

—¡Escucha! —susurró Tanis.

El claro timbre de una voz de tenor se alzaba en la distancia, entonando palabras casi tan antiguas como los peñascos de granito que se alzaban a un lado del caminó.

—El canto de vigilia de Gilthanas —explicó el semielfo—. Pide a los espíritus de los árboles y la tierra que protejan a Porthios y lo guíen hasta el final de sus días. Ese es el motivo por el que Gilthanas está desarmado, para demostrar a los espíritus del bosque que confía en ellos.

El canto resonaba en la torrentera y Flint no pudo evitar un estremecimiento.

—Mi Día de Barba Cerrada no se parecía en nada a esto. Y doy gracias a Reorx por ello —musitó.

Siguieron caminando, aunque con más cautela a medida que se acercaban al *Kentommenai-kath*. Por supuesto, no querían que Gilthanas los viera, pero su mayor interés era no revelar su presencia al asesino, que podía estar escondido detrás de cualquier peñasco ó árbol. Flint sintió que

se le erizaba el vello de la nuca y se llevó la manó al martilló, sujetó a su cinturón, para darse ánimos.

Por fin, llegaron al *Kentommenai-kath*. Flint posó una manó en el hombro del semielfo, y los dos amigos se detuvieron para contemplar a Gilthanas, que paseaba de un lado a otro de la meseta rocosa que coronaba el risco. Tanis sugirió mediante gestos que deberían dar un rodeo por la derecha, y Flint asintió con un cabeceó. Los dos avanzaron sigilosos, buscando la cobertura de los peñascos, y avanzaron unos doscientos metros a lo largo del borde de la cima del risco donde Gilthanas, de pie, seguía cantando. Dejando atrás los últimos árboles, cruzaron a toda prisa un corto trecho al descubierto y se agacharon enseguida tras un peñasco de granito volcado de lado.

Flint se asomó con cautela. Gilthanas, vestido con una sencilla túnica gris y con la capucha echada sobre la cabeza, estaba al borde del risco, con la mirada perdida en el negro abismo que se abría a sus pies y entonando el canto en cuya melodía se producían unas pausas desconocidas en la música humana y enana.

—¿A qué estamos esperando? —susurró malhumorado Flint. Tanis sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Quizá deberíamos acercarnos un poco más.

Flint asintió en silencio. El semielfo soltó la presilla de cuero que sujetaba la funda de la daga, y el enano hizo otro tanto mientras avanzaban entre los afloramientos de granito. La súplica musical de Gilthanas no cesó ni un instante, creando un telón de fondo.

—Esto me da mala espina, Tanis —rezongó con voz queda Flint—. Es como si estuviéramos esperando a que ocurriera alg...

La tierra desapareció bajo los pies del enano.

* * *

La frase de Flint se cortó de manera repentina, seguida de un roce apagado, como si algo se deslizara sobre piedra, y una maldición ahogada. Tanis volvió la cabeza para mirar a sus espaldas.

—¡Flint! —llamó en un susurro para que no lo oyera Gilthanas, a la vez que se agachaba tras una roca para ponerse fuera del alcance de su vista—. ¡Flint!

No hubo respuesta. Sólo el sostenido canto de Gilthanas.

Tanis se maldijo para sus adentros. ¿Por qué no había estado más atento? Sacudió la cabeza. El enano le iba pisando los talones. ¿Dónde demonios se había metido?

Un parche de sombra entre las piedras —o, más bien, una sombra más negra que el resto— llamó la atención de Tanis, que gateó hacia ella para examinarla más de cerca. Al aproximarse, una bocanada de aire húmedo le rozó el rostro y vio que el parche oscuro no era una sombra ni mucho menos, sino una grieta que hendía el suelo, justo al borde de una roca.

Tanis había pasado por encima sin advertirla siquiera, pero Flint, con sus piernas achaparradas y zancada más corta...

«*Oh, dioses, no*», clamó para sus adentros el semielfo, mientras se tumbaba sobre el estómago y se asomaba a la grieta.

—¡Flint! —susurró en la profunda oscuridad, pero las sombras se tragaron su voz. No hubo respuesta.

La hendidura era lo bastante grande para que el enano se hubiera colado por ella, aunque muy justo. Frenético, Tanis intentó razonar. El enano podía estar herido allá abajo..., o algo peor.

—¡Flint! —llamó de nuevo, pero tampoco tuvo respuesta esta vez. Se había quedado totalmente solo.

En aquel momento, a espaldas del semielfo, el canto de Gilthanas se interrumpió con un grito.

—¡No deberías estar aquí! —exclamó el joven—. El *Kentommen* prohíbe...

Tanis echó una última mirada a la grieta que se había tragado a Flint. Luego, desenvainó la espada y se movió tan deprisa como le fue posible ocultándose de peña en peña.

Una figura, apenas distinguible a pesar de la vista aguda del semielfo, se encontraba de pie frente a Gilthanas. Avanzó un paso.

—¿Quién eres? —gritó el joven, retrocediendo. Sus talones se acercaron peligrosamente al borde del precipicio.

La figura, sin articular una sola palabra, se le acercó más. Gilthanas miró a izquierda y derecha, pero el desconocido le cerraba la única vía de escape.

—¿Quién eres? —inquirió de nuevo.

Mientras Tanis se acercaba cuanto le era posible sin ponerse a descubierto, vio que la figura hacía un movimiento como si reuniera fuerzas para saltar hacia adelante. El semielfo salió corriendo de detrás de un peñasco a la vez que gritaba una advertencia.

—¡Cuidado, Gilthanas!

Su primo se volvió hacia él. En ese mismo instante, la figura encapuchada propinó un empujón a Gilthanas. Con un alarido, el joven desapareció por el borde del precipicio. Un segundo grito se interrumpió bruscamente.

El asesino echó a correr hacia el bosque. Tanis vaciló, sin saber si seguir a la figura fugitiva, o ir hacia el punto donde Gilthanas había desaparecido. Mas el precipicio se había tragado a su primo, de eso estaba seguro. El semielfo salió a toda carrera hacia los árboles, en persecución del infame asesino.

Apenas se había internado en el bosque unos cuantos metros, cuando la maleza le cerró el paso. No había sendero; ¿entonces dónde se había metido el desconocido? Tanis maldijo las enredaderas que se engancharon en la hoja de la espada, y escudriñó la oscuridad. Contuvo el aliento y escuchó con atención, pero no captó la respiración contenida del perseguido.

Desanduvo sus pasos hacia la cresta de granito por donde había caído su primo.

—¡Gilthanas! —gritó desesperado en medio de la oscuridad—. ¡Flint! —llamó por añadidura.

Tuvo respuesta, pero no la que había esperado. Alguien apareció a sus espaldas, le puso las manos en los costados, y empujó.

Mientras se precipitaba al vacío, el semielfo oyó unas palabras:

—Lo siento, Tanis.

28

En las sombras se sumió el antiguo reino

Flint resbaló a una velocidad escalofriante por un estrecho pozo de piedra. Desesperado, manoteó la roca e hincó los talones buscando algún saliente en el que agarrarse a fin de parar —o al menos frenar— la caída. Pero la fría piedra de la chimenea estaba lisa y pulida como cristal por la erosión del agua de lluvia durante siglos. Flint se hundió en la oscuridad. La chimenea se curvó hacia la derecha.

Empezaba a preguntarse cuándo terminaría este descenso alucinante —súbita y brutalmente, sin duda, cuando la chimenea acabara de pronto en un muro de sólida piedra—, cuando notó que la verticalidad disminuía de manera gradual. La chimenea iba adoptando una trayectoria horizontal.

Cuando, por fin, el pozo terminó, el trazado era casi plano, y la velocidad del enano se había reducido mucho. Las paredes de la chimenea que lo envolvían desaparecieron de manera repentina, y Flint se encontró rodeado de aire y oscuridad.

—¡Reorx! —exclamó mientras agitaba brazos y piernas en el vacío; un instante después, se sumergía con un chapoteo en un agua gélida. La escala de cuerda, que no se había soltado durante el descenso, cayó a su lado.

El enano manoteó y escupió, medio ahogado con el agua que tenía un sabor metálico... hasta que de pronto reparó en que, fuera por lo que fuese, no se hundía más en el líquido helado. Fue entonces cuando Flint advirtió que estaba apoyado en las manos y en las rodillas, y que el agua no le

llegaba más arriba de los codos. De hecho, si no hubiese manoteado tanto, apenas se habría mojado. Todo ello —sumado al hecho de que con la caída se le había vuelto a abrir la herida del hombro— fue suficiente para ponerlo de un humor de mil demonios.

—¡Por la forja de Reorx! —farfulló, mientras se incorporaba en la somera charca. Al punto se arrepintió de haber hablado, pues las palabras resonaron en las tinieblas como si se encontrara en una vasta caverna. Flint tuvo la inquietante sensación de que la negrura se agitaba enfurecida, como si la enojara que el enano hubiera roto el silencio con sus palabras. Flint se estremeció de pies a cabeza... a causa de la frialdad del agua, por supuesto, se dijo para sus adentros, si bien se guardó mucho de volver a rezongar en voz alta.

El enano se sentó, tiritando en medio de la oscuridad, a fin de recobrar el aliento. Miró a su alrededor, pero no atisbó el menor rastro de luz por parte alguna, lo que tampoco era de extrañar habida cuenta de que era noche cerrada y estaba, al parecer, en el interior del risco. No tenía ni idea de si había caído hasta el mismo pie de la torrentera o sólo un corto trecho. El corazón le dio un vuelco al recordar a Tanis. Flint sacudió la cabeza. Lo único que podía hacer ahora para ayudar al semielfo era alzar una plegaria a Reorx e intentar salir de dondequiera que hubiese caído.

Escudriñó la oscuridad a su alrededor. Los enanos poseen una peculiar capacidad visual que les permite distinguir el calor irradiado por cualquier persona, animal u objeto; capacidad que, no obstante, maldito de lo que le servía en la fría negrura en que se encontraba sumergido.

Pero, de pronto, atisbó algo, algo que parecían dos círculos pálidos que flotaban uno junto al otro en la charca. La enfermiza luminiscencia verde de los círculos era tan mortecina que apenas los distinguía. Entonces percibió una segunda pareja de círculos pequeños, y otra más, que se deslizaban despacio frente a él.

Flint rebuscó en los bolsillos del chaleco de cuero y en los de las polainas hasta encontrar lo que buscaba: el yesquero y un pequeño cabo de vela. Afortunadamente, llevaba estos utensilios envueltos en un pedazo de

cuero impermeabilizado con grasa y estaban secos. Al cabo de unos segundos, Flint hacía saltar una chispa y surgió una pequeña llama.

Con la titilante luz, el enano vio la charca oscura que se extendía como ónix pulido ante él. Flint se estremeció al descubrir la fuente de la extraña y tenue luminosidad verde: peces que nadaban en las frías aguas. Eran unos bichos pálidos, de aspecto fofo, tan largos como su antebrazo, y unos ojos bulbosos, grandes como platos. Los iris eran los que irradiaban aquella luz enfermiza. El brillo de la vela pareció molestarlos, pues se alejaron deslizándose en silencio por el agua, buscando la oscuridad ininterrumpida en la que habían habitado durante eones.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué sitio es éste? —farfulló el enano con un hilo de voz. Levantó la vela y miró en derredor. El suelo era de piedra gris, un estrato de piedra caliza, dedujo, que había bajo el granito, al igual que las paredes. Pero la superficie de la piedra estaba demasiado pulida, demasiado lisa para ser una gruta natural. En el suelo crecían unas agujas altas, semejantes a estalagmitas, pero, al acercarse a ellas, Flint descubrió que eran columnas, estriadas y con intrincadas tallas. Aquello no era obra del agua, sino de las manos de seres vivientes. Caminó despacio por la vasta gruta, encogido por el eco de sus pasos, pero sin que ello lo detuviera.

Vio que no estaba en una gruta, sino en una gran sala. Las columnas se alineaban a lo largo de las encumbradas paredes que se perdían en las sombras, fuera del alcance de la trémula luz de la vela. Unas filas de bancos se alineaban de cara a una especie de grada, y detrás había una escalera ancha, cuyos peldaños se remontaban hacia las sombras y a lo desconocido.

La piedra estaba trabajada con gran pericia; Flint pasó la mano por los bordes cuidadosamente pulidos y las intrincadas tallas de las columnas. Semejante artesanía era desconocida en el mundo actual, pero Flint estaba seguro de que sus artífices habían sido enanos. No cabía otra explicación, no aquí, no a tanta profundidad. Mas también databa de épocas remotas. El peso de los siglos era tan perceptible como el de la ingente masa rocosa que se interponía entre Flint y el mundo exterior. ¿Pero qué podía ser este sitio, tan cercano al reino elfo? Debía de ser muy antiguo, más incluso que el propio Qualinesti.

La súbita comprensión sacudió literalmente al enano; la pequeña llama de la vela parpadeó al temblar la mano que la sostenía. Su mente evocó las estrofas de un poema que había aprendido de niño. Se vio a sí mismo, muy pequeño, sentado en las piernas de su padre. Era uno de los pocos recuerdos que guardaba de él, ya que había muerto cuando Flint era apenas un chiquillo. Había escuchado arrobado mientras su padre recitaba los versos al amor de la lumbre, unos versos que hablaban de un reino remoto:

.

- *Por orden del ruin thane, las puertas se cerraron*
- *con un toque de campana doblando a muerto*
- *En la sima cercana a la nación del sol,*
- *en las sombras se sumió el antiguo reino.*

.

Un escalofrío estremeció a Flint al pensar en su abuelo, muerto en la Guerra de Dwarfgate. Después se planteó adónde habría ido a parar.

—¿Thorbardin? ¿Pax Tharkas? —susurró en medio de las sombras.

Era más que probable, se dijo, que hubiera caído en otro de los infernales *sla-moris* elfos, uno que conducía a la antigua capital del reino subterráneo de los enanos, o a la fortaleza construida con la colaboración de ambas naciones. Si era eso lo ocurrido, lo mas juicioso sería escapar cuanto antes de sus odiados parientes de las montañas.

Vacilante, reacio a descubrir la verdad de dónde se encontraba, Flint siguió caminando.

* * *

Tanis aterrizó con un brusco golpe sobre una estrecha repisa de granito que sobresalía de la pared del precipicio, a unos nueve metros de la cima... y a casi doscientos metros sobre el fondo del precipicio.

La repisa tembló con el brusco golpe y se meció con el peso del semielfo. Un puñado de chinarras se desprendió de la pared, rodó sobre el saliente y se precipitó al vacío. La piedra se inclinó levemente, hacia el río que corría por el distante cauce, al pie del risco; Tanis tanteó la pared en

busca de un asidero mientras una lluvia de tierra y chinasy caía sobre él y le entraba en los ojos y la boca. Su mano izquierda se aferró en un trozo de roca sólida y evitó seguir deslizándose hacia el precipicio.

Parpadeo varias veces para limpiarse los ojos de tierra.

—¡Gilthanas! —gritó.

Su primo estaba también en la repisa, y resbalaba hacia el borde, a punto de despeñarse. Desesperado, Tanis alargó con premura la otra mano y agarró la muñeca de Gilthanas. Al principio, el semielfo temió que el peso del joven lo hiciera soltarse del asidero, precipitándolos a ambos al vacío, pero se las ingenió para hincar las punteras de las botas en una fisura de la pared. Se quedó inmóvil, tumbado boca abajo en la desequilibrada piedra, poniendo todo su empeño en no soltar la muñeca de su primo. No sabía si el joven estaba vivo o muerto.

La negrura de la noche que los envolvía hacía la situación aún más aterradora.

Tanis empezaba a sentir la palma de la mano resbaladiza por el sudor. La repisa se inclinó otro par de centímetros. ¿Durante cuánto tiempo podría sujetarse? Tampoco es que importara mucho, ya que la piedra podía desprenderse en cualquier momento.

Merced a un enorme esfuerzo, Tanis consiguió agarrar a su primo por la túnica. La repisa se balanceó otra vez, y una nueva lluvia de chinaros rodó en medio de la oscuridad. El semielfo apretó los ojos con fuerza, elevó una muda plegaria rogando que el sastre de Gilthanas hubiese utilizado un tejido resistente para hacer la prenda, y tiró hacia arriba.

Su primo emitió un tenue gemido, y a Tanis le dio un vuelco el corazón. ¡Gilthanas estaba vivo! Aquello lo hizo renovar sus esfuerzos y, por primera vez en la vida, dio gracias por su ascendencia humana que le había otorgado una constitución fuerte; alzó a Gilthanas por el borde de la piedra y lo arrastró hacia sí. Sin soltar a su primo, se sentó acurrucado en el estrecho saliente, de noventa centímetros de ancho por casi dos metros de largo.

Se removió, intentando encontrar una postura que no fuera tan precaria, pero fue inútil. Con cautela, empujó a su primo hasta que el joven quedó recostado contra la pared del risco; de ese modo, confiaba Tanis, Gilthanas

no rodaría por el borde si él se quedaba dormido y lo soltaba. No quiso plantearse quién lo sujetaría si era él el que acababa resbalando.

Tanis alzó la vista hacia la cima; no se veía nada, salvo las constelaciones. Si hubiese contado con la luz de las lunas, quizás habría encontrado asideros para trepar a la cumbre del risco, pero la noche estaba tan negra como una tumba. Lejos, hacia el este, Tanis atisbó el brillo de las antorchas en la Torre del Sol; sin duda, los criados de palacio trabajaban todavía disponiéndolo todo en la Torre para la ceremonia de mañana, con la que culminaba el *Kentommen*.

Volvió la vista hacia Gilthanas. El muchacho estaba inconsciente, pero al menos respiraba. Sin embargo, y aunque la luz del día descubriera que era posible escalar el risco, Tanis no tenía ni idea de cómo iba a subir a Gilthanas por la escarpada pared. En cualquier caso, no había nada que hacer hasta que amaneciera. Se recostó contra la pared rocosa, con lo que otro montón de chinas y tierra cayó rodando por el borde, y dejó que su mente divagara.

Se preguntó dónde estaría Flint, y quién lamentaría la muerte del enano si también él sucumbía.

Habría mucho más por lo que lamentarse antes de que la figura encapuchada culminara sus propósitos, pensó. Ahora no le cabía la menor duda de que el asesino planeaba matar asimismo a Laurana y a Porthios, y, probablemente, también al Orador. Miró de nuevo a la Torre —una lanza luminosa en medio de la oscuridad—, donde Solostaran llevaba a cabo su propia vigilia para el *Kentommen* de Porthios; después contempló el palacio. Esperaba que Laurana estuviera a salvo; al menos, el soldado que montaba guardia a la puerta de su dormitorio no estaba lejos de los aposentos de la princesa, aunque no los tuviera a la vista. Sabía que Flint le había recomendado que cerrara con llave la puerta hasta que amaneciera.

Tanis miró a la derecha de la Torre, al oscuro manchón que era la Arboleda, y confió en que el asesino no estuviera en ese mismo momento deslizándose entre los árboles del paraje sagrado, a la caza del indefenso heredero.

Era de suponer que la siguiente víctima del asesino era Porthios, y Tanis se preguntó cómo podría avisarle del peligro que corría, suponiendo que él mismo consiguiera salir con bien de la apurada situación en que se encontraba. No había modo de interrumpir el *Melethka-nara*; los tres Vigilantes lo impedirían, aun en el caso de que consiguiera pasar entre los guardias apostados a la puerta de la cámara enclavada bajo los cimientos de palacio.

Tal vez tendría oportunidad de interceptar a Porthios en su camino de la cámara a la Torre; conforme a la tradición, el joven debería hacer a solas ese trayecto, la tercera etapa del *Kentommen*, denominada el *Kentommen-tala*. Aquel curso de acción, no obstante, presentaba dos obstáculos casi insalvables; el primero, que todos los guardias de palacio sabían que Tanis estaba bajo arresto, y el segundo, que no sería fácil convencer a Porthios de que su vida corría un gran peligro. Quizá...

De pronto, en la oscura cima, sobre su cabeza, el rebuzno de una mula lo sacó de sus reflexiones.

El susto hizo que Tanis estuviera en un tris de soltar a Gilthanas; el corazón le palpitó desbocado. La repisa se balanceó otra vez.

—¡*Pies Ligeros!* —llamó.

El segundo rebuzno sonó más cercano. El cerebro de Tanis empezó a trabajar a marchas forzadas. ¿Cómo podría valerse de la mula? Flint la había atado con la larga cuerda de la escala de mano. Quizá, si el animal se situara al borde mismo del risco, con la cuerda colgando...

La llamó otra vez, y *Pies Ligeros* respondió. En la cima, un casco pateó una piedra, que pasó junto al semielfo dando tumbos. Al lado de Tanis, Gilthanas se removió y farfulló una protesta por el jaleo. Por un instante, la esperanza renació en el semielfo.

Pero, en ese momento, la mula se alejó del borde del risco.

—¡*Pies Ligeros!* —llamó a gritos.

Gilthanas gimió e intentó sentarse, pero enseguida se derrumbó de nuevo boca arriba. El sonido de los cascos del animal se perdió en la distancia.

«Por supuesto —pensó Tanis—. *Está buscando a Flint.*»

Desalentado, se recostó de nuevo contra la pared del risco.

OceanofPDF.com

29

Un rayo de Luz en las tinieblas

Estuviera donde estuviese, Flint sabía que sí quería salir de allí tendría que ir hacia arriba, y la escalinata que había detrás del estrado parecía el único camino.

Sus botas levantaron nubes de polvo mientras ascendía la larga escalera, y el enano se apretó la nariz a fin de evitar un estornudo. En su opinión, cuanto menos alterara el opresivo silencio de la oscuridad, mejor para todos. Tenía la inquietante sensación de que algo lo vigilaba desde las sombras con desagrado.

Flint sentía —con la misma intensidad con que notaba erizado el vello de la nuca— que su presencia no era bienvenida. Pero, mientras actuara demostrando que intentaba salir de allí por todos los medios a su alcance, tal vez lo que —o quien— acechaba en las sombras, lo dejara en paz.

Como si caminara en medio de una pesadilla, Flint recorrió un laberinto de corredores y cámaras, ascendiendo poco a poco, e intentando no prestar atención a los escalofríos que lo estremecían de cuando en cuando. Las ropas húmedas se le pegaban al cuerpo.

Ese lugar debía de haber sido en otros tiempos una espléndida maravilla, con sus inmensas salas y delicadas escaleras de caracol. Pero la erosión del agua había transformado lo que antaño habían sido orgullosas estatuas en poco más que unas formas grotescas. Los lujosos tapices que habían adornado las paredes, colgaban en fantasmales jirones, como los

hilos de una enorme y oscura telaraña. Flint se acercó a una de las colgaduras y el simple roce de su dedo hizo que el tejido se desmoronara en polvo. Las cámaras que otrora habían relucido al reflejarse el brillo de miles de antorchas en las planchas de oro que cubrían las paredes, ahora sólo eran unos cubiles lóbregos cuyas tinieblas apenas traspasaban la débil llama de la vela, y el aire estaba cargado de olor a muerte, antiguo pero imborrable.

El ambiente opresivo pesaba sobre Flint y su corazón de enano. Los relatos de reinos enanos perdidos en la noche de los tiempos resonaban en sus oídos.

En su deambular por las oscuras salas, Flint se vio obligado a volver sobre sus pasos en más de una ocasión cuando un corredor acababa súbitamente en un callejón sin salida o lo conducía a una sala por la que ya había pasado con anterioridad. Pero, por lo general, sus facultades sensoriales, innatas en su raza, que captaban la más mínima variación en el movimiento del aire o la inclinación del suelo pétreo, lo condujeron de manera constante y paulatina hacia arriba. Sin embargo, ignoraba cuánto más tendría que seguir subiendo. No podía calcular a qué profundidad había caído por la chimenea, y ni siquiera tenía la certeza de estar cerca de Qualinost.

El corto cabo de la vela se había ido consumiendo, y Flint gritó al sentir la quemadura de la llama en el dedo, a la par que sacudía la mano. El resto de la vela salió disparada por el aire, siseó al caer en un charco de lodo y la diminuta llama se extinguió. La oscuridad se cerró veloz y silenciosa sobre el enano, como si la luz jamás hubiese existido en aquellas tinieblas.

—¡Maldición! —rezongó en voz baja, mientras se chupaba el dedo chamuscado. Sentía en lo más hondo de su ser que se estaba acercando a la superficie; no hacía ni un minuto que estaba seguro de haber notado un leve soplo de aire más fresco. Pero ya no había nada que pudiera hacer. Reparando en lo agotado que estaba, decidió que no le vendría mal darle un corto descanso a sus piernas mientras intentaba discurrir algún modo de salir del apuro. Y, tal vez, sus ropas se secaran un poco.

La oscuridad resultaba inquietante, pero Flint alejó aquella idea de su mente. Hasta ahora no lo habían molestado, así que, sin dudar más, se dejó

caer con pesadez en el suelo y se recostó contra el muro. Su intención era dar una cabezada, pero, en contra de sus deseos, el enano se sumió en un profundo sueño.

* * *

Aunque de un modo casi imperceptible al principio, la densa oscuridad disminuyó en el horizonte. Poco después, las estrellas empezaron a apagarse, y una luz mortecina se extendió por el cielo.

Merced a la escandalosa visita de *Pies Ligeros*, Gilthanas había vuelto en sí, aunque enseguida pasó de la inconsciencia al sueño. Tanis, demasiado exhausto ahora para dormirse, no pudo hacer otra cosa que contemplar el lento aumento de la luz hasta que por fin el sol asomó a través de la tenue bruma matinal, como un inmenso ojo carmesí. Debajo, al pie del risco, la blanca mortaja de la niebla envolvía la torrentera.

Hacia el este, Tanis oyó el tambor que anunciaba que los tres *Ulathi* salían de la Torre para ir a la Arboleda, en busca de Porthios. Allí, lo vestirían con una túnica gris, igual a la que llevaba Gilthanas, y lo conducirían a palacio para el *Melethka-nara*, la prueba rigurosa de preguntas, críticas y comentarios zahirientes.

Tanis escudriñó los nueve metros de pared rocosa que los separaban de la cima. Con la llegada de la luz, daba la impresión de que un escalador ágil sería capaz de trepar hasta la cumbre, valiéndose de las grietas en la roca y los restos de algunos tocones de enebro. Sólo esperaba que su primo fuera capaz de seguirlo.

* * *

En lo rímero que reparó Flint cuando despertó, fue que podía ver. No mucho, es cierto, pero una mortecina claridad gris se cernía en el aire, lo suficiente para que distinguiera las borrosas formas de la cámara en la que se encontraba.

Flint gruñó quejoso al incorporarse y se desperezó. Debía de haber dormido varias horas. Las sombras resultaban menos amenazantes ahora;

fuera cual fuera la fuente de la luz grisácea, parecía rechazarlas. A pesar de ser débil, la luz no causaba la misma sensación de escalofrío que le había producido la de los ojos de los peces. Por el contrario, le levantaba el ánimo. Flint escudriñó la cámara, preguntándose de dónde venía aquella claridad, y pronto lo vio.

En la pared, justo encima del lugar donde se había tumbado para dormir, había una minúscula grieta en la roca. El enano sabía lo que significaba: era luz diurna, y más allá de la pared, en alguna parte, se encontraba el exterior.

Flint examinó la grieta y la zona de alrededor. Las líneas apenas eran perceptibles, pero el enano gruñó; estaba seguro de que allí había habido una ventana en el pasado. Sin duda había sido clausurada por alguna razón. Flint localizó el débil perfil de la abertura sellada.

Asió el martillo que llevaba colgado del cinturón y, con toda la fuerza adquirida en el duro trabajo de la forja, golpeó la pared. La piedra tembló, y Flint gruñó satisfecho al advertir que la grieta se expandía. Golpeó una segunda vez, y otra más. La fisura se ensanchó y apareció otra nueva, permitiendo el paso de un estrecho haz luminoso. Ello animó al enano, que la emprendió a golpes con la pared. Por fortuna, el muro no era grueso, y la grieta original había sido el primer síntoma de la debilidad general que aquejaba a la roca.

Sin duda, la premura con que se había clausurado la ventana favorecía las intenciones del enano. Si los maestros canteros hubiesen realizado el trabajo con su habitual destreza, el martillo de Flint habría sido tan ineficaz contra la piedra como una rama de sauce.

Al cabo de un minuto, las esquirlas de piedra empezaron a saltar de la pared. La grieta se convirtió en un agujero y, de repente, todo ello se vino abajo, desmoronándose a los pies de Flint mientras la luz penetraba a raudales en la cámara, haciendo retroceder a las sombras hasta los rincones más apartados.

Con una sensación de triunfo, Flint asomó la cabeza a través del agujero, pero su entusiasmo duró poco al descubrir que se encontraba en el fondo de otro pozo pétreo.

Una vez más, la única vía de escape era hacia arriba.

* * *

La única vía de escape era hacia arriba, pensó Tanis mientras examinaba la pared del risco. A su lado, Gilthanas se removió y por fin abrió los ojos. Aparte del chichón del tamaño de un huevo que tenía en la frente, el joven parecía estar en buenas condiciones físicas.

—¡Tanis! —exclamó. Su rostro expresó primero un cierto alivio, seguido de enfado—. ¡Has incumplido la orden de arresto del Orador!

—Vine a rescatarte —dijo el semielfo. En ese momento se escuchó el retumbar de los tambores que anunciaban el comienzo del *Melethka-nara*.

Gilthanas trató de incorporarse con premura, y su movimiento hizo que el repecho se bamboleara.

—¡Los tambores! —musitó, con una mirada aterrada en sus verdes ojos—. He de regresar a Qualinost para el *Kentommen-tala*. —En su agitación, se acercó peligrosamente al borde de la repisa, y Tanis lo agarró por el brazo y tiró de él hacia atrás. En el semblante del muchacho asomaron expresiones de miedo, alivio y enojo, en una pugna por imponerse unas sobre otras.

—¿Crees que podrás escalar? —preguntó Tanis, señalando los nueve metros de pared que los separaban de la cima—. ¿O prefieres que vaya yo solo y regrese con ayuda?

—¿Ir tú solo? —repitió Gilthanas mientras se incorporaba y alargaba la mano hacia el primer asidero de la pared—. Faltaría a mi deber si te dejara escapar.

—¿Escapar? —murmuró el semielfo. Con los movimientos de los dos primos, la repisa se soltó un poco más y volvió a bambolearse.

Pero la llamada del deber parecía haber dotado de nuevas fuerzas al guardia neófito, ya que empezó a trepar con cierta agilidad a pesar de que la larga túnica le estorbaba los movimientos. Por último, Gilthanas recogió el repulgo en su cinturón, lo que le facilitó el ascenso en cierta medida. Ello, no obstante, retrasó la salida de Tanis de la repisa, que daba muestras de debilidad cada vez más frecuentes. Con nerviosismo, el semielfo aguardó hasta que Gilthanas hubo trepado por encima de su cabeza, y entonces lo

siguió, utilizando los mismos asideros de los que se había valido su primo. La perspectiva de escapada que había parecido casi impracticable durante las horas nocturnas, resultó ardua pero viable con la luz del día.

Media hora más tarde, Gilthanas ayudaba a Tanis a remontar el borde del precipicio. Aquel último esfuerzo hizo que se soltara una roca de tamaño mediano, que resbaló por el borde con un sonido chirriante y rebotó sobre la repisa donde los dos jóvenes habían pasado la noche. El saliente crujió, se balanceó un poco, y después, lentamente, se soltó de la pared y se desplomó dando tumbos en el vacío hasta hundirse en el río que corría al fondo.

A lo lejos, los tambores dieron un último redoble y enmudecieron.

—El *Melethka-nara* ha empezado —dijo Gilthanas—. Porthios ha entrado en la cámara subterránea de palacio. Ahora comenzará la prueba. Dispongo de tres horas para llegar al corredor que va de la cámara a la Torre.

A pesar de sus palabras, Gilthanas no se movió; en silencio, dirigió la vista hacia el este, y Tanis comprendió que el espíritu del muchacho se encontraba en aquel momento junto a su hermano, en la cámara.

—Gilthanas, ¿viste el rostro de tu atacante?

El elfo salió de su ensimismamiento y miró a Tanis. Luego denegó con la cabeza e inició el camino de regreso por el sendero paralelo a la torrentera.

—Estaba muy oscuro. E iba encapuchado. ¿Lo viste tú?

Tanis sacudió la cabeza con un gesto de negación, y explicó cuanto había ocurrido desde su huida de palacio hasta el momento en que se precipitó por el borde del risco. Desvió a su primo del camino para dirigirse hacia la grieta por la que había desaparecido Flint. Llamó al enano a voces; arrojó chinarras por la estrecha hendidura a fin de calcular, por el ruido que hicieran al caer, la profundidad de la chimenea. Sus llamadas no obtuvieron respuesta, y Tanis era demasiado corpulento para entrar por el orificio.

—Debemos apresurarnos —apremió Gilthanas.

Tanis vaciló, sin decidirse a abandonar al enano. Con un movimiento ágil, su primo alargó la mano y le quitó la espada enfundada en la vaina. El

semielfo jamás habría desconfiado de su primo, pero de pronto se encontró amenazado por la punta de su propia espada. El colgante de su madre resaltaba como un círculo de plata en la guarda. Los pájaros del bosque prosiguieron con sus trinos, como si no ocurriera nada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tanis en un susurro.

—Eres mi prisionero —anunció con tono ceremonioso su primo—. Has violado la orden del Orador. Como miembro de la guardia, es mi obligación prenderte y llevarte de regreso a Qualinost para que se te juzgue.

La mirada de Tanis fue de la espada que Flint le había hecho al rostro de Gilthanas. La expresión circunspecta de su primo no admitía réplica. Tanis sopesó la situación. Era más fuerte y más grande que el muchacho, y además tenía una daga. Sabía que podría dominarlo pese a que él manejara la espada.

Sin embargo, ¿qué haría después? ¿Maniatarlo y dejarlo allí sin protección? Esta medida sería aceptable si se encontraran más cerca de Qualinost, con gente en los alrededores, pero el área del *Kentommenai-kath* estaba desierta. De mala gana, prometiendo en su fuero interno que regresaría, Tanis se resignó a que Gilthanas lo condujera por el camino de regreso a la ciudad.

* * *

Flint llegó a la conclusión de que la chimenea era un pozo de ventilación, de unos siete metros de profundidad. Procurando no forzar el hombro herido, el enano se apuntaló contra las paredes del pozo y se dispuso a trepar por el orificio, que tenía la anchura aproximada de un barril de cerveza, una comparación nostálgica que Flint se apresuró a rechazar. El suelo del pozo estaba alfombrado con agujas y piñas de abetos; cerca de la pared yacía el esqueleto momificado de un animal del tamaño de un mapache. Flint intentó alejar de su mente la idea de que algún animal hubiese muerto allí abajo, aunque fueran muchos los años transcurridos desde entonces.

Alzó la vista. En lo alto, distinguió un círculo de luz, cruzado por algunas ramas de picea. Buscó salientes en las paredes, pero sin éxito. El pozo era lo bastante angosto para poder escalarlo apoyándose en los pies y la espalda, pero ello resultaba imposible con el inconveniente de la reciente herida del hombro; no tuvo más remedio que admitirlo tras varios intentos frustrados en los que acabó dando con sus huesos en el mullido fondo, a la vez que soltaba un gemido de dolor.

—¡Por Reorx! —musitó. Luego, en voz más alta:— ¡Por el martillo de Reorx!

Se quedó sentado en la alfombra de agujas, sumido en el desanimo. De manera mecánica, sus dedos recorrieron las marcas dejadas milenios atrás por los artesanos canteros en las paredes del pozo; unas marcas hechas por los cinceles, en forma de «T». Los artesanos del respiradero llevarían muertos mucho tiempo y ahora, probablemente, ejercitaban su arte junto a Reorx en el más allá. Flint estudió unas de las marcas; había visto una muy parecida en el antebrazo de Tyresian. De manera inesperada, acudió a su mente la imagen de tía Ailea, muerta frente a la chimenea; el tobillo asomando bajo la falda, la blusa púrpura, la manga subida por encima del codo. La «T», la cicatriz, la sucesión, recordó una vez más...

La comprensión surgió en su cerebro de un modo tan repentino que alzó la cabeza con brusquedad y se golpeó contra la pared.

—La cicatriz, el té, la sucesión —susurró. La pequeña Fionia había malinterpretado no sólo lo de la sucesión, sino que también había entendido «la T», en lugar de «el te».

Ahora le vino a la mente que, después del intento de asesinato sufrido, había tomado una taza de té preparada por Miral, y el hecho de que, posteriormente, Ailea le había administrado una de sus pociones para provocarle el vómito. Unos días más tarde, el mago le había preguntado si su infusión medicinal le había hecho algún efecto... Y ello había ocurrido minutos antes de que recibiera el mensaje de Ailea en el que le comunicaba que había descubierto algo sobre la muerte de Xenoth.

¡El mago le había administrado una infusión de veneno! Y Ailea se había dado cuenta. No obstante, la anciana se había tomado cierto tiempo

para reflexionar sobre la situación antes de hacer alguna acusación. Después, cuando estuvo segura, cuando alguna pieza del rompecabezas había encajado en su sitio, había enviado un mensaje a Flint, quien lo había compartido de inmediato con... ¡el asesino!

—¡Que Reorx me asista! —barbotó el enano mientras revolvía la capa de desperdicios almacenada en el fondo del pozo en busca de cualquier cosa que le sirviera para salir de allí.

Si sus deducciones eran acertadas, ni Porthios, ni el Orador, ni Gilthanas, ni Laurana llegarían vivos al final del día. Como si Reorx hubiera escuchado su súplica y le enviara la ayuda más inesperada, Flint escuchó el rebuzno de una mula. De repente una sombra se interpuso en la luz del pozo, y Flint alzó la vista. Algo se asomaba por la abertura. En lugar de divisar las ramas de las piceas, el enano se encontró con un hocico grotesco, dos orejas casi tan largas como su brazo, y un par de ojos marrones relucientes de pasión.

—¡Pies Ligeros! —Se incorporó de un brinco—. ¡Maravilloso animal! —La mula parpadeó—. ¡Todavía estoy en Qualinesti!

Flint jamás había creído que llegaría el día en que ver a su mula lo hiciera derramar lágrimas de alegría. No obstante, lo que más lo emocionó fue la visión de aquella cuerda de tres metros, con una punta rota a mordiscos, y la otra atada al collar del animal. Los elfos se habían burlado de él por haber hecho un collar a una mula; ahora le había llegado el turno de reírse de ellos. Un ronzal no habría resistido los tirones.

El único inconveniente era que la cuerda que colgaba por el pozo resultaba corta en unos cuatro metros.

Flint no se dio por vencido. Tenía un yesquero, un martillo, una daga y una escala de cuerda. Esta última llegaría sin duda hasta la boca del pozo, pero no se le ocurría ningún medio para hacerla llegar hasta arriba y engancharla.

Pies Ligeros lanzó otro rebuzno, y el sonido retumbó en el pozo hasta casi ensordecir al enano.

—¡Deja de escandalizar! —gritó Flint. Mas, cuando la mula retrocedió arrastrando tras de sí la cuerda, exclamó:— ¡No! ¡Aguarda! ¡No quise decir

eso!

No sin cierta precaución, el animal se asomó otra vez por el borde. Vista de frente, *Pies Ligeros* no era muy atractiva, pero así, desde abajo, resultaba absolutamente ridícula. Por añadidura, parecía estar enfadada. Flint tuvo la espantosa visión de la mula alejándose del pozo con un resoplido desdeñoso. Y, en efecto, el animal empezó a apartarse del borde y el extremo de la cuerda subió un poco más arriba.

—¡*Pies Ligeros*, eres una... —Enmudeció, y asumió un tono adulator —... criatura encantadora; regresa, por favor!

La cuerda se detuvo, se agitó, y descendió unos cuantos centímetros. Sus húmedos ojos marrones buscaron los del enano. Agachó una de las orejas.

Flint desenrolló la escala de cuerda. Si pudiera engancharla al cuello de la mula... Calculó las distancias y lanzó la escala a lo alto.

El artilugio cayó sobre él como un nudo de serpientes enredadas, a la vez que *Pies Ligeros* soltaba un rebuzno.

—Eso es, estúpida bestia, riéte de mí —rezongó por lo bajo el enano.

Se desembarazó del enredo y lo intentó por segunda vez con el mismo resultado. Por fin, en el tercer intento, y con el hombro dolorido por el esfuerzo, logró que la escala alcanzara el borde y quedara unos cuarenta centímetros sobre la superficie, enganchada en una piedra de manera precaria. *Pies Ligeros* agachó el húmedo hocico y la olisqueó; al hacerlo, la escala se soltó de la piedra y cayó de nuevo sobre Flint.

—¡*Pies Ligeros*! —protestó el enano. Adoptó un tono falsete que le recordó a una niña elfa hablando con sus muñecas:— ¿Acaso quieres que muera aquí abajo, preciosa mía?

Un rebuzno estruendoso retumbó en el pozo.

Flint lanzó de nuevo la escala. En esta ocasión, fueron unos sesenta centímetros los que salieron por la boca del pozo y cayeron justo al lado de la mula, que miró con expresión estúpida. El otro extremo de la escala quedó a la altura de los ojos de Flint, balanceándose, pero el enano no se atrevió a tocarla por miedo a que resbalara. El artilugio empezó a deslizarse pozo abajo, y Flint farfulló una maldición.

En ese momento, *Pies Ligeros* alzó una de sus enormes pezuñas y la plantó sobre la escala, con lo que consiguió frenarla.

Con un grito de satisfacción, Flint agarró el extremo y tiró de él. La mula resopló y pareció desconcertada al sentir el inesperado tirón bajo su pezuña, pero lo aguantó sin moverse.

Procurando no forzar el hombro herido, Flint trepó por la escala y no tardó en tener a su alcance la cuerda atada al collar de la mula. Todavía lo separaban tres metros de la superficie.

La mula se movió inquieta.

—¡*Pies Ligeros*, no! —gritó el enano.

Flint se aferró a la sogá, y el cuello de la mula se agachó dos palmos a consecuencia del inesperado peso. La escala se deslizó por el pozo y cayó al fondo.

—¡Pedazo de mula idiota! —chilló el enano, que se había quedado colgando de la cuerda.

Con un brusco tirón, el animal reculó y corrió unos cuantos pasos. Con un grito ahogado, que exhaló en el momento de emerger, el enano salió disparado por la boca del pozo como una trucha enganchada al sedal de un pescador.

* * *

—Lo siento, Tanis —se disculpó Gilthanas mientras recorrían el camino paralelo a la torrentera.

Aquellas palabras retumbaron en la mente del semielfo. Eran las mismas que había pronunciado el asesino antes de arrojarlo al precipicio.

—Sabes que tengo que hacerlo —continuó su primo—. Como miembro de la guardia, he jurado hacer cumplir los mandatos del Orador.

Hacía rato que había enfundado la espada en la vaina, que también le había cogido a Tanis. Daba por hecho que su primo no intentaría huir.

El semielfo asintió en silencio. Su mente estaba demasiado ocupada en darle vueltas a la situación para tomar parte de una charla trivial. Sin embargo...

Quizás hablando con su primo se enterara de algo que le fuera de utilidad posteriormente.

—Lo comprendo —dijo. Miró de reojo a Gilthanas; el joven tenía el rostro sofocado por el paso vivo que llevaban hacía ya una hora. Su primo le devolvió la mirada y, por primera vez después de varios años, Tanis vio en él al amigo de la infancia—. ¿Cuál es tu participación en la ceremonia?

Gilthanas, jadeante, hizo un alto en un claro. Indicó por señas a Tanis que tomara asiento en un tocón y él hizo otro tanto.

—Cuando Porthios abandone la cámara subterránea, se echará la capucha para cubrirse el rostro; lleva una túnica gris igual a ésta ¿sabes? Pasará de la cámara a una escalera de caracol que tiene noventa y nueve escalones, el mismo número que los años cumplidos. A estos peldaños se los llama *Liassem-eltor*, la Escalera de los Años. Porthios deberá remontarla en plena oscuridad. Al final se encontrará en un cuarto reducido, donde hay una vela y un yesquero para encenderla.

—¿Y tú...? —inquirió impaciente Tanis, mientras se preguntaba por qué a él nunca le habían explicado los detalles de la ceremonia.

—Más allá del cuarto hay un largo pasillo que no aparece en ningún mapa de Qualinost porque sólo lo utilizan aquellos elfos que no son adolescentes ni adultos, y que, por lo tanto, no existen en realidad. En consecuencia, tampoco existe el pasillo, ni aparece reflejado en ningún mapa.

Y tu parte en todo eso es... —insistió Tanis. Pero Gilthanas, ensimismado en la ceremonia que algún día habría de pasar él mismo, parecía decidido a explicar todo el proceso.

—El corredor se llama *Yathen ilara*, la Senda de la Iluminación. Conduce a la Torre del Sol. El celebrante recorre el pasillo en silencio. Al final hay una puerta, donde aguarda hasta que la abre el familiar que ha realizado la vigilia en el *Kentommenai-kath* y lo deja entrar en la sala central de la Torre.

Así que allí era donde Gilthanas entraba en escena. Daba la impresión de que se hubiese aprendido de memoria su papel, repitiendo lo que, sin duda, le había enseñado Miral.

—Esperaré al otro lado de la puerta hasta que suene un gong —continuó el joven—. Luego la abriré, entraré en el pasillo, y la cerraré a mis espaldas. Cogeré la vela a Porthios y le diré... en la lengua antigua, por supuesto: «Soy tu infancia. Déjame atrás, en la bruma del pasado. Ve hacia tu futuro». Porthios abrirá la puerta y penetrará en la Torre del Sol.

Una idea empezó a tomar forma en la mente de Tanis.

—¿Y tú te quedarás en el corredor? —preguntó.

—Se supone que represento la infancia desaparecida de Porthios —respondió con un deje de fastidio—. Por lo tanto, no debería estar presente en la siguiente parte de la ceremonia. Pero Miral dice que nadie lo advertirá si abro la puerta una rendija para oír lo que pasa. Al fin y al cabo, sólo faltan sesenta años para que celebre mi propio *Kentommen*.

Tanis ya había planeado cómo detener al asesino de Porthios.

Reanudaron la marcha hacia Qualinost. Por fin, el sendero trazó una cuesta pronunciada. Tambores y trompetas resonaron de nuevo en los alrededores de la Torre y del palacio.

—¡Tenemos que ir más deprisa! —gritó Gilthanas—. ¡Llegaré tarde!

Entre los álamos cada vez más escasos, Tanis atisbó el puente oeste que cruzaba sobre el río de la Esperanza. Sin parar mientes, el semielfo simuló un tropezón y chocó contra Gilthanas. Cuando su primo, sorprendido, se volvió hacia él, el semielfo se le echó encima.

Cinco minutos más tarde, una figura envuelta en una túnica gris salió de entre los árboles. A sus espaldas, los arbustos se agitaron y de ellos salió un apagado gemido, como si en ellos hubiese caído herido algún animal grande. Alguien que hubiese observado con más atención a la figura encapuchada que ahora avanzaba corriendo por el camino, habría atisbado la forma de una espada, insinuada bajo los pliegues del tejido gris.

Tanis confió en que nadie fuera tan meticuloso.

Tiró del borde de la capucha para cubrirse mejor el rostro, y cruzó el puente a toda carrera.

30

Confluencia en la torre del Sol

Flint soltó la cuerda al chocar contra dos jóvenes álamos y después resbaló hasta frenarse en un charco de barro y musgo. *Pies Ligeros* se alejó otros cuantos pasos y acto seguido se detuvo para observar al enano. Flint agitó un puño en su dirección.

—¡Pedazo de... *mula!* —gritó.

Volvió la vista hacia el orificio de la roca, tentado de señalar el lugar con el propósito de regresar algún día y examinarlo con más detenimiento. No obstante, decidió que era mejor dejar en paz los secretos del pasado... y las sombras que acechaban en sus dominios. Mas no pudo alejar una idea de su mente.

Bajo sus pies, a gran profundidad, en las frías entrañas de la tierra, el silencio había cubierto de nuevo con un pesado manto las desiertas salas y corredores. En la oscuridad, las sombras aguardaban, como lo habían hecho durante años.

Flint escuchó el distante retumbar de tambores y toques de trompetas. Otro recuerdo acudió a su memoria: el mago arremangándose la manga para mostrarle cómo se desaguaba la bañera de palacio. El enano se había fijado en que Miral tenía en el antebrazo una pequeña cicatriz en forma de estrella.

Por último, Flint recordó a Ailea en la cocina de su casa de cuarzo rosa, la primera vez que llevó allí a Tanis para que la conociera. La anciana le había contado algunas historias acerca de los partos a los que había asistido,

y había hecho mención a uno en particular que se había complicado, en el que tuvo que utilizar fórceps, que habían dejado una marca al recién nacido en forma de estrella.

Flint supo que Miral no tardaría en dar rienda suelta al rencor y la cólera acumulados durante décadas. El Orador y sus tres hijos —suponiendo que Gilthanas no estuviera ya muerto— serían asesinados. Al enano no le cabía la menor duda de que el retazo de cordura que aún quedaba en el mago, y que era el rasgo que había asomado a la superficie durante años, haciéndolo mostrarse amistoso tanto con el semielfo como con él mismo, también lo haría pronunciar un «lo siento» mientras acababa con sus víctimas.

—Conque un mago de poca monta —rezongó. Torció el gesto, y unas profundas arrugas de preocupación le surcaron el rostro.

Incluso cabalgando en la mula, no conseguiría llegar a Qualinost a tiempo. Lo que es más, no tenía ni idea de en qué zona de Qualinesti había emergido; sólo sabía que se encontraba en algún punto al otro lado de la torrentera, al oeste de la ciudad. El área le resultaba familiar. Echó un vistazo en derredor, intentando recobrar la calma. *Pies Ligeros* se acercó a Flint, pero el enano hizo caso omiso de ella. Frunció el entrecejo y se estrujó el cerebro. La vida del Orador pendía de un hilo.

No había posibilidad de que llegara a tiempo de evitarlo, a menos que encontrara un atajo.

¡Algo parecido al roble hueco del sla-mori!

Cerró los ojos e intentó evocar hasta el último detalle de aquel suceso: el pánico, la persecución del tylor, el golpeteo de los cascos de *Pies Ligeros*... Abrió los ojos y examinó a la mula con más interés. El animal arrancó un puñado de hierbas con un mordisco y empezó a masticar con calma a la vez que miraba al enano.

Flint se dio media vuelta. Estaba bastante seguro de que la zona donde lo había atacado el monstruoso reptil se encontraba al sudoeste de su actual posición. Si se encaminaba en aquella dirección, tal vez se topara con algo que le refrescara la memoria —o si no, la de la mula—, al resultarle familiar el paisaje. Las mulas eran de sobra conocidas por su sentido de la

orientación, ya que no por su inteligencia, aliento agradable o docilidad. Flint dio un paso hacia adelante y llamó a la mula con un ademán.

—Acércate, cariño —susurró con delicadeza.

La mula siguió masticando, con una expresión desconfiada en los ojos. El enano cogió un puñado de hierba y se lo ofreció.

—¿Quieres un poco? —preguntó.

Un fugaz destello de interés cruzó las facciones del animal.

—Oh, está bien —dijo Flint, exhalando un sonoro suspiro. Se dio media vuelta y, como por casualidad, agitó el puñado de hierba sobre su hombro sano—. Has roto mi pobre y viejo corazón. —Simuló un sollozo.

Un hocico suave le rozó la nuca y le quitó el puñado de hierba de la mano. Flint se volvió con una expresión de alegría.

—¡*Pies Ligeros!* —Rodeó con los brazos el cuello del animal, razonando que más tarde podría bañarse, y se montó en la grupa.

Unos segundos más tarde, se dirigían al trote en dirección sudoeste.

* * *

Los guardias del puente oeste saludaron a Tanis cuando éste pasó corriendo ante ellos, oculto bajo la túnica gris de su primo.

—¡Llegas tarde, Gilthanas! —gritó uno de ellos.

Tanis se sujetó la capucha, temeroso de que con la carrera se le cayera el embozo y quedara al descubierto su identidad.

Si ocurría tal cosa, los guardias lo arrestarían, sin lugar a dudas.

Tanis siguió corriendo por las calles empedradas de Qualinost.

* * *

Miral estaba de pie, al borde del área central de la Torre del Sol, con una actitud circunspecta. El mosaico que representaba el cielo nocturno y diurno se encumbraba ciento ochenta metros sobre su cabeza; las paredes de mármol reflejaban la luz de cuatrocientas antorchas y la del sol, proyectada por los incontables espejos incrustados en los muros. La sala empezaba a llenarse de nobles. Lord Litanas se encontraba al pie de la tribuna. Selená,

cuyos cabellos tenían un tono rubio mucho más claro que la última vez que el mago la había visto, miraba al nuevo consejero con una expresión de arrobó en sus ojos violetas, desde su posición cerca de la entrada a la sala. No dirigió una sola mirada a Ulthen, que se había quedado en la parte de atrás, con una actitud melancólica.

Lord Tyresian, quien, al parecer, había encontrado a alguien que le arreglara la espada ceremonial que ahora colgaba a su costado, estaba situado junto a Laurana, cerca de la tribuna. Sin prestar atención al noble, la princesa dirigía continuas miradas en derredor con gesto inquieto.

Como uno de los coordinadores del *Kentommen*, Miral había sido quien había decidido el sitio que cada noble debía ocupar, insinuando que se limitaba a cumplir la voluntad del Orador. La posición de Laurana la situaría cerca de Porthios y de Solostaran cuando desencadenara su magia, musitó para sus adentros Miral.

Era una pena que Lauranthalasa hubiera rechazado su petición de matrimonio. Habría significado un gran cambio en los planes que tenía para ella. De hecho, había retrasado este momento durante años esperando que alcanzara la edad adecuada para declarársele y que ella le entregara su amor. Habría perdonado la vida del Orador por Laurana; se preguntó si tal vez debió decírselo. A las mujeres les encanta saber que sus pretendientes renunciarían incluso al mundo entero por conquistar su amor. En el caso de Laurana, aquello se acercaba mucho a la verdad; sí, quizá debió decírselo.

—Un mago de segunda fila —dijo roncamente para sí mismo, y luego se echó a reír. Poseía una gran magia desde que era un niño..., desde que se reunió con la Gema Gris de Gargath en las cavernas.

Miral se movió hacia la parte derecha de la tribuna, en dirección a la escalera que subía en espiral entre la pared interior de mármol y la exterior de oro. Cualquiera que se hubiese fijado en él, habría imaginado que el elfo que había colaborado en la coordinación del *Kentommen* de Porthios procuraba tener un panorama mejor del desarrollo de la ceremonia desde la segunda balconada, situada por encima de la que ocupaban los músicos. No obstante, la multitud no lo vería cuando desatara la magia que abriría el

techo de la Torre y dejaría caer una lluvia de fuego desde lo alto. En cualquier caso, aunque alguien lo viera, tampoco importaría mucho.

No quedaría nadie vivo para contarlo.

Remontó despacio los escalones, e hizo una pausa para recobrar el aliento. Últimamente, estaba más debilitado. Aunque no quisiera admitirlo, la muerte de Xenoth por medio de la magia le había agotado muchas energías. Pero la caza del tylor había sido una oportunidad espléndida, puesto que el viejo consejero lo había amenazado con revelar cuanto sabía de él. Había sido fácil convencerlo de que guardara silencio unos cuantos días más con la promesa de grandes riquezas y favores. Estúpido viejo entrometido. Y también la partera, aunque la verdad es que había sentido tener que matarla. El mago había confiado en que los nobles achacaran la muerte de Xenoth a la magia del tylor, pero entonces vio a Tanis apuntar a la bestia con una segunda flecha, que, como todas las demás, estaba bajo los efectos del encantamiento que había realizado la noche en que entró en el taller de Flint. Entonces vio la oportunidad que se le presentaba de confundirlos a todos. Había sido sencillo ordenar a la flecha encantada que volara hacia el pecho del consejero.

Qué pena que los nobles reunidos en la Torre no vivieran para saber lo inteligente que era, pensó Miral.

* * *

Las hojas y las ramas azotaban el rostro de Flint, quien azuzaba a *Pies Ligeros* mientras cruzaban el bosque. Hacía media hora que cabalgaban y, aunque el enano había tenido la vaga sensación de reconocer ciertos detalles —por ejemplo, una peculiar yuxtaposición de una roca y un roble—, todavía no estaba seguro de saber dónde se encontraba.

Pies Ligeros, sin embargo, parecía dirigirse hacia una meta precisa, y si bien a Flint no le gustaba confiar la situación al arbitrio de una mula, cabezota y enamoradiza, era la única alternativa que tenía en ese momento.

* * *

El asesino tenía que ser Tyresian, pensó Tanis mientras corría. El semielfo ya no hacía el menor intento de disimular la espada que llevaba bajo la túnica y que le golpeaba las piernas. Los elfos con los que se cruzaba en la calle, de acuerdo con lo establecido en el *Kentommen*, apartaban los ojos á otro lado para no mirarlo. Por si acaso, no obstante, continuó con la capucha echada sobre el rostro.

Tal vez fuera Litanas, agregó para sus adentros Tanis. El joven caballero elfo, quien había celebrado su propio *Kentommen* el año pasado, había ganado mucho con la muerte de Xenoth, ya que había ocupado el puesto del viejo consejero, además de alcanzar un compromiso de matrimonio con la acaudalada Selenia. Y, tal vez, Ailea había descubierto algo que relacionaba a Litanas con la muerte de Xenoth.

Tal conclusión era desalentadora y espantosa. Tanis carecía de la información suficiente para deducir quién había planeado las muertes de Xenoth y Ailea y había atentado contra la vida de otras dos personas: Gilthanas y él mismo. Todo cuanto sabía era que el intento de acabar con Gilthanas confirmaba la teoría de Flint: Porthios, el Orador y Laurana corrían un grave peligro.

Haciendo caso omiso de su jadeante respiración y el ardor de los pulmones, siguió corriendo.

* * *

Era el mismo claro. Flint estaba seguro. El mismo peñasco enorme, el mismo paraje boscoso. Los árboles yacían en el suelo, hechos astillas, y el sendero estaba pisoteado. Tanto los árboles como la roca estaban señalados con las marcas de los latigazos de la cola de la bestia.

Había encontrado el claro donde el tylor lo había atacado la primera vez.

Desde allí, esperaba, podría hallar el *sla-mori*.

Ojalá llegara a tiempo. Ojalá recordara todo lo que había hecho para abrir el *sla-mori* aquel día.

* * *

Miral contempló a la asamblea desde lo alto de la desierta balconada. Sus claros ojos centellearon.

Vio el cabello dorado de Laurana, reluciente con la luz de las antorchas, y, por un instante, sintió una profunda tristeza..., por encima de lo que tenía que hacer, por encima de lo que había hecho, por encima de lo que la Gema Gris le había ordenado hacer. La serie de asesinatos había empezado con el de Kethrenran Kanan, hermano del Orador, cincuenta años atrás. Miral fue quien, por mediación de la magia, indujo a los salteadores humanos para que atacaran a Kethrenan y a su esposa, Elansa, y, si bien Miral no había blandido las espadas que sesgaron la vida de Kethrenan, fue obra suya, un acto dictado por la envidia.

Aquella fue la primera vez que se valió de humanos para llevar a cabo sus propósitos; y la última, ya que habían resultado demasiado imprevisibles para su gusto. Les había dicho que mataran también a Elansa. En lugar de ello, llegó a tiempo de verla tendida inconsciente en la calzada, en tanto que los salteadores discutían sobre quién de ellos iba a matarla. Asaltado por una súbita compasión que lo cogió de sorpresa, les ordenó que devolvieran a Elansa el medallón de acero que le habían quitado y que la dejaran en paz.

Sabía, desde luego, todo lo relativo a la Gema Gris, en la que tenía cabida tanto el mayor bien como el mayor mal. Desde su infancia, había experimentado en sí mismo un movimiento pendular idéntico hacia lo uno y lo otro. En el mismo cuerpo coexistían dos personas: la que podía ordenar la muerte de un elfo, y la que sentía afecto por el hijo de la esposa violada de su víctima. Y que luego podía acabar con la vida de aquel niño cuando se hizo mayor.

Un movimiento en la sala atrajo su atención y se inclinó sobre la barandilla. Los tambores retumbaron, acompañados por el toque de trompetas; la ceremonia había llegado al momento en que Gilthanas, vestido con la tradicional túnica gris, debía penetrar en la sala de la Torre del Sol, encaminarse hacia la pequeña puerta situada en la parte trasera del

edificio, y cruzarla para reunirse con Porthios, que lo aguardaba al final de la *Yathen-ilara*, la Senda de la Iluminación.

Ah, qué cansado estaba Miral de este infernal sentido de la tradición. Mantenían las costumbres más triviales, en tanto que la más importante, la que hacía de Qualinesti un lugar único por la pureza racial, tenía visos de perderse. Él se encargaría de... Miral alejó aquella idea de su mente para tornar su atención a los acontecimientos del momento.

Aquí se pondría punto final a la celebración, ya que Gilthanas estaba muerto.

Ésta sería la broma pesada que les destinaba a los nobles, a Porthios y, sobre todo, a Solostaran. Un último chasco antes de que murieran. El mago los imaginó a todos, expectantes, ataviados con sus mejores galas, tranquilos con la seguridad de su opulencia, de su posición social, de su convencimiento de que *merecían* todo ello. Se preguntarían dónde estaría Gilthanas. Por fin, se impacientarían y empezarían a murmurar y mirar a su alrededor.

De haber discurrido las cosas por su cauce normal, Gilthanas habría aguardado junto a la pequeña puerta. Así, habría dado comienzo el *Kentommen* propiamente dicho, en el que Solostaran se habría dirigido a la asamblea con unas frases establecidas por la traición, explicando que había perdido a su hijo adolescente en la Arboleda y que ahora no tenía heredero. Los tres *Ulathi* se habrían adelantado, con los rostros todavía ocultos bajo las máscaras, y habrían declamado las líneas que les correspondían en la representación. El sonido del gong habría marcado el momento en que Gilthanas debería entrar al corredor, desde el que habría enviado a Porthios al exterior, convertido ya en adulto. Porthios habría recibido de manos del Orador una copa de vino rojo, que simbolizaba su linaje y su designación oficial como heredero. Y Porthios, desde ese momento, sería considerado una persona adulta.

Miral rió por lo bajo. En lugar de toda esa rimbombante pantomima que tanto gustaba a los elfos, Miral se adelantaría, llamaría a Porthios para que saliera del corredor sagrado y se uniera a los demás, y entonces

pronunciaría las palabras que sellarían todas las puertas. La ceremonia llegaría a su fin.

Al igual que sus vidas. Y, cuando hubiera concluido la matanza, él sería el Orador.

Los tambores retumbaron de nuevo. Miral se inclinó sobre la barandilla para poner en práctica sus planes, llamando a Porthios. Se quedó paralizado, mudo por la sorpresa. Gilthanas había entrado en la Torre.

OceanofPDF.com

31

Enfrentamiento con el asesino

Miral observó petrificado la entrada en la Torre de la figura encapuchada, envuelta en la túnica gris. Los murmullos que se habían iniciado entre los reunidos cesaron, y todos observaron con expectación a Gilthanas mientras el joven rodeaba la sala por el borde exterior.

«¡*Pero si está muerto!*», gritó para sus adentros el mago. No obstante, había algo raro en Gilthanas; parecía más corpulento, y la túnica le quedaba estrecha en los hombros. La constitución de la figura encapuchada era más semejante a la de Tanis.

Pero Tanis también estaba muerto.

Miral siguió con la mirada a la figura mientras se dirigía con agilidad hacia su posición junto a la puerta y se quedaba esperando el momento de entrar de nuevo en acción.

Solostaran, ataviado con los dorados ropajes ceremoniales, hizo su entrada por las puertas de la antesala y se dirigió hacia la tribuna. Remontó los peldaños con solemnidad y se volvió de cara a la muchedumbre para pronunciar el corto discurso que cada padre de la nobleza había dirigido en el *Kentommen* de sus hijos durante los últimos dos mil años.

—Éste es un día triste para mí —dijo en la antigua lengua elfa—. He perdido un hijo.

En la balaustrada, Miral pensó en la ironía de semejante aserto. Una queda risa le agitó los hombros. No sabía Solostaran lo acertado de sus

palabras. El mago decidió permitir que la charada se prolongara un poco más. ¿Quién sabía si Solostaran le proporcionaría más momentos de diversión sin proponérselo?

El Orador, con una expresión sombría en sus rasgos aguileños, prosiguió:

—He perdido un hijo en la Arboleda. En consecuencia, no tengo heredero. ¿Alguien puede ofrecerme algún consuelo?

Un redoble de tambor sonó en la primera galería, debajo de Miral. Oyó abrirse una puerta a lo lejos, y tres elfos, vestidos con capas y polainas de seda negra, y cubiertos con máscaras de cuero, también negro, hicieron acto de presencia. Eran los Ulathi.

—Hemos encontrado al niño —dijo el primero.

—Su corazón es puro —añadió el segundo.

—Ese niño es un recipiente vacío que aguarda ser colmado —proclamó el tercero.

—Hemos encontrado un niño que será tu heredero, tu propia sangre —entonaron al unísono los tres personajes.

El gong resonó. Gilthanas abrió la puerta y cruzó el umbral. Luego, cerró a sus espaldas.

* * *

Tanis, cegado por la luz deslumbrante de la Torre, parpadeó al penetrar en la súbita oscuridad del pasillo. Veía titilante llama de la vela, pero la figura de Porthios era apenas una silueta que se perdía en las sombras. El medallón creado por Flint reflejaba el brillo dorado del cirio. Tenía que conseguir que Porthios se le acercara más. ¿Cuáles eran las palabras que Gilthanas había dicho? Rebuscó en su memoria.

—Soy tu infancia —recitó, procurando imitar el timbre más fino de Gilthanas—. Déjame atrás. Las brumas son el pasado... —Aquello no le sonaba bien, pero estaba haciendo cuanto podía—. Ve hacia tu futuro.

—¡Gilthanas! —se escuchó el horrorizado cuchicheo de Porthios—. Pronuncia las palabras correctas... ¡y en la antigua lengua!

Tanis vaciló.

—¿No las recuerdas? —siseó Porthios—. Escucha. —El hijo del Orador pronunció las palabras estipuladas, en el antiguo lenguaje—. Vamos, repítelo.

Tanis vaciló de nuevo. Porthios se acercó a él, como deseaba el semielfo.

Por un breve instante, Tanis consideró la alternativa de hacer uso de su fuerza para reducir a su primo. Le había propinado un buen puñetazo antes, mucho tiempo atrás, en el patio de palacio. Fue el único altercado físico ocurrido entre los dos primos. Y con ello se había ganado durante años la enemistad del heredero del Orador.

—Porthios —dijo, sin disimular ya su propia voz—. Escúchame. No salgas por esa puerta.

—¡Tanthalas! —El rostro de Porthios denotó una gran conmoción—. ¿Dónde está Gilthanas? ¿Qué has hecho con...?

—¡Escúchame! —siseó Tanis—. Si es que te ha servido de algo la vigilia en la Arboleda, préstame atención.

Su primo retrocedió; parecía que se esforzaba por adoptar una actitud de calma. Inhaló hondo y soltó despacio el aire.

—¿De qué se trata, Tanis? —preguntó con un tono normal.

—Hay una conspiración para matarte a ti y al Orador.

—¿Al Orador? ¿Se encuentra bien?

—Sí, está bien. He venido para impedir que el asesino lleve a cabo sus planes.

—¿Tú? —Porthios soltó una risa queda, si bien su expresión, para sorpresa de su primo, era amable—. Pero si sólo eres un chiquillo, Tanis...

El semielfo lo atajó, consciente de que los asistentes a la ceremonia se estarían impacientando al otro lado de la puerta. Lo peor que podía ocurrir en este momento era que alguien abriera aquella puerta y echara una ojeada al interior del pasillo.

—Porthios, el mismo que asesinó a Xenoth y a tía Ailea va tras de ti y del Orador, y de Laurana. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Tanis reflexionó. El tiempo para la persuasión estaba llegando a su fin. Podía resolver la situación recurriendo a la fuerza física, pero su sangre elfa se estremecía ante la perspectiva de dejar sin sentido con un golpe a un joven durante su *Kentommen*, fuera por las razones que fuera. Sin embargo, sí se sentía capaz de mentir.

—Porthios, Gilthanas ha muerto.

Se produjo una pausa; la expresión del heredero del Orador no varió un ápice.

—El asesino acabó con él también, Porthios. Si os matan a ti, al Orador y a Laurana, el reino se sumirá en el caos.

Al parecer, Porthios procuraba asumir lo que había oído. Tanis se compadeció de él, sintiendo en el alma el dolor que le estaba causando.

—Tengo un plan, Porthios.

—¿Cuál es? —inquirió con voz calmada su primo.

—Escucha, yo soy sólo un peón del juego, al que se puede sacrificar...

* * *

Flint se asomó a la grieta abierta en el tronco hueco del roble que le había salvado la vida meses atrás. En el ínterin, el árbol se había abierto otra vez, para alivio del enano. Entró en la oquedad, con *Pies Ligeros* pisándole los talones. Flint hizo caso omiso de la mula.

—¿Cómo atravesé el fondo? ¿Qué fue lo que hice? —susurró, con la mano sobre la frente calenturienta. Estaba hundido hasta los tobillos en los desechos amontonados de hojas secas—. La runa. —Bajó la vista al suelo—. La pinocha se prendió fuego. Tal vez fue eso. —Reflexionó unos segundos—. Bueno, si me equivoco, moriré abrasado. En fin...

Encendió una antorcha y la acercó a la alfombra de hojas resacas. Las llamas se alzaron rugientes.

* * *

Miral corrió por la segunda balconada para descender por la escalera de caracol hasta el piso bajo. Hacía mucho tiempo que Gilthanas había entrado

en el corredor. Algo no marchaba conforme a los planes del mago. Estaba furioso; sería injusto que las cosas se torcieran en el último momento.

Llego a la puerta que conducía al hueco de la escalera cuando oyó exclamaciones de espanto que se alzaban entre los asistentes, y se volvió hacia la balaustrada para asomarse y ver qué ocurría.

—¡Porthios va armado!

—¿Qué?

—¡Un joven *Kentommen* jamás ha ido armado!

—¿Qué presagia esta actitud?

Solostaran palideció al mirar la figura a la que suponía su hijo y heredero, pero no perdió la compostura ni por un momento.

—Porthios, dime qué significa esto —ordenó.

—Hay un asesino en la Torre —gritó Tanis, a la vez que se despojaba de la capucha que lo cubría.

Se alzó un nuevo revuelo de exclamaciones en tanto que la muchedumbre se apartaba dejando paso al semielfo, que enarbolaba la espada. Tanis subió de un salto a la tribuna y se colocó delante del Orador.

—¡Tanthalas! —exclamó desde arriba Miral—. ¡Pero si habías muerto!

El joven se volvió para enfrentarse al mago. Los ojos de Miral se encontraron con los de Tanis, y en ellos vio una expresión de dolor.

—¿Y tú cómo sabías eso, mago? —inquirió Tanis.

—¡Guardias! —llamó Tyresian.

Tanis alzó el arma, y el amuleto de Elansa centelleó como un pequeño sol.

—El mago ha asesinado en dos ocasiones, y planea hacerlo otra vez hoy —dijo, apuntando con la espada a Miral.

Miral tuvo que contenerse para no soltar una carcajada por el caos que se había desatado a sus pies. ¿Qué mejor momento que éste para lanzar su pequeño conjuro? Empezó a entonar las palabras del hechizo.

—Por todos los dioses —masculló Tyresian—. El semielfo se ha vuelto loco. Y también el mago. ¡Guardias!

—Tanis, dónde está Porthios? —gritó Laurana—. ¿Y Gilthanas?

Pero Tanis no tenía tiempo que perder con explicaciones. Se lanzó a toda carrera hacia la escalera de caracol. Los guardias ataviados con el negro uniforme ceremonial entraron en tropel a la sala, pero no comprendieron de inmediato que la persona a quien Tyresian quería que detuvieran era el semielfo. Tanis pasó entre sus filas, abrió la puerta de un empujón, y subió los escalones de tres en tres.

Como si las palabras retumbaran en su cerebro, Tanis escuchó el cántico de Miral. En lo alto, el mosaico del techo crujió.

De improviso, tía Ailea apareció en la escalera, ante él.

—¡Ailea! —exclamó—. ¡No has muerto!.

La anciana lo miró y sonrió.

Entonces, de repente, ya no era Ailea, sino Xenoth, que reía y señalaba con gesto despectivo al semielfo. Tanis alzó la espada e intentó dominar el pánico.

Xenoth se transformó en un elfo de mediana edad, de facciones elegantes y ojos azules. Daba el brazo a una mujer pálida, de rizado cabello trigueño y ojos de un tono marrón oscuro, como la tierra. La elfa miró a Tanis, alzó una mano hacia él, y susurró:

—Tanthalas, hijo mío.

Tanis estaba paralizado, pero su corazón latía desbocado. La angustia del momento lo desgarró. Entonces salió del trance con brusquedad.

—¡Sois producto de la hechicería! —gritó. Las figuras se desvanecieron en el aire.

Se apartó del lugar en donde se había quedado paralizado; sintió como si unos dedos gélidos le rozaran el brazo al pasar por el punto donde habían surgido las apariciones.

—¡Miral! —gritó, irrumpiendo en la segunda balconada. Tres fragmentos del mosaico se desprendieron del techo y se precipitaron sobre la asamblea de elfos. Una fina grieta hendió la bóveda.

En aquel instante, en medio de un retumbar semejante al del trueno, Flint y *Pies Ligeros* se materializaron en la tribuna.

—¡Arelas! —llamó el enano. Su voz resonó en los muros—. ¡Arelas Kanan! —Flint señaló con su martillo al mago.

El cántico de Miral se hizo más lento y después se interrumpió. Con las manos alzadas sobre la cabeza, las palmas sudorosas, mantuvo el hechizo, y bajó la vista hacia el enano. De repente, se hizo un profundo silencio en la sala, roto sólo por el débil golpeteo producido por la caída de pequeños fragmentos del mosaico. En el aire flotaba un olor a piedra y argamasa.

—¿Arelas? —repitió Solostaran con voz queda—. ¿Mi hermano?

—Vuestro hermano no murió, Orador —dijo Flint—. Arelas no murió. Vino a vos como Miral.

El inesperado rebuzno de la mula rompió el embrujo creado por la aparición de Flint, y Miral reanudó la salmodia. Un crujido, que semejaba un gemido agónico, llegó del arco iris que dividía el mosaico de cielo nocturno y el diurno, en lo alto de la Torre.

—Asesinó a lord Xenoth porque había descubierto quién era en realidad —gritó Flint, cuya voz temblaba por la cólera—. Mató a tía Ailea por la misma razón. ¡Y ahora quiere acabar con vos y con vuestros hijos!

Con una tranquilidad asombrosa, Solostaran se volvió hacia Miral... Hacia Arelas.

—¿Por qué? —preguntó.

Miral bajó la vista hacia ellos y sintió que lo desbordaba la rabia que había albergado durante casi doscientos años. Dejó caer los brazos y cesó su cántico.

—¡Me echasteis de aquí, Solostaran! —gritó—. ¡Me alejasteis de Qualinost!

—Te estabas muriendo, Arelas —contestó el Orador—. O es lo que creíamos.

—Siempre fui el más inteligente de los tres, Solostaran —bramó Arelas—. Debería haber sido el Orador. ¡Seré el Orador! Y haré que Qualinesti sea sólo para los elfos de sangre pura. Ahora que poseo el poder de la Gema Gris...

Una parte de la columnata que sostenía la primera galería reventó, debilitada por el hechizo de Arelas, y lanzó esquirlas de piedra en la sala. Los nobles se dispersaron. El mago esbozó una mueca y, extendiendo las

manos, lanzó una descarga de fuego sobre la tribuna. Flint se abalanzó contra Solostaran y el empujón sacó al Orador fuera de la plataforma.

Tyresian hizo otro tanto con Laurana, y la envió hasta la relativa seguridad del espacio resguardado por la balconada. Un bloque de mármol se precipitó sobre el noble, y Laurana chilló aterrada.

Porthios irrumpió en ese momento de la *Yathen-ilara*.

—¡Arelas! —gritó de nuevo Tanis, a la vez que alzaba su espada. Pero su gesto hizo reír al mago.

—¡No servirá de nada, Tanthalas! ¡La espada no me atacará! —Abrió los brazos y ejecutó unos alegres pasos de baile—. La hechicé, ¿sabes? El mismo día en que hechicé esas puntas de flecha que tan bien utilizaste contra el tylor y lord Xenoth. —Sus risas estridentes se interrumpieron con un golpe de tos, y Tanis vio una oportunidad para atacar.

Se abalanzó sobre Arelas y arremetió con la espada. Pero el arma rebotó contra algo invisible y pasó inofensiva sobre la cabeza del mago. Arelas alzó de nuevo los brazos, dio la espalda al semielfo de manera ostentosa, y reanudó la salmodia. Otro trozo de mosaico se desprendió del techo.

Arelas se asomó sobre la balaustrada, con un brazo hacia atrás, como si fuera a lanzar otra descarga de fuego mágico sobre los aterrados espectadores. Tanis intentó de nuevo razonar con el mago.

—¡Miral...! ¡Arelas! ¡Gilthanas está vivo!

Abajo, a sus pies, Tanis vio a Porthios volver bruscamente la cabeza hacia él, con el rostro resplandeciente de esperanza al escuchar que su hermano pequeño no había muerto. Miral giró sobre sus talones, con una expresión terrible plasmada en su pálida faz, y los iris casi carentes de todo color.

—¿Está vivo? —preguntó.

Aunque, a juzgar por las apariencias, la espada no le servía de nada contra el mago, Tanis no dejó de apuntarle con ella.

—Sí. Y Gilthanas te antecede en la sucesión, Arelas —replicó el semielfo—. No conseguirás ser el Orador, hagas lo que hagas aquí hoy.

Arelas se estremeció, como si estuviera al borde del Abismo. Entonces, una de las manos se disparó hacia adelante, y un proyectil mágico se

precipitó sobre el semielfo.

Actuando por puro instinto, Tanis levantó la espada. El rayo mágico se estrelló contra el medallón de Elansa y derritió el acero; otro rayo de fuego salió de la espada y surcó el aire hacia el mago, que lanzó un alarido cuando la descarga lo alcanzó y lo arrojó por el borde de la balconada.

Su cuerpo estalló en llamas antes de estrellarse contra el suelo de la Torre.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

AÑO 308 D.C

FINALES DE VERANO,

—¿Pero dónde obtuvo el poder? —preguntó Tanis de nuevo.

Flint sacudió la cabeza. Corrían rumores, desde luego, leyendas acerca de una fuente de inmenso poder caótico, escondida en algún lugar remoto de las cuevas existentes en el subsuelo de Qualinost, pero el enano no estaba de humor para relatar fábulas.

Pidió cerveza para los dos. El tabernero de la posada El Último Hogar trajo las bebidas a la mesa en jarras rebosantes. Flint suspiró.

—Ah, muchacho, cómo he echado de menos esto. Una mesa cómoda en una esquina de una posada acogedora. Cerveza de verdad, que al llegar al estómago sientes como si *Pies Ligeros* te hubiera soltado una coz.

Tanis no quería cambiar de conversación. Habían hablado del asunto hasta la saciedad durante las últimas tres semanas, y todavía no habían llegado a comprender con exactitud lo ocurrido.

—Miral, es decir, Arelas ¿mató a todas esas personas porque lo enviaron lejos de Qualinesti cuando era un niño? Flint, eso no es razón suficiente. —El semielfo jugueteó con su jarra de cerveza, haciéndola girar sobre el húmedo círculo marcado en el tablero de la mesa.

El enano movió la cabeza arriba y abajo.

—Ya lo sé, muchacho. Detrás de todo esto había alguna clase de poder, algo que nosotros desconocemos. Pero existen leyendas que podrían

explicarlo.

—¿La Gema Gris? Sólo es un mito, Flint. —El tono del semielfo era rotundo. No se dejaría convencer.

Flint sacudió la cabeza. Alzó su jarra, echó un trago y chasqueó los labios. Cinco días en Solace, y todavía el gusto de una buena cerveza le resultaba tan placentero como si fuera algo recién descubierto.

—Flint...

—¿Qué pasa ahora? —rezongó el enano.

—El amuleto me salvó la vida. —El tono de Tanis era apremiante—. ¿Por qué no salvó la de mi madre? Al fin y al cabo, le pertenecía.

También habían discutido acerca de esto durante las semanas que habían pasado en los caminos, Flint balanceándose sobre la grupa de *Pies Ligeros*, y Tanis meciéndose suavemente con el firme paso de *Belthar*.

—No creo que estuviera encantado cuando lo tenía Elansa, muchacho. Sospecho que Ailea tuvo algo que ver con ello.

La mención de la anciana partera arrojó una sombra de tristeza sobre los dos amigos.

—Pero yo creía que tía Ailea sólo tenía capacidad para crear ilusiones mágicas, trucos para entretener a los niños —objetó el semielfo—. Y algunos recursos de magia menor para ayudar en los partos. Nada importante.

—También pensábamos que Miral era un mago de segunda fila.

Tanis asintió y guardó silencio un rato. Después, se le ocurrió una nueva idea.

—El mago los mató a todos: Kethrenan, Elansa, Xenoth, Ailea. Incluso a Tyresian, cuando salvó a Laurana interponiéndose entre ella y el bloque de mármol desprendido. ¿Y para qué? Para de ese modo eliminar a todos los herederos que lo antecedían al título de Orador. ¿Acaso suponía que iba a salir de los escombros de la Torre sólo para anunciar que era realmente Arelas y por lo tanto debían nombrarlo Orador?

—Imagino que habría encontrado el modo de hacerlo —respondió Flint. «O, lo más probable, la Gema Gris se habría encargado de ello», añadió para sus adentros.

—Pero...

Flint empujó la jarra de cerveza de Tanis hacia su amigo.

—Echa un trago y no le des más vueltas, muchacho. Hay cosas que sólo se explican con un acto de fe. Para Arelas tenía sentido lo que se proponía.

—Tanis abrió la boca para decir algo, pero el enano lo atajó levantando una mano—. Ya es suficiente.

Guardaron silencio durante un rato. Después, Flint alzó su jarra y propuso:

—Brindemos.

Rehusar sería insultar al enano. Por tanto, Tanis agarró el asa de su jarra.

—Brindemos —repitió.

—Por Ailea. —Se miraron a los ojos, y sus jarras chocaron—. Y por la amistad —añadió Flint.

Tanis sonrió.

—Por la amistad —convino el semielfo.

OceanofPDF.com